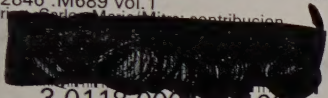


CARLETON COLLEGE  
F2846 .M689 vol. 1

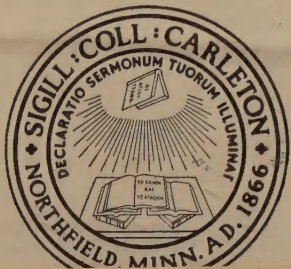
Staxs

Unit: Carleton Manuscripts contribution



3 0118 0004 5160





F 2846 .M689 v.1

Urien, Carlos Maria, 1855-  
1921.

Mitre

*Marianne Sandberg*

WITHDRAWN

Date Due

My 26'48





Ma.

27.



MITRE







TENIENTE GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

26 de Junio de 1821 — 19 de Enero de 1906



MITRE EN EL AÑO 1896

Reproducción de un óleo de Plasent, existente en el Museo Mitre,  
donado por el Sr. Alejandro Rosa



CARLOS M. URIEN

---

# MITRE

---

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LA VIDA PÚBLICA  
DEL TENIENTE GENERAL BARTOLOMÉ MITRE

TOMO PRIMERO

---

TALLERES TIPOGRÁFICOS DE A. MOLINARI  
1256, TALCAHUANO, 1256  
BUENOS AIRES  
1919

120396

F

2846

.m689

v.1

LIBRARY OF THE  
MUSEUM OF NATURAL HISTORY



9-12-44  
Libr. Int'l. del Peru  
U. P.  
2 vol.

*A las gentiles y nobles amigas*

*DELFINA MITRE DE DRAGO*

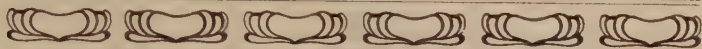
*y*

*JOSEFINA MITRE DE CAPRILE*

*Homenaje del autor*







## AL LECTOR

---

*Estos Apuntes, sin duda muy deficientes, dada la importancia del personaje a que se refieren, fueron escritos obedeciendo a un dictado de la conciencia, que reconoce estos antecedentes:*

*Celebradas las fiestas de la apoteosis del Teniente General Bartolomé Mitre, en la República Argentina, el día 26 de junio de 1901, con motivo de la conmemoración del octogésimo aniversario del nacimiento del ilustre Argentino, la Comisión organizadora de las fiestas decidió que uno de sus secretarios, el autor de estas líneas, escribiese un libro alusivo a esas fiestas, como recordación de las mismas, y en el que se incluyera, si no fuera posible todo, la mayor parte de lo publicado sobre la celebración.*

*Sabedor el General de esa distinción quiso ser deferente con el que escribe, conversando sobre la obra a publicarse, y le hizo entrega de los elementos que debían*

entrar en la compaginación de la misma, que era, como se dice, si no todo, parte muy principal de lo publicado en ambas Américas y en Europa en homenaje del prócer.

Así las cosas, se determinaba a dar principio a la tarea, no sin que sintiese muy justos temores de poder llevar a término con éxito la voluminosa obra, mas, triunfando de cavilaciones y dudas, se decidió.

¡Cuál no sería su asombro cuando, resuelto a enterarse de los materiales que le había entregado el General y que guardaba como depósito sagrado, buscados una y otra vez, no daba con ellos!

Decir del disgusto y de la contrariedad que sufrió no es para manifestarlo. Y como se pensara que con echar la culpa a robos o accidentes de mudanza nada se conseguía, triste y desconcertado, decidió escribir, ha tres meses, estos Apuntes que, a medida que se redactaban, iban pasando a la imprenta, deseoso el autor de que su publicación sirviera siquiera de excusa, si es que excusa debe de solicitarse por faltas que no hubo, como era la imaginaria pérdida de los originales.

Una de las últimas mañanas, la del 18 de octubre, ¡fecha memorable!, del año en curso, se cavilaba en la negra suerte del extravío, del hurto o destrucción de los originales y pensando que, por hacer daño a persona que no se reprocha haberlo cometido contra nadie, alguno había realizado la delictuosa acción de alzarse con los papeles, dado no se hubiesen perdido éstos en el cambio de domicilio del solitario, quiso, para que no se le tildara

*de falta, escribir esta explicación a objeto de que quedara constancia del supuesto hurto o extravío, cuando hete aquí que, se ignora por qué causa, o si es porque al hecho misterioso y extraño lo animase el espíritu superior de Mitre, el autor, que es algo supersticioso, se puso a busca, entre montañas de papeles, una vez más, y ¡oh prodigio! los manuscritos volvieron a aparecer... ¡Eureka!... ¡Alea jacta est!*

*Como los Apuntes estaban ya escritos, pues esto que aquí va son simples líneas de advertencia de los mismos, conviene advertir a los Señores de la Comisión, a los caballeros que aun viven y que concurrieron a las fiestas del jubileo del general Mitre, las que organizó única y exclusivamente la secretaría de la Comisión, que si persisten que el autor dirija la publicación de la obra, él se ofrece a llevarla a término, no obstante creer que, encontrados afortunadamente los originales, los Señores de la Comisión pueden pensar muy fundadamente que la composición de la obra convenga confiarla a persona más competente que el autor de estos Apuntes, quien no tiene otro título que ser un admirador de la brillante actuación del ilustre Teniente General Bartolomé Mitre.*

*Esta última afirmación, un tanto rara, involucra una queja que tiene esta explicación: Cuando una persona de la Comisión inquirió al autor de la publicación de la obra y éste le manifestó que los originales, desgraciadamente, se le habían perdido o hurtado, ¿sabe el lector qué le contestó?: “que el autor no daba mano a la obra porque*

*no se le daba la gana'' ¡...! Y acepte luego uno, correr con la redacción de obras de responsabilidad que, por lo general, se critican sin leerse y que dañan la salud, ocupan el tiempo, nada producen y comprometen, como consecuencia, la personalidad.*

EL AUTOR.

Noviembre de 1918.

---



## Alborès de la vida pública de Mitre.

---

Cuando ciertos hombres han ejercido en el mundo o, para hablar con más propiedad, en su patria, una influencia perdurable porque sus actos han sido trascendentales y les sobreviven después de la muerte; cuando su acción fué múltiple, esos hombres que tales actos realizaron y tal acción ejercieron, no mueren; sobreviven porque su personalidad se transfigura, se inmortaliza más allá de la tumba.

Esta suerte y no otra es la que corresponde a un argentino ilustre, a Mitre <sup>(1)</sup>, a quien la muerte no tiene poder bastante para borrar su acción, la eficiencia de sus actos en la vida del pueblo argentino y en cuya galería de

---

(1) Bartolomé Mitre nació en la ciudad de Buenos Aires el día 26 de junio de 1821, en la casa calle del Parque — hoy Lavalle — esquina Suipacha, en la acera orientada al este y norte, y falleció en la misma ciudad a los diez y nueve días del mes de enero de 1906. Fueron sus padres don Ambrosio Mitre y doña Josefa Martínez, nacidos, respectivamente, en territorios uruguayo y argentino.

hombres célebres se destaca en primer plano dentro del cuadro, por su vida pública múltiple, que comprende diez lustros, media centuria de la historia de la República Argentina, y cuya actuación tuvo también su eficacia en otras repúblicas americanas, como la Oriental del Uruguay, Bolivia y Chile, en donde también figuró en primera línea como militar, diarista y publicista.

Su muerte, a poco de ocurrida, no fué óbice que impidió a sus compatriotas, ni a los americanos, pronunciarse sobre el elogio y escribir el juicio sobre la personalidad del patricio, cuya eficiente y fecunda vida pública, acallado que sea el juicio apasionado de los hombres, ha de fundamentarse con el justiciero y definitivo fallo de la historia, porque hoy sus contemporáneos sientan como pedestal inenmovible de su personalidad, que fué el teniente general Mitre, el hombre de letras, el político, el gobernante y el militar, un alto y clásico ejemplo de virtudes cívicas.

La historia argentina, que es de ayer, si ha de compararse con la de los pueblos del viejo mundo, que nos precedieron en la lucha de la civilización y en la evolución del progreso, tiene en el escenario de la vida pública personajes que brillan con luz propia en las esferas del gobierno, en el ejercicio de las armas y comando de los ejércitos, en la carrera de la diplomacia, en el noble palenque de la aplicación de la inteligencia al estudio y difusión de las bellas letras; y con ser tan complejos y vastos los elementos que forman el cuadro, ninguno de

ellos comprende un conjunto de labor tan fecundo y diverso como el que ejecutó el noble varón que nos ocupa y ante cuya urna cineraria se inclinaron los estandartes de las naciones de Europa y de América, que rindieron su homenaje a la extraordinaria labor del patricio, que en época memorable unificó a la Nación.



Que la acción de Mitre fué múltiple lo dicen sus servicios en defensa de la libertad y del orden, cuando ofreció su espada a los gobiernos del Uruguay, de Bolivia y a su patria. Cuando dejó la vida de los campamentos para tomar su puesto en el diarismo y exponer con su pluma la doctrina política y los problemas que preocupaban a los hombres de su tiempo en América. Cuando, miembro conspicuo de los parlamentos, ilustró con su palabra los debates en discusiones famosas y memorables. Cuando, en el ejercicio del gobierno, fijó rumbos definidos a la acción del mismo e inició adelantos y progresos materiales, estimulando la construcción de nuestros primeros ferrocarriles, organizando nuevos planes de educación secundaria, defendiendo el honor de la nación ultrajada en el ejercicio de su soberanía e invasión de su territorio; estableciendo sobre reglas fijas los de-

rechos de la Nación en la discusión diplomática y haciendo variada labor de escritor con la publicación de obras históricas, militares, literarias, arqueológicas, de política, de lingüística, de numismática y bibliografía, que le dan tan justa reputación de ilustrado y de inteligencia superior.

Es así, que allí en Montevideo, en el trato intelectual de los hombres representativos de la época, a que daban significación e importancia: Echeverría, Varela, Gallardo, Cané, Rivera Indarte, Herrera y Obes, Lamas, los videntes del Congreso del año 1824 (porqué no llamar así al doctor Julián Segundo de Agüero), y en lo militar la palabra de Pacheco, la táctica de Paz, el valor y la impetuosidad de Garibaldi; el joven Mitre, al ceñir la espada, aprendió también a usar la pluma para dedicar a las letras, a la enseñanza y al debate toda la savia de su vida, las energías de su espíritu y la luz de su intelecto.

Por eso, rompiendo con la rutina, en la enseñanza empírica de la artillería y a fin de evitar prácticas viciosas e iniciar métodos científicos, el joven militar dió a luz su primera obra: un manual de artillería.

Y como si presintiera que la nueva época que sobreveniría habría de necesitar, no sólo hombres preparados en el arte de la guerra, sino escritores y publicistas instruídos en los conocimientos que exigían los nuevos tiempos y la evolución que se realizaba en la literatura, se incorporó a la prensa diaria y se hizo publicista, en-



trando al debate político e histórico, en que se discutía la doctrina, se establecían las bases del gobierno democrático, traducía los versos romancescos del *Ruy Blas*, de Víctor Hugo, daba a luz sus primeras poesías y argumentaba para el teatro un drama tejido en la historia de la independencia de Colombia: *Policarpa Salabarrieta*, y otro de costumbres: *Soledad*.

No es este el momento de trazar la vida del joven emigrado argentino en las Repúblicas del Pacífico: en Bolivia, en Chile, en el Perú, sea cuando sirviendo a las órdenes del general Ballivián, en guerra con el general boliviano Agreda, es uno de los que decide, con el fuego de su artillería, la victoria de Vitiche; sea cuando ejerce su acción como militar científico en la dirección de la Academia Militar de Bolivia, y menos es el caso de ocuparse de su influencia como periodista en Chile, dirigiendo el *Comercio de Valparaíso* y redactando, con el doctor Juan Carlos Gómez, *El Mercurio*, defendiendo los ideales y propósitos del partido pipiolo o liberal, en lucha con el pelucón, cuyos jefes eran don Manuel Montt y don Antonio Varas; y menos se ha de seguirle en su propaganda liberal en la prensa boliviana o peruana, en la época del general Castilla, por cuanto estos capítulos importantes de la vida del general Mitre le corresponde estudiarlos y narrarlos a su futuro historiador.

El propósito por hoy tiene que ceñirse a bases muy limitadas y sintéticas: aquellas que se refieren a la vuelta a la patria del coronel Mitre, época en la que, en pleno

dominio de su inteligencia y de su carácter, el joven jefe argentino (tenía treinta años) que poseía ya una sólida ilustración y un equilibrio intelectual admirable, despliega su múltiple acción en la prensa, en el parlamento, en el gobierno y en el ejército.

---



## II

### Después de Caseros. — El Acuerdo de San Nicolás.

---

La hora de Caseros ha sonado. La tiranía ha muerto y Rozas desaparece para no volver más a la tierra argentina. Los nuevos rumbos que señala la victoria producen nuevos sucesos y llaman a otros hombres. Es la hora en que vuelven a la patria, después de largo destierro, los hombres del partido Unitario, que han cumplido dignamente su misión, errantes y dispersos en la América latina, pero dando brillo a la ciencia, a las letras y al gobierno a orillas del Atlántico y del Pacífico; en Montevideo, en Chuquisaca y La Paz, en Chile y en Lima. Es el momento en que se hace imprescindible reconstruir una nación y establecer las bases de una verdadera democracia; pero para ello es imprescindible, también, abatir al caudillismo, fundamentar las instituciones, reglamentar la educación, regularizar los impuestos, levantar el debate parlamentario y de la prensa, crear industrias, proclamar la libertad de los ríos, realizar tratados de comercio y amistad, disciplinar el ejército, fundar la institución bancaria, establecer y unir las

aduanas, sancionar los códigos, restablecer las universidades y organizar los gobiernos provinciales para fundamentar la unión nacional.

La tarea es ardua, múltiple, al parecer ímproba, pero, con ser así, ella no amedrenta a los que han de llevar a término feliz la organización de la Nación, arrancando de raíz todos los residuos de la demagogia anárquica y semibárbara por medio de la unión de todas las provincias argentinas, bajo la base de la Constitución federo-unitaria ideada por Echeverría.

Caseros es un detalle, es el hecho histórico; alrededor de él se mueven ambiciones mal disimuladas y peor contenidas. El *Acuerdo de San Nicolás* es una de sus consecuencias. Allí parece, por una aberración histórica, que los pueblos, después de tanto batallar, se han vuelto tímidos, y en el debate donde lucen, en primera fila, su capacidad parlamentaria, el doctor Vicente Fidel López por una parte, el doctor Vélez Sársfield y el coronel Bartolomé Mitre por otra, parece, al juzgar el criterio de alguno de los oradores, que se dudase de la capacidad de los pueblos para el ejercicio del gobierno propio.

Roto el *Acuerdo de San Nicolás*, la revolución del 11 de septiembre rompe, a su vez, la frágil unión de Buenos Aires y la Confederación; y dos nuevas entidades de gobierno, el Estado de Buenos Aires por una parte y la Confederación por otra, ocupan distinto papel político, aunque coadyuvando a un mismo fin, hasta que llega el día memorable de Pavón, el 17 de septiembre de 1861,



complemento de la revolución del 11 de septiembre, síntesis de la organización nacional y resultado de la iniciativa del esfuerzo del general Mitre y de algunos de los hombres que le secundaron.

En la parte correspondiente a Mitre, en la discusión del *Acuerdo de San Nicolás*, los adversarios del General hicieron a éste cabeza de proceso de una frase del discurso (1). Cuanto a la forma y fondo de la arenga, cabe preguntar:

¿ Por qué al formularse la crítica injusta, no se estudia el discurso del joven orador? Su palabra, sin duda, no tiene en esa sesión la elocuencia serena del doctor Vélez Sársfield, ni el brillo de la dicción del ministro doctor Vicente Fidel López, que en cierto momento se dirige al público de la barra en enérgico reproche, pero la peroración de Mitre es clara y sabe sostener, excepto el párrafo criticado, la altura del debate. La prueba de lo que se afirma es evidente cuando se lee el discurso de Mitre y se analiza desde el principio hasta el fin, cuando dice:

“Voy a exponer los fundamentos de mi juicio, y el modo cómo mi conciencia se ha formado, para explicar mis palabras que tal vez parecerán arrogantes.”

---

(1) La afirmación del discurso que criticábase era aquella en la que respondiendo Mitre a la interrogación del ministro López, le contestó con cierta altisonancia: “Que lo que había aprendido en el destierro era a voltear a cañonazos las puertas de los ministerios.” (1)

Luego llama “poder irresponsable y despótico” al gobierno que el *Acuerdo* trataba de organizar, dadas las prerrogativas que le concedía, y agregaba:

“Yo preguntaré: ¿qué responsabilidad tiene esa autoridad, para ante quien la tiene y quien pueda hacerla efectiva? Yo preguntaré: ¿qué regla, qué ley tiene esa autoridad para guiarse y para gobernar a los pueblos? Si se me demostrase que hay algún fundamento, alguna ley o regla para esa autoridad, nada tendría que decir; pero a menos de cerrar los ojos a la luz de la evidencia, es necesario reconocer conmigo que ningún otro fundamento que la voluntad del dictador, tiene esa autoridad, puesto que se le inviste de la soberanía nacional en toda su plenitud, para que él use de ella, sin determinarle ninguna norma, sin ponerle un límite, sin trazarle un círculo. Es necesario reconocer, pues, que ninguna responsabilidad tiene y que si la tuviera no hay poder alguno que pueda hacerla efectiva. Se ha dicho no sé donde, ni con qué motivo que la tiene ante el país: pero, señores, a esto sólo se puede contestar, como Hamlet: «Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras... y nada más que palabras!».

“Por último es necesario reconocer que ninguna regla, que ninguna ley tiene esa autoridad para guiarse y gobernar a los pueblos, puesto que todo se ha fiado al buen uso que de ella haga el general Urquiza; es decir que se ha dejado al arbitrio de una voluntad, que es lo mismo que sancionar la arbitrariedad. ¿Qué nombre

merece una autoridad semejante? Yo la llamo dictatorial, irresponsable, despótica y arbitraria.

“Hablo de la autoridad sin referencia a la persona del general Urquiza, en quien se pretende encarnar la ley que le crea dictador, para hacerle cambiar la corona cívica que rodea sus sienes por una corona de cartón dorado, que él debe de pisotear bajo su planta, como el símbolo de un principio despótico que se quiere hacer prosperar a su sombra.

“He llamado a esa autoridad dictatorial, irresponsable, despótica y arbitraria. Me había olvidado de llamarla absurda, y para demostrarlo no necesito devanarme mucho los sesos. Me basta hacer una pregunta: ¿Si el general Urquiza no existiera hoy en la República, se habría creado una autoridad con facultades omnímodas? De cierto que no, pues en el mismo tratado se declara implícitamente que se le nombra a él por ser el único que puede desempeñarla; de lo que sacamos en limpio que la autoridad se ha creado para la persona, no para el país.”

“Creo que no se necesita decir más para demostrar que una autoridad semejante es absurda; pues la autoridad se constituye para todos y cada uno, y no para el que la ejerce. Lo contrario sería lo mismo que hacer la casaca para los botones y no los botones para la casaca.”

Luego el diputado Mitre, cuya palabra se mantenía a la altura que revela lo escrito, entraba a juzgar, en conjunto, las atribuciones que se concedían a Urquiza y exponía:



“Esa autoridad puede disponer de las rentas nacionales sin dar cuenta a nadie.

“Puede reglamentar la navegación de los ríos, como si fuera un cuerpo legislativo y soberano.

“Puede ejercer por sí y ante sí la soberanía interior y exterior sin necesidad de previa y anterior sanción.

“Puede disponer del presente y comprometer el porvenir.

“Puede sofocar revoluciones y aun hacerlas desde lo alto del poder.

“Puede disponer de todas las fuerzas militares de la Confederación, como si se hallase al frente del enemigo.

“En la esfera de lo posible, no sé qué otra cosa le sea dado poder hacer a otra autoridad humana, a la cual se le pone en una mano la plata y en otra las bayonetas, y a cuyos pies se ponen el territorio, los hombres y las leyes entregándole el presente y el futuro.

“Si los que han instituido esa autoridad hubiesen sido emanaciones legítimas del pueblo, aun estando plenamente autorizados para tratar en su nombre, yo les negaría del mismo modo el derecho de crear una autoridad semejante.

“Me fundaría para ello en que el pueblo no puede dar aquello que no es suyo y que posee por virtud de un derecho natural, es decir de la libertad y de la justicia. Es abolir la libertad crear un poder superior a ella, y es suprimir, violar la justicia, crear un poder despótico que no tenga obligación de respetarla, es decir:

un poder que tenga tal fuerza que pueda atar los pies y manos a la libertad y quebrantar entre sus manos vigorosas la vara robusta de la justicia...

“Los que aconsejan al pueblo que apague su sed en esa esponja envenenada, son corruptores de la moral pública; sí, señores, yo los llamo corruptores; son envenenadores, sí, señores, yo los llamo envenenadores. Aconsejar la admisión de una autoridad que no debe de tener más ley que su voluntad ni más límite que su voluntad, ni más contrapeso que esa voluntad misma, y querer hacer aceptable esa autoridad diciendo que va a durar pocos días, es imitar al torpe seductor que empieza por sofocar el pudor de la virgen para deshonorarla. La moral pública es el pudor de los pueblos; su libertad es su honor. ¡Vergüenza y vilipendio al que la viole.”

Después de volver al debate el ministro doctor López y hablar del diputado doctor Pico, sosteniendo el *Acuerdo*, tornaba a tomar la palabra el diputado Mitre y rectificaba antecedentes históricos diciendo:

“El punto por el cual se han tocado los discursos a que voy a contestar, es aquél por el cual los dos oradores que me han precedido en la palabra han aseverado que todas nuestras desgracias provienen de la anarquía, de los excesos de la libertad, de los excesos populares. ¿Y por qué no se dice la verdad? ¿Por qué no se dice que todas nuestras desgracias provienen de los excesos de los malos gobiernos, de los excesos de la tiranía, de los excesos de los caudillos sanguinarios que han oprimido

y ensangrentado la República? ¿Por qué no se dice esto y se habrá dicho la verdad? La verdad es que todos nuestros males provienen de esas causas, y no de los excesos de la libertad, como se ha dicho. ¿Dónde se estrelló el Congreso Nacional de 1826? En el aduar del bárbaro. ¿Dónde fracasó el pensamiento de la organización nacional en esa época? En la tienda militar del general Quiroga. ¿Quién ha desgarrado la constitución nacional que nos hemos dado? Las lanzas afiladas de los caudillos. Y sin embargo, se dice que todas nuestras desgracias provienen de la anarquía, de los excesos de la libertad. — Yo tomo esto como un sarcasmo, por una ironía amarga que se arroja al rostro de la desgraciada República Argentina. Los excesos de la libertad se dice, ¡como si estuviéramos tan hartos de libertad!...

“Pocas veces hemos llevado a nuestros labios sedientos la copa embriagadora de la libertad, y a pesar de esto se nos dice ¡que son sus excesos la causa de nuestros infortunios! ¡Ojalá hubiese habido exceso de ese género! En esta parte soy de los que piensan que es preferible irse un poco más allá en materia de libertad, que quedarse más acá, o irse más allá en materia de autoridad o despotismo. Los males que puede ocasionar la libertad se remedian por ella misma. Es como la lanza de Aquiles, que cura las heridas que abre. No sucede así a la autoridad, cuyos estragos cuesta mucho reparar, y cuyos abusos labran la desgracia de los pueblos. ¡Ojalá, lo repito, hubiese habido más libertad que la que ha ha-

bido! Si algo bueno tenemos, si algunos principios conservadores de la sociedad han resistido a las horribles borrascas en que nos hemos agitado, lo debemos a ese poco de libertad que hemos gozado. ¡No la maldigamos, no la calumniemos! Por el contrario, bendigámosla con todo el fervor de nuestra alma, con todo el entusiasmo de nuestros corazones.”

Juzgaba luego el orador otros antecedentes históricos que se involucraron en la discusión; analizaba principios y consecuencias; exponía la doctrina política que a su juicio debía imperar en tan difíciles circunstancias; examinaba uno por uno los artículos todos del *Acuerdo* y terminaba solicitando de la Legislatura el rechazo del mismo.

Han pasado seis décadas y más de un lustro, sesenta y seis años, y alejados relativamente por lo que se refiere a la historia, de aquella memorable asamblea y del ambiente ardiente de esa política, se ve que ya en ese entonces la figura del joven coronel Mitre se sentaba sobre base firme.

Nadie podrá negar que las bases del *Acuerdo de San Nicolás* eran peligrosas y mucho en aquellas circunstancias, y que los ministros del gobernador López y Planes, que concurrían a defenderlo en la discusión suscitada en la Cámara de diputados, que lo eran los doctores Vicente Fidel López, Gutiérrez y Gorostiaga, estaban muy equivocados.

Era a la Provincia de Buenos Aires que tenía el

honor de defender en ese año, como en otros, antes y después, la verdadera doctrina constitucional y los principios de una amplia política liberal y era también a un joven coronel, cuyos entorchados conservaban frescos todavía el olor de la pólvora de Caseros, e hijo de Buenos Aires, a quien le tocaba usar de la palabra con brillo y acertada lógica, y si es posible que a algún lector le parezcan exageradas algunas de las afirmaciones del diputado Mitre, conviene también que pare la atención en la altura del concepto de la peroración, y esto no obstante el ambiente de la época, los sucesos que se desarrollaban y el escenario en que actuaban los hombres representativos del tiempo.

---



---

### III

#### ANTECEDENTES DE PAVON

La Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires. — El general Urquiza. — El coronel Mitre en la Constituyente de Buenos Aires en el año de 1854. — Acuñación de moneda. — Ley de ciudadanía. — El sistema federal. — La unión nacional, ideal de Mitre. — Mitre gobernador de la Provincia de Buenos Aires. — Intervención a San Juan. — La Rinconada del Pocito. — Juan Saá. — Cartas cambiadas entre el doctor Derqui, Urquiza y Mitre.

---

Si hubo momentos en la vida pública del general Mitre en que los sucesos pusieron a prueba el temple de su espíritu y su videncia de estadista, fueron sin duda los de la época que precedió a la organización nacional y que corren de los años de 1852 a 1861, en que, después de cincuenta años de lucha anárquica, quedó unificada la nación.

Entre los elementos que entran en juego en la política argentina de ese entonces, los dos que descuellan y que diseñan los acontecimientos, son los que se llamaron Confederación Argentina y Estado de Buenos Aires. Caseros, en lo poco que tiene de batalla, porque el choque de los ejércitos estuvo muy lejos de ser sangriento

y por ende obstinado, tiene mucho del exordio, de una nueva situación política cuyo principio es la caída de la tiranía.

Si el vencedor en Caseros, si el general Urquiza se hubiese contentado con el laurel del triunfador, retirándose como Aquiles a su tienda, vale decir a su hogar, después de la victoria, habría salvado si no incólume su nombre, a lo menos con una gloria envidiable. Pero el gran jefe entrerriano era un carácter levantisco y su soberbia no admitía, por lo general, observaciones.

Los emigrados, que confiaban recibir al general victorioso con los plácemes y homenajes que merecía, no volvían de su asombro cuando le vieron aparecer al frente de sus tropas con el cintillo punzó en su sombrero de copa.

Y esa sorpresa, era la protesta muda de los vencedores que veían en ese emblema el símbolo de la matanza, del exterminio, de la persecución a todo lo que era unitario, pues su lema fué siempre el sanguinario y vulgar de: *Federación o muerte.*

Agréguese a esto, lo que empezó a hacer dudar de las virtudes del vencedor a los recelosos, las facultades acordadas por los gobernadores de las provincias, incluso la de Buenos Aires, que, reunidos en la ciudad de San Nicolás, confirieron a Urquiza amplitudes de gobierno que le daban hasta ventajas dictatoriales y sobre las que estatúan los artículos 14 y 15 del *Acuerdo*; este último, que facultaba al general Urquiza con el mando efectivo

de todas las fuerzas militares y se tendrá idea de la razón fundamental para que la Cámara de representantes de la Provincia de Buenos Aires rechazase el *Acuerdo* por la voz de sus tribunos Vélez Sársfield y Mitre.

Sabedor de esta resolución, el general Urquiza, que en cosas de gobierno y ejercicio del poder no siempre sabía contenerse, evidenció la protesta y... ¿Cómo? Pues atropellándolo todo y ordenando a sus tropas disolviesen la Legislatura. Destituyó luego al gobernador delegado don Manuel Guillermo Pinto, por renuncia del gobernador don Vicente López y Planes, y desterró a los diputados de la oposición, entre éstos al entonces coronel Bartolomé Mitre; hechos estos que tuvieron lugar el día 23 de junio del año de 1852.

Pero el pueblo de Buenos Aires, que si creía justo entonar loores a Urquiza, no estaba dispuesto a aguantar un amo, se subleva el día 11 de septiembre del mismo año, al ver que Urquiza vuelve a reasumir el mando y lo delega en la persona del general Galán.

Desde aquel día queda tendida la línea separatista entre Buenos Aires y la Confederación, hasta que llega *Pavón*.

Y desde aquel día también empieza a destacarse en la sucesión de los acontecimientos internos de la República Argentina y particularmente en la ciudad de Buenos Aires, el joven coronel Mitre.

Es Mitre el que, nombrado jefe de la Guardia Nacional, se dirige a los ciudadanos y les proclama. Es Mitre

el que corre a los cuarteles y arenga a la tropa. Es Mitre el que, como jefe de estado mayor de la defensa organizada por el general José María Paz, comandante de la plaza sitiada de Buenos Aires, complementa la organización de esa defensa con distribución de cantones y construcción de trincheras. Es Mitre el que sale al frente de las tropas y es herido en los potreros de Langdon. Es Mitre el que, como ministro de Guerra y Marina en el gobierno de don Pastor Obligado, le imprime nervio y energía a la administración. Es Mitre el que, como diputado en la Asamblea Constituyente de la Provincia de Buenos Aires, luce con la palabra en los debates para elaborar la Constitución de la Provincia de Buenos Aires del año de 1854. Es Mitre el que toma parte importantísima en las discusiones de la legislatura de esa provincia, con relación a la acuñación de moneda, como miembro informante de la Comisión de Hacienda, y en momentos en que era imprescindible crearlo todo, hasta la reglamentación de la moneda, pues aún en ese entonces no estaba creado el Banco de la Provincia de Buenos Aires, que sobre las ruinas de la Casa de Moneda, antes Banco de Estado, había de organizar esa potencialidad financiera el talento del doctor Dalmacio Vélez Sársfield. Es Mitre el que traza con cerebro de jurista, y como ministro habla con lucidez pasmosa sobre leyes agrarias a aplicarse en el Estado de Buenos Aires, analizando el principio de propiedad bajo todas sus fases, estudiando los antecedentes legislativos del país y extendiendo sus

consideraciones sobre las ventajas y desventajas de la enfiteusis, lo que había sido la propiedad de la tierra y lo que habían sufrido los propietarios con la sanción de leyes como la de los boletos de sangre. Es Mitre que es el nervio del gobierno de don Pastor Obligado, el que toma la defensa hasta de los proyectos financieros del gobierno del Estado de Buenos Aires, siendo con motivo de la discusión sobre acuñación de moneda que, en la sesión de la Legislatura del día 13 de septiembre del año de 1854, mide sus armas, por primera vez, con la inteligencia más instruída en materia financiera en esa época: el doctor don Dalmacio Vélez Sársfield.

Es haciendo la historia de la moneda, de la equivalencia del medio circulante, y de las ventajas que la acuñación podrá producir al Estado de Buenos Aires, por la existencia en oro en el país y fundamentando su opinión en la defensa del proyecto con la enseñanza de los maestros en economía política y finanzas en ese tiempo, como Juan Bautista y Horacio Say, Mac Culloch, Chevalier, y Peel, que habla el miembro informante coronel Mitre, cuando dice:

“A primera vista parecería una novedad que yo diga ahora que el medio circulante en Buenos Aires, no es el papel, no es la plata, sino el oro, y que cuando decimos que una onza vale trescientos cuarenta pesos, como vale hoy, no hacemos sino dividir la onza en trescientos cuarenta partes, representada cada porción por un papel con el cual adquirimos las cosas que necesitamos, y cuyo



valor es el de esa fracción de onza que se llama peso de papel moneda; y realmente es así, porque de lo contrario sería absurdo suponer que este fenómeno lo produjese un signo representativo sin valor intrínseco...

“Según los datos adquiridos antes de confeccionar este proyecto, pasan de diez mil marcos de plata y de diez mil onzas de oro las que vienen del interior; y que la plata y oro que pasan por la cordillera para buscar el mercado de Chile, es de veinticinco mil marcos de plata y quince mil onzas de oro, que afluyen a Buenos Aires, desde que éste les presenta un mercado ventajoso y seguro...

“El primer argumento que se opuso al proyecto fué un razonamiento negativo: desmentir la verdad de un hecho comprobado por la estadística oficial y contradecir en consecuencia el informe de la junta directiva del Banco que se ha leído. Se ha dicho con este motivo que es falso que se lleve a Chile plata de origen argentino, y que los veinte y cinco mil marcos de plata que pasan en tránsito anualmente de Salta a Copiapó, son todos de Bolivia, y que son bolivianos los que los transportan. Se ha negado también que las provincias del Norte produzcan oro. En efecto, señores, toda la plata que pasa en tránsito por Copiapó, atravesando la provincia de Salta, es exclusivamente boliviana, porque las provincias del Norte no tienen minas de ese metal <sup>(1)</sup>, pero pro-

---

(1) El orador se refería a Salta y Jujuy, que son las provincias del Norte, y no a Catamarca y la Rioja, que son andinas del centro (el autor).

ducen oro. Voy a explicar al señor diputado cómo el hecho tiene lugar, y puede creérsese, pues he estudiado el hecho en los mismos países donde el hecho tiene lugar. No son los productores bolivianos los que hacen pasar en tránsito por Salta los veinticinco mil marcos de plata de que se ha hablado; los bolivianos se limitan a hacer el contrabando con la plata fina en la frontera, y el comerciante salteño se encarga de conducirla por su cuenta hasta el mercado chileno. Para adquirir ese producto es indispensable que el comerciante de Salta dé algun otro producto en cambio, a no ser que los bolivianos lo den de balde: o a no ser que posean ese secreto mágico de que se ha hablado, de adquirir oro sin desembolsar nada: los productos se adquieren con productos o con moneda metálica, que es lo mismo. En la frontera de Salta, la plata boliviana se cambia por el oro argentino, oro que sale de los lavaderos de La Quiaca, en Salta, de La Rinconada, en Jujúy, y otras partes inmediatas, porque las solas provincias del Norte, a pesar de lo que se ha dicho, producen suficiente oro para rescatar veinticinco mil marcos de plata boliviana en piñas, y les queda todavía como un excedente de quince mil onzas de oro, que llevan al mercado chileno, sin contar para nada con el oro de las demás provincias, cuya cantidad es considerable, pues por las fronteras de Catamarca y de la Rioja pasan a Coquimbo muchos miles de castellanos de oro al cabo del año.”

Dentro de la presente síntesis, cabe la ampliación an-

terior, porque ella pone en evidencia cómo el entonces coronel Mitre defendía el proyecto de acuñación y evidenciaba las ventajas de que la ejecución de la misma se realizara en la casa de moneda de la ciudad de Buenos Aires. Como fundamento del proyecto y después de aducir observaciones prácticas, relativas a existencia del precioso metal en la Argentina, y citar a favor del proyecto, en la parte técnica de la discusión, los beneficios de la acuñación entre nosotros, a objeto de impedir que la ganancia en la acuñación la obtuviesen las casas de moneda de Santiago de Chile y de Potosí, y no la casa de moneda de Buenos Aires, superior a todas en ambas Américas, con excepción de la de Méjico, por su maquinaria más completa.

Desaparecida la casa de moneda de la Rioja, debían tardar treinta años después del discurso de Mitre, los que corren de 1851 a 1881, en amonedarse en Buenos Aires.

Pero conviene volver a referir su actuación.

Es Mitre el que, como jefe de estado mayor del ejército de Buenos Aires, sale a campaña para batir la invasión que hicieron en la provincia de Buenos Aires las tropas mandadas por los generales Costa y Flores y los coroneles Lagos, Laprida y otros, y alcanza, el día 8 de noviembre de 1858, la victoria en los campos del Tala. Es Mitre también el que, como gobernador de Buenos Aires, organiza el ejército que marcha a la campaña que termina en Cepeda el día 23 de octubre del año de 1858, y cuyos

antecedentes de guerra fueron: primero, el decreto del 1º de febrero del mismo año, por el cual dejaba sin efecto el gobierno del doctor don Valentín Alsina, la ley que aseguraba beneficios a la Confederación y por la cual se retiraba el boleto de depósito, que garantizaba la libre exportación de los frutos del país que de las provincias del interior llegasen al puerto de la ciudad de Buenos Aires, sometiéndoselos luego a la molestia de las tramitaciones del reembarco; 2º, la insistencia de los emigrados porteños, entre otros los generales Escalada, Espinosa, Iriarte y Pirán, para volver a la provincia de Buenos Aires, y 3º, el interés de la Confederación, las Provincias, para someter al Estado de Buenos Aires.

Y así, en todas las esferas del gobierno, en la administración de éste, en la legislatura, en los debates de organización del Estado, en los cuarteles, en los campos de batalla, en la extensión de fronteras o en las discusiones por la prensa, en todos ellos, aparece espectablemente la figura de Mitre, hasta que después del pacto del 11 de noviembre de 1859, llamado *Pacto de Unión*, celebrado entre los señores representantes del Gobierno de la Confederación, generales Guido y Pedernera y doctor Daniel Aráoz, y los de la provincia de Buenos Aires, doctor Carlos Tejedor y don Juan Bautista Peña, viene la reincorporación de Buenos Aires a la Confederación por la jura de la Constitución Nacional, previa aceptación de la Constitución de la Provincia de Buenos Aires por una convención nacional reunida en Santa Fe.



Que eran tiempos difíciles aquellos porque la situación estaba amagada de peligros; que era imprescindible ponerse a la obra de una completa regeneración en las ideas y en los propósitos que movían a los hombres; que debía de procederse con desapasionamiento y con un criterio libre de prejuicios; que el ideal de los políticos debía de encuadrarse en una constancia que se caracterizara por la tenacidad; que la luz que alumbrase las sendas a recorrerse no debía ser otra que la de la razón y que el sentimiento que debía de mover las acciones de los hombres debía ser también el patriotismo; que era el desinterés de gobernantes y gobernados y la virtualidad de sus propósitos. Esto era lo que debía de primar en todos los actos de los hombres que después de *Caseros* ejercían su acción en el gobierno del Estado de Buenos Aires.

Y entre ellos ninguno de sus contemporáneos y coetáneos desplegó mayor actividad como se evidencia que el joven coronel Mitre, que con haber sido hasta allí en mucha parte hombre de armas y de prensa, empezó a distinguirse como tribuno en la plaza pública y como orador en el parlamento, vale decir en la Legislatura de Buenos Aires, en los años de 1852 y 1854.

Fué sin duda un vidente Mitre desde sus años juveniles, y por eso se dedica solo, sin más ayuda que los



dictados de su conciencia, las luces de su intelecto, sus propias fuerzas al estudio sin maestros, y así, haciéndolo todo individualmente, llegó a distinguirse al principio en sus ensayos de hombre de letras y en su actuación en la prensa de Montevideo, Bolivia y en la de Chile, en la que descolló en primera línea entre los representativos de la nación, los intelectuales de la época.

Los antecedentes de la ilustración de Mitre y su preparación para discutir la doctrina política, los principios de gobierno del punto de vista de las necesidades de éste y del derecho positivo y constitucional, se pusieron muy de relieve en la discusión de la constitución de la Provincia de Buenos Aires del año 1854, donde tuvo que medirse con legistas de la importancia, entonces, de los doctores Vélez Sársfield, Valentín Alsina y Carlos Tejedor.

Para constatar la veracidad de la afirmación están los antecedentes constitucionales del caso, que no son otros que los hechos referidos, la pintura de la situación, la exposición de principios y discusión de doctrinas en los debates de la Convención, y entre éstos los que ocuparon las sesiones de los días 2, 3, 4, 6 y 7 de marzo del año de 1854.

En la sesión del día 2 se discutía la unidad o división del poder legislativo y el coronel Mitre, que era partidario de la primera, por error, como lo declaró después, o, mejor dicho, porque los progresos de los tiempos exigían la división del legislativo en dos cámaras, pronunció un discurso nutrido de observaciones y comentado con

antecedentes históricos americanos, entre los que primaba este pensamiento que es, sin duda, un apotegma: “*Las libertades que se conquistan y se guardan valen más que las garantías escritas*”, y entrando luego a estudiar el principio constitucional relativo a la declaración que establecía en la Constitución, “de que el Estado de Buenos Aires podía sancionar leyes de ciudadanía”, evidenciaba la sin razón y la improcedencia de esa declaración y decía:

“Los señores de la comisión dicen terminantemente que somos « parte de la nación ». Y entonces, ¿con qué derecho legislamos sobre la ciudadanía? ¿Estamos acaso en los tiempos de la Edad Media, en que había una ciudadanía de ciudad y otra ciudadanía nacional? ¿Puede haber dos especies de ciudadanía en una misma nación? Esto sería retrogradar en el camino de la civilización, esto es poner trabas a la unión que tanto se proclama, es por el contrario introducir un principio de antagonismo y de discordia. Me parece que si formamos parte de una nación, son ciudadanos de Buenos Aires, lo mismo que de las demás provincias hermanas, todos los ciudadanos de la nación; y quienes han de serlo, es punto que corresponde a la soberanía nacional, y de ninguna manera a una sola provincia, que ni en parte ni en el todo puede arrogarse una atribución que no es suya. Esta parte del proyecto me llamó la atención desde la vez primera que lo leí, y teniendo dudas a este respecto, procuré cerciorarme compulsando el derecho público de los Esta

dos federales, y vi que, en los que verdaderamente merecen este nombre, los Estados en particular, sólo legislan sobre el derecho electoral, es decir, sobre quién ha de votar y sobre quién no, pero nunca sobre la ciudadanía, lo cual sería un desorden y daría origen a los más graves conflictos. Por ejemplo, en los Estados Unidos ningún Estado en particular puede legislar sobre ese punto, que es de la exclusiva incumbencia del congreso nacional, nunca de las legislaturas provinciales. Sin embargo, en Norte América no existe perfecta uniformidad en cuanto al derecho electoral. En ciertos Estados se dispone que sólo puedan votar los blancos, y en otros, como sucede en el estado de Michigan, se permite votar en los comicios públicos, no sólo a los blancos, sino también a los indios; pero todo esto sin entrometerse a legislar sobre la ciudadanía, que envuelve la idea de soberanía nacional.”

En la sesión de la misma Asamblea, el día 4 de marzo del mencionado año de 1854, con motivo de discutirse el artículo de proyecto de Constitución relativo a la soberanía interior y exterior, el diputado Mitre, oponiéndose a la redacción del artículo en discusión, decía:

“Para el efecto propongo la siguiente redacción en reemplazo de la del artículo de la comisión: — « La provincia de Buenos Aires es un Estado federal de la Nación Argentina, con el libre uso de su soberanía, salvo las delegaciones que en adelante hiciere el gobierno general..» Como se ve, es el mismo artículo, salvo el « libre y exclusivo uso de su soberanía interior y ex-

»terior», puesto que, si Buenos Aires es un «Estado »federal de la Nación Argentina», ni tiene, ni debe, ni puede tener el libre uso de su soberanía exterior, pues lo que aquí se llama soberanía exterior, es del exclusivo resorte del gobierno general, y a falta de él, no existe provincia alguna que por sí y ante sí pueda hacer uso de esa soberanía comprometiendo derechos comunes, que de ningún modo y bajo ningún título puede comprometer.

“Si, pues, la provincia de Buenos Aires en lo que respecta a su soberanía exterior, no puede comprometer ningún derecho nacional, es decir, que sea del dominio común, ni ningún derecho provincial, que pueda afectar en ningún modo a la nación de que hace parte — aunque Buenos Aires se halle por efecto de las circunstancias en posesión temporal de él, — es claro que no tiene el «libre» ejercicio de esa soberanía, y que por consecuencia, el artículo de la comisión sienta un principio falso que no ha de tener su aplicación en la práctica, o más bien, sienta un hecho falso.

“Hay, señores, un pacto, un derecho, una ley anterior y superior a toda constitución, a esta constitución, así como a cualquiera otra que nos demos más adelante. Hay, señores, una nación preexistente, y esa nación es nuestra patria, la patria de los argentinos. El pacto social de esa nación, el derecho, la ley preexistente que debe servirnos de norma, se halla aquí en este mismo recinto. Allí está: es el acta inmortal de nuestra inde-

pendencia, firmada en Tucumán el 9 de julio de 1816 por las provincias unidas en congreso. Este pacto, anterior y superior a toda ley, como he dicho ya, debe ser el punto de partida de los legisladores; y mientras una revolución no se consume, mientras él no sea desgarrado por la mano de la anarquía o de la violencia, o mientras el pueblo de Buenos Aires reunido en la plaza pública no diga a sus liectores: — « Tomad la esponja y borrad », el artículo al cual hago oposición es ilegal, es inadmisibile. Pero mientras esto no suceda, mientras él subsista, estamos sujetos a todos los deberes que ese gran pacto nos impone, como miembros de la asociación argentina.

“Señores: ese pacto escrito y sellado con nuestra sangre y con nuestras lágrimas, y que hemos sostenido a costa de esfuerzos inmensos, existe y existirá a pesar de nuestros dolorosos infortunios, a pesar de la guerra civil, a pesar de la tiranía y de las pasiones del momento, porque la nación argentina existe en el corazón de todos los argentinos, y con ella el acta de su independencia que lo simboliza. Este es el pacto que todos reconocemos, y que ha reconocido también la comisión que ha presentado el proyecto de constitución; pero es de extrañar que hallándose penetrada de este espíritu, como se ve en otros artículos, no haya sido lógica con su mismo principio al tratarse de este primer artículo, que es de una importancia tan capital. ¿Cuál ha sido el principio de que ha partido la comisión? Ella ha dicho, o ha debido decirse, como se deduce de su proyecto, lo siguiente: —



«Vamos a organizar la provincia en sus relaciones con la nación», pero no ha dicho, ni ha podido decir, porque esto sería una violación de la lógica y del derecho pre-existente: — «Vamos a organizar la provincia en sus relaciones con las naciones extranjeras». Por eso ha dicho en el proyecto de constitución que «la provincia de Buenos Aires es un Estado federal de la Nación Argentina», y es mucho más de extrañar que haya atribuído a la provincia así definida, y en una constitución que lleva el carácter de inmutable, las atribuciones del poder nacional, cuando según las declaraciones de los mismos miembros de la comisión, la provincia no puede ni debe hacer uso de ellas durante el interinato.

“En consecuencia de todo lo expuesto, yo sostengo que debe decirse: — «La provincia de Buenos Aires es un » Estado federal de la Nación Argentina, con el uso de » su soberanía, salvo las delegaciones que en adelante hi- » ere en un congreso general. »

“Aquí esta comprendido todo.

“En la palabra «federal» el sistema que proclamamos y reconocemos.

» En la palabra «Nación Argentina» el reconoci-  
miento explícito de lo que nadie niega y que conviene  
hacer constar.

“En la palabra «soberanía» está, como lo he dicho  
antes, comprendido todo, incluso todo lo que se pide por  
algunos señores diputados, así en lo que respecta al mo-  
mento presente, cuanto por lo que toca al porvenir; y

las delegaciones en congreso general de que se habla, aclaran y corroboran este sentido.

“Creo que es esta la redacción más lógica que puede presentarse, y no sólo la más lógica, sino también la más prudente.

“Señores: La redacción de un artículo constitucional es tanto más perfecta cuanto más satisface a todos los casos previstos y no previstos. La Inglaterra, como lo observa Blackstone, se ha salvado más de una vez por los términos generales, y a veces oscuros, en que sus leyes están concebidas. La redacción del artículo que propongo satisface a todos los casos posibles, y satisface hasta las mismas exigencias de los que le hacen oposición, sin duda, porque en él se establece un principio general, que parece hay empeño en eliminar. Esto parecerá un punto de poca importancia, visto que sólo se trata de más o menos palabras, pero esas palabras importan el reconocimiento o el desconocimiento del gran principio de la soberanía; pero por poca que sea la importancia que se le dé, es necesario tener muy presente que en una constitución que lleva el carácter de inamovible, de una ley para todos los tiempos, no debe descuidarse ninguna circunstancia, por pequeña que ella sea. Nadie puede prever los funestos resultados de un descuido, de la omisión de una palabra, cosas que al principio se reputarán pequeñeces y que más tarde puede traer aparejada una revolución. Estas pequeñeces, suelen ser como esas nubecillas casi imperceptibles que se for-

man en el horizonte, y que luego toman cuerpo y se convierten en una gran tempestad.

“El artículo que yo propongo no presenta ningún peligro, ni para ahora ni para adelante, y es, como he tenido el honor de demostrarlo, el más lógico de cuantos se han presentado. Así, pues, de las redacciones propuestas, me parece que debe aceptarse la que llena estas condiciones, y desecharse aquella que tal vez lleve en su seno el germen funesto de una revolución que considero contradictoria, falsa y peligrosa, y he de sostener la que en mi conciencia juzgo más lógica, más sencilla y más conveniente.

“Contrayéndome ahora a la cuestión, yo estoy porque se conserve en el artículo de la comisión, como lo he sostenido, la palabra «federal» que se había sacrificado en la transacción, porque mis opiniones son federalistas; federalistas como Wáshington, como Moreno, como Franklin, federal de principios, no federal como Rosas, como Urquiza, ni como Artigas, ni como Quiroga, no federal de cuchillo y degüello y de saqueo como los héroes de la mazhorca. Digo que soy federalista porque considero que el sistema federal es el más perfecto, y el más adecuado a las necesidades y tradiciones de nuestra patria, y por esta razón me opongo, para ser consecuente con mis principios a que se incluyan en el artículo las palabras «soberanía interior y exterior», porque Estado federal y soberanía exterior son cosas que se excluyen. De la insistencia sobre esta palabra nace una gran confusión de

ideas; todos se colocan en un punto de vista falso; todos se han colocado fuera del verdadero terreno y como es natural los razonamientos fallan por la base. Nosotros no estamos aquí para hacer una ley de circunstancias, ni para impedir las asechanzas del enemigo por medio de una constitución, como se cree, sino para organizar del mejor modo nuestro país.

“Cuando se habla de la soberanía se habla de la soberanía popular; porque la palabra soberanía excluye cualquiera otra que se ponga al lado. Por supuesto, señores, que la soberanía se ejerce de distintas formas; y así como se puede decir soberanía ejecutiva, soberanía judicial, se puede decir soberanía interior y exterior; pero esto no importa que al redactar una constitución se diga soberanía judicial, ejecutiva y exterior, subdividiendo una grande idea. Deduzco de aquí que por la constitución sólo se debe reconocer y proclamar el gran principio de la soberanía popular, para ser lógicos con nosotros mismos, con nuestros propósitos y con nuestro modo de ser. Así, por ejemplo, señores, la comisión en el artículo 15 dice: «La soberanía reside originariamente en el pueblo, » y su ejercicio se delega en los tres poderes, legislativo, » ejecutivo y judicial. » ¿De qué soberanía se habla? De la misma soberanía que habla el artículo 1, de la soberanía popular, fuente de todo poder y de toda razón. Así, la palabra «interior y exterior» que se agrega, lejos de dar fuerza, lejos de complementar, lejos de ensanchar la esfera de acción de la provincia de Buenos Aires durante

el interinato, no hace más que levantar una bandera de guerra, y limitar la aplicación de un gran principio. Pido, pues, a los señores diputados que consideren la cuestión bajo el punto de vista de los principios generales, y verán ensancharse el horizonte de sus ideas."

Con este criterio y pureza de propósito, sin preocupaciones añejas ni prejuicios, con gran acopio de doctrina, estudiando los hechos del pasado y las necesidades de su tiempo, con arreglo a los preceptos constitucionales y antecedentes históricos y manteniendo siempre firme el sentimiento de sus convicciones, que era el anhelo de su patriotismo, su creencia pura y su constante esperanza en todo lo que decía de la unión nacional que presentía, era como hablaba Mitre, el hijo de Buenos Aires, que con ser así no era porteño ni bonaerense, sino el argentino que sacrificaba toda tranquilidad y vida al porvenir de la patria, amurallándose en sus virtudes cívicas a manera de los patricios a quienes tomaba de ejemplo, para oponerse al sentimiento localista, que en el criterio de la Confederación luchaba por dominar a Buenos Aires y en Buenos Aires, ya que no podía dominar el Interior, por separarse definitivamente de las provincias renegando de la unión.

El que así hablaba en el recinto de una Constituyente era el joven convencional coronel Mitre, y argumentaba su oración anhelando la unión nacional, la reincorporación de Buenos Aires a sus hermanas, las que debían de formar el gran todo de un país extenso, con sus comarcas



despobladas, con difícil y larga vialidad en sus comunicaciones, que en parte habían borrado cuarenta años de anarquía, con escasa y deficiente educación escolar; país cuyas fronteras estaban constantemente amagadas por el indio, sus poblaciones dispersas y distantes saqueadas por éste y sus habitantes cautivos en la sorpresa del *malón*, que todo lo arrasaba, pues no siempre el ejército podía acudir al socorro de los pobladores y propiedades, porque todo faltaba, las industrias y por ende el comercio y hasta la confianza que las naciones europeas podían dispensar a un país que carecía de crédito porque había suspendido el pago de su deuda externa y estaba en plena bancarrota. Esas eran las consecuencias fatales de la herencia de ruina y de desorden, que era barbarie, que había dejado la tiranía de Rozas y los hombres que la sirvieron, los ministeriales, y cuyo recuerdo da idea cabal de la ignorancia y falso criterio de sus conacionales al rememorar a aquéllos en las avenidas de la capital de la República.

El anhelo de la unión a que aspiraba el convencional Mitre, es el emblema del escudo nacional, que se simboliza en las manos cruzadas sosteniendo el asta que remata el gorro frigio de las libertades republicanas, en la aspiración del progreso, que alumbra el padre de la vida, el sol de los Incas. La libertad conquistada en la existencia de la democracia, que dicen de las dos palmas que orlan el escudo y que rememoran lo alcanzado por ella: la victoria en los campos de Tucumán y de Salta.



El día 3 de mayo del año de 1860, el brigadier general Mitre ascendía al gobierno de la Provincia de Buenos Aires, y en ese mismo mes terminaban los trabajos de la Convención Nacional encargada de dictaminar sobre la Constitución de la Provincia de Buenos Aires del año de 1854. Este trascendental acto público fué celebrado en la ciudad de Buenos Aires con fiestas alusivas a su importancia, y fué meses después, ha dicho un publicista argentino que, terminadas las reformas sancionadas por la Convención Nacional en la ciudad de Santa Fe, la Constitución Nacional fué jurada por el pueblo el día 21 de octubre del año de 1860, en todo el territorio de la provincia, y en la capital, en Buenos Aires. Este acto se efectuó en la plaza de la Victoria, con formación de tropas, repique general de campanas, salvas de artillería, músicas y distribución de medallas conmemorativas del día. Y acto continuo se entonó en la Catedral un solemne *Te Deum*, en acción de gracias al Todopoderoso, por la feliz unión del pueblo argentino, acompañado de las corporaciones, empleados, convencionales y cuerpo consular.

Las medallas a que alude el publicista indicado, que no es sino el señor Zinny, fueron de cuatro series, de oro, plata, bronce y plomo respectivamente, y tienen un

diámetro de cincuenta y cinco milímetros y medio. En el anverso dicen: “*Al gran pueblo argentino, salud*”, dentro de corona de laurel y roble. También dentro de corona de laurel y roble: “*A la Unión Nacional — De la República Argentina. En 1860*”. Reverso: En el campo, asta con el gorro de la libertad, sostenido por las manos unidas en círculo de nubes radiantes. Alrededor, los catorce escudos de las provincias argentinas, cuyos nombres respectivos llevan cada uno encerrado en guirnalda de laurel.

Se habla de la medalla y se reproduce la leyenda para evidenciar que tanta pomposidad no obedecía a nada serio. Podía ser muy pura y muy noble la intención de todos y lo que reproducían las medallas conmemorativas, con una frase del Himno, pero en el fondo, en la realidad, el hecho que se festejaba era simple y, desgraciadamente, transitorio. Va a evidenciarse:

Decidido el gobierno de la Confederación a intervenir en la Provincia de San Juan, que se encontraba un tanto anarquizada, designó una comisión, compuesta de los doctores Santiago Derqui, Baldomero García y general José Miguel Galán, para que resolviesen un arreglo y volviesen las cosas a su quicio. Puesta en marcha la comisión, arrivaba a Mendoza cuando recibió la noticia del asesinato del general Benavídez. He aquí como habían pasado los sucesos:

La noche del 23 de octubre del año de 1858 fué asesinado, estando preso en la cárcel de la ciudad de San

Juan, y siendo presidente de la Confederación el general Urquiza, un militar que por sus constantes servicios a la política interna y a la Provincia de San Juan y sus actos en el gobierno de la misma durante diez y ocho años debía respetarse. Era este el general don Nazario Benavídez.

Según los que tramaron el alevoso asesinato, la causa y razón justificativa del hecho, si es que justificaciones caben en un hecho criminal a toda luz condenable, eran que el general Benavídez había sido sorprendido en momentos que efectuaba trabajos revolucionarios.

Fuera cierto o falso el hecho, es el caso que el gobierno de la Confederación persistía en la intervención.

Llegar la comisión a San Juan, asumir el gobierno y tomar posesión militar de la ciudad, fueron resoluciones decididas rápidamente. Siguiéronse luego la prisión del gobernador de la Provincia, don Manuel José Gómez Rufino y su ministro doctor Saturnino Laspiur. Mandóse de seguida levantar un sumario relativo al asesinato de Benavídez; se creó un Consejo Consultivo de Gobierno y luego de proceder con toda arbitrariedad y a modo de *manu militari* contra Gómez Rufino y Laspiur, a quienes no se les pudo culpar de delito alguno; con violación de las disposiciones terminantes de la Constitución Nacional y de la Provincia de San Juan, relativas a que las provincias conservan todo el poder no delegado y se dan y se rigen por sus propias constituciones, se declaró que habiéndose hecho responsable el gobernador Gómez Ru-

fino de hechos delictuosos, “decidía elegir gobernador provisorio al coronel José Antonio Virasoro” (natural de la provincia de Corrientes):

Basta la transcripción de estas líneas, que no necesitan comentario, para convencerse del extraño proceder de la Comisión Nacional, que designaba un gobernador a la Provincia de San Juan, la que había de rechazarlo unánimemente, porque no le ligaban antecedentes ni vínculos de ningún género con el gobernador designado.

No es el caso de entrar en prolijas consideraciones para evidenciar lo que sucedió luego.

Baste saber que el gobernador Virasoro, con un séquito de íntimos y de partidarios correntinos, gobernó arbitrariamente a San Juan, y que esto produjo un nuevo movimiento revolucionario, que principió con el asesinato de Virasoro, el día 16 de diciembre de 1859.

Este luctuoso episodio obligó a otra intervención, propuesta del general Wenceslao Paunero, coronel Emilio Conesa y don José María Lafuente de secretario, y como empezaban a pesar en la contienda las ambiciones políticas del doctor Derqui, quien se decía aspiraba a ejercer una influencia decidida en la provincia de Cuyo, resultó que Derqui, que había sido electo presidente de la Confederación el día 5 de marzo de 1860, designó interventor nacional en San Juan al coronel o general, —para el caso es lo mismo— Juan Saá.

El que lea general Juan Saá, en los anales históricos argentinos, ha de creer que quien llevaba entorchados



de graduación tan alta era un jefe de prestigio que se hubiese distinguido en el ejercicio de las armas, con capacidad bastante para considerar a las circunstancias y con el juicio necesario para juzgar fríamente hombres y sucesos.

Pero, desgraciadamente, no era así, porque el general Saá pertenecía al núcleo fatalmente asaz abundante de nuestros jefes de montonera, que habían desarrollado su acción militar con la bravura común en nuestros caudillos, sin más norte ni ley que su voluntad y su capricho y que no paraba mientes en las consecuencias de sus órdenes. Militar de guerra de indios, de épocas de anarquía, no tenía escuela ni entendía del derecho aplicado a la eventualidad de las hostilidades. Era simplemente un montonero y como tal había de traer a la República la mayor suma de esa gente levantisca cuando, seis años después, volviendo de Chile, penetraba con un ejército de siete mil montoneros en territorio argentino, en el año de 1867, en circunstancias que su patria tenía comprometida la causa de la justicia y la defensa de su honor en la campaña del Paraguay, y para ser derrotado en *San Ignacio*. Estos fueron en parte, antes de su designación, los antecedentes de Juan Saá. <sup>(1)</sup>

---

(1) Y si se quiere saber cual era el juicio que le merecía a un escritor talentoso, Juan Saá, va como nota la opinión del historiador chileno don Benjamín Vicuña Mackenna, en carta al general Mitre, de fecha 1º de enero de 1865, página 86 del tomo XXI del Archivo de Mitre. Dice lo siguiente:

"A propósito de Montevideo, creo no haber contado a usted que a principios de 1862 conocí aquí al salvaje Saá. No he visto jamás un bruto

Era gobernador de San Juan, en momentos que Saa llegaba a la Provincia el doctor don Antonino Aberastein, ex emigrado argentino en Chile en tiempos de la tiranía, hombre culto y, aunque de carácter tranquilo, firme en sus resoluciones.

Y como las circunstancias eran espectantes y Aberastein temiese que la intervención armada de Saá procediese arbitrariamente, resolvió organizar la defensa creando un batallón de infantería y cuerpos de caballería.

Lo que se preveía, el choque fatal, no tardó en producirse, porque, prevalido de sus fuerzas, el interventor Saá, y sin que al hecho precediese arreglo alguno, marchó, el 11 de enero, contra las fuerzas del gobierno acampadas en la *Rinconada del Pocito*, donde se libró una batalla sangrienta, y luego sin cuartel, por parte de Saá, sus oficiales y soldados, a causa de la que perecieron más de cuatrocientos leales al gobierno, entre

semejante. Llévole a comer un día a casa de mi tío, don F. C. O valle, un amigo común de ambos a quien usted conoce, Urizar Garños, y tomé asiento a su lado. A poco andar comenzó a soltar los botones de su chaleco y a respirar como una bestia sofocada. No pudo concluir la comida y salió al patio a respirar. Se conocía que la Pampa le hacía falta y lo ahogaba el comer a manteles. Hablándole yo de usted, me manifestó gran admiración por su mérito, y con una humildad indigna de un verdadero gaucho, me pidió le escribiese tratando de reconciliarlo, prestándole pleno homenaje. No quise hacerlo porque me inspiró tanto desprecio su bajeza como horror su aspecto y su historia."

Esto que afirma Vicuña Mackenna, de Saá, recuerda aquel episodio de otro, titulado general, de Peñaloza, *el Chacho*, a quien algún admirador lo pone en el cuadro de los gobernantes, apóstoles y libertadores, y que invitado a una comida en Chile, se sonaba la nariz con la servilleta.

los que se contaban el gobernador Aberastein, los jefes principales y ciudadanos distinguidos, que fueron inequamente ultimados por órdenes del coronel Francisco Clavero, no escapándose ni los dispersos, pues éstos perecieron todos a *lanza seca* (frase que se ha hecho célebre), según el parte de la batalla firmado por Saá, que conservó ese apodo.

Esta acción de guerra, si acción puede llamarse el asesinato salvaje y la persecución sangrienta del enemigo por los vencedores, que con semejante conducta volvían a los precedentes negros de la tiranía y a la época nefasta de las batallas de *Chascomús*, *Catamarca*, *India Muerta*, *Vences* y *Pago Largo*, causó en muchas de las provincias y muy particularmente en la ciudad de Buenos Aires, una unánime impresión de horror y justificó la más legítima protesta del gobernador de la misma que lo era el brigadier general Bartolomé Mitre.

Si se quieren juzgar, en lo que la razón y el análisis permiten, los documentos que pueden ilustrar los trágicos sucesos ocurridos en San Juan entre los años de 1858 a 1860, para ello puede en parte servir la correspondencia cambiada sobre esos sucesos entre Mitre como gobernador y Urquiza, y Derqui como presidente de la Confederación. Y este juicio tiene que hacerse un tanto más difícil, cuanto en una correspondencia que se presume que ha de pasar a la historia, las plumas que la escriben no han de expresar con independencia todo lo que concibe la mente o dicta el sentimiento, tan lejos

suelen a las veces estar de la verdad los interesados en disfrazar sus intenciones.

Sin embargo, en esa correspondencia puede un fino lector y observador, ver muchas veces que la pasión, el celo, la vanidad son las que suelen predominar con perjuicio del que escribe, y que hace ver en sus afirmaciones mucha parte de su inquina política, que no es la justicia y el análisis sereno de la razón, contra el adversario supuesto o real.

Es así que mientras en una de las cartas manifiesta el doctor Derqui, que a no arreglarse los sucesos de San Juan, ellos llevarían a una nueva y sangrienta guerra civil, Urquiza, en carta datada en San José, en 30 de diciembre de 1860, ya involucra a Buenos Aires en los sucesos de San Juan, cuando afirma:

“Se quiere echar abajo al Gobierno de Corrientes como se quiere echar abajo a los de San Luis, Mendoza, Catamarca y como se han echado a los de San Juan y Salta; se quiere renovar la sangrienta lucha de los partidos, que nos han martirizado tantos años, para que perezca en el abismo la organización del país, que están combatiendo hace muchos años, porque no es obra suya, porque daña a sus ambiciones disolventes, que quieren el sacrificio de todos los pueblos a una sola localidad. Se quiere dominar en todas partes, por el círculo que en Buenos Aires ha heredado a Rosas (!) para imponer de allí la voluntad arbitraria y someter a las provincias al depredante y despiadado monopolio de una provincia.”

Es imprescindible conocer los sucesos que se desarrollaron después para convencerse de la injusticia de ese ataque a Buenos Aires, pero no hay que adelantarse a ellos, que evidenciaron que la política de Mitre tendió siempre a que se evitara la realización de nuevos hechos sangrientos.

Contestando a las afirmaciones de Urquiza, el doctor Derqui, en carta escrita en el Paraná, en fecha 19 de enero de 1861, en la parte que Urquiza aludía a los partidos políticos y a Mitre, le decía:

“Por deber a mi posición y por los medios que ella me proporciona, he estudiado con el más vivo interés y el ánimo más despreocupado, las miras y las tendencias de los partidos políticos, y aún de los círculos en que ellos se subdividen y no he encontrado ni remotamente la idea en alguno de ellos de destruir la personalidad de usted, su prestigio tan legítimo, ni el poder que él le da para mantener el orden y el prestigio de la ley. Al contrario de todos ellos, he recibido recomendaciones que creo sinceras, aunque innecesarias para mí, de mantener vivo su prestigio y utilizarlo en favor de la consolidación del orden constitucional: este sentimiento tiene, además, en apoyo de su cordialidad, su conformidad con los consejos de la sana razón, y con las conveniencias públicas e individuales de todos los hombres, a excepción de cuatro botarates locos fanáticos, que son la escoria de las sociedades, que nada valen, ni nada pueden. Hablo a usted con toda la solemnidad que corresponde al jefe del



Estado, sobre cuya responsabilidad pesa la actualidad y el porvenir del país, y con el corazón de un caballero que se envilecería a sus propios ojos, si autorizase o disimulase una tentativa o una mira hostil a su persona o a su nombre. Yo tengo a este respecto más cuidado y vigilancia que usted mismo: usted es un valiente que no teme por su persona, y yo temo cuanto es posible una mancha que pesaría siempre, aunque injustamente, sobre mi nombre. El mismo compromiso de honor tiene el general Mitre, y además del conocimiento de sus dotes de caballero, tengo datos irrecusables para asegurar con mi cabeza, que procede y procederá como yo en este mismo sentido.”

Antes de cambiarse estas cartas, el doctor Derqui recomendaba muy especialmente, el 14 de enero, al interventor Saá, la conveniencia de evitar el uso de la fuerza armada, pero la prevención fué tardía, pues ya tres días antes se había ejecutado la matanza de la *Rinconada del Pocito*.

La carta de Mitre del 22 de enero, da idea de la impresión producida en la ciudad de Buenos Aires por el sangriento suceso, cuando dice:

“La impresión de amargura y horror que la noticia ha causado en Buenos Aires no puede pintarse sino diciendo que todos han recordado instintivamente a Quinteros <sup>(1)</sup> y este es el nombre que el pueblo ha pronun-

---

(1) El general Mitre alude a un suceso sangriento de la historia de la República Oriental del Uruguay. Es el siguiente: El general uruguayo Cé-

ciado para estigmatizar el resultado de la intervención armada contra el pueblo de San Juan.

“San Juan caído excita hasta el último grado de pasión las simpatías generales. Por haber publicado la *Reforma* un alcance de la *Confederación*, regocijándose por el triunfo, la indignación pública quería asaltar la imprenta, y sólo la prudencia ha podido evitarlo. Hasta las mujeres han llorado y no se encuentra uno solo que apruebe el hecho...

“Ahora, por lo que respecta a mí y a mi gobierno, usted, que conoce mis sentimientos y mi modo de pensar sobre la cuestión de San Juan, debe de comprender que, aun prescindiendo de un sentimiento legítimo de la opinión, yo no puedo ni debo hacerme solidario del sacrificio de San Juan, ni aceptar la sangre esterilmente derramada allí, porque esto sería justificar en cierto modo el asesinato de un pueblo, castigado por querer ser libre y aplaudir impíamente la provocación a la guerra civil, incitada por pasiones brutales y por intereses de un partido enemigo de nuestra quietud y de nuestra política liberal.”

sar Díaz, que había organizado, como jefe prestigioso del partido colorado, un movimiento revolucionario contra el gobierno del partido blanco, de don Gabriel Antonio Pereyra, se bate con su tropa contra el ejército constitucional, comandado por el coronel Lucas Merino, en los campos de *Cagancha*. Derrotado Díaz, se pone en dirección al Brasil, pero los jefes que le acompañaban, general Manuel Freire, coronel Francisco Tajés, Eulalio Martínez y otros oficiales y soldados, son alcanzados en el *Paso de Quinteros*, sobre el río Negro, y no obstante lo pactado, que era respetar la vida de los prisioneros, son todos pasados por las armas, por orden del general Anacleto Medina, otro Saá. El hecho tuvo lugar el día 28 de enero del año de 1858. (*Nota del autor.*)

La firmeza de las resoluciones y altura de conceptos que revela esta carta, no podía impedir que en la ciudad de Buenos Aires los ánimos caldearan el ambiente, no obstante los consejos de Mitre. Y era así que mientras el doctor José María Gutiérrez, por inspiración de Mitre, juzgaba desapasionadamente los sucesos en las columnas del *El Nacional*, la pluma acerada de Sarmiento pedía un severo castigo para los inmoladores de Aberastein y sus compañeros, y *La Tribuna* y otros diarios condenaban con violencia el hecho inicuo de Saá y herían la altivez del general Urquiza zahiriéndole y comparándolo con el *yaguareté* de las selvas entrerrianas, llamándole el *Tigre de Montiel*.

Era en medio de pasiones tan opuestas y de ataques tan extremos que el gobernador Mitre, cuyos propósitos fueron imparciales desde el principio de los sucesos y que había sostenido, mucho antes de que se produjese la bárbara matanza, que lo que convenía a las circunstancias tan anómalas que sucedían en San Juan, era enviar una mera intervención civil, para lo cual se designaron a dos militares discretos y prudentes, como lo eran el general Wenceslao Paunero y el coronel Emilio Conesa, la que no prosperó por la actitud de Saá. Fué entonces que Mitre escribía al presidente Derqui, con fecha 4 de febrero de 1861, diciéndole:

“La carnicería de San Juan será el último estertor de la barbarie y de la mazorea si el gobierno nacional obra con decisión y actividad. Los mismos federales no

aceptan la solidaridad del atentado, y estarán con el que lo condene y lo castigue; al menos por lo que respecta a los de Buenos Aires puedo asegurarlo. El que apruebe, contemporice o no combata de frente al atentado de San Juan, se perderá para todos, y de una política a medias el Gobierno Nacional no cosechará sino desengaños y el país no reportará sino inmensos males. El momento es supremo y de prueba, y hacerse superior a las dificultades será la gloria del hombre de Estado que lo consiga y para ello los medios son tan sencillos como vigorosos.”

Y mientras la correspondencia se seguía y el presidente Derqui le iba dando largas al asunto, porque lo contrario era desautorizar la obra de Saá y condenar al interventor que él, Derqui, había en parte designado, y mientras se involucraban en la discusión “cuestiones previas que era impreseindible resolver”, según Mitre, era esa “la conspiración del Congreso del Paraná para rechazar los diputados de Buenos Aires” y se producían nuevos atentados en San Juan, lo que autorizaba los ataques de la prensa porteña contra Derqui y se producían movimientos anárquicos en las provincias, de la que eran ejemplo la invasión de tropas de Catamarca a Santiago del Estero, se realizaba otro movimiento revolucionario en San Juan, y urgía el gobernador Mitre al presidente Derqui para el restablecimiento del orden, con fecha mayo 8 de 1860, entraba también al debate, por medio de correspondencia, el general don Justo José de Ur-

quizá. Fué entonces que habiendo empezado el cambio de las cartas por finas demostraciones de amor y de respeto, terminaron éstas a los pocos meses por la completa ruptura de la correspondencia, que fué el principio de las hostilidades entre la Confederación y el Estado de Buenos Aires, no obstante el paréntesis de los obsequios, el de Mitre invitando a Urquiza a visitar a Buenos Aires con motivo del aniversario patrio del 9 de julio de 1861, y el obsequio de un par de pistolas, y la retribución del presente de parte de Urquiza, enviándole una espada al general Mitre.

Donde en verdad se puntualizan las dificultades de los arreglos es en esta correspondencia entre los dos generales, en la que, a poco de iniciarse y no obstante el mejor deseo de las partes de ahorrar nuevos derramamientos de sangre y evitar la guerra civil, uno y otro se defienden y uno y otro lamentan los hechos ocurridos.

Pero a medida que escriben, el tono de la correspondencia se vuelve acre y Urquiza, mal contenido, se queja de los diarios de Buenos Aires, que se dicen representantes de la opinión pública, como si los órganos de la publicidad o lo que se dice en los diarios no fuese, en realidad, otra cosa que la opinión muy equivocada, a las veces, de quienes los redactan. Refiriéndose a ello, Urquiza escribía <sup>(1)</sup>:

---

(1) Véase tomo VII de la correspondencia de Mitre: *Antecedentes de Pavón*, pág. 215.



“Soy especialmente blanco de los más encarnizados ataques, tan injustos como osados. ¿No está ese Gobierno en el deber de contenerlos; no tiene relación eso con su política íntima a que está lejos de perjudicar? Es necesario que se me presente ante ese pueblo como el más grande bandido, dispuesto a comérmelo crudo, para armarlo y prepararlo a planes que no han de ser el de resistirme, desde que yo no me armo, ni me toca armarme, mientras no me lo manden, a no ser para resistir no la “lanza seca”, pero los balazos traidores con que se cree bien suprimir gobernadores.”

Las cartas de Urquiza abundaban en iguales términos acres y aun formulaban reproches al general Mitre y le recordaban sucesos como el de *Villamayor*, donde fueron fusilados, por orden del gobernador Obligado y librada que fué la batalla del Tala, el general Jerónimo Costa, el coronel León Benítez y otros. Hecho éste que impropriamente se ha denominado matanza, cuando no fué otra cosa que una medida extrema resuelta porque el gobierno estaba decidido a extirpar esas invasiones, que se hacían con elementos de la Confederación para dominar al Estado de Buenos Aires.

En respuesta a la carta de Urquiza, Mitre le escribía en marzo 15 de 1861:

“Por lo que respecta a la prensa de Buenos Aires, de que usted se queja, yo puedo decir lo que nadie puede decir en la República. En primer lugar, la prensa es libre, verdaderamente libre, y **nadie** puede hacerme res-

ponsable de lo que en ella se escribe. En segundo lugar, yo no costeo esa prensa ni la protejo siquiera, pues mi Gobierno se ha borrado de *La Tribuna* por causas casi análogas a las que motivaron el acuerdo que retiró la suscripción a *El Nacional*, así que hoy no está suscrito a un solo diario. En tercero, que he reprimido los diarios más procaces y escandalosos que se han publicado aquí contra usted y el Presidente, a la vez que contra el orden regular, y que muchos de sus redactores andan todavía expatriados a consecuencia de las acciones legales entabladas contra ellos. Que hoy, sin embargo, en cuanto lo permiten la exaltación de los escritos o la imprudencia o inexperiencia de algunos de los que llenan nuestra prensa, en general los escritos son contraídos al examen de los actos públicos que se ligan con la política general, como lo hacen o pueden hacerlo conmigo o con otro gobernante. Por último, que tan procaz como sea esa prensa, no lo será nunca tanto como lo son contra Buenos Aires y sus hombres, los periódicos del litoral, más o menos protegidos por su gobierno, a saber: *El Uruguay*, *La Confederación*, *El Progreso*, *La Luz*, etcétera. Particularmente por conveniencia y por decoro hago lo que me es posible para moderar la prensa, pero, ajeno a ella, mucho menos me ocupo ni me quejo de los demás diarios.

“Todos ellos tienen que calmarse naturalmente, porque vendrán otros tiempos en que los intereses morales y materiales, sean más preferentes que lo que son hoy las cuestiones políticas, que los políticos desocupados

andan inventando para tener agitada a esta pobre sociedad. Lo que me dice usted de «balazos traidores con lo que se cree bien suprimir Gobernadores» y las palabras que se hallan al finalizar su carta, me hacen creer que usted ha podido prestar oídos a los que de aquí, por escrito o de palabra (según me lo han informado varios), se ocupan en darle avisos mentidos sobre pretendidos planes que se hayan forjado o se forjen contra su vida. Permítame, General, que le diga que usted no se hace el honor que merece, si es que por un momento presta oídos a esas infamias, y mucho más si ellas pueden burlar por un momento su reposo. Desearía que usted se explicara francamente sobre el particular, para poderle dar explicaciones que disipen las malas inteligencias que se explotan por algunos.”

Los términos de ambas cartas pueden poner sobre aviso al lector, de lo que antes se observó, las relaciones entre Urquiza y Mitre, se mantenían en un estado latente de disconformidad, en las que ni uno ni otro de los generales estaba dispuesto a ceder un punto.

Esto se evidenció cuando volvió a tratarse en las cartas el caso de la incorporación de los diputados de Buenos Aires, la que en un momento reconoció el general Urquiza habían sido bien elegidos, pero que era consecuente proceder a nuevas elecciones, a las que se oponía Mitre cuando afirmaba: “Que para qué se había creado una situación tan absurda como violenta; si era para que la incorporación de Buenos Aires a la Unión no tuviera

lugar; o si era para que unos aventureros sin patria, sin hogar, sin convicciones, excluídos por sí mismos de la política de Buenos Aires, hicieran servir sus nombres de representantes de la voluntad nacional a sus odios y miras particulares, convirtiendo a los pueblos y a los poderes públicos de la Nación en instrumento de sus ambiciones, y que aspiraban a la dominación de Buenos Aires, sin que la Nación tenga en ello el menor interés, y por el contrario, teniendo mucho que perder en ello, y para que Calvo, Barra, Quesada, Guido, Gutiérrez, Victorica, Alvear, porteños todos, sean considerados con preferencia a los avecindados en la provincia, más dignos de representarla cuando la mayor parte de ellos o casi todos ni los conocen ni son conocidos de ella, ni por su posición especial pueden mirarse como los «órganos legítimos de la opinión».”

Propuestas unas bases por Mitre, propuestas otras por Urquiza, fué el caso que todas se rechazaron porque Urquiza, en cumplimiento de lo que disponía el artículo 31 de la Constitución Nacional, no cedía en lo de la admisión de los diputados al Congreso del Paraná, ni cedía Mitre en la defensa de la validez de la elección con arreglo a lo que disponía la Constitución de Buenos Aires.

¿Quién de los contendientes estaba en la justicia y en la verdad? Para el que escribe estaba Urquiza, desde que se trataba de una elección de diputados nacionales que debía hacerse con arreglo a lo que establecía la carta nacional.

Pero sobre todo ello primaba una idea que era el *desideratum*: la idea de la unión definitiva y radical de las provincias argentinas y ella sólo podía hacerse efectiva por la guerra, que daría la razón al que quedara triunfante y esto, efectivamente, debía de suceder.

Así como los caballeros, o seudos caballeros, cuando acuden a eso que llaman *campo del honor* o *sobre el terreno*, y en el que muchas veces el ofendido es el que recibe la herida o queda muerto, antes de cruzar las armas o disparar el proyectil, se saludan con los aceros o levantan las pistolas, así también el capitán general Urquiza y el brigadier Mitre, al terminar la correspondencia relativa a los sucesos narrados y antes de encontrarse en el campo de las hostilidades al comando respectivamente de los ejércitos de la Confederación y del Estado de Buenos Aires, se cambiaron las cartas que van a continuación y que se insertan en las páginas 270 a 280 del tomo VII del Archivo del general Mitre:

“San José, junio 25 de 1861. — Excmo. señor Gobernador, Brigadier general don Bartolomé Mitre. — Muy estimado General: Contesto, con la satisfacción de siempre, su apreciada carta del 21 del corriente.

Declaro, al empezar ésta, que acepto la no discusión actual, de los motivos que han llegado a producir la situación en que nos encontramos.

Queden los hechos al juicio de la historia: las intenciones por mi parte, han sido sanas, e inspiradas sólo

por el patriotismo y por la convicción de la justicia. No he tenido nunca otro norte: no puedo buscar otro hoy.

Hago a usted justicia, y creo que será también el suyo.

Como prueba de mis sentimientos, como un testimonio más de la franca lealtad que ha caracterizado mi relación con usted, no tengo embarazo en declararle: que la clasificación sobre que tanto insiste usted, de « absurda y grotesca », dada en una de mis cartas a las últimas proposiciones de usted, no pueden tener otro alcance, ni más trascendencia, que las que suelen escaparse al escribir con rapidez, y en el calor de una discusión grave, sobre negocios de inmensa trascendencia.

Pero sobre todo, debe considerar que la discusión era enteramente confidencial, y entre amigos decididos, sobre todo, al mantenimiento de la paz, como la primera necesidad de nuestra patria. Esas expresiones, pues, repútelas, como — han sido en efecto — inapercibidas, involuntarias.

Tan cierto es esto, que luego que las advertí, habría deseado que no hubiesen quedado consignadas — y usted debe darlas como retiradas por mi parte.

Sentado esto como base previa, permítame usted apelar a su lealtad, y preguntarle: ¿qué arbitrio me dejaba usted cuando después de presentarme un ultimátum, como usted mismo lo reconoce, agrega que su resolución era sostenerlo a balazos?

No pude dejar de recoger el guante que se me arrojaba: y le protesto que lo hice sin animosidad y sin rencor; más todavía, lo hice con positiva pena.



Por eso dije a usted en la misma carta: que la discusión era de principios; que el fallo final dependía de la autoridad a quien de derecho corresponde la aplicación de aquéllos.

De mi parte estaba el mandato de los intérpretes de la ley: de los representantes de los grandes intereses de la Nación.

Y aun con todo eso añadí: ¿No hay medio posible de conciliar todo, a excepción del que usted me propone? Busquemos algún otro, agotemos todos los recursos antes que apelar al último arbitrio: la guerra, los balazos.

Recordaré siempre con satisfacción lo que dije a usted y he repetido en mil ocasiones: en las cuestiones que puedan suscitarse; entre los pendencieros — permítame la expresión — que lleguen a levantarse, estaríamos siempre el general Mitre y yo, para buscar en la calma de la razón y en el interés del patriotismo, la conservación de la paz general de la Nación.

Tales son y serán siempre mis sentimientos.

Dispuesto estoy a la guerra. Todos los elementos preparados, esperan sólo el impulso de mi voz para obrar. Y sin vanagloria, confío con seguridad en el triunfo, triunfo que me conceden todos, como moralmente obtenido de antemano, por el reconocimiento de la justicia que lo motiva.

Pero aun así, prefiero la paz a la victoria en los campos de batalla, la deseo con interés a una condición sola — que ella nos asegure el bien por que anhelamos: la

unión y el goce tranquilo de las libertades que nos garante la ley común.

Tiene usted, amigo apreciado, mi última palabra: tiene usted la confirmación de que mis sentimientos no se desmienten.

Esto mismo le probará también que, por sobre todo, y a pesar de todo, debe contar con la amistad que nació de identidad de sentimientos, y se afirmó por las nobles miras que la inspiraron.

Hoy, como siempre, me repito de usted afmo. compatriota y amigo. — *Justo J. de Urquiza.*”

“Buenos Aires, junio 28 de 1861. — Excmo. señor Gobernador, Capitán general don Justo J. de Urquiza: — Mi estimado General y amigo: He recibido su apreciable fecha 25 del corriente, a que contesto aprovechando el regreso del *Montevideo*, que debe salir mañana.

Acepto francamente las explicaciones que usted me da respecto de las palabras con que había calificado mis anteriores proposiciones, y haciendo justicia al móvil que lo ha impulsado, las recibo como una prueba de su sinceridad en lo que respecta a remover pequeñas desinteligencias de amor propio, para que si es posible podamos entendernos aún, a fin de evitar a nuestra patria los males que van a sobrevenir para unos y para otros.

Sentado esto, permítame que (sin pretender reabrir discusión sobre lo que ha pasado), establezca con claridad los antecedentes de la situación, para discurrir y

proceder en consecuencia con perfecto conocimiento de causa.

Rechazados nuestros diputados del Congreso, manifesté a usted que sólo sobre cadáveres podrían practicarse nuevas elecciones en Buenos Aires, si se persistía en el camino de conminación que se había adoptado por el Congreso. Esto era el 25 de abril. Usted me contestó con fecha 30 del mismo « que no desearía se emplease la fuerza para obligar a Buenos Aires a una elección sobre cadáveres. » Lanzada la cuestión por el camino de la discusión, amenazada Buenos Aires en su existencia, tanto por los preparativos que se hacían, cuanto por la suerte que se había hecho correr a otras provincias, las razones han venido a convertirse en lanzas y cañones y el término en que se agita hoy la cuestión es el de los campamentos militares. Así, pues, porque Buenos Aires sostiene con razones que tiene derecho para no practicar nuevas elecciones, y porque el Gobierno Nacional sostiene lo contrario, se somete la decisión de los principios al éxito de una batalla, como si la suerte de las armas pudiese cambiar la naturaleza de las cosas. Y suponiendo que el pueblo de Buenos Aires pudiese sucumbir en la lucha, ¿qué probaría el triunfo? Para la fuerza, mucho; para la razón, nada; y, en definitiva, ni lo mismo que sostiene el Congreso triunfaría, porque ni habría tales elecciones, sino miserias para los unos y nuevas dificultades para los otros.

En tal situación, si hay todavía (y creo con usted que

lo hay) un medio digno y ventajoso para todos de dar solución a las cuestiones que nos dividen, y restituir la paz a la República, evitándole nuevas lágrimas, nueva sangre y nuevas calamidades, seríamos criminales si antes de lanzarnos al combate no agotásemos los medios de conciliación, escuchando (como lo dije en mi última nota oficial al Gobierno Nacional), los prudentes consejos del patriotismo: y entonces, repito lo que usted me dice en su carta: « busquemos ese medio, agotemos » todos los recursos antes de apelar al último arbitrio: » la guerra, los balazos. »

Entendidos sobre este punto capital, diré en contestación a otros conceptos de su carta, que también estoy dispuesto a la guerra, y que todos los elementos preparados esperan igualmente mi voz aquí para moverse. Exento de odio y de temores pongo los medios para obtener el triunfo, y cuento con él, porque me asiste la profunda convicción de la justicia de la causa que sostengo; aunque no diré, como usted, que tenga la seguridad de él, porque sólo Dios tiene en sus manos el destino de los hombres y de los pueblos, y la suerte de las armas es variable y caprichosa; pero tengo otra seguridad que fortalece mi alma: estoy igualmente resuelto al triunfo o al sacrificio por sostener el honor, la gloria y los hogares de mis conciudadanos.

Aun cuando supiese que iba a ser sacrificado, aun cuando no tuviese sino mil hombres que me acompañasen al peligro, yo procedería siempre lo mismo, y no lo en-

vidiaría a usted, porque caería por mi pueblo y con mi pueblo, y porque este pueblo ha de vivir más que usted y más que yo, aunque la llama del incendio haga arder sus hogares.

Por lo demás, acepto el rol honroso que usted me asigna en unión de usted para que cuando las cuestiones ardientes puedan dividir a los pueblos, busquemos en la calma de la razón y en el interés de esos mismos pueblos, la conservación de la paz de la Nación, de la unión y de las libertades salvadas.

A esa condición y salvando ante todo la dignidad y los derechos del pueblo que me confió sus destinos, yo también prefiero la paz a la victoria en los campos de batalla, porque la victoria vence, pero no convence a nadie. ¡Ojalá la historia pueda escribir algún día, que antes de desnudar nuestras espadas y dar la señal del combate, obtuvimos la victoria que más estima la humanidad, que es la del derecho con honor y con ventaja para todos, sin hacerla pagar a nadie con lágrimas y con sangre!

Tiene usted, General, mi última palabra, y ella le mostrará que cualesquiera que sean las circunstancias que puedan sobrevenir, debe persuadirse que jamás rehusaré mi concurso a una obra patriótica, como la de la unión, que está próxima a malograrse, o como a la que usted me invita, que aun puede reparar el mal en parte. Bajo este concepto crea usted que hoy, como siempre, me repito de usted su afectísimo compatriota y amigo. — *Bartolomé Mitre.*”

“Cuartel general en marcha, julio 1º de 1861. — Excelentísimo señor Gobernador, Brigadier general don Bartolomé Mitre. — Estimado General y amigo: Acabo de recibir su apreciable del 28 del pasado.

Me complazco en ver que, dejando ya las discusiones, hemos venido a encontrarnos siempre conformes en la resolución de evitar a nuestra patria los desastres de la guerra, y someter al fallo de la razón desapasionada y en calma el allanamiento de las dificultades que se han suscitado, y que deseamos ambos ver terminadas sin menoscabo para ninguna de las partes y consultando sólo las conveniencias generales de la Nación.

Usted, como yo, reconocemos que no están agotados los medios de conciliación entre los intereses generales: ambos concebimos que hay alguno posible.

Esforcémonos, pues, en que él sea presentado por quien puede hacerlo, y en apoyarlo con todos nuestros esfuerzos. Por mi parte, le aseguro que he de emplear toda mi influencia en ese sentido. Nada he de omitir por la conservación de la paz, como el supuesto bien y la primera necesidad de la Nación.

Pero he de llevar más adelante mi lealtad hacia usted y mi consecuencia a los principios que profeso.

Si, como no tengo motivo para recelar, ningún medio pacífico fuese aceptado; si la guerra se hiciese inevitable, no la iniciaría yo sin que previamente avisase a usted la necesidad en que me encontrase para darle una prueba más de que aun contra mis deseos, me someto al cumplimiento de mi deber.



Bajo tal seguridad, confío aún que el amor a la patria y el sostenimiento de la justicia ha de restituir la tranquilidad y la calma, que al presente vemos amenazada.

Con esta esperanza y con el invariable aprecio que le profeso, me repito de usted afectísimo amigo y seguro servidor. — *Justo J. de Urquiza.*

“Buenos Aires, julio 5 de 1861. — Excmo. señor Gobernador, Capitán general don Justo José de Urquiza. — Mi estimado General y amigo: He recibido sus dos estimables del 1º del corriente, e impuesto de ellas y de las explicaciones verbales que las acompañaban, tengo el honor de acusar recibo de ambas, manifestándole francamente mis impresiones y la línea de conducta que en consecuencia me propongo seguir.

Después de leer sus amistosas cartas, y las francas y explícitas manifestaciones en ellas contenidas, a la par de las explicaciones que se ha servido transmitirme, he tenido el triste presentimiento de que a pesar de nuestra buena voluntad y de nuestra buena fe, marchamos fatalmente a la guerra, si un esfuerzo supremo de voluntad y de generoso patriotismo no se opone a ello.

Diré mis razones.

Profundamente penetrado de su sinceridad en el sentido de trabajar por la paz y de consolidarla, veo que usted se halla en cierto modo en pugna con las tendencias de aquellos poderes de que usted es el campeón reconocido, y que por mucho que sea su poder y su decisión, usted mismo reconoce en su carta que puede llegar

un caso en que, « aun contra su voluntad, se lance a la guerra en cumplimiento de un deber. »

A mi vez, y por lo que a mí respecta, aun cuando yo pueda responder de los elementos de acción de que dispongo, tengo la inmensa responsabilidad de la seguridad del país, y esta circunstancia me impone los más serios deberes y la más estricta circunspección, sobre todo hoy, en que voy a dejar de ser Gobernador de Buenos Aires, para convertirme en simple General en jefe de su ejército.

Ambos, pues, somos dependientes de un poder superior, y por mucha que sea nuestra decisión y nuestra buena fe en el sentido de la paz, no podemos, ni debemos subordinar a nuestros sentimientos particulares la línea de conducta que nuestras respectivas posiciones nos marcan.

Agregue usted a esto que, colocados nosotros en una posición puramente defensiva, y dispuestos a entendernos amigablemente como hermanos, ya se nos anuncia que se piensa declararnos rebeldes, y según las noticias que tenemos ya aquí, va a sancionarse una ley en que se establece la interdicción absoluta con todos los puertos de Buenos Aires; y si a todo esto se agrega también las declaraciones de no aceptar ningún arreglo con Buenos Aires, no obstante las satisfactorias explicaciones que usted me ha transmitido para neutralizar el efecto de tales declaraciones, entonces la posición respectiva de ambos se hace más delicada, y nos impone el deber de obrar,

no aisladamente, sino como representantes de la política que representamos.

En tal situación, usted comprenderá que el compromiso que contraje con usted, y que usted me ha retribuído tan noblemente, de no lanzarnos a la guerra, mientras exista una esperanza de paz, fué un compromiso caballeroso contraído en circunstancias distintas de las actuales, en que podíamos sin responsabilidad y sin peligro contraerlo, obedeciendo al impulso de nuestros sentimientos individuales de hombres.

Y sin que esto sea un reproche, ni una sombra de duda respecto de su lealtad y buena fe, debo decirle, que mi compromiso era explícito y terminante, «sin restricción alguna», como se lo advertía, puesto que yo le decía que podía responderle que sin mi orden no se dispararía por parte de Buenos Aires un solo tiro. «mientras se busca» ban y se encontraban otros caminos para dirimir pací» fica y dignamente nuestras cuestiones a lo cual usted » sólo me contesta «que si la guerra se hiciese inevita» ble, no la iniciaría usted sin que previamente me avi» sase de la necesidad en que se encontraba, para darme » una prueba más de que, aun contra sus deseos, se so» metía al cumplimiento de un deber», lo que, si bien importa un compromiso de honor de caballero a caba» llero, no es en rigor sino un compromiso individual, pues no me responde que por parte de la Confederación no se disparará un solo tiro mientras se busca un arreglo pa» cífico, compromiso que comprendo en vista de lo que hoy pasa, que usted no podrá contraer en toda su latitud,

al menos mientras usted no hubiese dominado con su influencia las pasiones rencorosas que nos precipitan a la lucha.

Por lo tanto, mi opinión es que, en vista de los sucesos que se desenvuelven, y mientras esta situación no se modifique, aceptemos la posición que esos sucesos nos dan, y que sin comprometer nuestra responsabilidad por sentimientos individuales, definamos nuestra respectiva posición, dándole por base la de los intereses que representamos y de los distintos roles que tenemos que jugar.

Sentado esto, usted comprenderá igualmente, que no es sostenible por mi parte una posición tan falsa, en la que, declarada rebelde la provincia a cuyo frente me hallo (si esto sucede, como parece probable), y decretada la interdicción absoluta, la Confederación, habiendo de hecho y de derecho declarado la guerra, y hallándose habilitada legalmente para traérmela cuando le convenga, se pone en aptitud de obrar con entera libertad, mientras yo permanezco ligado por un compromiso sin restricción, sin tener más que la seguridad individual que usted me da en presencia de elementos dispuestos a la lucha, elementos que usted aun no había dominado al darme esa seguridad limitada.

Así, pues, creo indispensable por todo lo expuesto, sentar nuestro compromiso recíproco sobre una base más claramente definida, deduciéndola de nuestras respectivas posiciones.

Quede nuestro recíproco compromiso como un compromiso moral de que no hemos de dar la señal de la

lucha, antes de agotar los medios de conciliación, y precisando más estas ideas, quede establecido que al ponernos al frente de los ejércitos que más adelante puedan combatirse, éste es el grande y patriótico resultado que vamos buscando; pero como hay altos intereses de por medio, que no se pueden fiar a simples compromisos morales, precisemos más nuestra posición, quedando cada cual con su entera libertad de acción en cuanto no viole las reglas que se han impuesto los pueblos cultos y las consideraciones que se deben pueblos hermanos antes de despedazarse y acarrear nuevos males a la patria común.

Al desligarnos, pues, de nuestro recíproco compromiso en vista de los sucesos que han sobrevenido o pueden sobrevenir, y mientras ellos no se modifiquen en el sentido que confidencialmente me lo ha anunciado usted, puede usted contar que por mi parte no habrá alteración, como yo lo cuento por parte de usted, porque cuando se desea sinceramente la paz, se ponen lealmente los medios para que ella no se malogre.

Esto debe bastarnos, sin necesidad de subordinar la política ajena a nuestros sentimientos individuales.

Pero como una prueba más de mi buena fe y de mi buen deseo en el sentido de la paz, manifestaré a usted cuál es la posición que en el presente estado de cosas nos toca asumir.

Entendidos sobre la conveniencia y la necesidad de devolver la paz a la República, evitándole nuevas lágrimas y nueva sangre, vamos a colocarnos al frente de nuestros

respectivos ejércitos. En tal situación no podemos decorosamente estar ligados por un compromiso privado, que no tenga una sanción pública y solemne, porque faltaríamos a nuestros deberes, aunque entendidos sobre el punto esencial, tuviéramos plena confianza en la lealtad de nuestros procederes. Tal posición sería insostenible y absurda, si desde luego no se iniciasen formalmente los arreglos que han de dar, la solución que buscamos, digna y decorosa para todos, sólida y fecunda para ahora y para en adelante.

Hagamos, o haga usted que esos arreglos se inicien cuanto antes, por quien corresponde, según usted me lo dice, refiriéndose a los poderes nacionales, que entonces queda de hecho y solemnemente el compromiso que habíamos contraído, y que no es decorosamente sostenible por mí, cuando se anuncia que uno de esos poderes quiere cerrar las puertas a todo arreglo, pues lanzados en ese camino no me queda que esperar sino la carta en que me anuncia que usted se ve forzado a cumplir con el triste deber de hacer la guerra contra su voluntad, esto es, suponiendo que usted no dominase con su influencia esas pasiones rencorosas, encendidas por los emigrados de Buenos Aires en el Congreso.

Pongámonos, pues, en el único caso en que racionalmente podemos ponernos para consolidar un compromiso como el que habíamos contraído en condiciones diversas, y digamos «que una vez iniciados los arre-



» glos que nos puedan dar una esperanza de paz, habré  
» llegado el caso de esperar tranquilos, con las espadas  
» envainadas, el fallo de la razón desapasionada, que-  
» dando mientras tanto bajo la seguridad moral que  
» nos da el conocimiento de nuestros respectivos senti-  
» mientos y deseos por el bien público. »

Esta es la posición circumspecta que nos imponen nuestro honor y nuestros respectivos deberes, y la que por mi parte adoptaré, contando con que su buen juicio le hará comprender que no hay otra posible; para que esto mismo nos estimule a definir una situación que no puede prolongarse mucho sin peligro de todos, aun subsistiendo los caballerosos compromisos contraídos, y sobre todo, ofrecidos en condiciones distintas de las actuales, encerrándonos en los precisos términos en que lo ofrecí, que fueron éstos: « no disparar un tiro mientras » se buscan y encuentran otros caminos para dirimir » pacíficamente nuestras cuestiones », es decir, mientras se negocia pública y solemnemente un arreglo, dando a un compromiso en cierto modo privado, la sanción pública y legal que le da toda su fuerza, salvando la respectiva responsabilidad.

Bajo esta seguridad, repito con usted, que confío aún que el amor a la patria y el sentimiento de la justicia han de restituir la tranquilidad y la calma que al presente vemos amenazada, a lo que agregaré, que hoy más que nunca, en vista de las medidas extremas a que parece dispuesto a lanzarse el Congreso.

Con igual esperanza, pues, a la que usted me mani-

fiesta al final de su carta, y con el aprecio que le profesó, me repito de usted su afectísimo amigo y seguro servidor. — *Bartolomé Mitre.*”



Dispuesto que las diferencias debían resolverse fatalmente en el terreno de la guerra, el Congreso de la Confederación declaraba: que habiendo roto la provincia de Buenos Aires, los pactos del 11 de noviembre de 1859 y el convenio del 6 de junio de 1860 (el convenio complementario de unión firmado en la Asunción del Paraguay entre los representantes de Buenos Aires, doctor don Dalmacio Vélez Sársfield y los de la Confederación, doctores don Benjamín Victorica y don Daniel Aráoz) era para obligar a la Provincia a respetarlos que se autorizaba al Poder Ejecutivo de la Confederación a intervenirla con fuerza armada hasta que quedara restablecida la obediencia. <sup>(1)</sup>

---

(1) La declaración de guerra decía así:

El Senado y Cámara de Diputados sancionan con fuerza de ley:

Art. 1. — Declárase que el gobierno de Buenos Aires ha roto el pacto celebrado con el Gobierno Nacional el 11 de noviembre de 1859 y el convenio del 6 de junio de 1860, y en consecuencia ha perdido todos los derechos que por ellos adquirió.

Art. 2. — Declárase igualmente que la actitud asumida por el gobierno de Buenos Aires es acto de sedición, que el Gobierno Nacional debe de sofozar, con arreglo al artículo 108 de la Constitución.

Art. 3. — Autorízase el P. E. para intervenir en la provincia de Buenos Aires, a efecto de establecer el orden de la Constitución Nacional y las resoluciones del Gobierno Federal.

Art. 4. — En consecuencia declárase en estado de sitio la referida provincia, con arreglo al artículo 69, inciso 25, de la Constitución hasta que se restablezca en ella el orden constitucional.

No obstante declaraciones tan terminantes, conviene advertir que a ellas habían precedido no pocas conferencias y proposiciones de arreglo en las que intervinieron hombres de la espectabilidad del doctor don Dalmacio Vélez Sársfield, de don Norberto de la Riestra, de don José Mármol, del doctor don Lorenzo Torres, de don Pastor Obligado, del entonces coronel Juan Andrés Geley y Obes, del doctor Francisco Pico, del ministro plenipotenciario de Inglaterra, Mr. Eduardo Thornton y de las muchas comunicaciones y bases de arreglo del gobernador Mitre, que se multiplicaba en su actuación de la manera más asombrosa, en medio de la situación más difícil, teniendo que vigilar las fronteras y con la vista fija a la guerra de montonera que se presentaba.

A pesar de todo ello, Buenos Aires contestó a la resolución del gobierno del Paraná, preparándose a resistir la intervención armada, que era la guerra.

Organizada la Guardia Nacional y pronta a marchar ésta con la tropa veterana, el gobernador Mitre, general en jefe del ejército a entrar en operaciones, dirigió a la Guardia Nacional de la ciudad de Buenos Aires, el 1º de julio del año de 1861, una arenga en la que, aludiendo al motivo de la guerra, decía:

---

Art. 5. — Queda prohibida toda comunicación oficial y mercantil con dicha provincia, mientras dure en estado de sedición. Exceptúase a la parte de ella y sus autoridades que obedezcan al Gobierno Federal.

Art. 6. — El Gobierno Nacional no podrá aceptar proposiciones de paz, sin previo conocimiento del Soberano Congreso.

Art. 7. — El P. E. Nacional dará cuenta de todo lo que obre en virtud de esa ley.

Art. 8. — Comuníquese.

“*Compatriotas:*

“Marcho a ponerme al frente del ejército en campaña, donde cuatro mil veteranos y seis mil Guardias Nacionales de la campaña, se reunirán bajo nuestras banderas, prontos a sostener la dignidad y el derecho del pueblo de Buenos Aires. Cuento también con vosotros y con que, en cualquier punto en que me halle y cualesquiera que sean las circunstancias, acudiréis en masa a mi llamado, en obediencia de la ley, prontos a cumplir vuestros deberes, como en otras ocasiones. Si así lo hacéis, Buenos Aires será invencible y podréis contar por vuestra parte, o con el triunfo si se pretendiese imponernos por la violencia, o con una paz sólida y fecunda que salve vuestra dignidad y vuestro derecho.”

Organizados los dos ejércitos, el de Buenos Aires, fuerte de más de quince mil hombres y 34 piezas de artillería, y el de la Confederación de diez y siete mil hombres y 42 cañones, Mitre movió sus unidades en dirección a la provincia de Santa Fe, y al llegar a los campos de Palacio, sobre el arroyo de *Pavón*, el 17 de septiembre de 1861, y antes de que las tropas de Corrientes pudieran aumentar el efectivo de las del ejército de Urquiza, obligó a éste a presentar batalla, en la que quedó derrotado el ejército de la Confederación, que retrocedió al interior.

No obstante este fracaso, el presidente Derqui quiso resistir y pretendió movilizar nuevas tropas, pero su influencia estaba muerta y su palabra no encontró eco, lo que motivó la fuga de Derqui a Montevideo y la

total disolución del gobierno de la Confederación, por renuncia de su vicepresidente, general don Esteban Pedernera y la disolución de la administración.

Con garantías amplias para todos, ayudando a los gobiernos, que como el de Córdoba, solicitaban el apoyo del general Mitre, con el cansancio también de todos y del desistimiento patriótico del capitán general Urquiza, que dejaba que la Nación se organizara como lo creyese justo y conveniente, sin odios y sin persecuciones, Mitre, después de *Pavón*, era el árbitro impuesto por las circunstancias. Y fué su conducta tal que el día 12 de octubre de 1862, el Brigadier General Bartolomé Mitre, designado Presidente de la República Argentina por el voto unánime de los pueblos, entró al gobierno de la misma, celebrándose su asunción al mando del segundo Presidente Constitucional de la Nación unida, después de treinta y cuatro años de separación, los que median de 1828 a la fecha antes indicada del 12 de octubre de 1862.

Al fin la República quedaba unida y ya no podían ser vanos reflejos de anhelos muy puros, las leyendas conmemorativas de las medallas a que se alude en este capítulo.

---

---

#### IV

Presidencia de Mitre. — Justicia que hace el presidente electo al esfuerzo común. — Movimientos anárquicos en las provincias. — El Chacho. — Guerra del Paraguay. — La administración. Facilidad de las comunicaciones. — Discursos de Mitre: Los ferrocarriles; El capital inglés; Reminiscencias históricas. — La instrucción secundaria. — La codificación. — Las ciencias naturales. — Manifiesto de Mitre al pueblo al descender del gobierno.

---

Donde mayormente resalta el talento equilibrado y el espíritu sereno de Mitre, libre el uno e independiente el otro de todos los prejuicios y de todas las preocupaciones de la época, es en este momento histórico de la actuación del primer presidente constitucional de la República Argentina. Evidencia esta aseveración su discurso inaugural en la recepción del mando. A su juicio, esa organización, lo declara él con toda modestia y perfecto buen sentido, no era obra de los hombres sino de las entidades abstractas que componían la nación.

En la organización, todas las provincias, las del litoral como las del centro y las andinas, todas tenían su título a la gratitud nacional. Por ello decía el ilustre general,



en el primer mensaje, una vez organizada la nación y al abrir las sesiones del Congreso argentino, el 25 de Mayo de 1862:

“Después de haber llenado la alta misión que se dignaron depositar en mí los pueblos argentinos, dejando instalado en este día el Congreso, en cuyas manos entrego los destinos de la patria, debo de cumplir el deber que me ha sido impuesto, manifestando a V. H. de qué manera he usado de las facultades con que fuí investido, mientras se preparaba la organización de los poderes que han de regir la nación.

“Los hechos de armas que han dado origen a la situación en que el país se encuentra, conmoviéndolo profundamente, podían haber producido, acaso, la vacilación de algunos espíritus, ocultándoles por un momento el camino fijado de antemano a la resolución por las leyes escritas, por el voto de los pueblos y por la lógica misma de los acontecimientos. En el instante en que los poderes públicos se disolvían y en que la manifestación material de la unidad argentina se borraba, por decirlo así, era necesario pensar y decidir que ese eclipse era transitorio y que esa disolución aparente era una verdadera labor de regeneración, de la que la República surgiría en breve fuerte, compacta y libre, reposando en las conquistas laboriosas de su pasado, en la lisonjera realidad de su presente y en las grandes promesas de su porvenir. A ese fin era también necesario apoderarse con mano firme del símbolo visible de la nacionalidad, que

aun quedaba en pie, y levantarlo en alto para tranquilizar a los unos, respecto de la lealtad del designio que había armado el brazo de los pueblos y para recordar a los otros, cual era el pensamiento que se abría paso, entre el estruendo de las armas y las vacilaciones consiguientes a una situación poco definida.

“La organización de la República sobre la base de la moral, de la libertad y de la Constitución reformada, ha sido la bandera que reunió todas las voluntades en torno suyo, al día siguiente de la lucha. Ella ha evitado el profundo peligro que encierran casi siempre las épocas de transición y ha mantenido indivisible la unidad nacional, durante el período supremo a que hoy pone término la reunión de este Congreso de los representantes del pueblo argentino. Tal ha sido el programa que como jefe de los pueblos en armas oyeron de mis labios todas las provincias de la República y tal ha sido el propósito que, como Encargado del Poder Ejecutivo Nacional, de ella he tratado de llevar a cabo.”

Y después de estas sesudas consideraciones, que evidencian las relevantes condiciones que como hombre de estado distinguían al presidente electo, a Mitre, que hacía con elocuente sencillez un poco de filosofía relativa a la política de la época, terminaba el mensaje con el siguiente corolario histórico, en que hacía justicia distributiva a las partes componentes del cuerpo político ¡loado sea Dios! organizado:

“Antes de terminar debo recomendar especialmente a

la consideración de V. E., los documentos que se adjuntan, formando el anexo A, relativos a la actitud asumida por las provincias que han acompañado a Buenos Aires en el movimiento que ha cambiado la faz de la República. Esos documentos que encierran la más alta significación política, ponen de manifiesto, ante el Congreso argentino, el esfuerzo generoso de los pueblos que, arrostrando todo género de sacrificios, han sacudido el largo despotismo que los abrumó con tantas desgracias, y no dudo que el ánimo de V. H. se sentirá profundamente conmovido ante el espectáculo grandioso que presenta la heroica San Juan, patria de los mártires del Pocito, y la desgraciada Mendoza, cuyas ruinas no respetó la barbarie de los caudillos, levantándose sobre la sangre y los escombros, por un esfuerzo sublime del patriotismo para quebrar un día el esfuerzo criminoso de sus verdugos. Estos hechos elocuentes no pueden ser perdidos para el porvenir de un pueblo, y persuaden que, de tan elevado origen, sólo surgen las grandes situaciones que llevan consigo el sello perdurable de la estabilidad. La importante provincia de Córdoba, respondiendo dignamente a la voz de Buenos Aires; la heroica Santiago, preparada de antemano a la lucha y llevando a todas partes el auxilio de sus armas, hasta dejar restablecida la paz en el Norte; Tucumán, a veces dominada y nunca vencida, disputando palmo a palmo el terreno a los enemigos de la libertad; San Luis, destruyendo en pocas horas el imperio de su brutal tirano y consolidando gloriosamente su actualidad con elementos

propios; La Rioja, ahogando en su seno la antigua monotonía; Corrientes, puesta de pie como un solo hombre en favor de la causa de los principios y levantando entusiasta en su brazo robusto la bandera de su regeneración; Santa Fe y Catamarca, rompiendo valientemente los vínculos con que se pretendía ligarlas al pasado; Entre Ríos, cooperando eficazmente al triunfo del nuevo orden de cosas establecido; Salta y Jujúy, triunfando pacíficamente en nombre del principio liberal que prevalece en ellas, he ahí los hechos que esos documentos revelan y la incommovible base en que se apoya la reorganización de la República. Esa reorganización queda desde hoy colocada bajo los auspicios de V. H. La grande obra del patriotismo y del supremo esfuerzo de los pueblos se pone al amparo de vuestras deliberaciones. A. V. H. corresponde ahora la misión ardua y fecunda de consolidarla para el futuro, estudiando las importantes cuestiones que presenta la situación, alejando de ella los escollos que pudieran ofrecer un peligro y resolviendo esas cuestiones de manera que la República Argentina, libre, poderosa y compacta, sellando para siempre el vínculo de la unidad nacional, encamine sabiamente los elementos de fuerza y prosperidad que encierra, a la consecución de los altos destinos de que la hacen digna sus heroísmos y sus infortunios.”

Entregado que fué a la consideración pública este documento, que obligará a meditar siempre a todos los argentinos y que pone de relieve todas las altas previ-

siones de un patriota y las condiciones relevantes de un hombre de estado, el gobernante no se detuvo en meras declaraciones. Antes que partidista y político, era argentino; por eso estimuló y secundó a los prohombres de la Confederación, llamando para que compartieran el ejercicio del gobierno, a Gorostiaga, del Carril y Pico, que debían interpretar con su criterio jurídico la doctrina constitucional en los casos de Corte, y confió al doctor Juan María Gutiérrez, notable escritor y eximio crítico, la dirección de la enseñanza superior en la Universidad de Buenos Aires.



No era tarea fácil de solucionar, la que le tocaba en suerte al presidente Mitre al hacerse cargo del gobierno de la Nación en el año de 1862.

La incorporación de lo que hasta entonces había sido Estado de Buenos Aires a las provincias de la Confederación no era todo, porque no todos los hombres del interior de la República, los políticos y caudillos, estaban conformes con la hegemonía que la Provincia de Buenos Aires estaba llamada a ejercer por la riqueza de su suelo, por su situación geográfica sobre el río de la Plata, por su mayor población y su cultura.

La guerra civil no debía tardar en estallar luego

de ascender al gobierno el presidente Mitre, porque los caudillos como Vicente Peñaloza (el Chacho), Juan Saá y Pedro Varela, para citar a los principales, habían de alzar más de una vez el pendón de la rebelión, que era el trapo rojo de la montonera; la montonera, que era el dominio absoluto y predominio personal en el gobierno, que tenían que alterar la paz y el orden.

Y pase que hubieran sido únicamente esos caudillos semibárbaros los únicos que se alzaban, porque, al fin, al ejército de la Nación correspondía terminar con ellos.

Existían, aparte de éstos, los políticos, si no de escuela, los jefes de partido, que unas veces por ambición personal y otras por intereses legítimos o inconfesables, no armonizaban con los gobiernos y aun se alzaban contra ellos, todo lo que ponía en evidencia que, no obstante el estímulo y buena voluntad del presidente, las heridas de la guerra civil estaban muy lejos de cerrarse.

Es así, como lo decía el general Mitre en su primer mensaje al Congreso, en el año de 1862, “que después de las batallas de Pavón y Cañada de Gómez, el pronunciamiento de la mayor parte de las provincias argentinas, cuyo voto era uniformar su política con la de Buenos Aires, no fué bastante para vencer las resistencias, que si bien no asumían proporciones alarmantes desde que la provincia de Entre Ríos se había retirado de la lucha, quedaban sin embargo de pie contra el nuevo orden de cosas establecido. Mientras las provincias de Córdoba, Corrientes, Tucumán, Santiago, San Juan y San Luis



conseguían con sus nobles esfuerzos que prevaleciese en ellas el nuevo orden triunfante, Tucumán y Santiago del Estero eran invadidas por caudillos militares que lograron sobre ellas un suceso momentáneo.”

Como las provincias invadidas no estaban resueltas a dejarse dominar, protestaron, y Santiago se levantó en armas, organizó ejército, batió al invasor y auxilió a Tucumán. Pero como el estado de guerra siguiese, el presidente Mitre designó comisionado al doctor y coronel Marcos Paz, y el hecho fué que la guerra terminó en un pacífico arreglo.

A estos hechos sucedieron, en el año siguiente, movimientos subversivos en las provincias de Catamarca y Mendoza, que volvieron a alterar la paz interna, así como también otros que acaecieron en la provincia de Córdoba, lo que evidencia, como se dijo anteriormente, que las provincias se mantenían con dificultad dentro del respeto a la soberanía interior de la Nación, que exigía el imperio del orden.

Y esta anarquía llegó a tal extremo que el gobierno nacional se vió en la imprescindible necesidad de destacar fuerzas del ejército para contener a Peñaloza. Ocupándose de este caudillo, que se mantenía alzado contra la autoridad nacional, el presidente Mitre decía, en su mensaje del año de 1862, en la parte relativa a lo que en síntesis se dice anteriormente:

“Tan sólo un jefe militar sin bandera y sin elementos de resistencia, queriendo hacer revivir la lucha vandá-

lica y desacreditar a la antigua montonera, ha entendido perturbar el orden, primero en la provincia de San Luis, pero tres veces rechazado por la opinión del pueblo y batido por las fuerzas que sostienen la situación, ha presentado su sometimiento a las autoridades nacionales, pidiendo una amnistía y ofreciendo el desarme de sus fuerzas, lo que fué concedido, habiéndose autorizado al comandante en jefe del primer cuerpo de ejército para terminar definitivamente esta cuestión, por la paz o por la guerra, esperando confiadamente que ella tendría un pronto y feliz desenlace.”

El presidente Mitre no podía prever, cuando tales declaraciones afirmaba, que era solamente la derrota del combate del río Colorado, librado el 10 de febrero de 1862, lo que podía imponerle a Peñaloza, o al Chacho, a solicitar la paz, y que éste, muy luego, había de volver a alzarse, como efectivamente sucedió, en el año 1863.

Dada la idiosincrasia del caudillo riojano, el alzamiento se produjo cuando ocurrida la revolución de Córdoba, el día 10 de junio de 1863, contra el gobernador Posse, el jefe revolucionario gaucha, pues Luengo también lo era como el Chacho, llama a éste y entonces se da la batalla de Las Playas primero y luego, en los combates de San Francisco y Lomas Blancas (26 de mayo y 26 de agosto de 1863) desaparece Peñaloza porque fuerzas a órdenes de los comandantes Pablo Irrazabal y Ricardo Vera, lo sorprenden en el pueblo de Olta y le ejecutan.

Los que escribieron sobre ese hecho y que combatían la política del gobierno, entonces, como después, han calificado la muerte de Peñaloza de asesinato, y como conviene evidenciar la absoluta inculpabilidad del presidente Mitre en aquel suceso, es justo transcribir cómo calificó el hecho el gobierno.

Sobre el particular declara el presidente, en el mensaje del año 1864:

“La rebelión del cabecilla Peñaloza, a quien seguían gran parte de los habitantes de la Rioja, ha requerido de parte del gobierno nacional sacrificios de toda clase para dominarlo y restablecer el orden y la paz, no sólo en aquella provincia, foco de anarquía, sino también en varios puntos de otras provincias inmediatas, donde se lanzaban los montoneros en incesantes correrías. Se comprenden bien las dificultades que ha sido indispensable superar para obtener aquel resultado, cuando se tiene presente la topografía de la provincia de La Rioja, llena de serranías y bosques espesos y dilatados, en la que se guarecían los montoneros en la persecución activa y tenaz que se les hacía, y que abandonaban por salidas, lanzándose con nuevo brío a sus correrías.

“Sin embargo, perseguidos, sin tregua ni descanso, por divisiones lanzadas a la Rioja por diversos puntos, batidos y destrozados en diferentes acciones que fueron obligados a aceptar, señalándose la de Punta de Agua, Lomas Blancas, Arroyo Seco y Las Playas, y reducidos notablemente en su número, después de las últimas de:

rrotas que sufrieron en Caucete, villa inmediata al pueblo de San Juan y en la misma provincia de la Rioja, donde volvían los restos escapados y donde fueron alcanzados por las fuerzas al mando del coronel Arredondo, el cabecilla Peñaloza fué sorprendido en Olta por el comandante Irrazabal y pasado por las armas, hecho que desaprobó el gobierno por haber sido ejecutado sin sujeción a lo que prescriben las leyes de la materia.”

Cuando en un documento público e histórico, por cuanto se trata de un mensaje, se reprueba con toda claridad y energía una muerte como la del *Chacho*, y cuando quien afirma es un personaje de la importancia del general Mitre, que hablaba así desde su investidura de presidente de la República en el ejercicio del gobierno, no se explica que se le culpe de una muerte en la que mucha parte tuvieron la pasión política y odios locales. Pasión y odio que considera a Peñaloza como un libertador, hombre de estado y general, cuya cultura puede medirse teniendo en cuenta que, como hombre de estado, ejercía el gobierno sentado al suelo, como militar era solamente un valiente cargador, como tantos, y que en cultura estaba ajeno a toda noción de la misma, hasta el punto que, invitado a la mesa durante la emigración en Chile, se daba pruebas evidentes de ineducación y explicaba su dolor diciendo que era una desgracia encontrarse “en Chile y a pie”. (!)



Establecida sobre bases sólidas la organización de la nación, mal pesara a la voluntad de los caudillos, que pretendían anarquizar a la República, el gobierno del general Mitre inauguraba ferrocarriles y líneas telegráficas, reorganizaba la educación secundaria, fundando colegios nacionales en la República, cuando causas, por demás notorias, como ser la violación del territorio de Corrientes por el ejército del tirano Francisco Solano López y el apresamiento de los buques argentinos *25 de Mayo* y *Gualedguay*, en el puerto de la misma ciudad de Corrientes, motivaron la guerra contra el tirano del Paraguay.

Y todo esto, ¿por qué? Porque el Paraguay, tiranizado por Francisco Solano López, bajo pretextos que el gobierno argentino no permitiese al ejército paraguayo cruzar por la provincia de Corrientes para invadir el sur del Brasil, sin previa declaración de guerra, cometía el hecho vandálico de apresar traidoramente los buques de guerra argentinos.

Y es sobre tan trascendental suceso que el presidente Mitre, en el mensaje leído ante el Congreso del año de 1865, al dar cuenta de los hechos ocurridos en lo que iba del año, declaraba:

“Instigado por el gobierno de Montevideo, que a todo trance procuraba crear complicaciones a la administración argentina, el gobierno del Paraguay se dirigió al de esta República pidiéndole explicaciones sobre la actitud de éste, y su participación en la guerra civil de la República Oriental. El Gobierno, con amistoso interés, satisfizo tal demanda cuanto correspondía; pero no tuvo la fortuna de que sus explicaciones fueran bien apreciadas. Subsiguientemente, y después de haber declarado la guerra al Imperio del Brasil, con la captura de un paquete a vapor que de tránsito se hallaba en el puerto de la Asunción, solicitó del Gobierno Argentino tránsito por la provincia de Corrientes para operar militarmente sobre territorio brasileiro. El Gobierno, cumpliendo sus deberes de neutral, se negó a tal demanda <sup>(1)</sup>. En tal estado y cuando el Gobierno Argentino, reposaba en la seguridad de que su neutralidad sería respetada por ambos beligerantes, el país ha sido sorprendido por un hecho cometido por el Gobernante Paraguayo, que no tiene ejemplo sino entre naciones bárbaras. Sin declaración previa de guerra, violando la fe de los tratados públicos que tiene celebrada aquella República con la Argentina, sin provocación alguna, y lo que es más aún, sin alegar causa, lanzó sobre el puerto de Corrientes una escuadra de vapores de guerra con numerosas fuerzas de desembarco y con alevosía y traición inauditas,

---

(1) El caso semejante se ha realizado en la actual guerra europea al violar Alemania la neutralidad de Bélgica. (*Nota del autor.*)



después de cambiar saludos de bandera con el vapor argentino *25 de Mayo*, que se hallaba fondeado y apagados sus fuegos, rompieron sobre éste un vivo fuego, tomándole en seguida al abordaje, lo mismo que otro pequeño vapor perteneciente a la marina nacional y que se hallaba en reparación, llevando ambos buques en dirección a la Asunción y haciendo antes sobre la indefensa población de Corrientes varios disparos de cañón a bala. Consumado este hecho alevoso, fuerzas paraguayas invadieron la capital de Corrientes, que descuidada y reposando en la paz en que estaban ambos países, se hallaba inerme, y en la imposibilidad de resistir aquella vandálica invasión.”

Fundamentada en estas causas, la República Argentina, que iba a aliarse con el Imperio del Brasil y la República Oriental del Uruguay, causante de la guerra estallada antes entre el Brasil y el Paraguay, firma el tratado de la triple alianza, el 1º de mayo de 1865, designando al brigadier general Mitre generalísimo de los ejércitos.

Cuando se buscan los antecedentes de esta guerra, ellos enseñan que sólo la ciega vanidad del presidente López, que con pretensiones ridículas de hegemonía quería imponerse, pudo encenderla.

Para evidenciarlo está la prueba de la solapada intención de López, de tener preparado un ejército que ascendió a cerca de cien mil hombres bien armados, ya que no bien mandados, para efectuarla.

Cuanto al Brasil y la Argentina, estuvieron tan lejos de pensar en la guerra que cuando ésta se declaró, las dos potencias no tenían un ejército que llegase siquiera a la mitad de las plazas del ejército paraguayo, y no era solamente esto, pues había tal deficiencia de elementos bélicos en el Brasil y la Argentina, que, temiendo la guerra, el ministro Paranhos declaraba en el Parlamento que el Brasil no tenía cómo armar a sus hombres, y cuanto a la República Argentina, notorio es que lo único con que contaba era con la base de un ejército que sólo alcanzaba a tres mil hombres de línea, quiere decir veteranos.

Respecto al comando inferior, habiendo desaparecido los jefes de la escuela de San Martín, los que le substituyeron eran militares de guerra de fronteras, que no había sido teatro para enseñanza estratégica y táctica a la moderna. Y por lo que toca al alto comando, si se excluyen a los generales Gelly y Obes, éste como jefe de estado mayor, y los generales Paunero, Emilio Mitre y Manuel Hornos, no había otros.

Sin embargo, la guerra se llevó a término feliz, y con excepción de los ataques al *Boquerón de Piris*, trincheras de *Curupaytí* y uno que otro combate subalterno, la guerra, para el ejército argentino, fué una serie de triunfos, desde Corrientes a *Lomas Valentinas* y *Perebibuy*.

Si hay algún suceso que señale elocuentemente en la historia contemporánea de América, la justicia de esta guerra y la capacidad militar del que la dirigió en sus tres primeros años, es el estado actual de la República del Paraguay, libre de tiranos, los movimientos estratégicos que se realizaron y las batallas que se libraron. El pasaje del *Paso de la Patria* contra la opinión de todos los jefes caracterizados de los tres ejércitos, que puso a las armas aliadas, casi sin disparar un tiro, en territorio paraguayo, es una de las operaciones más hábiles y mejor concebidas que se registran en la historia de las guerras de América, según opinión de los técnicos y competentes.

Cuanto a la batalla de *Tuyutí*, la más sangrienta que recuerdan los anales de la misma historia, bastará decir, para honor de los ejércitos que vencieron, del valor y arrojo con que se peleó y del general que comandó en jefe y por el número de los que sucumbieron, y que, según un crítico de la *Revista de Ambos Mundos*, es una de las tres grandes batallas del siglo XIX, si se cuentan las de Eylau y de Sadowa <sup>(1)</sup>, y la más importante de todas las libradas en la América del Sur.

Muchos eran los que, hasta que se libraron las grandes batallas en la campaña del Paraguay, se permitían dudar de la capacidad militar del general Mitre, y fué necesario que se sucedieran esos hechos de guerra, para que las opiniones se manifestasen con juicio en loor del generalísimo, de Mitre.

---

(1) Se habla de esta batalla en relación a la pérdida de unidades respecto al número de combatientes.

Una vez, el que escribe estas líneas, por deferencia del general, hablaba con él de las acciones de la guerra. Se refería de los elogios que se hacían al comando general del ejército alemán sobre lo que en táctica militar se denomina “movimiento envolvente”, que había dirigido Moltke en la guerra del año 70, y que se tiene como novedoso en arte militar, y el general Mitre declaraba: “Ya lo habíamos realizado nosotros en la guerra del Paraguay. ¿Qué otra cosa que movimiento envolvente fué nuestra operación de flanco sobre *Humaytá*?”

La verdad de la afirmación que expresaban los labios del militar que comandó en jefe los ejércitos en la campaña del Paraguay en los tres primeros años de la misma, era confirmada después por los oficiales alemanes de estado mayor de la Escuela Superior de Guerra Argentina, que hicieron justicia de Mitre en el reconocimiento de la verdad de su afirmación. Verdad ocultada durante treinta años por el autor y que sólo reveló cuando los escritores brasileños adjudicaban el mérito del hecho al mariscal duque de Caxías, a quienes sus compatriotas querían orlar de laurel con motivo de ese famoso hecho de guerra y la erección de su estatua.



No obstante la guerra interna, pues ésta se siguió después de la muerte del Chacho, cuando en el año de 1867 la montonera de Juan Saá y Pedro Varela trató de vol-

ver a convulsionar el país, en plena guerra nacional, lo que felizmente no ocurrió, porque los montoneros fueron batidos en el paso del río Quinto, en *San Ignacio*, el 1º de abril del año 67. La presidencia de Mitre inauguraba el segundo ferrocarril, que debía recorrer el sud de la provincia de Buenos Aires, el día 7 de marzo de 1861, y el del norte, en la misma provincia, que llegaba al pueblo de San Fernando, el 22 de febrero de 1862, y en 1863, firmado el contrato con el empresario Welheright, inauguraba también el presidente Mitre los trabajos del ferrocarril que debía ligar el Rosario a Córdoba, o sea el Central Argentino.

No eran únicamente población y escuelas lo que faltaba en la República Argentina en 1861, y por lo que abogaban Alberdi y Sarmiento. Se hacía imprescindible también facilitar las comunicaciones en la dilatada extensión del territorio de más de tres millones de kilómetros cuadrados de superficie, porque entonces por el desacierto de los gobiernos y diplomacia argentina, ésta, sin duda, por falta de competencia, se habían perdido los extremos territoriales de la República en la parte septentrional de Misiones y la occidental en la Patagonia, desde Monte Dinero a Punta Dungeness.

Faltaba también facilitar las comunicaciones terrestres porque los viajes en la época indicada eran largos, difíciles y costosos, tanto que se hacía un viaje de ida y vuelta a Europa en menos tiempo que el que se empleaba en viajar de Buenos Aires a Jujúy, particularmente en la

época de los equinoccios, en que los ríos, arroyos y cañadones, los unos desbordaban y los otros se llenaban de agua, y era por demás difícil cruzarlos con las diligencias, lo que obligaba a los viajeros a permanecer días en las postas, y a las tropas de carretas conductoras de mercaderías a quedarse semanas detenidas en los campos, fuese por los desbordes referidos o por las lluvias largas y torrenciales, las invasiones y malones de los indios.

Para fortuna del país y facilidad del comercio, los capitalistas ingleses aplicaron su oro a las empresas no solamente bancarias e industriales, sino también a la extensión de los ferrocarriles, y fué entonces que con motivo de la inauguración del Ferrocarril del Sur, cuyo recorrido llega hoy hasta la confluencia de los ríos Limay y Neuquén, que el general Mitre, como gobernador de Buenos Aires, pronunciaba un hermoso discurso, en que, al decir de las aplicaciones del capital inglés entre nosotros, aludía a los tiempos de las invasiones inglesas, que pusieron de manifiesto nuestras fuerzas y nuestros elementos y que son como un alborear de mejores tiempos, los de la independencia y la libertad; derechos éstos que propalaron en la culta sociedad y en el pueblo, y también en la redacción de la *Estrella del Sur*, que se publicaba en Montevideo, los jefes y oficiales ingleses.

He aquí el bello y oportuno discurso del gobernador de Buenos Aires, general Mitre:

“Señores: — Al tomar en mis manos los instrumentos



del trabajo para levantar y conducir la primera palada de tierra del gran Ferrocarril del Sud, dije que sentía mayor satisfacción que la que experimentaría dirigiendo máquinas de guerra, aunque fuese para triunfar gloriosamente.

“Más noble lucha y más grande triunfo es llevar la alegría y la esperanza a las más remotas poblaciones de la campaña, anunciándoles con el silbato de la locomotora, que una nueva era de gloria pacífica y abundancia comienza para ellas.

“Por eso, al derramar sobre el proyectado terraplén de la vía, mi carretilla llena de tierra argentina, que el capital inglés y el trabajo de los inmigrantes va a fecundar, agregué: que éste era el feliz presagio de un gran futuro, y que confiaba que la semilla de progreso que iba a depositarse en su seno, fructificaría y daría abundante cosecha a los jornaleros.

“Ahora, al contestar al cordial saludo que se me ha dirigido en nombre de los extranjeros aquí presentes, y principalmente de los ciudadanos de la Gran Bretaña, diré que no los reconozco por tales extranjeros en esta tierra. ¡No! (*¡Heard! ¡Heard!*)

“Reconozco y saludo a todos los presentes como hermanos, porque todos lo somos en el campo de la labor humana. (*¡Muy bien!*)

“Todos los que como huéspedes desembarcan en nuestras playas y se colocan como habitantes bajo el amparo de nuestras leyes hospitalarias, traen su contingente

moral y material a nuestra civilización, y mancomunan por el hecho sus esfuerzos, sus sentimientos y sus intereses con los nuestros. Nos traen sus brazos robustos, sus capitales, su inteligencia práctica y teórica, su actividad, su sangre y su corazón también. Incorporados a los elementos constitutivos de nuestra sociabilidad, estas fuerzas vivas funcionando armoniosamente, forman lo que podemos llamar nuestro capital social en circulación.

“Si los que se llaman extranjeros en el común hogar, no mezclan su sangre con la nuestra en el campo de batalla, las mezclamos, obedeciendo a las leyes del Creador, a fin de que prevalezca por su fusión la raza inteligente y varonil a que está reservado el gobierno del mundo, por ser la única que bajo los auspicios de una moral eterna, ha sabido realizar los prodigios de una civilización duradera y perfectible. Ellos caminan como nosotros a lo largo de los surcos, armados del arado inglés y de la segadora norteamericana, y este pedazo de pan que rompo ahora en honor de la confraternidad en el banquete de la vida, como un símbolo de la comunión de todas las razas humanas, es el producto de las mieses que regaron con su sudor agricultores británicos y peones argentinos, y que hoy comen en santa paz y amistad los representantes de todas las naciones del orbe, cuyas banderas tremolan sobre nuestras cabezas. (*Aplausos.*)

“Ahora, en cuanto respecta a las congratulaciones de que he sido objeto, por la parte que me haya cabido en esta obra, contestaré como representante de los que con-

migo han cooperado a ella, a la manera del general que se coronaba en presencia de un ejército: « Mis soldados han ganado la corona, y yo me la pongo en su nombre. »

“Pero, señores, éstos son únicamente los efectos visibles que palpamos. Démonos cuenta de este triunfo pacífico, busquemos el nervio motor de estos progresos y veamos cuál es la fuerza inicial que lo pone en movimiento.

“¿Cuál es la fuerza que impulsa este progreso?

“Señores, es el capital inglés.

“Desearía que esta copa fuese de oro, no para adorarla como el becerro de la antigüedad, sino para poderla presentar más dignamente como el símbolo de las relaciones amistosas entre la Inglaterra y el Río de la Plata, nuestra enemiga cuando éramos colonias, y nuestra mejor amiga durante la guerra de la independencia.

“En 1806 y 1807 los ingleses nos trajeron hierro en forma de espadas y bayonetas, y plomo y bronce en forma de balas y cañones, y recibieron en cambio hierro, bronce, plomo y fuego, y su sangre y la nuestra derramada en las batallas fué oreada por el pampero en las calles de Buenos Aires. (*Sensación.*)

“Después vinieron con hierro en forma de picos y palas, con algodones, con paños y se llevaron en cambio nuestros productos brutos para convertirlos en mercaderías en sus manufacturas. Esto sucedía en 1809. Desde entonces quedó sellado el consorcio entre el comercio inglés y la industria rural del país. Los derechos que

los negociantes ingleses abonaron en aquella época a la aduana de Buenos Aires, fueron tan cuantiosos, que fué necesario apuntalar las paredes de la Tesorería por temor de que el peso que soportaban, las echase al suelo.

“Esta fué la primera hazaña del capital inglés en estos países, que presagiaba la caída de las antiguas murallas y el advenimiento de una nueva época.

“Verdaderamente, señores, el capital inglés es un gran personaje anónimo cuya historia no ha sido escrita aún.

“Cuando las colonias hispanoamericanas declararon su independencia a la faz del mundo, nadie creyó en ella. Las nuevas Repúblicas no encontraban en Europa quien les prestase un peso, ni quien les fiasse un ciento de fusiles. Sólo el capital inglés tuvo fe en su porvenir, y abriendo sus forrados cofres les dijo: «Aquí están las libras esterlinas del comercio británico: tomad lo que necesitéis» Y este acto valiente de los comerciantes de un pueblo, inspiró a su gobierno la política que debía seguir hasta el día que por boca de lord Canning pronunció aquellas memorables palabras: «Un mundo no puede llamarse rebelde.»

“Cuando las Provincias Unidas, despedazadas por la guerra civil, pobres, casi sin rentas y sin crédito, no encontraban un solo argentino que les prestase un real, el capital inglés envió a una sola de sus provincias la cantidad de cinco millones de libras esterlinas para construir puertos y poblar nuestros desiertos en la frontera, bajo garantía de sus tierras públicas. Si no se aplicaron

a esos objetos, no es menos cierto que confiaron en la fuerza creciente de nuestro progreso tal vez más que nosotros mismos.

“Pasaron cerca de veinte años sin que se abonasen por nosotros la amortización y los intereses de ese empréstito. Pero, como los ingleses saben que los pueblos no mueren ni quiebran, creyeron en la inmortalidad de su capital; y hoy lo ven resucitar en forma de rieles, de locomotoras y carbón de piedra, para abrir el camino del desierto prometido, que poblarán pronto los inmigrantes sirviéndoles de baqueano el ingeniero.

“A esta confianza racional en el porvenir de los pueblos nacientes, es que debe el comercio inglés ser poseedor del más gigantesco capital que haya tenido jamás el mundo, reproductivamente colocado en todo el mundo, cuyos intereses y provechos hacen afluir el oro a su gran mercado monetario, siendo sus tributarios todos los que le deben. Tal es el secreto de la abundancia del dinero de Londres, y tal es la base de la prosperidad del comercio británico, cuyo capital, a la manera de un gran personaje, como dije antes, vive de sus rentas, sin dejar por esto de trabajar para acrecentarlo.

“Por eso es que unos cuantos ingleses asociados comercialmente fundaron los Estados Unidos de América, y sus cartas de sociedad mercantil son hoy las constituciones de pueblos libres.

“Por eso el capitán Cook al poblar de cabras las solitarias islas del Océano Pacífico, derramaba gratuita-

mente sus beneficios en nombre de la riqueza de su patria para que los gozasen las generaciones venideras.

“Por eso media docena de comerciantes dieron a la Gran Bretaña en la India, el dominio del más vasto imperio y la prolongación de su grandeza en los tiempos.

“Por eso la Australia derrama hoy sus tesoros a los pies de la Gran Bretaña, a la vez que elabora su propio capital.

“Ahora sí, repito, que desearía tener en las manos una copa de oro, no para brindar en honor de estos prodigios realizados por la libra esterlina, sino para saludar con la cabeza descubierta la gloria de aquella grande y generosa nación que en 1833 votó quinientos millones para rescatar los esclavos negros de sus colonias, pronunciando aquellas sublimes palabras que resonarán eternamente en los oídos de la humanidad: «¡Perezcan las colonias y sálvese el principio!»

“Estas son las ricas y gloriosas recompensas del trabajo de las naciones.

“Cuando se contempla la grandeza de la Inglaterra se creería que la acumulación de su capital es el producto de cientos y cientos de años de elaboración. Sin embargo, no es así.

“Hace apenas ciento ochenta años que la Inglaterra no era mucho más que nosotros al presente.

“En 1685 Londres era ya una ciudad de más de quinientos mil habitantes, y sin embargo era peligroso aventurarse en sus calles después de las siete de la noche,



porque desde esa hora hasta el amanecer los ladrones eran dueños absolutos de la ciudad, como puede verse en la historia de lord Macaulay.

“Por este tiempo un hombre tuvo la inspiración de colocar una linterna encendida de diez en diez casas durante seis horas de la noche en que la luna no alumbrase. Este hombre obtuvo más honores que los que ha merecido Fulton en nuestros días. Sus contemporáneos dijeron de él, que, habiendo cambiado en esplendor luminoso las sombras de la noche, su descubrimiento eclipsaba el de Arquímedes. Es cierto, que según nos cuenta el mismo Macaulay, no faltaron opositores a la nueva luz, según ellos la llamaban; pero de esto no hay por qué asombrarse. ¡En nuestro siglo, es en Inglaterra donde en el seno de un parlamento se han levantado las voces más autorizadas para oponerse a la introducción de los ferrocarriles, después que los primeros ingenieros de la Gran Bretaña habían declarado científicamente que la locomotora de Stéphenson era un gran disparate! Vaya esto por vía de correctivo a la satisfacción de los caballeros británicos aquí presentes, que tal vez iban creyendo que no se cuecen habas en Inglaterra lo mismo que aquí y que en España. (*Risas.*)

“A propósito de habas, ¿quién creería que la primera diligencia se estableció en Inglaterra en el año 1669? El primero que anunció que haría el viaje entre Londres y Oxford en el espacio de un día contado del amanecer al anochecer, casi fué declarado loco como Colón,

y hasta la Universidad de Londres como la de Salamanca tomó parte en el debate. Al fin la experiencia demostró que era posible andar quince leguas (90 kilómetros) en doce horas, no faltando quienes protestaron contra tan espantosa velocidad de locomoción. (*Risas.*)

“No hay que extrañar esto, cuando según el mismo testimonio de los historiadores ingleses, los caminos reales de entonces eran tan peligrosos, que a veces era necesario atravesarlos a nado y con frecuencia se ahogaban los viajeros en los pantanos.

“En fin, señores, la Inglaterra en 1685, con cinco y medio millones de habitantes, tenía medio millón de rentas menos que la República Argentina en la actualidad; y todas sus rentas de aduanas eran casi un millón menos que los que produce al presente la sola aduana de la provincia de Buenos Aires.

“Al recordar la corta edad y los humildes orígenes de la grandeza de la Inglaterra, quiero decir a mis conciudadanos, que dentro de ciento ochenta años podrán ser tanto y más que lo que es la Inglaterra en nuestros días, puesto que hoy tenemos a nuestro servicio instrumentos de progreso con que no contó antes para su engrandecimiento.

“Uno de esos instrumentos es el ferrocarril que el capital inglés pone hoy a nuestro servicio.

“Comparemos lo que éramos ahora pocos años y lo que somos hoy, y la fe de los grandes destinos que nos esperan se anidará en todos los corazones.

“Ahora un año éramos provincias aisladas y en guerra unas con otras. Hoy somos una nación libre y unida.

“La inmigración se ha duplicado.

“La renta en un año ha aumentado de un veinte y cinco por ciento.

“Estos son progresos que prometen otros mayores.

“Pido solamente, al terminar mi tarea, dejar al país con doce millones de rentas, con treinta mil inmigrantes, con quinientas millas de ferrocarril, gozando de paz y prosperidad, y quedará satisfecho, como ahora lo estoy al brindar por el fecundo consorcio del capital inglés y del progreso argentino. (*Aplausos prolongados.*)”

Y luego, cuando se inauguraban los trabajos del ferrocarril a San Fernando, el general Mitre, firme en los propósitos de encarrilar definitivamente al país en los progresos que estaba llamado a realizar para evidenciar ante el mundo la potencialidad de sus elementos y la voluntad de sus hijos, decía:

“Y ya que al pueblo de Buenos Aires le ha tocado la gloria de iniciar y presidir para la República Argentina una época de reorganización, de libertad y de paz, que desenvuelva los ricos gérmenes que la mano de Dios ha depositado en su fecundo seno desgarrado por la mano de los tiranos o esterilizados por la acción funesta de sus malos gobiernos, muestre más prácticamente a nuestras nobles hermanas, las provincias del interior, cómo es que un pueblo civilizado lucha, interviene y gobierna presidiendo a la labor común. Que no se detengan los ferro-

carriles en las fronteras provinciales. Intervengamos de distinto modo en las provincias del interior, intervengamos con un ferrocarril desde el Rosario a Córdoba, con otros ferrocarriles que sigan el itinerario de las armas victoriosas de Buenos Aires en la lucha que ha terminado, y que les lleven un ejército de jornaleros armados de las armas del trabajo para que puedan combatir y triunfar en pro de la civilización argentina, para que cuando oigan el silbido metálico de la locomotora, en vez de la corneta de degüello que llevó a San Juan un bárbaro sediento de sangre <sup>(1)</sup>, y vean levantarse en medio de la hoy desierta Pampa el estandarte de humo y fuego del ferrocarril, en vez de la tea de los interventores armados que no ha mucho incendiaron sus casas y sus mieses, bendigan esa intervención civilizadora de Buenos Aires y saluden en el ferrocarril el precursor de tiempos mejores, y la garantía más eficaz de la paz y del engrandecimiento del pueblo argentino a la sombra de la libertad. (*Vivas y prolongados aplausos.*)”

Cuanto a la instrucción secundaria en la capital provisoria, que lo era la ciudad de Buenos Aires, ella se propagó con la fundación y con la modificación o sea la reforma de esos estudios, que se encomendó a hombres de la importancia de D. Amédée Jacques, ex profesor del Liceo Luis el Grande en París, y quien se encontraba en Tucumán desde su destierro de Francia, impuesto

---

(1) Alusión a Juan Saá.

por Napoleón III después del golpe de estado del día 2 de diciembre de 1851.

Sobre este particular el presidente Mitre declaraba, en el mensaje del año de 1863:

“Sobre la base del Colegio Eclesiástico, existente en esta capital, que quedó a cargo de la autoridad nacional, podría fundarse sin gravamen para el erario, un colegio en que se educase un número proporcionado de jóvenes de todas las provincias. Así procedió el gobierno anticipando su establecimiento en el interés de la juventud, contando con vuestra sanción que no dudo alcanzar.

“Colocado este establecimiento en el centro de los recursos que ofrece la capital, bajo la acción de distinguidos profesores, él debe necesariamente prestar importantes servicios en la formación de ciudadanos virtuosos y capaces, que al volver a sus hogares llevarán, además los sentimientos de fraternidad indispensables en la comunicación de la vida en los primeros años y de influencia tan benéfica para la estrecha unión de los pueblos.

“Bajo su inmediata y especial atención, este colegio podrá servir de norma para regularizar la enseñanza de los establecimientos que costea la Nación, y en los demás que se propone crear con vuestro auxilio en otras localidades, ajustándolo a un plan uniforme, como es de notoria conveniencia.”

En lo que toca a la reglamentación o, para hablar con propiedad, a la Codificación de las leyes hasta la época de la presidencia de Mitre, la Argentina había vivido bajo

el imperio de las leyes españolas, que lo eran las de Toro y las Partidas y Recopiladas.

Los tiempos habían adelantado mucho y era urgente preparar una codificación que estuviera en armonía con los progresos alcanzados, y del impulso que el gobierno dió a esta rama del mismo surgió la ley de Justicia Federal, de septiembre de 1863, el Código Penal, que redactó el doctor Carlos Tejedor, y el Código Civil, obra del doctor Dalmacio Vélez Sársfield, que ha sido y sigue siendo uno de los primeros códigos científicos del mundo.

Y no fueron esos trabajos o progresos lo único que preocupó al presidente Mitre como gobernante. Previendo que el estudio de las ciencias y la aplicación de las doctrinas y teorías debían de echar raíces profundas en la intelectualidad argentina, Mitre, que también sabía de paleontología y arqueología, pues había evidenciado conocer la última con su publicación: *Las Ruinas de Tihuanuco*, se valió de Sarmiento, ministro plenipotenciario de la República Argentina en los Estados Unidos, para traer a Burmeister a Buenos Aires y confiarle la dirección de nuestro Museo de Historia Natural, cuya colección de animales antediluvianos llama justamente la atención del mundo científico.

Y fué dentro de sus muros, en medio del silencio y soledad de los mismos, que el émulo de Hæckel y de Humboldt y el autor de la *Historia de la Creación*, obra ésta que era la base fundamental de la reputación del sabio, dió cima a los *Anales del Museo Público de Buenos Ai-*



res, trabajo considerado por los técnicos como monumental y dentro del que puede también comprenderse la descripción general de la República Argentina.

La obra maestra de Burmeister hizo camino, y si sus doctrinas y método científico no se generalizaron porque es para pocos la labor minuciosa, analítica y paciente del antropólogo, los que le sucedieron en la dirección de nuestro Museo de Historia Natural, siguieron la senda de luz del sabio y evidenciaron la conciencia de su ilustración con publicaciones de obras que hoy preocupan a los estudiosos.

De los discípulos de Burmeister o de los que prosiguieron su camino, el que figura, hasta el presente, a mayor altura es Florentino Ameghino, y las obras que fundamentan su gloria, son *La Antigüedad del Hombre en el Plata* y la *Filogenia*.



El ex presidente Mitre, al delegar el mando al presidente Sarmiento, el día 12 de octubre del año de 1868, creyó oportuno dirigir la palabra al pueblo que unánimemente lo había elegido a su primera representación y darle cuenta, como hijo de la democracia a que pertenecía, del resultado de los trabajos de su administración.

Con ese motivo dirigía a sus compatriotas una alocución en la que, entre otras cosas, declaraba:

“El país queda en paz en el interior y triunfante en el exterior, habiéndose ensanchado sus fronteras por la reivindicación legítima de territorios que al recibirme del mando se hallaban ocupados y fortificados por tropas extranjeras.

“Las demás cuestiones de límites con los vecinos quedan en vía de arreglo, sin haber comprometido ni en el hecho, ni por aceptación de ningún principio contrario a nuestro derecho, una sola pulgada de la soberanía territorial de la Nación.

“Las rentas se han duplicado en este período y nuestro crédito financiero se ha consolidado en el exterior, al presentarse la República Argentina por la primera vez ante el mundo con su capacidad de nación solvente, dando confianza a los capitales y a las empresas extranjeras.

“La inmigración se ha cuadruplicado, la viabilidad por ferrocarriles se ha sextuplicado, la riqueza general se ha multiplicado, la educación ha adelantado, y en medio de las serias dificultades con que hemos luchado y lucharemos todavía por mucho tiempo, hemos obedecido a la ley del progreso, así en el orden moral como en el orden material, dejando atrás a pueblos que en mejores condiciones nos habían precedido en la labor de la organización.

“La libertad ha sido una verdad, a pesar de los abusos parciales que son consiguientes a un pueblo que no ha completado su educación constitucional, pudiendo los argentinos proclamar sin orgullo, pero sí con legítima

satisfacción, que hemos salido de una revolución peligrosa, hemos consolidado nuestra nacionalidad, hemos hecho frente a la guerra más gigantesca que recuerdan los anales de la América del Sur y combatido y vencido todas las resistencias interiores, sin comprometer ningún principio, sin violar ningún derecho, sin recurrir a ninguna violencia y sin apelar a ninguna medida extraordinaria, usando con moderación hasta de las facultades constitucionales.

“La elección del que debe sucederme en el mando se ha hecho en paz y libertad; los representantes del pueblo han puesto su sello legal a esa elección, y el poder va a transmitirse por primera vez en nuestra patria en toda su integridad política y territorial, en toda la plenitud de sus facultades materiales y constitucionales, presidiendo a la transmisión del mando, la paz y la libertad que ha presidido a la elección del nuevo presidente.

“Estos grandes y fecundos resultados son debidos a vuestro patriotismo, a vuestros esfuerzos, a vuestra fidelidad a la Constitución, a vuestra fe en los grandes destinos que esperan a la Nación Argentina, a las sabias leyes de vuestros representantes en el Congreso, a los inteligentes y distinguidos consejeros que han compartido conmigo ahora y antes de ahora el peso y la responsabilidad del Poder Ejecutivo, y principalmente a la Divina Providencia, que no ha retirado su mano de nosotros aun en medio de las duras pruebas por que hemos pasado, a pesar de los dolores que hemos sufrido, y no

obstante lo mucho que aún nos queda que hacer para establecer el perfecto equilibrio político y social de la gran familia argentina.

“Si alguna parte me cabe en esta tarea, he recibido ya mi recompensa en el honor de haberla presidido como representante de la ley, y la recibo doblemente hoy por haber alcanzado las luces de este día en que después de cumplir vuestro mandato, habiendo cumplido mis promesas, cumplo con la ley suprema de la democracia, al devolver intacto el depósito sagrado de la autoridad que me confiasteis, dejando así de ser vuestro primer servidor para ser uno de tantos ciudadanos de un pueblo grande y libre de que me glorío de formar parte, y al cual consagraré en todo tiempo mi amor y mis afanes.

“Tenemos provincias que, aunque llenando ostensiblemente las condiciones del sistema republicano representativo de gobierno, están lejos de satisfacer las naturales y legítimas aspiraciones de todos hacia la mayor libertad, la mayor justicia y la mayor felicidad posible; existiendo en esas provincias gobiernos o que han monopolizado para sí los derechos de los pueblos, o ejercen sus funciones haciendo pesar sobre ellos entidades opresoras que anulan la fuerza de las leyes o de la opinión.

“Tenemos muchos dolores que aliviar, tenemos muchos abusos que desarraigar, muchos vicios que corregir, muchos trabajos perseverantes que llevar a cabo para evitar la repetición de las desgracias pasadas, y conjurar los males que en lo futuro pueden poner nuevamente a prueba la vida nacional y la vida constitucional.

“Es necesario purificar el sufragio popular viciado por la usurpación que de este derecho precioso han hecho los mismos que están llamados a hacerlo práctico y garantizarlo; es necesario a la vez que robustecer la acción legal de los poderes públicos, equilibrar la influencia de la opinión con la fuerza de esos mismos gobiernos, para que encuentren en ella su asiento a la vez que su correctivo; es necesario educar al pueblo para luchar con la ignorancia que puede vencernos por la masa, falseando así los fines de la democracia por el dominio de mayorías mal preparadas a la vida civil; es necesario amortiguar, ya que no sea posible extinguir, los odios que nos van invadiendo y que corroen los más nobles corazones; es necesario reconcentrar por último todas las fuerzas conservadoras de la sociedad, para hacer causa común en el sentido del bien.

“Todo esto no lo hemos alcanzado todavía ni lo alcanzaremos sino por la virtud cívica, por la perseverancia en los propósitos, por la tolerancia recíproca, no fiando a luchas fratricidas la solución del problema, ni provocar imprudentemente nuevas resistencias, que puedan dar origen a nuevas reacciones que tengan su razón de ser en cuanto al hecho, dado el estado de nuestra sociabilidad y lo incompleto de nuestra educación constitucional.

“De estos males, de estos abusos, de estos dolores y de estos peligros cuya existencia es visible, todos somos solidarios y todos somos responsables.

“No excuso la mayor suma de responsabilidad que

como gobernante pueda tocarme, y me someto de antemano al juicio benévolo de mis conciudadanos. Pero si se me concede que alguna parte me ha cabido en la obra del bien, deben pensar que, si la labor no ha sido más fecunda, y si todos los males que sufrimos no han sido evitados o no han sido curados, será porque me ha faltado el poder y la inteligencia; pero no la voluntad y la aspiración que como argentino debía abrigar de ver a mi patria al nivel de las primeras naciones.

“Habrá muchos de esos males que sean de todos los tiempos y de todos los gobiernos, habrá otros que tengan su origen en causas independientes de la voluntad de los hombres, habrá tal vez muchos que reconozcan por causa el no haber sabido acertar con el remedio, o en contemporar prudentemente con ciertos males para no producir otros mayores o en los mismos medios de represión de que ha sido necesario usar para contener el desorden, o quizá en que los instrumentos de que tiene que valerse todo gobierno no responden siempre a los sanos objetos a que se destinan. De cualquier modo, acepto la responsabilidad que pueda caberme, confiando en vuestra benevolencia y equidad, y espero que en todo caso tomaréis en cuenta lo arduo de la tarea, las dificultades con que he luchado, y sobre todo, que el poder en el sentido del bien necesita del tiempo, del espacio y de la concurrencia de todos para producir resultados como los que felizmente hemos alcanzado, aun en medio de los graves inconvenientes con que luchamos y de los grandes peligros que aun nos amenazan.



“Con la conciencia de haber propendido al bien en la esfera de mis facultades constitucionales, de haber evitado el mal en cuanto de mí ha dependido, de haber usado con moderación del poder y únicamente en el sentido de los intereses generales, volveré dentro de pocas horas al pueblo de que salí para vivir de su vida, gozar de sus esperanzas, participar de sus dolores y acompañarle en sus sacrificios el día que sea necesario.”

---

## V

Mitre considerado como parlamentario. — Cuestión Puerto de Buenos Aires. El ministro doctor Dalmacio Vélez Sársfield. Triunfo de Mitre. — Debate sobre recursos para la educación primaria y secundaria. — Un discurso de Mitre de hace medio siglo, pertinente a las necesidades del presente. — Discursos de Mitre sobre inmigración artificial y espontánea. — Organización de los territorios nacionales: límites interprovinciales. — Proyecto financiero de amonedación del diputado Mitre.

---

La vida militar del general Mitre no es más que una faz de la actuación múltiple del eminente argentino que rápidamente se perfila. En la gestación de la nacionalidad, en el debate político, que el desenvolvimiento del país reclamaba, el general Mitre ocupó el puesto culminante que sus antecedentes, su inteligencia y su ilustración le señalaban. De ahí su figuración en el gobierno, en los parlamentos, en la diplomacia, en el diarismo y en la vastísima publicidad de su producción intelectual, que lo señala, tal vez, como el más fecundo de nuestros escritores, tal es lo que su mente ha producido en diversos y múltiples estudios.

Y ya que se habla del parlamento argentino, recuérdese, de paso, para hablar circunstanciadamente en un capítulo aparte, uno de los debates más memorables: la intervención ordenada por el gobierno de Sarmiento a la Provincia de San Juan, en el año 1869, y en que culminó la elocuencia argentina por medio de la doctrina constitucional que expusieron, en el Congreso, Mitre, Rojo, Bazán, Oroño y otros señores senadores y los que contestaron la interpelación en nombre del ejecutivo, los ministros doctor Mariano Varela, éste, que en esa discusión famosa dejó sólidamente fundada su reputación de orador, y el doctor Nicolás Avellaneda.

Y como la época era de debate ardiente, pero alto y elevado siempre y de gobierno de opinión, a la discusión de referencia sucedió otra más famosa, la relativa a la construcción del puerto de Buenos Aires, en la que rebatía al ministro del ejecutivo, doctor Dalmacio Vélez Sársfield, el general Mitre; discusión ésta no menos nutrida de derecho constitucional que la relativa a la intervención a San Juan; pero la que llamaba doblemente la atención, porque el que rebatía a la inteligencia chispeante y a la vasta preparación científica del doctor Vélez, era un militar que llamaba la atención, cuando defendía palmo a palmo y con lucidez, la tesis jurídica relativa a la soberanía de la nación y el dominio público sobre tierras de ribera y ríos navegables.

Este debate, que hizo memorable las sesiones de la Cámara de senadores del año de 1869, comenzó el día 11 de septiembre del año indicado y se originó por el

proyecto remitido por el ejecutivo (presidencia de Sarmiento) relativo a la construcción de un puerto en la rada de la ciudad de Buenos Aires. El proyecto era enviado con el despacho favorable de la Cámara de diputados y se refería al contrato celebrado entre el representante de la empresa constructora y el ministro del Interior, que lo era el doctor don Dalmacio Vélez Sársfield, vale decir de las más altas reputaciones de entonces por su variadísima ilustración y su inteligencia superior.

Despachado favorablemente el proyecto, tomó la palabra, en representación de la minoría de la comisión, el senador general Mitre, solicitando el rechazo del mismo, pues siendo imprescindible la construcción del puerto, la minoría creía que debía encargarse la Nación, y, caso de no serle posible a ésta, autorizar a construirlo a la Provincia de Buenos Aires, que se ofrecía a realizar la obra con sus recursos propios, con lo cual se libraba a la Nación de la sujeción a una empresa particular que, como era lógico, había de tratar de sacar de la obra todo el provecho posible, con notorio perjuicio de los intereses del país.

El tema, que era arduo, interesante y complejo por demás, exigía para tratarlo una vastísima preparación y una inteligencia de grande lucidez; y si había en ese entonces en el Senado argentino intelectos superiores como para animársele al debate, nunca se pensó que fuera un militar, cuya vida había pasado en mucha parte bajo la carpa de los campamentos, el que culminara a la mayor altura en el uso de la palabra.

Era tan compleja la cuestión del punto de vista técnico, financiero y constitucional, que fué menester, para entrar al debate, tener muy preparados los elementos de ataque, hábilmente distribuídos sus componentes y luego afrontar la discusión con ánimo resuelto, serenidad y lucidez en la exposición, para que no se defraudasen las esperanzas de la expectativa pública.

Fué así que, encarada la cuestión como el mismo expositor la planteaba, bajo la doctrina administrativa, las leyes que regían el caso, los antecedentes técnicos, la aplicación de los principios constitucionales, los antecedentes históricos de la soberanía de la nación y los estados-provincias sobre riberas; los derechos y facultades de la Nación y provincia, las teorías de los internacionalistas, el derecho de expropiación en las leyes norteamericana y argentina, el carácter de las empresas portuarias, las faces económica, estadística y comercial de la cuestión; es el caso que el ilustre senador Mitre, en los cuatro discursos que pronunció, que en conjunto no forman sino uno solo, agotó la cuestión y su palabra quedó triunfante en las sesiones de los días 11, 14 y 15 de septiembre. Tan triunfante, que en ella no solamente quedaron apagados los fuegos y luces de la elocuencia de Vélez, cuya réplica fué débil, sino que todavía resultó más: ante el éxito de la elocuencia de Mitre, que era la potencialidad de su razonamiento y su indiscutible preparación científica, jurídica, histórica y técnica para el caso, el poder ejecutivo se vió en la imprescindible necesidad de retirar el proyecto, como consta en el diario

de sesiones de fecha 11 de octubre del mismo año de 1869. Aunque es cierto lo que se afirma, conviene con una constancia evidenciarlo. Cuando el señor ministro del Interior, doctor Vélez, sintiéndose cortado, le observaba al senador que el proyecto podía enmendarse en algunas palabras, Mitre argüía:

“Lo que no puede enmendarse es el golpe mortal que este proyecto ha recibido. Si sale de aquí con un resto de vida, eso no importa nada, porque lleva el ala rota, y apenas tendrá fuerza para volar hasta la casa de gobierno, impulsado por el soplo poderoso de la palabra del señor ministro, y eso para ir a caer exánime debajo de su mesa.”

Este discurso calificado de notable entre los que se han pronunciado en el parlamento argentino, no es el único que pronunció, como senador, el general Mitre en el año de 1869. Figuran también otras piezas oratorias del general, en las que éste trata diversas cuestiones de gobierno que arrojan vivísima luz sobre la figura del personaje.

Con mejor ambiente y con disposiciones más equitativas y razonables, el mismo proponente había de presentar un nuevo proyecto que se hizo ley y hoy es una obra hermosa, no obstante algunos errores dignos de haberse corregido a tiempo, como son, entre otros, el de haberles quitado a las calles que corren de oriente a occidente la vista al río con la construcción de los docks, que bien pudieron edificarse salvando la línea de las calles y no poniéndoles un murallón como límite.





Conviene recordar algunos debates, entres otros el relativo a la cuestión sobre educación primaria y secundaria, que tanto nos preocupa, lo que prueba que es siempre de actualidad.

En la sesión del 16 de julio del año 1870, se discutía la orden del día de la Cámara de Senadores, que se refería al siguiente proyecto de resolución:

“Artículo 1º Destínase la suma de cincuenta mil pesos fuertes para ayudar a la educación de los jóvenes pobres que hubiesen terminado sus estudios preparatorios y quisieran continuarlos en las ciudades de Buenos Aires y Córdoba.

“Artículo 2º Será condición indispensable para recibir la protección del Tesoro Nacional: 1º Vocación reconocida a las ciencias; 2º Carencia justificada de recursos; 3º Vigilancia de la conducta del estudiante por el ministerio respectivo.”

Encuadrando las cuestiones bajo diversos puntos y ampliando algunos de ellos, entre otros las *cifras aterradoras* de la estadística, Mitre, un soldado, que no es Sarmiento, el apóstol de la educación entre nosotros, exponía:

“No hace muchos días que se ha repartido la *Memoria* del Ministerio de Instrucción Pública. Ese documento nos suministra el siguiente dato: 77.000 niños asisten a las escuelas primarias en toda la república, mientras que hay 85.000 niños que no asisten a la escuela, que no saben leer ni escribir y que son hijos de otros tantos padres y madres que, no sabiendo leer ni escribir, viven en el limbo de la ignorancia, sin haber recibido sobre sus cabezas el bautismo de la instrucción que les debemos. Es decir, tenemos tres cuartos de nuestra población sin educar, y se educa apenas la séptima parte de los niños que van a engrosar la masa de la ignorancia, que es una amenaza hoy, será un peligro mañana y que será una desgracia y una ignominia más tarde si no cegamos este abismo tenebroso en que podemos hundirnos todos.

“Tenemos, pues, y debemos repetirlo, 350.000 niños que mañana serán ciudadanos, hijos del doble número de habitantes que, como ellos, están con las mentes vacías, con sus ojos cerrados a la luz de la razón, con sus facultades limitadas, sin comunicación con el mundo de las ideas, solos y desnudos como el hombre de la Escritura. Esta cifra, pavorosa como la inscripción fatídica que interrumpió el festín del poderoso, debiera resplandecer en estas paredes, debiera quitar el sueño a los legisladores argentinos, velando día y noche, buscando con afán los medios para borrarla, y no descansando hasta haberlo conseguido.”

Como el propósito del orador era combatir el proyecto,

pronunciaba esa introducción criticando la moral filosófica del proyecto en debate y luego de hacer estudio comparativo del estado de la enseñanza primaria entre nosotros con la de los Estados Unidos, Suecia, Prusia y Suiza, agregaba:

“En presencia de estos horizontes negros que nos rodean, de este mar tenebroso que nos circunda, de esta onda de ignorancia que sube, de esta masa de desheredados de la luz que en cada día se acrecienta con los hombres que no aprenden a leer siquiera y con los 350.000 inocentes que no aprenden a deletrear, con los cuatrocientos mil dentro de poco, con el medio millón después, que vegetarán en la obscuridad y el abandono, se nos viene a proponer que gastemos cincuenta mil pesos, no ya para ensanchar los estudios superiores, ni siquiera para aumentar el caudal intelectual de los ya educados, sino para dar a éstos pan y vestidos con menoscabo de los que nada recibieron, de los que nada nos deben y a quienes deberíamos siquiera un recuerdo simpático.

“Y en la misma proporción en que nuestra población aumenta, aumentará la ignorancia, que no sólo será mayoría, sino también fuerza y poder que vencerá y subyugará, aunque más no sea que por la simple gravitación de la masa inerte, que hará inclinar de su lado la balanza de nuestros destinos. ¿Cómo vamos a impedir esto? ¿Cómo dirigiremos esta fuerza, cómo gobernaremos esta masa mientras la preparamos para concurrir a la armo-

nía del sistema? ¿Será con los cincuenta jóvenes estudiantes que se quiere estipendiar? ¿Es con esta falange con la que vamos a luchar contra la barbarie que nos amenaza y que mañana ocupará, tal vez, posiciones de que será difícil desalojarla? No; es con medios más eficaces, con ideas más trascendentales cómo debemos apercibirnos a la lucha y al trabajo, porque de lo contrario malgastaremos miserablemente nuestras energías y nuestros recursos y todos seremos vencidos, porque al fin preponderará la ignorancia, que todo lo deprime y todo lo obscurece.

“Ya he demostrado con números que la masa de la ignorancia que hay que remover es inmensa, y los medios que tenemos para ello a nuestra disposición son insuficientes y lo serán cada día más si no proporcionamos la potencia a la resistencia, sin desperdicio de fuerzas, porque en este caso la distracción de nuestros recursos morales y pecuniarios puede sernos tan funesta como su mala aplicación.

“Y no hablo aquí en nombre de la economía, ni pienso que se puede economizar para rescatar a un pueblo del cautiverio de la ignorancia, emancipándolo intelectualmente y habilitándolo para la vida libre y activa de la democracia, cuyo vasto campo de acción debe de estar perennemente iluminado por las luces de la inteligencia encendidas en la antorcha del estudio, no.

“Lo que digo es que, si podemos disponer de cincuenta mil pesos, echémosles sin titubear en el tesoro de la es-

cuela común, en vez de malgastarlos en una dádiva estéril en obsequio de los que no la necesitan, por más que el proyecto los llame pobres, olvidando a los verdaderos pobres de espíritu que, como los niños del limbo, que no recibieron el agua lustral, yacen en las tinieblas, mudos y solitarios, sin que hayamos gastado todavía en su obsequio el valor de una cartilla.

“Mientras se pretende que en presencia de esos verdaderos pobres desheredados de toda luz, ejercitemos nuestra munificencia con los que se llaman pobres después de haberse sentado en el banquete de las lenguas muertas, geografía, matemáticas, física, química, mineralogía, filosofía, literatura, dotándolos de todas aquellas nociones que habilitan al hombre para la vida práctica, al ciudadano para la vida pública, al ser inteligente para el desenvolvimiento progresivo de sus facultades, que es lo que constituye la verdadera riqueza, la riqueza intelectual, que es más productiva que la del oro y que resplandece como una llama en esas cabezas jóvenes que hemos iluminado con la antorcha de la ciencia.”

En párrafos subsiguientes agregaba:

“Lo urgente, lo vital, porque tenemos que educar a los ignorantes bajo pena de la vida, es robustecer la acción que ha de obrar sobre la ignorancia que nos invade, velando de día y de noche, sin perder un minuto, sin despreciar un solo peso del tesoro cuya gestión nos está encomendada, para aplicarla al mayor progreso y a la mayor felicidad de la sociedad, antes que la masa

bruta predomine y se haga ingobernable y nos falte el aliento para dirigirla por los caminos de la salvación.”

Estas reflexiones del orador, que tan luminosamente se expresaba, causaron sensación en el recinto donde se pronunciaban y en ellas se traslucían los temores de un vidente. Hoy, a medio siglo de esa época, el mal subsiste, y con arreglo a la masa de la población en edad escolar la proporción de los analfabetos con la población sólo está en una equivalencia un tanto menor.

Y, ¿cuál es el resultado de esto? ¿Dónde encontrar los detalles que evidenciaran el mal? No habrá que devanarse muchos los sesos, si se tiene presente el porcentaje de criminalidad que da la estadística judicial.

Haciendo la crítica de la dádiva, decía:

“Se comprenderá que, guiados por estas legítimas aspiraciones, los autores del proyecto en discusión se hubiesen propuesto imponer al país una erogación pecuniaria a fin de promover la difusión de ciertos conocimientos útiles, que son como semillas reproductivas en el campo de la labor común. Se comprendería que con sentido más práctico se hubiera propuesto crear una raza intelectual que nos faltase, la del maestro de escuela, por ejemplo, lo que justificaría este gasto y otro mayor, porque sólo a esta condición podríamos ir adelante con paso firme. Pero amontonar sobre la cabeza de unos pocos las sumas de dinero que representan los años de educación en la escuela primaria, seis años en los colegios, y en favor de los cuales se costean dos universi-



dades gratuitas, cuyas puertas les están de par en par abiertas, y todo esto para vestir y alimentar, por el espacio de media docena de años más, a los que se destinan para doctores, ni se comprende ni se puede aceptar.

“Y cuando digo doctores no es porque se me oculte que la aspiración de los autores de este singular proyecto, es no sólo hacer doctores en leyes y medicina, pues bien me he fijado que ellos dan preferencia a los estudios físicomatemáticos; pero hasta en esto han errado en cuanto al medio de conseguir su objeto, como lo demostraré, pues no es dando una prima de diez o veinte pesos más o menos, cómo se fabrican sabios y se cría el amor austero de la ciencia....

“Este proyecto, señores, adolece de un vicio radical. Empieza por degradar moralmente al ser que pretende beneficiar, y tiende a empobrecer la vida local fomentando una mala tendencia. destemplando el resorte poderoso del trabajo.

“No se disfraza en él la limosna ni a título de retribución ni bajo la condición de un servicio futuro, ni siquiera en los objetos a que se aplica, porque esa limosna se da simplemente para vivir y comer. No es la inteligencia la que se honra, es la materia que se nutre, enervando en el ser moral la potencia de la voluntad para labrarse su destino. Así, esta mera fuerza que se pretende agregar a las fuerzas sociales, empieza por ser inútil para sí misma y onerosa y desmoralizadora para los demás.”

Con estas argumentaciones y con esos razonamientos

que eran pura lógica, y con el cuadro en que tan a lo vivo se pintaba el estado de las deficiencias de la instrucción primaria, venció el senador Mitre en el debate y el proyecto no pasó.



En las sesiones celebradas en el senado nacional, en los días veintitrés y veinticuatro de septiembre del año de 1870, se decidió tratar una ley que otorgaba a una compañía colonizadora cuatrocientas leguas en el Chaco, adjudicando o concediendo a la misma otras doscientas leguas como prima, comprometiéndose la empresa colonizadora a introducir diez mil inmigrantes por año en familias de cinco personas y obligándose a la nación a pagar setenta y cinco pesos oro por cada familia que se introdujese al país a los objetos propuestos por la empresa.

Este proyecto trataba de substituir en la República la inmigración espontánea por la artificial, que había aceptado el país desde tiempos muy anteriores y a la que había dado organización la presidencia del general Mitre.

Pues con este motivo y porque se trataba que esa ley en discusión, que afectaba los intereses de la Nación y que se hacía imprescindible meditarla mucho antes de convertirla en un contrato, es que el senador Mitre tomó la palabra para combatirla en las sesiones de la referencia.

Argumentando el discurso en los antecedentes de la inmigración espontánea, los progresos que el país debía a la misma y la importancia de sus factores que los constituían la inmigración italiana (lígure), francesa, inglesa (irlandesa particularmente), sueca, española y hasta alemana y suiza, que ya empezaba a acentuarse, el senador Mitre decía:

“Es un hecho demostrado que nuestra población se duplica cada veinte años, fenómeno único en el mundo, que nos promete, por la sola reproducción de la especie combinada con la inmigración espontánea, un crecimiento que debe alentar las esperanzas del patriotismo.

“En presencia de este dato luminoso, cuando los Estados Unidos emplean treinta años en la misma operación, cuando Inglaterra y Alemania emplean para ello medio siglo y Francia sólo puede doblar su población cada ciento noventa años (casi dos siglos) yo digo que es una cobardía dudar hasta de la fecundidad de las madres argentinas. Y digo que es mayor cobardía, sino mayor ceguedad, sacrificar un principio en holocausto de una ventaja accidental emprendida a costa de nuestra propia fuerza. ¿Qué es la que nos ofrece este prospecto? Cien mil inmigrantes en diez años, es decir diez mil anuales, que es lo que hoy recibimos en poco más de dos meses por la corriente natural establecida.

“Es un contingente mezquino si se compara con la masa de inmigración espontánea que llega a nuestras playas, pues no alcanzará cuando empiece a hacerse efec-

tiva ni a representar la sexta parte de ella. Es poquí-  
simo si se compara con la fuerza creciente de la pobla-  
ción, que representa un poder propio diez veces mayor.  
Es nada si se compara con estas dos acciones combina-  
das, en que las leyes naturales unidas a las tendencias  
morales del hombre, producen un resultado al cual el  
poder mismo de la inmigración sólo concurre como un  
elemento auxiliar... ¿Qué son esos mezquinos alicientes  
con que se pretende producir la corriente de la coloni-  
zación artificial, al lado de los dones con que la mano  
de Dios brinda al hombre, que viene a nuestro suelo a  
pedir patria y libertad? ¿Qué son esas franquicias ex-  
cepcionales en comparación de las ventajas que propor-  
ciona nuestra condición política y social? Aquí no hay  
punto de comparación, porque no es posible competir con  
la Providencia. Ella nos ha dado un clima salubre, tem-  
plado y variado; nos ha dado una tierra fértil; medios  
de fácil comunicación y producción espontánea, entre los  
cuales pueden contarse, en primera línea, sesenta mil  
leguas de prados naturales con pastos azucarados cual  
el cultivo no puede producirlos y en que pueden multi-  
plicarse millones y millones de ganados, que bastan a  
alimentar a poco precio al mundo entero. Y estos dones  
gratuitos, unidos al trabajo reproductor del hombre, nos  
dan el alimento sano, abundante y barato, crían la de-  
manda ilimitada de brazos, hacen proficua la labor, agra-  
dable la vida material al punto que, como lo ha obser-  
vado un inmigrante a nuestro país, que ha escrito un

libro notable sobre él, es por sí mismo un goce sentirse vivir. Y a esta felicidad que se respira en el aire, se unen los goces que vienen de las leyes: la propiedad de fácil adquisición, la libertad de conciencia, de dignidad personal, las exenciones de que goza el extranjero, especialmente del servicio militar, y la fortuna asegurada en poco tiempo al hombre arreglado y laborioso, que no cuenta con más capital que un par de brazos robustos.

“Por esto afluye espontáneamente la inmigración a nuestras playas, por esto recibimos nosotros más inmigrantes en un año que todas las repúblicas sudamericanas en espacio de dos años; por eso no necesitamos dar una prima de quince pesos por cabeza para atraerlos, porque esos dones y las ventajas que brinda Dios y la sociedad tal como está constituida, es la verdadera prima, la grande y poderosa fuerza de atracción que nos dará muy pronto cien mil inmigrantes anuales, que es lo que promete este proyecto en diez veces más de tiempo.

“Y estas ventajas naturales que producen la atracción y mantienen la corriente, acrecentándola, no están alimentadas por los pobres acuerdos que pueden disponer los gobiernos para producir frutos artificiales, porque ellos fluyen del terreno inagotable de la Naturaleza, que el trabajo del hombre libre aumenta cada día.

“Tal es el secreto del progreso de los Estados Unidos y tal es nuestra inmigración.

“Por eso decía que no hay sino un gran sistema de inmigración ensayado, que siendo la consecuencia de la

lógica haya sido coronado por el éxito. La poderosa corriente de inmigración que afluye a los Estados Unidos y la que se dirige al Río de la Plata, que es la segunda en el mundo, son argumentos que hablan elocuentemente en su favor.

“¿Qué resultados ha producido, mientras tanto, la colonización artificial entre nosotros? Hace cincuenta años empezamos a ensayar el sistema, y de ello no quedan sino tristes recuerdos y duras lecciones. Entonces, como ahora, se pretende del Estado la intervención directa en las primas: entonces, como ahora, por este proyecto se consulta más la ganancia de los empresarios que la conveniencia de los colonos. El resultado fué la derrota del sistema y el descrédito del país.

“En las demás repúblicas sudamericanas que no han conseguido establecer una corriente de inmigración espontánea, la colonización artificial ha dado resultados más desastrosos aún, siendo Chile y el Brasil los que más sacrificios han hecho y menos frutos han recogido. Nosotros recibimos en un solo mes más de lo que ellos han podido obtener en diez años de halagos y gastos, no obstante pagar por cada inmigrante tres veces el precio de un esclavo.”

El discurso abarcaba, en su interesante amplitud, muchos puntos relativos a la ley en discusión. La estadística, el sistema hasta entonces seguido, las ideas triunfantes en la práctica, los beneficios que la inmigración había producido en las provincias y en los territorios



nacionales, como en el del Chubut, el carácter, la índole de las distintas razas que se habían radicado en la República, la valentía, la voluntad tenaz en el trabajo del inmigrante espontáneo, el movimiento que éstos daban a sus capitales, su crédito, el cultivo de algunas industrias como la de la viña, la aclimatación del elemento extranjero, las comparaciones que fluían de la tesis que sostenía el senador, entre los Estados Unidos y la Argentina, los gastos inútiles, todo está magistralmente tratado en la exposición, que termina con esta observación que precedió a la derrota del proyecto, como efectivamente sucedió:

“Las ideas artificiales y enfermizas, que no se armonizan con las leyes del progreso, sostenidas más bien por irreflexión que en odio a ellas, no conseguirán su expansión” — la de las fuerzas civiles que hacen la grandeza de las naciones — “y serán las piedras en medio de la corriente que sólo servirán para poner en evidencia la fuerza viva que marcha en medio de las masas inertes que apenas producen la espuma que se disipa en el acto.

“Por eso no me ocupo más de ese proyecto muerto, aun cuando él importe una reacción contra el único sistema de inmigración, que la ciencia y la experiencia han acreditado y que hasta las mismas leyes provinciales consagran.

“Espero que tales ideas nunca llegarán a ser ley de la República, porque confío que aunque se arrastrase hasta la otra Cámara, allí será enterrada con los honores

que merecen las buenas intenciones, que se detienen en la orilla de la corriente, mientras otras se lanzan a ella para seguirla y gobernarla.

“Y si a pesar de ello llegase a tener el nombre de ley, sería un nombre vano, porque está de antemano condenada a la esterilidad más vergonzosa, como puede demostrarse numéricamente.”

Al terminarse el debate se evidenció la afirmación y como epílogo el proyecto no se aprobó.

Mientras el senador Mitre sostenía estas conclusiones, que sus contrincantes no pudieron derrotar, el mismo hacía, en su diario *La Nación*, la defensa de esas ideas, evidenciando con ellas cómo seguía estudiando los problemas que afectaban a la nación. Nunca (a menos que otros lo sepan), ni en los diarios ni en las Universidades, donde el punto se estudió en disertaciones jurídicas, se argumentaron éstas con mayores razonamientos que los discursos y artículos de Mitre, que iniciaron la cuestión.

En la sesión del 4 de marzo del año 1878, se discutía; en la Cámara de Diputados de la Nación, un proyecto de ley relativo a la organización de los territorios nacionales, y como en él estaban involucrados los límites de alguno de los territorios con los límites internacionales con el imperio del Brasil, Chile y Paraguay, las resoluciones que decidiera la Cámara, eran un tanto delicadas y por ende interesantes.

El señor general Mitre, que entonces representaba a la Provincia de Buenos Aires como diputado, entró al

debate, y aludiendo a las impresiones que el proyecto obligaba al público, decía:

“Tenemos cuestiones territoriales con Chile, con Bolivia, el Brasil, el Paraguay, y sin tenerlas precisamente con nuestra vecina y hermana la República Oriental, podríamos, en época más o menos remota, vernos complicados por atencencias en las que a ellas particularmente afectan.”

Se detenía luego en los antecedentes limítrofes con el Paraguay y al referirse a Bolivia exponía:

“Nosotros, que tenemos aire, espacio y luz a lo largo de mil leguas de costa, nosotros que comunicamos con el mundo entero, por medio del mar, del Plata y de los ríos superiores, que no necesitamos, por consiguiente, ir a disputar a nadie su lugar al sol, no podríamos negar a Bolivia, aun cuando nuestro derecho fuese incuestionable, una puerta de salida hacia el Atlántico, sobre todo cuando de este hecho han de surgir ventajas para la República Argentina, que por obvias excuso enumerar.

“No deseo en esta parte comprometer la política de mi país, ni anticiparme al voto del Congreso; pero pienso que si bajo estos auspicios, la cuestión de límites que tenemos con Bolivia fuese sometida a los representantes del pueblo argentino, ellos, inspirándose en sentimientos más elevados y en consideraciones de mayor trascendencia, la resolverían fraternalmente en los intereses del pueblo boliviano, aun cediendo de nuestro propio derecho mucho en honor y bien nuestro a la vez que en bien

y honor de un vecino cuya prosperidad no puede menos de interesarnos.”

Nada más amplio, nada más generoso que ese principio que servía de exordio al discurso, cuya verdad se evidenció después y que revelaba en el pensamiento del diputado Mitre, todas las previsiones de un verdadero hombre de estado que terminaba formulando iguales consideraciones respecto a las cuestiones de límites pendientes con el Brasil y Chile.

Es importante también otro discurso del diputado Mitre, pronunciado en la sesión del día 9 de junio del año 1879, donde dejó sentada la doctrina que se inspiraba en el derecho público internacional respecto al bombardeo de los puertos abiertos y los principios de la beligerancia, en el caso que ocurría con el de los puertos de Mollendo, Pisagua y bahía de Mejillones.

De todos los discursos de Mitre el que tiene un carácter histórico más definido, es el pronunciado por él mismo, en la Cámara de Diputados con motivo de delimitar una nueva línea de fronteras interiores señalando los límites a los territorios nacionales con las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y Mendoza.

Tratar de hacer luz en la cuestión, despejar las tinieblas que ocultaban los antecedentes históricos en los oscuros años del coloniaje, estudiar aquella época larga y cansada de miseria y de pobreza, y bastante para poner a prueba la paciente elaboración intelectual y la resistencia de un cerebro, eso fué lo que reveló la capa-

cidad del general Mitre en la discusión en que tuvo contendores como el doctor Vicente G. Quesada, quien tal vez era el hombre más preparado en el conocimiento histórico de los archivos y de los antecedentes coloniales.

Esta discusión empezó por descubrir cuál era el verdadero sentido histórico del pacto del 11 de noviembre del año 1859, celebrado entre el gobierno de la Confederación y el del Estado de Buenos Aires, y conviene hacer saber que las ideas que triunfaron fueron las que contenía la declaración de principios del diputado Mitre.

Cuanto a los límites o división de las provincias, particularmente la de Buenos Aires, en su origen Gobernación, desde su erección y en lo relativo a fundación de ciudades, también prevalecieron las ideas y principios sostenidos por Mitre, que desde que entró al debate hasta que terminó, lo recorrió como triunfador.

Ha de correr el tiempo, pero aun cuando así sea, cuando se traten problemas semejantes, se han de buscar los antecedentes de cuestiones del género de la indicada, en peroraciones como la que se hace referencia, que son como la mejor fuente de información.

Las consideraciones sobre el proyecto de exportación de ganado en pie, el discurso sobre la conveniencia del peso decimal de 25 gramos como más benéfico para nuestras relaciones comerciales, con motivo de la discusión monetaria de la ley del año 1875, que fijaba la unidad del peso en 27 gramos, discurso en que el general afrontó el debate estudiando la ley similar de los Es-

tados Unidos y la resolución de la Unión Latina, evidencian de manera muy clara y muy terminante que el diputado Mitre dominaba la cuestión en el conjunto y en el detalle, sobresaliendo su sólida argumentación con la cita de la opinión de los maestros de la ciencia económica.

Es sensible que la ley monetaria N° 1130, que se sancionó en 5 de noviembre de 1881, dos años después del discurso de Mitre, establezca en su artículo 1° la unidad monetaria del peso oro de un gramo 6.129 diez milésimos de gramo de oro, de título de 900 milésimos de fino, y el peso plata de 25 gramos de plata, de título de 900 milésimos de fino, cuando era más lógico a los antecedentes del país, en su potencialidad financiera, aceptar la pieza de veinte centavos plata, que es proporcional bajo el curso legal al franco, la lira, el marco, la peseta, y que hubiera hecho menos sensible el salto de la antigua moneda corriente al peso actual, que ha encarecido la vida, y nos separó de la Unión Latina, que aceptó el padrón de plata.

Y cuando llegó la oportunidad de defender las inmunidades de los señores diputados, los fueros parlamentarios, por sucesos ocurridos a las puertas del Congreso, en la sesión del 27 de agosto del año 1879, se levantó la voz serena de la protesta del diputado Mitre, como se había levantado con igual motivo, en las sesiones de la Convención de Buenos Aires, en los días del mismo mes de agosto, pero del año de 1871, para increpar la actitud



del pueblo y solicitar el castigo de los delincuentes que habían faltado: “Allí a las puertas del Congreso, en momentos en que salíamos de dar nuestro voto con plena conciencia cada uno de lo que hacía, hemos sido atacados y vejados por haber emitido nuestro voto garantido”, que así habló Mitre.

---

## VI

### MITRE ORADOR Y CONSTITUCIONALISTA

La Convención Constituyente de la Provincia de Buenos Aires de los años 1871, 1872 y 1873. — Los Convencionales. — Discurso de Mitre sobre exposición de principios y soberanía originaria y delegada. — Los límites de la Provincia. ¿Era un jurista el teniente general Mitre? — Separación de la Iglesia y del Estado. — Discurso de Mitre: ¿Por qué no aparece el nombre de Mitre entre los firmantes de la Constitución en 1874? — Pequeñeces de partido e injusticia de los convencionales.

---

Como orador, el teniente general Mitre tenía la lucidez necesaria, la precisión matemática, el estilo vigoroso a veces, y la palabra siempre fácil, con el concepto filosófico de las cosas. Por ello en el debate constitucional, como en el histórico, dentro y fuera de la política, Mitre era un brillante expositor de los comentaristas ingleses, norteamericanos, franceses y argentinos, como Gladstone, *El Federalista*, Story, Montesquieu, Tocqueville, Laboulaye, Vélez, Sarmiento y Alberdi, a cuyos tres últimos no cedía, en algunos casos, ni en preparación ni en el brillo y elocuencia del concepto.

Esto debe de evidenciarse y con el motivo se estudia a Mitre como orador parlamentario en la sesiones de

la Convención Constituyente de Buenos Aires del año de 1871.

En junio de ese año se reunía en la ciudad de Buenos Aires, capital entonces de la provincia del mismo nombre, una Convención encargada de sancionar una nueva Constitución, por considerarse inadecuada a los progresos de los tiempos y a los nuevos adelantos, la Constitución que había regido a la Provincia durante diez y seis años, desde 1854. Los miembros de esta Convención, cuya elección fué resuelta por disposiciones de la Legislatura de la Provincia, se reunieron en sección el día 15 de junio para prestar el juramento de práctica y siendo gobernador de la Provincia el ciudadano don Emilio Castro.

Si alguna vez la población de una provincia argentina, la más representativa de las que formaban y forman el cuerpo político de la Nación, tuvo acierto en la designación de sus representantes en una Convención, fué, a no dudarlo, en aquella oportunidad.

Basta leer la lista de esos representantes para convenirse que en la Convención se encontraban reunidos parte, y muy principal, de los hombres representativos de la Provincia en ese entonces.

Estaban allí Mitre, cuyos antecedentes le abonaban como político, hombre ilustrado y gobernante experto. Adolfo Alsina, personalidad que había descollado como caudillo de un partido brioso como el autonomista, ex gobernador de la Provincia de Buenos Aires y vicepre-

sidente de la República. Eduardo Costa, un político y hombre de gobierno, doctrinario, jurista distinguido y autor de la Ley Federal de 1863, que había descollado como ministro de Justicia e Instrucción Pública en la presidencia del general Mitre. El doctor Vicente Fidel López, hombre de preparación poco común, que tanto en el ostracismo, como en 1852, vuelto a la patria, dejó huellas luminosas de su actuación en la prensa, en la cátedra, en el gobierno y el debate parlamentario. El doctor José Benjamín Gorostiaga, miembro informante en los debates de la Constitución de 1853 en el Congreso del Paraná, y experto comentador de la Constitución norteamericana. El doctor Juan María Gutiérrez, literato y erudito que como publicista compartía con don Marcos Sastre el cetro de los mejores y clásicos escritores de habla castellana que había en el país. El doctor don Guillermo Rawson, ex ministro del Interior en la administración del general Mitre, orador notable por el académico estilo de sus oraciones. El doctor Estévez Seguí, ilustrado expositor de las antiguas leyes españolas. El doctor Rufino de Elizalde, ex ministro de Relaciones Exteriores en la presidencia de Mitre, y cuyo espíritu sagaz y admirable tino, creo que lo pueden mostrar como uno de los diplomáticos más notables que tuvo la Argentina en tiempos de eventualidades difíciles como fueron los movimientos políticos internos del Estado Oriental del Uruguay y las dificultades que antecedieron al tratado de la Triple Alianza. El doctor Carlos Tejedor,

jurista y codificador, hombre de carácter definido, como lo evidenció desde joven en los días de la conspiración de 1839. Los doctores Bernardo de Irigoyen y Luis Sáenz Peña, hombres de foro y orador muy descollante el primero, por su exposición clarísima, el método y la mesura en el decir correcto. José Tomás Guido, escritor de nota, de dicción lógica, y el doctor Emilio Alvear, inteligencia lúcida, eran entre los hombres, si no viejos, de edad un tanto avanzada, los que descollaban en primer lugar.

Venía luego el elemento joven, la parte briosa y cuyas inteligencias, por muy superiores que fuesen se hallaban un tanto coartadas ante los personajes nombrados; hombres probados en el palenque de la discusión y de muy respetable preparación. Con ser así, entre ese grupo joven, figuraban en primera línea agitadores en el miting y oradores de temperamento cálido como el doctor Manuel Argerich; el doctor Eugenio Cambaceres, cuya participación en el debate, sobre si la Provincia debía de sostener la religión católica dióle fama de orador elocuente y oportuno; el doctor José María Gutiérrez, que era la más alta reputación como polemista en la prensa de su tiempo; Carlos Keen, quien, no obstante morir prematuramente, dejó señalada su huella como periodista doctrinario, hábil orador y conocedor de la ciencia jurídica. Luis V. Varela, a quien se suponía, y lo que se evidenció después el más competente de los hombres jóvenes en el conocimiento de la ciencia constitucional. Del

Valle, inteligencia vivaz que tenía el dominio completo de la palabra, con todo el brillo y elocuencia de la misma y que conquistó en ese entonces sus primeros triunfos en la tribuna. José Manuel Estrada, de oratoria cálida, brillante, nerviosa, que seducía al auditorio; orador en la acepción más correcta y clásica de la palabra y a quien le daban patente de ilustración y de hábil razonador sus lecciones de historia argentina y sus obras *Los Comunes del Paraguay* y *La Política Liberal bajo la tiranía de Rozas*. El doctor Pedro Goyena, orador de frase incisiva y estilo nítido, en donde aparecía, entre las brillantes del mismo, la frase intencionada y satírica. El doctor Norberto Quirno Costa, inteligencia hábilmente informada de los sucesos y hombres del tiempo, y que trataba el debate con notoria lucidez, y el doctor Dardo Rocha, que era el menos joven de los jóvenes y que en las discusiones en que intervino reveló una inteligencia ilustrada y un espíritu singularmente observador y sagaz, eran los que más se distinguieron, a juicio del que escribe y a luz de los antecedentes que informan los *Debates de la Convención*.



Se ha entrado en la rememoración deficiente de los principales miembros de la Convención para tratar de poner en evidencia cómo es que la figura que descuella



entre todas y aunque esto sea mucho decir, y a algunos les parezca hasta paradójal, era la del convencional señor general Mitre.

No es el que escribe quien lo opina. Su afirmación dejaría mucho que desear. Es la crónica fiel de los debates de la Convención, la que lo comprueba durante las sesiones del año de 1871 (después Mitre se vió obligado a no concurrir a las mismas a causa de su misión diplomática al Brasil), en cuyas discusiones tomó parte en casi todas ellas, haciendo la defensa de la nueva Constitución, de la que era uno de los cinco firmantes, como miembro informante de la Comisión de *Declaraciones, Derechos y Garantías*.

Se afirma que descuella el convencional Mitre, y en esto se insiste en que pueda parecer paradójal, porque como informante de los cinco miembros de la Comisión, él es siempre el que lleva la palabra, vale decir, en las resoluciones a votarse y el que queda victorioso en casi todas, con excepción de tres o cuatro, y eso que a las veces se bate con hombres que le revelan cierta animosidad mal disimulada, como el doctor Vicente Fidel López, y otras con oradores como el doctor Irigoyen y aun con sus ex ministros, como Rawson y Elizalde, o con hombres en todas las fuerzas de la juventud, como Eugenio Cambaceres.

Se dice que se bate y los vence, y para evidenciarlo, para ello, está la constancia de la crónica, en la que, por lo general, siempre falta algo — lo más fundamental, y

esto por culpa ajena a Mitre — como ser la carencia de la constancia de las réplicas, muy particularmente del doctor López, a quien se entregaban sus discursos para que los corrigiese y no les devolvía.

¿Es esto una falta? Y muy grave, a juicio del que narra. Cuando en un debate público, en una asamblea de la importancia de la Convención, se entregaban los discursos al que los pronunciaba para que los corrigiese; éste debía rigurosamente devolverlos, porque esos discursos, donde se hace la defensa de una ley, la exposición de una doctrina, la crítica de un principio, cualquiera cosa que corresponde al juicio del concepto público y a la ilustración del debate, eso no pertenece al autor, es propiedad del cuerpo político de que forma parte y entonces nadie puede retirar y quedarse con el antecedente que sirve de fundamento y hasta de testimonio público para el estudio. Si todos fueran a proceder como procedía en el caso el doctor Vicente Fidel López y otros convencionales, no habría crónica parlamentaria auxiliar o informativa para el estudio de la historia. Podría creerse, estudiando la conducta del personaje a que se alude sobre el particular, una de dos cosas: o que el orador se disgustó de las réplicas, considerándolas de escaso valor, o que el miembro informante era el que tenía razón. Pero conviene renunciar a esta observación, no vaya a criticarse y se diga que el autor en estas líneas entra en lo hipotético.

Desde que principió a sesionar la Convención, el que

primero entró a exponer como miembro informante de la comisión de Declaraciones, Derechos y Garantías, fué el convencional Mitre. No se habla de lo discutido con anterioridad respecto a la Constitución en general; debates en los que también tomó parte Mitre; va a examinarse ligeramente algunas particularidades de los discursos de éste, nada más, haciendo, en lo posible, transcripciones muy sintéticas en determinados casos.

Llaman la atención en la sesión celebrada el día 26 de junio de 1871, las consideraciones que formula el convencional Mitre, contestando a los convencionales López, Sáenz Peña, Juan M. Gutiérrez y Rufino de Elizalde, a propósito de soberanía, y si es justo decir que el uso de la palabra de estos convencionales evidenció la autoridad de que gozaban, como hombres doctrinarios, debe agregarse que la parte culminante fué el discurso de Mitre, que agotó el tema sobre soberanías originarias y delegadas, trayendo a la discusión los antecedentes históricos y constitucionales norteamericano y argentino, la práctica del derecho positivo, el carácter de las democracias y el estudio filosófico del gobierno republicano.

Aludiendo el orador a la facultad que tenía la Provincia de Buenos Aires para darse una Constitución, y estableciendo distingos, formula las siguientes muy lógicas consideraciones:

“El pueblo de Buenos Aires es soberano dentro de su esfera; pero no puede atentar a la soberanía del pueblo argentino, que en el acta inmortal de su inde-

pendencia, que es la base de la nacionalidad y la fuente de nuestras creencias políticas, declaró”, en nombre y por la autoridad de los pueblos, representados en el Congreso. “que recuperaba los derechos de que estaban despojados” y “se investía del alto carácter de nación libre para darse la forma que exigía la justicia”, opinando que tal era su voluntad. Este es el pacto social y político a que todos estamos subordinados, y la Constitución no es sino la forma definitiva en que se consigna aquella voluntad, y se consagra el principio de la soberanía del pueblo, que nos dió vida como nación libre y republicana, y se indica el punto de partida y objetivo.

“Así podemos tener una o dos Cámaras; podemos establecer que sea de cuatro o seis años la duración del gobernador; podemos hacer amovibles o no a los jueces, dar al sistema electoral la base proporcional, pero no podemos alterar el dogma sagrado y suprimir el sistema representativo republicano, porque esta es la voluntad del pueblo argentino, manifestada al nacer a la vida libre, y esa soberanía originaria ha sido sellada con la sangre de nuestros padres, confirmada por el acta de nuestra independencia y consagrada en la Constitución de que nosotros no somos sino humildes servidores.”

Luego agregaba:

“Tomando la teoría del punto de vista mismo en que el señor Convencional”, el doctor López, “la ha tomado, por excéntrica y restringida que sea, por más que no hay pueblo soberano, puesto que es el cuerpo electoral quien

elige las autoridades; aun tomada bajo este punto de vista sin horizontes, se ve que esto es confundir una función accidental con la esencia misma de la soberanía. ¿Pues qué? ¿El cuerpo electoral es un aereolito caído del cielo para nombrar Cámaras, Gobernadores y Jueces? ¿De dónde ha nacido, porque existe quien le imprime dirección? Es necesario que tenga algún principio, que haya algo que le dé vida, porque el cuerpo electoral no ha nacido de la nada. Entonces el cuerpo electoral nace de la soberanía del pueblo, y es el pueblo mismo, obrando por uno de los medios que lo ha adoptado, reservándose el derecho de alterarlo, toda vez que así lo crea conveniente.

“Esto es lo que se ha llamado teoría democrática, teoría democrática según la cual cada individuo de la sociedad es una parte de la soberanía misma, porque la soberanía reside en todos y cada uno de los ciudadanos. Así el cuerpo electoral, no hace sino desempeñar una función en nombre de todos y para todos, por eso es que todo se hace por el pueblo y para el pueblo y que todo se absorbe en el pueblo. Esto es lo que se llama también el consentimiento del pueblo. Esto es lo que se ha decidido no en teoría, sino en un principio absoluto, y es una verdad práctica y triunfante en todas partes. Esta soberanía originaria, nunca es delegada completamente por el pueblo, nunca entrega su soberanía, sino que delega simplemente en determinados funcionarios o en determinados poderes, las atribuciones que necesi-

tan para gobernar mejor, para cuidar del orden interno del país, fomentar su prosperidad, la libertad y la justicia.”

Con esta lógica y con método tan racional y claro en la exposición, dió principio el miembro informante a la exposición doctrinaria y constitucional en el debate.

Discutiéndose en la misma sección el sentido de las palabras contenidas en el preámbulo de la Constitución, el convencional Mitre decía:

“La regla que ha predominado, regla hija de la razón, del convencimiento y de la discusión detenida, es que todas las constituciones deben de contener a su cabeza esta declaración genérica de principios, que como aspiración es una especie de himno que se levanta de todos los corazones a las puertas del templo de la ley, expresando las legítimas y nobles aspiraciones y declaraciones de un pueblo que tiende hacia la libertad, a la perfección del orden político y social. Así es cómo se define por esta invocación solemne, la exposición de los que dan las constituciones y la de aquellos en cuyo nombre se dan y el objeto a que se dedican. Como doctrina es un corolario, como precepto afirma la parte dispositiva, como jurisprudencia constitucional es la antorcha, como comentario ilustra los puntos dudosos, como declaración de principios da su sentido filosófico a la Constitución, revistiendo la obra de ese carácter moral que debe presidir a las inspiraciones de los hombres y de los pueblos, en los momentos solemnes de su vida, dándose cuenta



racional de sus propósitos, y elevando su corazón y su mente para que Dios sea con los trabajadores y bendiga la cosecha. En una palabra, el preámbulo de la constitución es su síntesis.

“Cuando los Legisladores Argentinos que, invocando a Dios y al pueblo dieron la Constitución Nacional que hoy nos rige, tomaron por modelo el preámbulo de la de Estados Unidos, que tradujeron casi testualmente para marcar la intención y no borrar el rastro de la fuente en que habían bebido su inspiración, sin embargo de que nuestro preámbulo tiene su originalidad, los constituyentes argentinos, al coronar con él la ley fundamental que iba a ser la normal de los pueblos, le agregaron algunas declaraciones que si no eran nuevas en el sentido de los adelantos morales, son todavía nuevas en el cuerpo del derecho público constitucional. Me refiero al sentimiento cosmopolita y fraternal de que está impregnada, al declarar que la Constitución se da para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres que quieran habitar el suelo argentino. Y en efecto, señores, la Constitución Argentina es la única en el mundo, que haya sido dada, no sólo para un pueblo y sus ciudadanos, sino para el hombre, en su calidad de tal, cualquiera que sea su condición y el suelo en que haya nacido.

“La Comisión de *Declaraciones, Derechos y Garantías* ha redactado este preámbulo, que no se encuentra en ninguno de los proyectos parciales, porque no era el

cometido de ninguna de ellas. La comisión central creyó que, para dar a esos proyectos un encadenamiento lógico, subordinándolo a un principio y darle base sólida, debía empezar por la piedra angular del edificio, que era el preámbulo, y lo incorpora al plan general después de maduro examen. Así todas las palabras de que este preámbulo se compone, han sido estudiadas en presencia de la historia, confrontadas con el derecho constitucional y las doctrinas y preceptos que forman sistema en el proyecto de Constitución, a fin de que él envuelva las aspiraciones del pueblo y el objeto que se tiene en mira al operar la reforma.”

Dentro de ese concepto filosófico, el miembro informante rebatía a sus contrincantes y explicaba a sus colegas la exégesis de la Constitución y luego continuaba argumentando dentro del derecho comparado y el antecedente, o antecedentes históricos, los conceptos de los preámbulos de las Constituciones de los Estados de la Unión Americana del Norte. Y como es muy probable que los críticos animosos no falten y observen: pero es viejo en la historia de nuestro derecho constitucional, lo que Mitre exponía, cumple contestar: es verdad, eso es viejo hoy, pero era nuevo hace cuarenta y siete años, cuando el convencional Mitre lo explicaba.

A ese discurso se sucedieron las observaciones de los convencionales, doctores Rawson, Elizalde, Emilio Alvear e Irigoyen, pero volvió a contestar Mitre en la sesión del 4 de julio, robusteciendo su argumentación

con numerosas citas de doctrina y autores, y muy particularmente de los antecedentes históricos argentinos, que se encuadraban dentro de los tiempos coloniales, la Primera Junta, la Asamblea de 1813, los Congresos de 1816 y 1825, que constataban la verdad.

Y después de este discurso, lo más fundamental que sobre el particular se pronunció en la Convención, y algunos de cuyos párrafos, desgraciadamente, no se pueden transcribir porque sería difuso en estos apuntes, triunfó la opinión del general Mitre relativa a la redacción del preámbulo por una inmensa mayoría, y la Convención entró a tratar el artículo 1º de la Constitución.

En la sesión del 14 de julio, la Comisión discutió el artículo 9º del capítulo II de la sección 1ª del proyecto, que establecía los límites de la Provincia y que debían sostener los miembros de la Comisión de Declaraciones, Derechos y Garantías, que lo eran (se nombran en el orden que firman): *Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Carlos Keen y Daniel M. Cazón*, y fué el miembro informante, quien, como era natural, entró el primero al debate, tratando bajo todas sus fases el asunto y con sujeción a lo que decía la carta de la Provincia, estudiando los antecedentes de la cuestión, lo que sobre el particular establecía la Constitución del año 1854, la Nacional y la de la Provincia de Santa Fe, a la que afectaban los límites, haciendo el análisis de la parte física del territorio en el límite norte de la provincia, aduciendo observaciones persona-

les de detalle por haber recorrido esa zona como militar y con motivo de establecer fronteras; las cuestiones suscitadas en razón del proyecto del puerto de Buenos Aires, que él analizó minuciosamente en el discurso del Senado Nacional, a que se hizo referencia, argumentando sobre la soberanía de la isla Martín García y estudiando el límite en las zonas del lejano sur y oeste, en las que hasta entonces había ejercido soberanía la Provincia; razonando si el límite natural en el sur de la misma, que era entonces el Río Negro, y sobre cuyo territorio no podían acreditar los bonaerenses y porteños título alguno de posesión ni de derecho, y después de argumentar sólidamente en el conjunto y en los detalles, el convencional Mitre terminaba su exposición diciendo:

“Creo haber demostrado que los límites naturales y racionales trazados por este artículo del Proyecto de Constitución, no son líneas trazadas al acaso sobre el mapa de la provincia, y que a su determinación han presidido estudios serios, meditación, observaciones propias y consideraciones de un orden elevado, así en el orden nacional como en el provincial.

“Sin embargo, para que se pueda formar mejor la conciencia de la Convención, por honor a la nota del Poder Ejecutivo y para que tan importante asiento sea maduramente examinado y discutido, no tengo inconveniente en que el artículo en discusión pase al estudio de una comisión compuesta de tres miembros, a fin de que ella, recogiendo mayores datos y conocimientos, nos ilustre

mejor sobre el particular, toda vez que esto no importe declarar de antemano que no se ha de estatuir nada sobre el particular, en la Constitución, pues en tal caso yo pondría por condición la proposición contraria, es decir, que se ha de estatuir precisamente algo sobre límites, concretándose el encargo de la comisión a rectificarlos, ampliarlos o restringirlos, y aun proyectarlos de nuevo, pero en ningún caso a prescindir de ellos.”

No obstante formar parte de la Comisión un ingeniero geógrafo, un agrimensor, lo era el doctor Juan María Gutiérrez, la única voz que comentó el artículo fué la del convencional Mitre; los demás señores convencionales, con excepción de Irigoyen, que formuló algunas observaciones respecto a la proposición de Mitre de remitirlo a una nueva comisión, quedaron mudos. Llama la atención este detalle del mutismo de los convencionales, entre los que se encontraban técnicos como el doctor Gutiérrez y el ingeniero Carlos Encina.

El punto de la cuestión de límites, volvió a tratarse y fué en las sesiones de fin de año, y el artículo quedó suprimido, porque no lo entendían, o por considerar más lógico intercalar en el Proyecto de Constitución el artículo 3, que establece:

“Los límites territoriales de la provincia son los que por derecho le corresponden, con arreglo a lo que la Constitución establece, y sin perjuicio de las sesiones o tratados interprovinciales, que puedan hacerse autorizados por la Legislatura.”

Esto parece tan vago e indeterminado, que no dice nada. La Constitución actual de la Provincia lo aceptó agregándole, para no ser escasa de palabras, después de Legislatura, “por ley sancionada por dos tercios de votos del mismo total de los miembros de cada Cámara.”

¿Era un jurista el señor general Mitre? Aunque la pregunta, tratándose de un hombre que entre sus especialidades se había distinguido en la carrera de las armas, parezca insólita, hay que contestarla afirmativamente, y luego evidenciarla.

Para justificar que el convencional general Mitre era un jurista, basta recordar su actuación en el Senado Nacional en los puntos o casos que se han referido, y traer a cita, a cita fundamental, las sesiones de la Convención Provincial de 1871.

He aquí algunas observaciones que surgen de los hechos y que evidencian al jurista.

Cuando en la sesión del 11 de junio se decidió tratar el artículo 17 del proyecto en que se establecían garantías para respetar la libertad individual escudándola en el *Habeas Corpus*, también el convencional Mitre exponía sus ideas propias sobre este precioso privilegio de los habitantes y pronunciaba, con sujeción a los precedentes ingleses-españoles, que eran estos los reclamos de los comuneros capitaneados por Padilla y los antecedentes ingleses-norteamericanos, toda la importancia de la incorporación de esta garantía a la Constitución.

En la exposición luminosa de Mitre, en las considera-



eiones constitucionales, políticas, históricas y sociales que formulaba el miembro informante, descuella en la discusión, en que toman parte López, Irigoyen, Luis Varela y Elizalde, a tanta altura sino a mayor que éstos.

Ocurrió, en la sesión del 18 de julio, plantear el problema a que se refería el artículo 4º del proyecto y en el que se disponía sobre el estado civil de las personas, y fué entonces que el mismo informante Mitre defendió la declaración establecida en él, haciendo un estudio detenido de la práctica seguida entonces y como era preferible, a falta de otro recurso, que los libros parroquiales de casamiento, nacimiento y defunciones los llevasen los curas y no los jueces de paz, de los que había algunos que eran hasta analfabetos. Fué con ese motivo que habló por primera vez el joven convencional Eugenio Cambaceres, revelándose en la discusión un carácter firme, un orador brillante y de un concepto definido.

Y fué en esa misma sesión, a propósito del artículo 1º del proyecto sobre la libertad de palabra, hablada y escrita, e interviniendo en la exposición López y Rawson. que Mitre, contestando al convencional Elizalde, entra de lleno a explicar el artículo en el concepto técnico del mismo, que era el jurídico, considerando la cuestión, como él mismo lo declaró, “bajo el punto de vista de la legislación”, y entonces trazó, aunque en forma sintética, el carácter de la injuria y la responsabilidad criminal de los que incurrían en ella. Esta discusión se siguió en la sesión del 21 del mismo mes, y allí se explayó

Mitre, rebatiendo a Rawson en un largo discurso, en que trató la tesis bajo todas sus formas y ante jóvenes e inteligentes abogados, que es inexplicable por qué no intervinieron en el debate.

En esa misma sesión y como se tratase con motivo del artículo 21 del proyecto, que establecía que: “Todo aprehendido será notificado dentro de cuarenta y ocho horas de la causa de su prisión, el convencional Mitre volvió a tomar la palabra para defenderlo con relación al principio constitucional o garantía del *Habeas Corpus*.

Ese discurso es el más doctrinario de los pronunciados sobre el particular y contra lo que exponen los convencionales López y Sáenz Peña, que son a los que rebatía, si bien se aceptase una enmienda del artículo, propuesta por el doctor Sáenz Peña. Luego agregaba Mitre, entrando a discutir el punto de la retroactividad de las leyes que trató con notoria preparación jurídica y admirable lucidez:

“Pido perdón a la Convención si en la redacción científica de esos artículos, se notan algunos defectos. Un soldado no está obligado a conocer perfectamente la ciencia de las leyes. Si no lo he hecho mejor será o porque no lo he sabido, o porque no he podido, o porque no me han ayudado los jurisconsultos que me acompañaban. (!) Yo creo que para eso se nombró una Comisión para que lo redactasen los hombres más competentes, entre ellos cuatro abogados, siendo yo el único lego. Sin embargo, creo que en esta materia no he andado tan

descaminado, y me basta saber que he tomado un texto que rige a muchos países libres y civilizados para persuadirme que me asiste la razón.”

Los abogados miembros de la Comisión, a quienes aludía Mitre, eran los doctores Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Carlos Keen (fallecido éste, le reemplazó en la misma el doctor Sixto Villegas) y el doctor Daniel María Cazón.

El convencional al que contestaba Mitre era el doctor Vicente Fidel López, quien, no obstante ser miembro de la misma comisión a cuyo nombre informaba Mitre, siempre estaba en desacuerdo con éste, lo que daba lugar a las discusiones, en las que, por lo general, prevalecía la opinión de Mitre, como puede cerciorarse cualquiera si duda de la veracidad de la afirmación, con consultar la obra *Debates de la Convención Constituyente de la Provincia de Buenos Aires*, publicación oficial hecha bajo la dirección del convencional doctor Luis V. Varela.



De las sesiones celebradas por la Convención, una de las más memorables fué la del 28 de julio, en la que se animaron a hablar los convencionales jóvenes como Goyena y Estrada, que hasta entonces, sin duda, habían observado el ambiente y estudiado la escena en que se

discutía, y los más representativos actores en la misma. Por otra parte el doctor Pedro Goyena y José Manuel Estrada — no se dirá tanto del doctor Cambaceres, que también usó de la palabra brillantemente en la discusión o, mejor dicho, la inició en favor de la tesis, doctrina o principios que sostenían los liberales — eran católicos fervientes, creyentes fervorosos y veían en el artículo del proyecto cierta hostilidad declarada “contra una religión, contra una iglesia, como decía Goyena, que en el sistema de legislación vigente, en vez de tener prerrogativas que la coloquen en condiciones superiores respecto de los demás cultos, sobre las demás religiones, está, bajo esas apariencias engañosas, colocada en una posición que no diferencia mucho de la esclavitud con relación a la potestad civil.”

El artículo en discusión, el 11º del proyecto, establecía: “Es inviolable en el territorio de la Provincia, el derecho que todo hombre tiene para dar culto al Dios Todopoderoso, libre y públicamente, según los dictados de su conciencia.”

Traída al debate la declaración, tomó la palabra el convencional Cambaceres, y expuso en un discurso notable por la altura del concepto, por la doctrina que sostenía y por el juicio que emitía de los errores del catolicismo, cuál era el modo de pensar en la evolución del progreso humano en materia de religiones, las que, a su juicio, no podían imponerse, y hablando de las desventajas que una imposición podía traer, decía que a los

hombres no se les coarta en uno de los deberes más amplios de la personalidad.

Refiriéndose a la libertad de cultos, el convencional agregaba:

“Cualquiera comprende, señor presidente, que hablar de libertad y negar al mismo tiempo la de profesar su culto, es a la par que una contradicción, una violación flagrante de sus prerrogativas y derechos.

“Y no se crea que vengo a defender aquí una libertad a medias, como la que tenemos en el Estado de Buenos Aires, en cuya Constitución, a la vez que se reconoce en cada cual el derecho de rendir culto a Dios Todopoderoso, según su conciencia, se consigna también la limitación de hacerlo respetando las leyes existentes, leyes que son coarteras de esa libertad, puesto que destruyen la igualdad, y sin igualdad la libertad no existe.

“No me conformo tampoco, con el dictamen de la Comisión de Declaraciones, Derechos y Garantías, porque, a mi modo de ver, ese dictamen no es franco.

“No se aborda la cuestión de una manera decidida; no zanja la dificultad abierta y terminantemente.

“Lo que vengo solicitando es la más completa libertad en materia de religiones. No sancionemos facultades que se encierran solamente en los estrechos límites de la conciencia y del hogar doméstico; no establezcamos restricciones y limitaciones injustas; no acordemos privilegios odiosos; no legitimemos ante los ojos de la República, ese aborto político que se llama religión de Estado.”

Con estos argumentos, que eran los de un razonador y que le conquistaron al expositor las simpatías y adhesiones de la mayoría de sus colegas y la opinión del público en la barra, el convencional terminaba pidiendo se agregara al artículo en discusión la enmienda siguiente: «El Estado no tiene religión ni costea culto alguno.»

Después de aducir muy breves consideraciones el convencional doctor Sáenz Peña, respecto al discurso de la referencia, la Convención designó una comisión que dictaminara en la enmienda propuesta y fué en la sesión del 25 de julio que aquélla se expidió, siendo su informante el convencional Tejedor, quien sostuvo el artículo y aconsejó el rechazo de la enmienda. El doctor Tejedor, después de sostener, en sintéticas palabras, que así era el carácter de su oratoria, “que ninguna necesidad ni conveniencia reclamaba la enmienda”, terminaba diciendo:

“En suma, señor presidente, la Comisión cree que debe rechazarse la enmienda propuesta por el señor convencional Cambaceres, en su primera parte, porque piensa que las libertades argentinas y el progreso de este país, de meras palabras, y meras palabras desmentidas por los hechos, sería decir, que la República Argentina no tiene religión, y en la segunda, porque las Provincias, a juicio de la Comisión, no pueden decir no cuando la Constitución Nacional dice sí.”

Estas conclusiones las amplió de seguida Mitre, y des-



pués de su breve exposición, tomó la palabra Cambaceres para rebatir a Tejedor, negando que hubiese incompatibilidad entre lo que declaraba la Constitución Nacional y lo que podía estatuir una Constitución de Provincia y al mismo tiempo que afirmaba estas conclusiones, las robustecía con antecedentes históricos nacionales.

A la exposición o aclaración del convencional Cambaceres, y oponiéndose a la enmienda, contestó el convencional Goyena en un discurso plasmado sobre el del doctor Tejedor, pero que llama la atención por la claridad y sencillez del estilo, aunque sea dicho en honor a la verdad, en ciertos párrafos exagera bastante sus afirmaciones. Son ejemplo de ello aquel en que declara “que si un individuo acertase a pasar por la ciudad y presenciara estos debates, oyendo los discursos de los señores, autor y sostenedores de la adición, si no tuviera conocimiento alguno de la situación política del país, podría juzgar que estamos bajo la influencia de una teocracia absorbente.”

Basta leer las consideraciones de los convencionales que hasta ese momento habían tomado parte en el debate, que eran, por orden, Cambaceres, Tejedor y Mitre, para convencerse que la afirmación del convencional Goyena era del todo exagerada. Para evidenciarlo está la crónica de la Convención, que constata la altura en que hasta en esa sesión se mantuvo la discusión.

Apoyando las conclusiones del doctor Goyena, hablaron los doctores Montes de Oca (Juan José, hijo) y Luis

V. Varela, y luego tomó la palabra el general Mitre como miembro informante para fundamentar el despacho de la Comisión en un discurso en que, desde los puntos de vista filosófico, religioso y racionalista en que exponía la doctrina católica y las creencias de otras religiones, como el mahometismo, hacía la defensa de la libertad de conciencia, fundamentando su argumentación con el estudio del carácter del pueblo argentino, los ejemplos que como antecedentes ofrecía la historia de los Estados Unidos, las citas de autores como Tocqueville y las declaraciones de los legisladores nacionales en la Asamblea de 1813.

Como la discusión interesaba sobremanera a los convencionales por las consecuencias de las declaraciones (y también a los oyentes; de ahí las manifestaciones molestas del público en la barra), la Convención siguió ocupándose del punto en debate en varias sesiones.

En la celebrada en 1º de agosto de 1871, volvió a tomar la palabra para contestar al doctor Goyena y a Mitre, el doctor Cambaceres, y como en una alusión al General le zahiriera en cierto párrafo, Mitre, sin hacer caso a esa alusión, amplió las ideas de su primer discurso y rebatió a Cambaceres. Volvió éste a persistir en la defensa de la enmienda. Hablaron, sucesivamente, Goyena, refutando también a Cambaceres; Rocha, argumentando en favor de la adición; Tejedor, ampliando los argumentos de su primer discurso; Sáenz Peña, rebatiendo la enmienda y defendiendo el artículo, y luego

entró en la discusión, sosteniendo las mismas conclusiones que el convencional Sáenz Peña, uno de los más representativos de los convencionales, que era vicepresidente de la República en aquellos momentos y director del partido autonomista: el doctor don Adolfo Alsina.

Hablar el doctor Alsina y conquistarse al auditorio y a la mayoría de sus colegas desde el principio del debate, en la sesión del día 4 de agosto, fué todo uno. Era que el doctor Alsina fué el ídolo de su partido en aquella época. Sus antecedentes, los hechos salientes de su vida, su carácter resuelto y el timbre simpático de su voz, que tenía un eco virilmente sonoro, le daban mucho ascendente entre la juventud y entre sus partidarios, de los cuales había muchos en la Convención y los que eran muy distinguidos.

El discurso de Alsina, por el alto concepto en que estaba inspirado, por su argumentación serena, la claridad de su exposición y el estudio sintético que lo fundamentaba, con ejemplos de las leyes inglesas y las citas de los preceptos constitucionales de los Estados Unidos, de los Cantones Suizos, de Portugal, Bélgica y de la Revolución francesa, llamó justamente la atención e inclinó a los convencionales en favor del despacho de la Comisión.

Volvió a tomar la palabra el doctor Sáenz Peña para apoyar las conclusiones de Alsina, con el mejor discurso que sin duda pronunció en la Convención y luego, después que argumentaron otros señores convencionales, en-

tró al debate, haciendo su debut, el joven José Manuel Estrada, para favorecer también el despacho de la Comisión. Su discurso, aunque conciso, fué brillante, y en él se reveló creyente sincero y católico ferviente hasta el extremo de declarar que era partidario de la libertad religiosa, porque entendía que la religión en cuanto creaba una fuerza social es una de las tres formas en que se produce visiblemente la acción de la única Soberanía legítima, que se conocía la soberanía de Dios. Al efecto rechazó la doctrina que atribuye al pueblo una soberanía primitiva, originaria y absoluta diciendo: “El pueblo no es soberano, como no es soberano ningún Poder, ningún elemento activo que no contenga en sí la infalibilidad y la justicia absoluta. No hay más que un soberano y ese soberano es Dios, que rige el mundo por medio de sus agentes visibles: la Iglesia, la Familia y el Estado. De su independencia recíproca, deduzco la libertad religiosa.”

Con términos tan perentorios, en absoluta oposición respecto a la interpretación de la soberanía, y en radical disconformidad sobre el particular con el sentido o lo que significaba la soberanía para los demás convencionales, entró el señor Estrada al debate, y luego presentó, en substitución del artículo en discusión, uno que puso en manos del secretario de la Convención y que se reducía a establecer la declaración de la libertad absoluta en materia de religión y culto, y que la supresión de toda inhabilidad política por causa de profesión religiosa,

no serán entendidas como dispensa de jurar en nombre de Dios y los Santos Evangelios, en todos los casos en que la exija el juramento político.

En la sesión celebrada el 8 de agosto, relativa al juramento que debían prestar ciertos mandatarios, lo encaró el convencional Mitre bajo el punto de vista constitucional y respecto de la inhabilidad política, en que podían incurrir los que se rehusaran a jurar, y hablando del largo debate, agregó:

“Estamos hace muchas noches ocupándonos de Dios y de la Iglesia más que de sus criaturas y de los intereses reales del Estado, olvidando las palabras del apostol: « Que si alguno no quiere trabajar que no coma. » No ha sido tiempo perdido el que tenemos empleado en esta grave cuestión, que tanto interesa al ser moral. Pero ya hemos hablado bastante de Dios, remontándonos a aquel mundo moral de ideas y de principios que gobiernan el alma del hombre, como ha dicho muy bien el doctor Rawson, con quien sólo disentimos en punto de detalle. Pagado ese tributo a la conciencia y al ideal, nuestra misión es una misión de trabajo serio, positivo y científico, a la vez que práctico. Es necesario, por lo tanto, que nos penetremos de esto y vayamos despejando el camino para constituirnos todos en jornaleros de la obra que tenemos entre manos, siguiendo el método de la división del trabajo. Es necesario que, bajando un poco el tono lírico a que nos habíamos elevado, descendamos a la atmósfera de los intereses comunes, dejando que el

debate se nivele más a fin de que todos concurren a la labor. Me refiero en particular a aquellos que por modestia no se han creído capaces de tomar parte en el debate en este terreno elevado de la elocuencia, a fin de que todos puedan exponer sus ideas, porque muchas veces los más humildes sugieren ideas que no están en la cabeza de ninguno, aunque están en la conciencia de todos.

“Por esta razón es necesario que despejemos el terreno, que abandonemos la región nebulosa y bajemos a la tierra, porque nada hacemos con resolver en abstracto y fuera de tiempo la cuestión que envuelve la moción del señor convencional Rawson, desde que hemos de tener que volver después sobre ella, encarándola bajo su forma práctica, en el único artículo constitucional que con ella se relaciona.

“Es preciso, pues, que pongamos punto final a esta cuestión de religión, y entremos decididamente al campo del terreno científico, que nos demos cuenta de nuestra tarea, que sistememos la labor y que iluminados con las luces del patriotismo y de la conciencia, sigamos a lo largo de los surcos constitucionales en que se deposita la semilla de la libertad, sin dejar por esto de levantar la vista al cielo.”

La sesuda argumentación del convencional Mitre se fundamentaba en el tiempo gastado en la discusión del artículo 11º del Proyecto: dos meses. La Convención se había transformado en un certamen en el que los seño-



res convencionales hablaban una y diez veces, repitiendo alguno los mismos argumentos, y siendo raro el que no peroraba o se ensayaba en la oratoria echando su cuarto a espadas en el largo debate que empezaba a cansar.

Habló de seguida el escribano señor Cajaraille, exponiendo sus razones a propósito del punto en debate, la exigencia del juramento; hablaron luego los doctores Rawson y José María Gutiérrez, refutó Alsina, volvió a hablar Gutiérrez y luego Elizalde, Estrada, Guido, Mitre, Alvear, Del Valle, Irigoyen, que lució preparación jurídica en un notable discurso y se extendió en muy lógicas consideraciones sobre las referencias constitucionales argentinas, relativas al principio en discusión; todo esto en la sesión del 11 de agosto, y por último, agotada la materia después de un discurso muy racionalmente fundado en el que hizo su debut el doctor Norberto Quirno Costa, en donde lució éste sus conocimientos en el derecho constitucional argentino y en que volvió a usar de la palabra el convencional doctor Irigoyen, al que se aplaudió y por quien estalló en bravos la barra, al fin, en esa misma sesión quedó aprobado el artículo.



Como el que escribe ha argumentado mucho sobre la oratoria del convencional Mitre, conviene dar como un *specimen* de esa oratoria uno de sus discursos; por ello

se incorpora a estas líneas el pronunciado en la sesión del 28 de julio, con motivo del debate sobre religión.

Mitre decía:

“No seré muy extenso porque la hora es ya muy avanzada y no me permite extenderme mucho. Por otra parte, no me siento muy dueño del órgano de mi voz, para rebatir todos los argumentos que se han lanzado al debate. Así es que principiaré por lo más humilde que se ha considerado, porque para mí es lo más grande que hay en esta cuestión bajo el punto de vista en que me propongo tratarla.

“Se ha dicho: ¿qué contestaría el pobre gaucho si le preguntásemos qué es el catolicismo?

“Si fuésemos con el orgullo de la suficiencia a abrumarle con palabras que él no comprende, de seguro que se encontraría aturdido con nuestra pregunta; pero si fuésemos con la ingenuidad del corazón a interrogar a la conciencia de ese pobre gaucho, respondería como respondieron aquellos pobres pescadores cuando Jesús subió a la montaña a predicar aquel discurso que todavía gobierna a la humanidad.

“¿Qué eran aquellos pobres pescadores, sino los gauchos de aquellos tiempos, los pobres, los desvalidos que buscaban una esperanza y un consuelo y que la encontraban en aquellas palabras divinas?

“Precisamente lo que tienen de más grande y de sublime aquellas palabras, es que penetran en lo más recóndito del corazón de quien las escucha, sin que la filosofía las explique.

“Así, la razón es impotente para explicar la causa de la religión, y toda vez que se ha intentado establecer una teoría para contrapesar el poder inmenso que ejerce sobre la conciencia el sentimiento de la religión, la razón se encuentra siempre con una consecuencia contraria a las que la religión manifiesta.

“Cuando algunas escuelas socialistas han tratado de poner al frente de su constitución las palabras: *libertad, igualdad, fraternidad*, no han hecho más que establecer una reminiscencia del credo católico. Los racionalistas han tratado de explicar qué es la fraternidad en presencia de la razón, y lo han explicado porque eso se puede explicar claramente; pero lo que no se puede probar, es ese sentimiento innato de la fraternidad por el que el hombre marcha al sacrificio. Es porque es un sentimiento innato en el hombre, anterior y superior a todo y a la razón misma, que gobierna la conciencia del hombre, y que la ley material, que la fuerza bruta, es impotente para imponer.

“Entre tanto, el hombre, en el silencio de su propia conciencia, sólo con el Dios que reconoce, con la creencia que profesa, cumple exactamente sus deberes, más que si tuviese delante de sí una amenaza de muerte.

“Este sentimiento innato en el hombre, despertado por aquellas palabras, existe aun en aquellos que le niegan su origen divino. Así Renan, cuando escribe la vida de Jesús, reconoce un espíritu que gobierna el mundo, y agrega «que si éste no es un Dios, merece serlo». Des-

pués dice que « en la sucesión de la humanidad, marchan en primera línea los buenos, que después siguen los que confiesan la verdad y en seguida los que enseñan a los malos; que al frente de los buenos marcha el hijo de Dios, que, hecho hombre, apareció en un momento supremo a derramar por el mundo el dulce resplandor de la verdad, y cuya palabra evangélica gobierna todavía el mundo ». Esto lo dice uno que no cree en la divinidad de Jesucristo.

“ Así, pues, la religión cristiana encierra un principio de moral; sobre todo, aquellas que derivan del centro de Asia; pero todas han incorporado algo de humano, algo de grosero. Mahoma en su Corán consagra principios de moral, establece principios de derecho civil y aun delitos y penas corporales, mientras que Jesucristo, en su Evangelio, no ha hecho más que establecer las relaciones del hombre con Dios y con sus semejantes, es decir, la ley moral que rige al mundo y que lo regirá por la eternidad, porque es la verdad evangélica que todos confesamos.

“ Por lo demás, pasaron ya aquellos tiempos de intolerancia religiosa en que tenían lugar aquellas sangrientas luchas entre cristianos y ateos, aquellos tiempos en que la pasión y el ardor heroico de una religión incitaban a la matanza, como lo hacían los intolerantes puritanos contra los que no creían en sus doctrinas, o como lo hacían los que levantaban ejércitos para combatir en nombre de la creencia católica. No, esos son hechos que

pertenecen al pasado, y es sensible ver que, en nombre de la inteligencia y del progreso, se venga á invocar esos fantasmas del pasado que ya no tienen razón de ser; precisamente cuando estamos en plena posesión de nuestra conciencia, cuando sólo se trata de la religión del Estado, que nadie pretende sostener, y que, por el contrario, venimos a combatir levantando en nuestras manos el gran principio de la libertad de conciencia.

“Yo protesto, pues, contra esta actitud que se ha tomado aquí, recordándonos aquella época de terror y de intolerancia, porque no tienen derecho de tomarla, ni en nombre de la ley ni en nombre de las creencias.

“Todos, más o menos, somos libres pensadores, todos somos guiados por un espíritu de fraternidad, todos hemos hecho algo en pro de la libertad de conciencia, avanzando paso a paso hasta traerla al terreno en que nos encontramos, y yo protesto en nombre de los legisladores argentinos a los cuales no se les ha hecho el debido honor, cuando se ha venido a invocar el terrorismo, la matanza y la inquisición, desconociendo las ideas adelantadas que los han guiado. Yo reivindico el honor del clero argentino que ha dado al mundo entero las lecciones más altas de tolerancia y de virtud, que ha proclamado como teoría y como hecho la tolerancia de cultos, que es lo más que se puede pedir a los sacerdotes católicos.

“La base fundamental de la tolerancia de cultos es precisamente debida a un Congreso cuyos primeros pa-

sos fueron hacerla triunfar en el tratado con la Inglaterra, en el año 25; pero para que esto no se borrara y para que los hombres del futuro no vinieran a desconocerlo, el doctor D. Eusebio Agüero, noble inteligencia, publicó su tratado de derecho canónico y sus últimas lecciones son precisamente las páginas más elocuentes en materia de tolerancia. La República Argentina ha marchado siempre a vanguardia en estas materias, y la Constitución Nacional es una prueba palpitante de ello.

“Paso ahora a ocuparme de la enmienda en la misma. Yo la comprendería si hubiera venido hablando sobre la restricción de pensar; pero no se comprende cuando se trata de la materia que nos ocupa y cuando en el mismo proyecto de Constitución se reconoce, de la manera más terminante, que se haya consignado nunca, en ninguna Constitución, este principio: «Es inviolable en el territorio de la provincia el derecho que todos tienen para rendir culto a Dios.» No sólo proclama la libertad de conciencias, sino la de cultos. La primera no es sino un acto interno, que puede escapar al hombre aunque no escape a Dios.

“Hemos sancionado el preámbulo de la Constitución que ha dicho: «Nos, los representantes del pueblo argentino, invocando a Dios fuente de toda razón y toda justicia, damos esta Constitución.» Así, pues, habiendo invocado y reconocido a un Dios, reconocemos aquí una conciencia humana a quien le reconocemos igualmente completa libertad en esta materia. Por consecuencia, re-



conocemos una religión y aquí tenemos una religión de la gran comunión que compone el Estado.

“Decir « el Estado no tiene religión ni costea culto alguno » y después venir a limitarlo, es un contrasentido. Lo más sagrado que hay en el mundo es la libertad de conciencia, decimos, y al mismo tiempo agregamos: pero esta libertad es una mentira, porque el Estado no tiene culto, ni religión. Aquí no invoco los Santos de la Iglesia, cito a Julio Simón, que dice: « La libertad, que no tiene culto alguno, no debe confundirse con la que pedimos, que es la libertad de tener un culto. » Esta parte merecería mucho desarrollo, pero me apresuro a llegar a otra que es, indudablemente, señor Presidente, de mucha importancia.

“La mayoría del pueblo argentino es católica, la gran mayoría, y apenas un cinco por ciento pertenecerá a otras creencias. No sostengo que los altares que levantan esas minorías no sean sagrados, porque precisamente por este artículo se consagra como un derecho sagrado. Así es que aunque fuese uno, ese uno tendría derecho a adorar a Dios a su manera. Cuando vemos la libertad de conciencia al lado de todas estas garantías escritas en una Constitución; cuando vemos la libertad de conciencia al lado de la libertad de la prensa, al lado del derecho de petición, al lado de todos aquellos derechos humanos que constituyen las libertades públicas, ¿qué consecuencia sacamos? ¿Qué es lo que esto nos dice? Esto representa algo de muy nuevo y muy antiguo a la vez, algo de muy

grande y muy sencillo al mismo tiempo, esto representa la materia religiosa traída al derecho común, y aquí vengo a Tertuliano, cuya autoridad se ha invocado.

“Estamos en el punto de partida del cristianismo cuando ahora 1.600 años los cristianos eran perseguidos. Entonces Tertuliano decía a los emperadores romanos: «Si nos creéis criminales, llevadnos a los Tribunales, oidnos y juzgadnos, pero si resultamos inocentes, dejadnos enseñar nuestra doctrina.» Esto es lo que pedía Tertuliano; el derecho común, la igualdad de todos los cultos. Estamos, pues, aquí tratando de poner las creencias religiosas bajo los auspicios del derecho común, y no creo que haya un solo Convencional que se oponga, cuando se está tratando de poner en práctica este gran principio, esta conquista del derecho humano.

“¿Pero de dónde ha salido esta originalidad? ¿De dónde la ha sacado su autor, cuya palabra simpática le ha propiciado algunas voluntades, pero que ha nacido muerta desde el momento que la lanzó a la discusión? Es una idea que ha podido por un momento alucinar los espíritus, pero no encierra, no digo la ciencia, pero ni la más vulgar experiencia. ¿De dónde ha salido? Es una invención nueva. La Constitución que ha ido más adelante, ha sido la Constitución del año 3º de la República Francesa.

“Allí se decía, poco más o menos, estas palabras: «la República no costea ningún culto», pero de ahí a decir: «la República no tiene religión», hay una gran di-

ferencia, y entre nosotros no hay antecedente alguno que justifique semejantes doctrinas.

“Todo eso que se ha dicho, que no tiene que hacer nada la Constitución con las creencias religiosas; que los Estados no tienen religión; que el Gobierno no tiene alma, no pasan de frases. Todas las Constituciones modernas son cristianas, porque derivan de una civilización universal; y no hay una sola institución social, política o civil que no responda a alguna creencia religiosa. Desde la ley moral que gobierna las conciencias hasta el hogar de las familias, donde se inoculan estas ideas en los hijos, todo responde a una civilización cristiana; y esto se ha conquistado gradualmente por los pueblos dignos de ser libres, porque nunca han pretendido conquistar sus libertades y derechos con improvisaciones y ocurrencias del momento, sino con la experiencia de los siglos.

“La separación de la Iglesia y del Estado en los Estados Unidos, no ha sido la obra de una revolución, sino una de aquellas elaboraciones lentas y pacíficas que se operan por la ley del tiempo. Los que invocan a los Estados Unidos, me parece que habrán visto un artículo de sus Constituciones que dice algo en el sentido de sus ideas; pero que no se han tomado el trabajo de estudiar sus antecedentes.

“Por otra parte, cuando se comparan estos términos, se comparan cosas absolutamente distintas, no sólo como sociedades, sino como derechos positivos en su aplica-

ción y en su ejecución. La Constitución de Estados Unidos, en una de sus enmiendas lo que dice es que el Congreso de la Nación no puede legislar sobre materias religiosas, y esto precisamente porque si no hubiera puesto esta reserva, el Congreso habría tenido tal facultad.

“Cuando Tocqueville visitó a los Estados Unidos, en 1830, y escribió su famoso libro, existía el impuesto a favor del Culto. Entonces se obligaba a cada uno directamente a sufragar a sus impuestos. Recién en 1846, el estado de Massachussets completó su reforma religiosa y la completó en virtud de la paciente y virtuosa resistencia que le hicieron los Católicos, dirigidos por los obispos de aquella Iglesia, cuyos nombres son históricos.

“A esta reforma siguió la de New York, y en el último concilio se ha resuelto que la libertad más completa sea la que rija a todos los Estados de la Unión Americana. No entro en otros detalles por no abusar de la atención de la Convención, terminando con una consideración general.

“Respecto de la República Argentina, he dicho, las consideraciones son distintas, puesto que aquí no está prohibido al Congreso legislar en materia religiosa.

“No es solamente el culto, como se ha observado, la materia religiosa regida por la Constitución Nacional. Son también los concordatos; la conversión de los indios; los recursos de fuerza, etc.; todo esto sin ser una religión del Estado, constituye algo distinto, habiéndose

confundido en este debate por varias veces, Religión, Culto e Iglesias, que son cosas enteramente diversas; la independencia de la Iglesia Argentina no nace sólo de la actual Constitución.

“La Asamblea del año 13 fué la que vino a declarar esa independencia haciéndose la Nación *depositaria* del *patronato*. Más adelante la Iglesia Argentina ha seguido siendo independiente, como la Iglesia Galicana. Al principio fué religión del estado, que era la fórmula usada en aquel tiempo; después fué tolerancia religiosa, a cuya cabeza estaban virtuosos y nobles sacerdotes. Más adelante hemos venido a la fórmula: « El Estado costea el Culto ». Cuando se trató de la reforma de la Constitución, se discutió este punto. Si el doctor Vélez dijo que cada Provincia debe...

“SR. ROCHA.—Estudie el texto el señor Convencional.

“SR. MITRE.—Ahora voy a contestar al doctor Vélez. Iba a decir, pues lo que el miembro informante de esta Comisión ha dicho: cuando la Constitución Nacional dice sí, la provincial no puede decir no. Cuando la Constitución de la República Argentina ha dicho que había una Iglesia Nacional, no está en la mano de la provincia decir lo contrario, y aunque adoptase una declaración, ella sería completamente ineficaz.

“La Iglesia existe: es un hecho y es una institución consagrada.

“Cuando se dice que esta Iglesia ha perdido su conciencia por un puñado de billetes de Banco, digo que

no se sabe lo que se dice; que no se ha estudiado el sistema que existe a este respecto. A los Curatos que no son congruos, el Estado les da lo que necesitan; pero es porque los Curas son funcionarios públicos, agentes civiles que desempeñan la mitad de sus funciones en nombre del Gobierno.

“Así, yo digo que la Iglesia argentina vive de los sacramentos que paga el pueblo, y que a pesar de haberse declarado que la religión católica es la del Estado, se ha dejado que el pueblo la costee, es decir, los que profesan las creencias del catolicismo, los que van a bautizar sus hijos y los que van a casarse con arreglo a estas creencias. El día que se borrara esa pobre limosna que se da a los Curas que no tienen congruo, el día que el Gobierno Nacional borrara del presupuesto los sueldos que paga a las catedrales, bastaría con la cuota de los Curas para que el Obispado sostuviese con dignidad e independencia el culto católico.

“Esto es lo que quería establecer con datos estadísticos.

“No hablo de lo nacional; pero también podría suprimirse.

“Yo quisiera, no la Iglesia libre como la proclamó Cavour cuando se disputaba en Italia la supremacía entre el Papa y el Rey, sino porque el Estado y la Iglesia son dos potestades distintas, una espiritual y otra temporal, que pueden subsistir por sí por la fuerza de aquella ley moral de que hablé antes, y porque nada tiene



que hacer la fuerza espiritual con la fuerza temporal.

“Para arribar a este resultado, es preciso que demos un paso más adelante; es preciso que después de haber borrado este artículo de la Constitución de Buenos Aires, que impone el sostenimiento de una religión al Estado, que después que hayamos puesto este hermoso artículo consagrando la libertad de conciencias, aspiremos todavía a algo más: es preciso que aspiremos a que la Constitución Nacional sea también reformada, a fin de borrar de allí un artículo que no nos hace el honor, para que no haya Iglesia nacional y para que sea libre el culto católico. Entonces podremos decir que la República Argentina marcha en pos de los grandes destinos que la esperan, lo mismo que la Provincia de Buenos Aires, a la sombra de sus leyes protectoras.”

\*  
\* \*

Después de esa famosa sesión, el convencional Mitre siguió tomando parte en los debates que se motivaron respecto a la inviolabilidad del domicilio, al régimen carcelario, expropiación, educación, enseñanza, papel moneda y en todas las discusiones que afectaban a la ciencia y arte de gobernar, hasta que en la sesión del 18 de octubre se vió en la imprescindible necesidad de presentar su renuncia al Cuerpo deliberante de que formaba parte y en el que tanto sobresalió.

Fué con este motivo que el convencional señor José Tomás Guido, tomó la palabra y dijo:

“Según acabo de oír por la lectura que se ha hecho de la nota del señor Mitre, se refiere a que no sabemos el tiempo que durará la Convención, no siendo probable, por datos que tengo, que esta Asamblea prorrogue su existencia más allá del tiempo que se había calculado, y siendo reconocidos notorios y sumamente notables, tanto el mérito de este señor, cuanto los servicios que pueda prestar con sus luces, con su celo y asiduidad, de que ha dado constantes pruebas, es de esperarse que por una exagerada delicadeza, no ha de querer privar a la honorable asamblea de la cooperación valiosa que darán las luces del señor Mitre en los trabajos que ha contribuido a preparar, porque todos saben que él ha sido uno de los autores del proyecto de Constitución.

“Este recuerdo en mí es tanto más sincero, cuanto con frecuencia estuve en disidencia de opinión con este convencional, sobre diversos puntos constitucionales, y no es por mi parte otra cosa que el reconocimiento de su mérito, y que toda la Convención estará dispuesta a tributarle.”

Puesta a votación la admisión de la renuncia, no se aceptó, y se concedió al convencional Mitre licencia para faltar a las sesiones de la Convención.

Esto sucedía en el año 1871. Vase ahora a ver lo que aconteció un año después, en junio de 1872.

En la sesión celebrada el día 21 de ese mes y año,

Mitre se veía otra vez en la necesidad de renunciar al cargo, y fué el caso que, leída la renuncia, se aceptó sobre tablas y por unanimidad.

¿Sabe el lector el por qué de una de las renunciias de Mitre? Pues renunciaba porque el gobierno del presidente Sarmiento le había designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en misión especial ante el gobierno del Imperio del Brasil.

En aquellas difíciles circunstancias, difíciles por lo críticas y expectantes que eran nuestras relaciones con el Imperio del Brasil, debido todo a la gestión del doctor Carlos Tejedor, ministro de Relaciones Exteriores, como se comprobará después, la Nación tenía puesta la atención en el general Mitre, porque se abrigaba la convicción que las diferencias suscitadas, si no era él quien las solucionaba, no las arreglaba nadie.

Invocado el patriotismo del general, éste aceptó sin vacilar la honrosa y difícil misión y partió para el Brasil. Golpeó a las puertas del gobierno y de los personajes y las encontró cerradas, pero insistió, discutió y convenció de la razón que le asistía, y volvió triunfador de la gran lid diplomática, que valía tanto si no más que el laurel de *Tuyutí*.

El honor de que le despojaban sus adversarios en la Convención de Buenos Aires, y cuando principiaban a tenderse las líneas de combate entre autonomistas y nacionalistas o alsinistas y mitristas, lo ganó en el Brasil, mal pesara a sus adversarios, que entonces descono-

erían su verdadero mérito. Todavía algunos de ellos, hoy mismo, movidos por la ceguera, quieren oponer dificultades a la estatua del prócer. ¡La estatua de Mitre! ¡Sí, la estatua de Mitre, en tiempos como los actuales, en que se hace tanto gasto inútil en mármol y bronce!

Aun más que la estatua, el verdadero monumento del general es su obra trascendental bajo sus múltiples actuaciones.

Y fué por esa causa que la Constitución de la Provincia de Buenos Aires, promulgada por la Convención en noviembre del año 1873, no lleva entre los nombres de los convencionales que la subscribieron, el del más importante de sus miembros y cuyo elogio hacía el convencional Guido, como consta de estas líneas.

Se pensará que se ha sido un tanto difuso al tratar de fijar la característica de Mitre como orador, pero al que escribe poco puede afectarle la afirmación en virtud de dos razones, razones, a su juicio, muy sencillas.

Se ha dicho y se repite muy a menudo que el señor general Mitre tenía el hábito de apelar muy a menudo a la metáfora y que era muy exagerado.

Si el hecho, la observación se ha de referir a la tan asonada crítica contestando a la alusión del ministro López, en las sesiones de junio del año 1852, “que lo que había aprendido el”, el diputado Mitre, “era a abrir a cañonazos las puertas de los ministerios”, pase..., pero ténganlo presente los Aristarcos, que el diputado Mitre era entonces un joven de treinta y un años con todos los des-

plantes y exageraciones de la edad, y que lo afirmado lo pronunció en una improvisación.

Cuanto al estilo metafórico del orador y lo infundado de la crítica sobre el particular, ahí están sus oraciones y discursos — no se habla de sus arengas, las militares — nada más sencillo, nada más correcto, nada más claro, nada más definido.

¡Y qué discursos! Son ellos los jalones brillantes, la luminosa parábola que dejó el astro en su carrera, cuando trató los puntos más fundamentales de los problemas que agitaban a los hombres de su tiempo, en la prensa, en el gobierno, en la guerra, en la diplomacia, en las finanzas, en la historia, en la política, en la crítica, en la oratoria, en la literatura, en los parlamentos, en lingüística, en la arqueología y en la numismática.

¡Honor al Grande! ¡Alabado sea su recuerdo inmortal!

---

## VII

### INTERVENCION A SAN JUAN

Los representantes: El doctor Dalmacio Vélez Sársfield. — El doctor Vicente Fidel López. — El doctor Juan María Gutiérrez. — El doctor Juan Bautista Alberdi. — Domingo Faustino Sarmiento. — Bartolomé Mitre. — La intervención a la Provincia de San Juan, en el año de 1869. — Debate parlamentario. — Los oradores: Mitre, Bazán, Vélez Sársfield, Rojo, Oroño, Colodrero, Mariano Varela, Nicolás Avellaneda, Zavallía, Navarro, Granel y Piñero. — El discurso de Mitre.

---

Era la época de la reconstrucción nacional, la que corre de 1852 a 1862, y la posterior que se sigue de 1862 a 1906; año éste del fallecimiento de Mitre, que comprenden un período de cuarenta y cuatro años, y entre los argentinos que se destacan en el gobierno, en las letras, en la política y en las armas, deben de recordarse a algunos que verdaderamente sobresalen, tal es el brillo y la trascendencia de sus actos, tanta su figuración.

Dentro de ese núcleo caben justamente: el doctor Dalmacio Vélez Sársfield, el doctor Vicente Fidel López, el doctor Juan María Gutiérrez, el doctor Juan Bautista



Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento y el teniente general Bartolomé Mitre, porque ellos ocupan la primera línea.

Vélez Sársfield en la vida del foro, en el debate del gabinete, en la tribuna parlamentaria, en el ejercicio del gobierno y la política, en el conocimiento del derecho, en la codificación y en el dominio de la ciencia de las finanzas es primera carta, es un *as*. Vélez Sársfield no solamente dió con la codificación brillo a la ciencia jurídica en su patria, le dió también al Estado de Buenos Aires potencialidad económica con la fundación del Banco de la Provincia de Buenos Aires, y en los debates y conflictos de la política interna, revelóse siempre un temperamento ecuaníme, no obstante ser un hombre nacido en el interior de la República; en la provincia de Córdoba. Provincia que en las contiendas civiles había (parte muy principal de la misma) hostilizado la acción de Buenos Aires. Para qué hablar de lo acontecido después en la actividad de la vida política nacional en los últimos años en que la provincia de Córdoba, o al menos parte muy numerosa de su población y de sus políticos, tal vez no lo más selecto, fué marcadamente adversaria y fué también el núcleo director más importante de la imposición de la política oficial, la intervención conculcadora de los gobernadores de provincia en la vida electoral de la República.

El doctor Vicente Fidel López, más que versado en filología, lo es con brillo en la cátedra de economía polí-

tica y de derecho romano, en el debate parlamentario, donde es estrella de primera magnitud, y en el dominio de la historia argentina, que escribe con propiedad y singular interés, es un maestro.

El nombre del doctor López tendrá siempre justa recordación en el elogio, pero sus brillantes y muy singulares condiciones intelectuales, su vastísima ilustración tenían su tara en sus nervios, que era la parcialidad en el debate y el empuje de sus pasiones en lo que escribía, particularmente en las apreciaciones de los hechos y retratos de los personajes históricos.

Con aspirar a seguir el ejemplo de los grandes maestros, de los clásicos como Tucídides, Tácito y Macaulay, se deja llevar, antes en la cátedra como después en la redacción de sus obras históricas, de sus simpatías o antipatías hacia los personajes que estudia. Un ejemplo evidenciará la afirmación; es el siguiente:

Cuando el doctor López llega en su obra: *Historia de la Revolución Argentina*, a estudiar la época del gobierno del general Martín Rodríguez, se detiene a reflexionar o filosofar sobre dos de los personajes que tanto relieve dieron a esa administración, y al lector no puede menos de sorprenderle no solamente la parcialidad sino también la dureza con que juzga a uno de los ministros, a don Bernardino Rivadavia.

Para el doctor López, Rivadavia no es el hombre de ese gobierno, sino el universitario, el doctor don Manuel José García. Es a este ministro a quien el doctor López

hace la loa, a lo menos en lo principal, y don Bernardino, el personaje solemne o teatral de López, queda relegado a segundo término, y silencia o restringe el historiador lo que realizara, los trabajos fecundos del ministro reformador, de Rivadavia, en el régimen educacional, político, administrativo, militar y religioso, con la introducción del sistema lancastiriano en las escuelas de primera enseñanza, la organización del régimen municipal, la secularización de los cementerios, la organización de la justicia de paz, la ley de olvido, la reforma militar y la eclesiástica, la creación de la beneficencia pública y otros actos de gobierno que son por demás conocidos para tener que indicarlos, pero que fundamentan la gloria del ministro.

¿Y por qué esa parcialidad de López? ¿Por qué en el paralelo que hace de los dos ministros, de Rivadavia y de García, supedita el primero al segundo? ¿Por qué dice de inferioridad de Rivadavia y de superioridad de García? ¿Por qué al tratar del financista del gobierno de Rodríguez, del fundador y organizador de la administración del Crédito Público, de García, se olvida del fracaso de éste en su misión diplomática al Brasil, fracaso ruidoso y el más lamentable entre los traspiés de la diplomacia argentina? ¿Por qué? Pues porque Rivadavia no reconocía la ponderación política del autor del *Himno*, patriota el más probo y también el más ecuaníme, tanto que servía por igual a todos los gobiernos, fueran malos o fueran buenos; pero quien, a juicio de Rivadavia, no era ningún sobresaliente.

Y el concepto que el ministro del gobernador general Rodríguez tenía de López y Planes, no parece que fuera injusto o poco atinado, pues los que *a posteriori* se han ocupado de la personalidad del autor del *Himno*, están lejos de considerarle, no obstante ser un patricio y hombre de servicios distinguidos, de personaje descollante.

El doctor Juan María Gutiérrez era un escritor cuya pluma diserta en un estilo elegante que se ciñe a las reglas precisas de la retórica y al alto concepto de la dicción con pleno dominio del lenguaje y de la literatura de Europa y América, y por ello resulta que no era sino un hombre de letras. Gutiérrez no era orador, porque no obstante escribir con tanta espontaneidad y lucidez, y en forma encantadora, y las más de las veces impecable, no sabía del uso de la palabra, y tropezaba, se perdía en la exposición. Como hombre de gobierno su paso por el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Confederación, tiene su nota, dice del hombre de juicio y experto, pero luego como ministro del gobernador de Buenos Aires, López y Planes, no se señala mayormente como actor eficiente, sin duda porque su actuación fué muy rápida. Sea dicho esto de paso y no obstante todo lo que en elogio de Gutiérrez como hombre de Gobierno afirma Alberdi en el tomo IV de sus *Obras póstumas*.

Aunque de Alberdi puede decirse, en homenaje a la verdad, que no cede a alguno de los citados por la fecundidad de su producción intelectual y a veces les es superior en la frescura y gracia de su estilo, en donde

diluye no poco del veneno que le enferma a causa de su despecho, puede también afirmarse, sin temor de equivocarse, que delinque deliberada y reiteradamente, empeñoso en desacreditar a su patria y particularmente a Buenos Aires, de donde nadie le había expulsado, pues puso hasta su pluma al servicio de un tirano, que había declarado una guerra a todas luces injusta; crítica y diatriba de Alberdi donde luce su espíritu de combatiente contra los gobernantes de su patria, a los que él censuraba en términos acres e injustos, en publicaciones como la intitulada *Las dos guerras del Plata y su filiación*.

Alberdi, que con la redacción de las *Bases*, novedosas en mucha parte, formula las reglas dentro de las que debe encarrilarse la nación, tiene, aparte de eso, faltas o errores que obligan a meditar muy fríamente sobre su personalidad; aquél insistir en estarse apartado del teatro de los sucesos, donde sus compatriotas se debaten empeñosos en levantar a la nación a la altura de sus merecimientos, allanando dificultades y abriendo el camino al progreso.

Está lejos, y es desde dos mil leguas de distancia del país donde nació, es allá donde se desahoga y estalla en el grito de su ciega vanidad cuando dice: “Yo no intervengo. ¡Yo estoy puro!”, lo que valía para que Vélez, con mucho ingenio, le contestase: ¡Qué gracia! ¡Vaya un mérito! Conservarse puro a la distancia, allá muy lejos. ¡El mérito, en todo caso, si lo hay, corresponderá a los que intervinimos en la lucha, a los que estuvimos

en el lodo hasta el cuello y nada tenemos que reprocharnos porque estamos limpios!

Sarmiento, que es fecundo y ampuloso y también original, es, como combatiente, polemista y escritor de fibra, el más osado, ya que no el más valiente; tiene en la prensa, en su acción parlamentaria, en los gobiernos, en la propaganda por la educación primaria hechos admirables. Sus libros, principalmente, *Facundo*, *Recuerdos de Provincia*, *Campaña del Ejército Libertador*, *Las Escuelas de los Estados Unidos* y otros más que sería difuso enumerar, le colocan de los primeros en la portada por donde se entra a la república de las letras, donde no imperan los pergaminos ni euna ilustre, porque en las altas esferas de la inteligencia y del saber, los que se baten en la liza no tienen otras armas que las del mérito propio y del esfuerzo personal, que son a los que se disciernen las palmas del certamen.

Las obras de pensamiento de Sarmiento, su intensa labor en los diarios y su fecunda acción de intelectual, sus obras múltiples, sus libros, bastan para asegurarle un nombre imperecedero en el mundo de las letras. Respecto de su acierto en la intervención política y en el ejercicio del gobierno, en lo primero queda constatado hasta la evidencia que fué un caballero cruzado de las campañas de la libertad, y que en el ejercicio del gobierno, con la educación primaria e instrucción secundaria, el estímulo a la industria, la extensión de los ferrocarriles, las comunicaciones telegráficas, la fundación de academias y crea-



ción de colonias, el estímulo a la emigración, anhelaba multiplicar el progreso en todas sus más diversas y amplias manifestaciones, porque entre los impulsos de su inquieto temperamento, tenía un propósito tenaz; establecer seguros jalones para que su país ascendiese a la cumbre.

Estudiando desapasionadamente a estos prohombres viene al caso la deducción lógica de lo que vale el esfuerzo por ellos realizado y el éxito que alcanzaron, que son los progresos múltiples realizados en la República.

Y aun al núcleo de esas celebridades falta uno, que es Mitre, quien, como Sarmiento, no era un universitario ni cursó academias, si se exceptúa una de artillería a que concurrió en Montevideo con motivo de estudiar el conocimiento de esa arma; asombra que a la vuelta de diez años empezara a destacarse, el que, según la frase de Vélez, era de la raza de Aquiles, y cuyo carácter, inteligencia e ilustración se habían puesto a prueba y desollado en las ardientes luchas de la política y justas literarias en Montevideo, Bolivia y Chile, con rivales o por lo menos con escritores muy salientes y aventajados, con políticos muy resueltos y militares expertos.

Y como Mitre no era simplemente un soldado de campamento, ni un oficial de cuartel, quiso difundir su acción en las esferas de las letras, en la práctica del diarismo, en el ejercicio del gobierno y en la vida parlamentaria, con desempeño tan brillante que cuando tuvo imprescindiblemente que bajar a la liza y batirse con los nombrados, les venció, como se evidencia en este libro.

La vida parlamentaria del constitucionalista Mitre ha sido tan fecunda que ella basta por sí sola para fundamentar su fama.

Por ello, no obstante las consideraciones formuladas anteriormente a objeto de estudiar su desempeño en la Convención Constituyente de la Provincia de Buenos Aires, en el año de 1871, y como conviene acentuar la reputación del constitucionalista no inferior a Sarmiento, Vélez y Alberdi, se afirma, corresponde traer a juicio la actuación del senador Mitre en el memorable debate de la intervención a la Provincia de San Juan en el año de 1869, con motivo del conflicto o conflictos ocurridos en esa Provincia entre el gobernador Zavalla y la Legislatura.

En la vida de nuestras asambleas legislativas han ocurrido muchos debates en que la doctrina relativa a intervenciones de que hablan los artículos 5 y 6 de la Constitución Nacional, las discusiones o debates han sido ardientes y numerosas, tantas pues pasan de más de cien, que son otros tantos conflictos, pero en esos debates, a juicio del criterio del autor, en alguno se agotó tanto la materia, tanto lució la elocuencia y tan alta se mantuvo la dialéctica, como en esa discusión famosa de la intervención a la Provincia de San Juan, en que lucieron parte principal de los senadores del tiempo y miembros del ejecutivo, como Mitre, Bazán, Rojo, Oroño, Granel, Navarro, Colodrero, Zavalía y Piñero, y los ministros Vélez Sársfield, Mariano Varela y Nicolás Avelleda.

Llevado el conflicto al conocimiento del Senado, la mayoría de la comisión respectiva, compuesta de los senadores Mitre, Oroño y Aráoz, se expidió en los siguientes términos:

“La Comisión de Negocios Constitucionales, después de un detenido estudio, y a mérito del requerimiento hecho por el gobernador Zavalla y del mensaje del Poder Ejecutivo Nacional, sobre su intervención en la provincia de San Juan, se ha expedido en mayoría formulando el siguiente proyecto de ley que somete a Vuestra Honorableidad”—*Oroño, Mitre, Aráoz.*

#### Proyecto de Ley:

El Senado y Cámara de Diputados, etc.:

Art. 1º — El P. E. intervendrá en la Provincia de San Juan con el objeto de restablecer las autoridades constitucionales que existían el 24 de marzo del corriente año, funcionando legalmente en aquella Provincia.

Art. 2º — Queda autorizado el P. E. para movilizar la Guardia Nacional y hacer los gastos que la intervención demande.

Art. 3º — La intervención cesará diez días después de restablecidas las autoridades de que habla el artículo 1º, licenciándose la Guardia Nacional que haya sido convocada en virtud de esta ley.

Art. 4º — El Congreso será instruido de la intervención cuando menos un mes antes de cerrar sus sesiones ordinarias en el presente año.

Art. 5º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Sala de Comisiones del Senado. Buenos Aires, junio 8 de 1869.”

MÍTRE, OROÑO, ARAOZ.

Por su parte la minoría de la misma comisión se expresaba en los siguientes términos:

“La minoría de la Comisión de Negocios Constitucionales, estando en disidencia con la mayoría de sus colegas, sobre el despacho en que aconsejan la reposición de las autoridades de San Juan, con motivo de haber pasado a su dictamen la solicitud elevada al Congreso por el señor Gobernador, don Manuel José Zavalla, pidiendo ser repuesto en el Gobierno de aquella Provincia y en cumplimiento de los deberes que le impone el Reglamento de la Cámara, después de haber estudiado detenidamente este asunto; tiene el honor de aconsejar a Vuestra Honorabilidad, que se sirva no hacer lugar a la solicitud de dicho Gobernador Zavalla, en virtud de las razones que expondrá en el debate cada uno de los miembros de la minoría de la Comisión.

“Sala de Comisiones.—Buenos Aires, Junio 15 de 1869.  
—*Martín Piñero, Abel Bazán.*”

Como se ve, la disidencia era radical entre los miembros de la comisión.

En lo referente al P. E., éste creía que la solicitación del gobernador Zavalla debía de rechazarse como lo sostenían los miembros de la minoría de la comisión, porque,

como lo declaraba el ministro del Interior, doctor Vélez Sársfield, en la parte central de su discurso, de reponerse el P. E. en San Juan: “Quedarían como principios si el proyecto pasa según los principios y actos del gobernador de San Juan que los jueces ordinarios son jueces competentes para juzgar a los Representantes por sus actos políticos: que las autoridades provinciales pueden desarmar y arrojar de la provincia las tropas nacionales; que el gobernador de una provincia puede juzgar por sí de la legalidad de una intervención pedida por la Legislatura contra sus actos; y en fin, que un gobernador de Provincia puede cumplir o no los decretos del Gobierno Nacional cuando lo crea conveniente.”

Los antecedentes expuestos explican el carácter que debía tener el debate en que tan salientes exponentes como los señores senadores y señores ministros nombrados iban a intervenir.

Dueño de su serenidad, con el ánimo tranquilo, dió principio a la discusión histórica y constitucional el senador Mitre, en la sesión de fecha 19 de junio de 1869, y en su discurso, con estilo clarísimo y dicción muy correcta examinó el caso, los hechos antecedentes, formulando consideraciones constitucionales, citando hechos históricos semejantes y después de juzgar el caso ocurrido en San Juan, estudió la doctrina constitucional que según su criterio favorecía al gobernador, comentándolo con el juicio de los tratadistas norteamericanos e ingleses, como Taney, Paschall, Cushing, Curtis, Pomeroy,

Kent, los ingleses Blackstone, Woodbury, Stuart Mill, los artículos 5º y 6º de la Constitución Nacional, lo que sobre los sucesos ocurridos disponían las leyes y constitución de San Juan y el comentario correspondiente del contenido de la disposición del artículo 4º, sesión 4ª de la Constitución de los Estados Unidos. Y todo dicho con un estilo parlamentario adecuado al caso, en un discurso cuyo plan, distribución de elementos estudiados y claridad de exposición obligaba la atención en el orador.

De todos los discursos pronunciados por los miembros de la Comisión y senadores, entre los que se pueden también contar los de los senadores Bazán, Oroño, Rojo, Zavallía, Granel, Colodrero, Navarro y Piñero, sin duda que es el del senador Mitre el que estudia más acertadamente el caso y doctrina en discusión.

Confirman la verdad de lo escrito los puntos tratados por Mitre relativos, a saber:

*Tendencia de las cuestiones de la Provincia de San Juan a convertirse en nacionales.—Antecedentes de la Constitución Argentina.—Filosofía de la Constitución Norteamericana, en cuanto a la forma republicana.—Examen del artículo 4º de la Constitución Norteamericana y del 5º y 6º de la Constitución Argentina con respecto a la garantía y a la intervención.—Facultades del Congreso en materia de intervenciones a efecto de garantir la forma republicana y deberes del Poder Ejecutivo en presencia del Congreso.—Facultad del Congreso para completar y enmendar los actos que caen bajo la acción legislativa.—Solución conciliatoria de la cuestión de San Juan propuesta por la Comisión de Negocios Constitucionales sobre la base de una ley de compromiso.—Examen, historia y condenación de la ley marcial con motivo de haber sido declarada parcialmente en San Juan.—Crónica de la cuestión de San Juan*



*y marcha de la intervención nacional. — Estudio sobre el juicio político en sus aplicaciones prácticas. — Examen de esta cuestión: ¿la acusación política trae aparejada la suspensión? — Consideraciones sobre el sistema bicamarista en sus relaciones con el juicio político. — Soberanías provinciales comprometidas.*

\*  
\* \*

Terminada la exposición de Mitre, tomó la palabra para rebatirle el senador Bazán, miembro informante de la comisión en minoría y empezó diciendo:

“Después de haber escuchado en la sesión pasada la brillante y prestigiosa palabra del honorable Senador, miembro informante de la mayoría de la Comisión, confieso, señor Presidente, que me siento embarazado para levantar en seguida mi débil voz en este recinto, no porque su extenso discurso que ha campeado en las regiones de lo ideal y de lo poético <sup>(1)</sup> haya conmovido en lo más mínimo las profundas convicciones que tengo en esta cuestión, antes por el contrario las he afirmado y radicado más, sino porque no me creo capaz de interesar como él la atención de mi ilustrado auditorio, careciendo de las brillantes dotes oratorias que lo distinguen y le dan fama de ser uno de nuestros primeros oradores.

“Colocado pues en esta desventajosa posición, y te-

---

(1) El senador Bazán se equivocaba o no decía la verdad en su afirmación. Llamaba “campear en las regiones de lo ideal y de lo poético” a lo que era pura doctrina y censura política. Para evidenciar la adulteración del pensamiento de Mitre, se transcribe más adelante el discurso que es, sin duda, una magnífica pieza oratoria.

niendo que cumplir el deber de manifestar las razones porque he disentido de la mayoría de mis honorables colegas, pido la indulgente atención de la Cámara, para escucharme en este solemne debate, que con tanta razón ha llamado la atención pública por la inmensa trascendencia que ha de tener la solución que demos a esta cuestión, no sólo para los vitales intereses de paz y de orden en la desgraciada provincia que nos ocupa, sino para la existencia misma del sistema que nos rige y la suerte futura de toda la República.”

El senador Bazán siguió luego argumentando en estilo claro y conciso sobre los puntos que había tratado el senador Mitre y robusteciendo sus afirmaciones no tanto con las citas o argumentaciones de los constitucionalistas norteamericanos, sino particularmente con recordación sucinta de los hechos ocurridos en la provincia de San Juan. No obstante que el discurso de Bazán se distinga por la claridad y solidez de lo que exponía y traslucía la sinceridad de sus convicciones, no revelaba en él la ilustración de un consumado jurista, ni estaba en la parte doctrinaria a la altura del discurso de Mitre, que era un militar.

Expuestas las razones o motivos del despacho de los miembros en disidencia de la Comisión, tomó la palabra el ministro del Interior, doctor Vélez, para sostener la resolución del Ejecutivo, negándose a enviar la intervención que solicitaba el gobernador Zavalla y refutarle al senador Mitre, tratando de rectificar los hechos expuestos

por éste, comentándolos con hechos semejantes ocurridos en la República y en Venezuela y rebatiendo los principios doctrinarios del discurso de Mitre con citas de los autores que el mismo senador comentó en la doctrina de los constitucionalistas, los recordados por Mitre.

Sin embargo, el discurso de Vélez con ser tan claro y dicho en un estilo de admirable sencillez, no penetraba mayormente dentro de la forma y fondo del derecho constitucional, porque Vélez, por una actitud muy gentil y caballerosa, había cedido la defensa principal del caso en el detalle al doctor Mariano Varela, el joven ministro de Relaciones Exteriores de la presidencia Sarmiento.

Rebatió al ministro doctor Vélez el senador por San Juan señor Rojo, y aunque éste en el exordio de su discurso se expresó con excesiva modestía de sí mismo, expuso con acertada lógica y rebatió, al parecer con éxito, las afirmaciones de Vélez sobre la verdad de los hechos.

Entró luego a la discusión el senador por Corrientes señor Colodrero, y éste, colocándose equidistante de los contendientes, sostuvo, sin duda con muy buenas razones, que la petición del gobernador de San Juan era impropcedente, y que a su juicio se había encaminado mal; que a quien correspondía conocer originariamente era a la Cámara de Diputados, y sin duda, como lo reconocieron algunos senadores y uno de los ministros, el senador por Corrientes estaba en la razón.

Tocóle luego entrar al debate al ministro Varela, a

quien Vélez había cedido, como se dijo, noblemente el puesto para que hiciera la defensa del Ejecutivo, y desde que empezó su discurso con un brillo que sedujo hasta que lo terminó, después de hablar en tres secciones, supo mantener constante la atención de los senadores y de la barra, tanto que con su oración ganó en esas sesiones fama de brillante orador y de versado en el conocimiento del derecho constitucional norteamericano y del derecho político inglés.

Contra las argumentaciones de Mitre, volcó en el debate el ministro Varela todo el contenido de su biblioteca jurídica en los casos recordados, y citó a Taney, y a Kent, y a Pomeroy, y a Blackstone, y a Paschall recordados por Mitre, y como argumentó con las citas de los mismos autores, ello sirve para convencer que en derecho constitucional, como en cualquier rama del derecho, hay tantas interpretaciones de la ley como intérpretes de la misma.

La argumentación de Varela evidenció que de los discursos pronunciados en las famosas sesiones de la referencia, en la que tomaron parte muchos de los ases del parlamento de la época, los discursos del senador Mitre y del joven ministro Varela fueron, sin duda, los más clásicos por lo doctrinario, por la exposición y también por la rapidez y fundamento de las réplicas a las interpretaciones que le hacían al ministro doctor Varela.

Terminado que hubo éste, pidió la palabra para rebatir a Bazán, observar a Vélez, aludir a Colodrero y

contestar a Varela un hombre que llamaba la atención en las deliberaciones del Senado por la lucidez con que se expresaba, la rara claridad y orden de su exposición, valentía de sus declaraciones, su radicalismo y el dominio de los asuntos tratados. Este hombre, que tanto se había destacado en el gobierno, donde sus reformas parecían hijas de la inteligencia de un reformador, que era un revolucionario; este senador, que era también un liberal exento de preocupaciones, sin temores ni dudas, porque también era un racionalista; este hombre, cuya memoria tiene que perpetuarse en la provincia que gobernó, a la que arrancó las raíces muy hondas que la unían a la ignorancia del pasado, para incorporarla con todos los bríos de la energía a la vida moderna, este hombre era un ex gobernador de la Provincia de Santa Fe, allí donde conquistó brillante página: era don Nicasio Oroño.

Y así como dicen estas líneas de su contextura moral, entró al debate el senador Oroño, tratando de evidenciar toda la injusticia de los procederés del Ejecutivo al desestimar el pedido de intervención del gobernador Zavalla, demostrando que lo que había en el debate eran intereses personales, y pasiones de partido y hasta ingerencia del gobierno general en la Provincia de San Juan.

Muy lejos de agotarse la discusión, tomó también parte en el debate otro joven ministro, el doctor Nicolás Avellaneda, que lo era del ramo de Justicia, Culto e Instrucción Pública.

Quien lea Avellaneda creerá que la oración del mismo llamó la atención por el encanto de la forma, las galas del estilo; pero lejos de ser así, el ilustre, el distinguido hijo de Tucumán no exornó aquella vez su palabra. Lo que llamó la atención desde el principio, fué la potencialidad de su razonamiento y su lógica, porque en medio de las bellezas que adornan la oración se ve el argumento sólido, la ecuanimidad con que se expresa en aquella peroración, en la que se admira el raciocinio de un eminente hombre de estado y tanto es verdad lo que se afirma que, no obstante el religioso respeto con que asistía el público al debate, la barra, en determinados momentos no puede contenerse y estalla en aplausos, los únicos de que hace mención la crónica de las sesiones.

Luego de hablar los senadores Navarro, Granel y Piñero, unos a favor y otros en contra de los proyectos en discusión, agotados los argumentos del debate, se dió por terminado éste, se votó y sancionó el proyecto de la minoría de la Comisión.

\*  
\* \*

Han pasado cuarenta y nueve años de esas famosas sesiones que tanto honor reflejan en los que tomaron parte en las mismas, y las que deben recomendarse a los jóvenes estudiosos para que se ilustren y tomen ejemplo de la manera y de la conciencia con que deben de des-



empeñarse las altas funciones del legislador y con ser así aún no se sabe a ciencia cierta quienes estaban en la razón.

¿Sucedé ello acaso porque en la discusión estaban involucrados intereses políticos, o porque con haberse estudiado el punto constitucional, aun así la doctrina verdadera no lo dilucida? El autor no se anima a responder, porque carece de experiencia, que son la inteligencia, ilustración y competencia para dominar lo que hace el fondo del gran debate.

Pero sin duda es lógico aceptar que era la política interna la que movía los sucesos y hacía hablar a los hombres, y ello convence cuando se lee el apóstrofe del senador Oroño, que contundentemente declaraba lo que también repitió otro senador y sin que los ministros presentes en el recinto protestaran como correspondía hacerlo. Oroño dijo:

“El gobierno nacional, lo que quiere es impedir a todo trance” — se refería al no acceder al pedido de intervención solicitado por el gobernador Zavalla — “que recaiga el nombramiento de Senador en el doctor Rawson, a quien se le tuvieron que cerrar las puertas de este recinto porque se teme a su palabra. Esta es la cuestión de San Juan. Por eso se ha hecho lo que todos saben; por eso se han aprobado todos los atentados; por eso se continúa hoy la intervención.”

Como el motivo de este capítulo es la intervención descollante que tuvo el senador Mitre en el famoso debate,

créese que cumple a la mayor instrucción del mismo transcribir el discurso de Mitre; y es por ello que así se hace. Mitre dijo:

“Señor presidente:

“La provincia de San Juan ha perdido muchas batallas: pero en todas ellas ha tenido la gloria de combatir por principios invencibles que han triunfado al fin y se han impuesto con la fuerza de una ley. Sus cuestiones internas han tenido en todo tiempo el privilegio de apasionar el corazón de los argentinos, y de convertirse en grandes cuestiones nacionales, que salvando sus fronteras han recorrido la República conmoviéndola profundamente de un extremo a otro.

“Una cuestión de orden interno en la provincia de San Juan convertida en cuestión nacional, va a ocuparnos también hoy, y al informar sobre ella como miembro de la comisión en mayoría, hago notar la singular coincidencia de que el comentario del artículo constitucional que vamos a examinar ha sido escrito con la sangre de sus mejores hijos.

“En efecto, señor presidente, el artículo 6 de la constitución argentina no está escrito, ni como se sancionó por el congreso constituyente de Santa Fe, ni como se halla en la constitución que nos ha servido de modelo, porque si bien responde a las mismas exigencias tiene distinto significado histórico. Este artículo puede decirse que ha sido ilustrado desde la tumba por las vícti-

mas del Pocito. Sin los antecedentes que prepararon esta catástrofe, el artículo que nos ocupa no se habría reformado, y sin ella le faltaría su comentario escrito con lágrimas y con sangre.

“Es que detrás de los códigos fundamentales de los pueblos libres, detrás de aquellas prescripciones que mejor garanten su derecho, hay siempre un espectro histórico que simboliza la lucha, el dolor o el sacrificio, ya sea el de un libertador como Wáshington, de un verdugo como Rosas, o de un mártir como Aberastain.

“Cada una de las grandes cuestiones resueltas entre nosotros por el derecho constitucional, ha sido un drama prolongado y palpitante, una pasión o un martirio a que esas soluciones responden y se ligan: y así es cómo el artículo 6 a cuya luz vamos a examinar esta cuestión, se liga providencialmente a una batalla perdida por la provincia de San Juan, y detrás de él se nos presenta el espectro ensangrentado de Aberastain triunfando aún después de muerto.

“Si recorremos las páginas de nuestra ley fundamental encontraremos en cada una de ellas los rastros indelebles de un pasado luctuoso, que son como esas cicatrices que conserva el esclavo redimido en cada una de las manos con que levanta la carta de manumisión que atestigua su antiguo cautiverio.

“El congreso constituyente de 1853, prohibió las ejecuciones a lanza y cuchillo, que la conciencia pública ha borrado felizmente de costumbres hijas de luchas bár-

baras y fratricidas; y para mayor gloria de este triunfo de la humanidad, esa prohibición fué promulgada y observada por el mismo que antes había ordenado y practicado ejecuciones arbitrarias a lanza y cuchillo.

“Todavía no se ha borrado del recuerdo de las generaciones presentes, aquellas abdicaciones cobardes del derecho propio y aquella usurpación monstruosa de poderes ajenos, de que nuestra constitución da testimonio en la prohibición de otorgar facultades extraordinarias a ningún gobernante, ni poner a su disposición, como en otro tiempo, el honor, la vida y la hacienda de todos, enseñándonos así que tales renunciaciones son nulas de hecho y de derecho.

“También existe en nuestra constitución como una garantía del derecho humano y un bálsamo derramado sobre antiguas y dolorosas heridas, esta otra prohibición: «no se matará por delitos políticos», recordando y cerrando a la vez aquella época nefasta en que el vencedor se imponía al vencido matándolo para convencerlo mejor; pero sin conseguir matar las ideas que son inmortales.

“La constitución americana que ha sido nuestro tipo, a pesar de que fué hecha en la plenitud del derecho y de la libertad de un pueblo dueño de sí mismo, no obstante que es hasta hoy en materia de instituciones políticas, el último resultado de la lógica humana emancipada de la tutela de influencias bastardas, no deja de consignar en sus declaraciones ciertas garantías que son

verdaderas protestas contra antiguos abusos atentatorios del derecho y de la dignidad humana.

“En algunos de sus artículos los convencionales norteamericanos tuvieron presente el proscribir y corregir antiguos abusos; pero no los tuvieron presentes todos. El pueblo a cuya revisión fué presentada la constitución, no los había olvidado, y al poner la mano sobre ella, consignó en sus enmiendas las protestas y las garantías, a la vez que el principio generador. Por eso fué que estatuyó lo relativo al alojamiento de tropa; por eso declaró que jamás la libertad y la vida del ciudadano podían estar a merced de un *bill de attainder*, y colocó bajo los auspicios protectores del jurado el derecho común, excluyendo el juicio por comisiones especiales que habían ensangrentado la madre patria.

“En el mismo artículo de aquel código fundamental de la democracia en que se garante a cada Estado una forma republicana de gobierno, también hay, no diré una señal de los antiguos dolores y de los antiguos abusos; pero sí el testimonio de un elemento corruptor de la asociación política incorporado a una protesta y a una profesión de fe. Cuando se dijo en la constitución norteamericana: « los Estados Unidos garantan a cada Estado » una forma republicana de gobierno » quisieron simplemente entonces consagrar su triunfo contra la forma monárquica reaccionando contra el antiguo régimen para lo presente y lo futuro, según lo habían declarado en su acta de independecia. Pero cuando añadieron que ade-

más garantían a cada Estado contra «violencias domésticas» no sólo quisieron prevenir los disturbios que son el escollo de la democracia, como lo decían los autores del *Federalista* al explicar esta disposición, sino también, y muy principalmente, garantizar a los Estados del Sur que tenía esclavos contra el alzamiento posible de ellos, poniendo así al servicio de la opresión las fuerzas de la Unión. Y aquí debemos inclinarnos ante el poder irresistible de la lógica, de la verdad y la justicia, que hace que al fin se cumpla el espíritu de los decretos de Dios, no obstante la letra de los decretos humanos, no obstante las cobardes capitulaciones de los hombres que sacrifican el derecho eterno ante el hecho existente.

“Cerca de ochenta años después, esta cláusula puesta en la constitución para proteger a los amos contra los esclavos, ha sido el instrumento con que se han roto los grillos de los esclavos. Entonces aquellos grandes fundadores de la democracia no se atrevieron a invocar, como en 1864 y 1865, el acta de su independencia que definía con palabras dignas de ser grabadas en bronce, lo que era un gobierno republicano; porque entonces sus grandes preceptos no estaban cumplidos en todas sus partes. Fué en el año de 1865 que se dijo: un gobierno republicano es aquél que está arreglado a los inmortales principios del acta de la independencia de los Estados Unidos, aquél en que con arreglo a ellos todos los hombres en su calidad de hombres son iguales, sean gobernantes o gobernados, en que todo poder ejercido es una emana-



ción popular, conservando el pueblo su soberanía originaria.

“Ha sido necesario que pasara casi un siglo para que se diese su significado verdadero al artículo de la garantía, proclamando solemnemente a la faz del mundo, que aquellos Estados del Sur que conservaban esclavos no eran republicanos, porque no profesaban y practicaban el principio de igualdad humana, base de ese sistema, y porque en ellos había hombres siervos, que, aunque negros, debían ser política y civilmente iguales a sus antiguos amos.

“Y entonces, cumpliéndose aquella lógica fatal de la Providencia, la garantía a que se había incorporado en su origen la propiedad perpetua del hombre sobre el hombre, sirvió para redimir a los esclavos, aboliendo la esclavitud en nombre de la forma republicana garantida para todos.

“Digo esto para confortarnos en la fe y en la esperanza de los destinos definitivos de la verdad, para que cuando veamos triunfante el error, falseados o desconocidos los principios, ya sea en la práctica o en la ley misma, no desmayemos en la tarea, porque ya hemos visto que con la misma ley con que se forjan cadenas, se destrozan, como ha sucedido con la garantía dada a la esclavatura en el artículo cuarto de la constitución norteamericana que corresponde el artículo sexto de la constitución argentina.

“Y aquí me encuentro en mi punto de partida que es

el artículo 6 de nuestra constitución que ha motivado esta digresión.

“La Nación Argentina garante a cada provincia una forma republicana de gobierno, lo mismo que la Unión Americana a los Estados; pero nosotros además de reformar el artículo 6 bajo el dictado de severas lecciones que la experiencia ha confirmado, teníamos en nuestra constitución el artículo 5 que se liga con el 6 y cuya filiación es digna de estudiarse en esta ocasión, en que vamos a examinar la aplicación que de él se ha hecho.

“El artículo 5 impone a cada provincia la obligación de darse una constitución con arreglo a los preceptos de la constitución nacional, siendo esta condición indispensable para la garantía en el goce y ejercicio de sus instituciones.

“Nosotros no teníamos que reaccionar contra la monarquía cuando nos constituimos definitivamente como nación. El peligro inmediato era otro mayor, puesto que venía de nosotros mismos como un resultado del extravío lastimoso de la revolución y de las desgracias de la guerra civil.

“La República Argentina con rarísimas excepciones era presa de arbitrario irresponsable: los caudillos vitelicios, encarnación del gobierno personal, producto de la anarquía sin ley ni correctivo, disponían a su antojo de la suerte de los pueblos; las provincias no tenían en su mayor parte ninguna organización civil, ningún derecho asegurado ni siquiera en el papel. Este artículo 5 de que

algunos pretenden deducir una jurisprudencia extraña. no significa otra cosa que la obligación impuesta a cada provincia de arreglarse a derecho, dándose una constitución escrita que devolviendo al pueblo sus libertades arrebatada a los mandones su poder usurpado. Este artículo tiene también detrás de sí sus espectros errantes, que son los caudillos vitalicios depuestos por las constituciones locales.

“Así, pues, cuando en el artículo 6 se dijo que el gobierno federal garantía la forma republicana representativa de gobierno, se colocó bajo la alta protección de los poderes públicos de la nación, esta hermosa conquista del derecho, dando punto de apoyo a las instituciones propias de cada localidad. Pero la garantía del goce y ejercicio de esas instituciones de que habla el artículo 5 tiene distinta aplicación y alcance. La una se refiere a la forma republicana en general, la otra a las formas, o más bien dicho, al modo de funcionar de las instituciones. Una cosa es el accidente parcial y otra cosa es la subversión del sistema mismo.

“No se puede invocar el artículo 6 diciendo que la forma republicana de gobierno ha sido subvertida, ni intervenir por derecho propio en el régimen interno de las provincias, sino en dos casos extremos. El primero sería aquel en que retrocediendo a la época anterior a la revolución, reaccionásemos contra el principio democrático de los heroicos fundadores de nuestra independencia, rompiendo el testamento de nuestros padres.

El segundo sería cuando volviésemos al punto de partida de la constitución actual, es decir cuando volviésemos al régimen de los caudillos irresponsables, centralizando de hecho o de derecho todos los poderes en sus manos, y anulando por lo tanto las constituciones garantidas. Entonces y únicamente entonces el congreso dictaría la ley suprema, porque es el único que puede dictarla, y proveería como corresponde al restablecimiento de la forma representativa republicana de gobierno subvertida. Esta gran facultad, encomendada al gobierno federal, o lo que es lo mismo a los dos poderes políticos de la nación, sólo puede ejercerse por autorización del único poder que tiene potestad para dar ley, es como las armas de Rolando: deben estar colgadas aquí, en el recinto donde se dicta la ley: sólo la representación nacional puede tocarlas, sólo en nombre de la ley pueden esgrimirse.

Ahora, en cuanto a intervenir, ya para garantizar el orden constitucional establecido en cada provincia, o sea el goce y ejercicio de sus instituciones; ya para garantizar la estabilidad de las autoridades con arreglo a esas instituciones; ya sea que de la requisición nazca la obligación de hacer práctica tal garantía, o que de la garantía resulte la obligación, puede decirse que es el mismo caso modificado en sus accidentes. Curtis lo ha dicho: « El » fondo de estas estipulaciones (garantir a cada Estado » una constitución republicana) era garantizar al pueblo » de cada Estado el poder de gobernar su propia comu-

» nidad por la acción de una mayoría, de acuerdo con  
» las reglas fundamentales que prescribieren para esta-  
» blecer la voluntad pública. » (Hist. de la Const., pá-  
gina 68.) Rossi, marchando tras estas huellas, ha dicho  
también: (Lee) « La garantía de las constituciones ten-  
» drá por efecto que no podrán ser cambiadas sino del  
» modo establecido por las leyes. La garantía compren-  
» derá a la vez los derechos del pueblo y del gobierno.  
» ¿El gobierno del país es derribado o atacado por una  
» facción? La nación lo protege. ¿El gobierno trata de  
» hacer violencia a la constitución para arrebatar al  
» pueblo el uso de sus derechos? La nación protege al  
» pueblo. » (Acta federal suiza, página 468.)

“En los dos casos, de golpe de Estado o golpe de pue-  
blo, debe existir una ley del congreso que determine el  
modo y forma de intervenir, al menos mientras no exista  
como en Estados Unidos una ley que dé esta facultad al  
poder ejecutivo.

“En los dos casos, la garantía es obligatoria habiendo  
requisición y tratándose del régimen interno asegurado a  
cada localidad.

“Ciertamente es que el gobierno federal, o quien ejerza en  
su nombre esta facultad, tiene siempre su juicio propio  
y puede determinar si es llegado o no el caso de la ga-  
rantía. Racionalmente debe suponerse a los hombres que  
gobiernan, las virtudes cívicas, el anhelo del bien y la  
buena fe para aplicar las leyes y cumplirlas, que en  
tales emergencias obrarán de conformidad con las pres-  
cripciones constitucionales.

“Pero los hombres son falibles y pueden equivocarse, aun procediendo de buena fe, y es por esto que tan alta prerrogativa no ha sido atribuída a un solo poder, y ha sido distribuída de modo que correspondiendo a uno de ellos dictar la ley suprema que hace la regla, pueda uno enmendar los errores de los otros.

\*  
\* \*

“La facultad para intervenir dada por la constitución al gobierno federal de la Nación Argentina, o en otros términos, al poder supremo de la nación, no es privativa de ninguno de los poderes aisladamente; pero es privativo del congreso dictar la ley con arreglo a la cual se ha de ejercer. Una vez dada la ley, si se comete su ejercicio al poder ejecutivo, éste no obra por derecho propio sino por una especie de delegación, que puede tener más o menos amplitud, ser más o menos discrecional. De todos modos, que la autorización para intervenir sea implícita a veces, sea que explícitamente se le cometa, esta facultad no pertenece al número de aquellas atribuciones que son privativas del poder ejecutivo, de cuya latitud sólo él es juez, que no pueden ser aplicadas ni restringidas por el congreso y de cuyo uso es únicamente responsable por medio del juicio político.

“La facultad de que se trata es, pues, colectiva y compleja, no privativa; sólo puede ejercerse en el modo y forma que determine el que puede dictar la ley, que es



el congreso; no corresponde a las facultades exclusivas de cada uno de los poderes, cuya latitud sólo a ellos toca medir, por consecuencia depende siempre de la ley o de quien pueda dictar la ley de la materia y en el caso de que por accidente el ejecutivo desempeñe por sí sólo esta facultad, no estando expresamente autorizado por ley, llena una función meramente suplementaria, que debe completarse y perfeccionarse por el voto del congreso, que puede ser negativo o aprobativo.

“Esto es tan elemental, ha sido dicho tantas veces, es tan incuestionable, que debía creerse y esperarse que yo trajese a la discusión argumentos más nuevos; pero, cuando se enuncia una verdad como ésta, del mismo modo que cuando se levanta una luz, no se necesitan mayores demostraciones para probar que la luz brilla y alumbra.

“Una facultad dada colectivamente a los dos poderes políticos, no puede ser ejercida sino por los dos según su naturaleza, dando uno la ley y ejecutándola el otro, habiendo casos en que el poder que dicta la ley se reserve el control y la aprobación definitiva.

“Esta afirmación que puede calificarse de puramente teórica y tal vez de arbitraria, puedo fundarla en los precedentes y en la jurisprudencia, demostrando de la manera más clara y terminante que así se ha practicado siempre, que así se ha entendido siempre, y que esta inteligencia es regla.

“En la biblioteca que veo por delante de los señores

ministros no sé si se encuentra el tomo 17 de las *Decisiones de la Corte Suprema de los Estados Unidos*; me parece que no. Si los tuviese a la vista yo pediría a uno de los señores ministros abriese el tomo en la página primera y allí encontraría la célebre sentencia del juez Tanev, gran jurisconsulto que ha ilustrado y fijado la inteligencia de las leyes de la materia haciendo jurisprudencia.

“Me permitiré recordar los antecedentes históricos de esta famosa sentencia.

“Había sucedido que en el Estado de Rhode Island, existía vigente una vieja carta de la colonia, que no se había querido reformar, o no había sido necesario hacerlo, porque era tan liberal que respondía a las exigencias de la vida democrática. Sin embargo, esta carta restringía el sufragio de los ciudadanos concediéndolo únicamente a los propietarios, al extremo que, con el andar del tiempo, la mayoría del país se hallaba excluida del ejercicio de este derecho político. Entonces vino una revolución; pero una revolución pacífica y hermosa, aunque irregular, del género de aquellas que hacen los yanquis en nombre del derecho, y con las formas y los fines del derecho.

“Motu proprio, convocaron una convención, como se había hecho antes en Pensilvania y Michigan: se hizo una elección popular. No por esto se crea que el pueblo se alarmase mucho, ni que hubo gobernador que lo declarase revolucionario, ni presidente que declarase que el Estado estaba en sedición.

“Pacíficamente se hizo la elección, y se reunió la convención; pacíficamente se adoptó la nueva constitución y se nombró con arreglo a ella el nuevo gobernador. Sólo entonces el poder antiguo que se apoyaba en la vieja carta, se sintió amagado en su existencia y en sus derechos, y sólo entonces protestó. Cuando el gobernador nuevamente electo se presentó con su nombramiento popular, diremos así, a reclamar o pacífica o revolucionariamente el puesto que creía corresponderle, sólo entonces el gobierno de Estado se dió por entendido, declarando la ley marcial. Este es el único ejemplo de un Estado que haya declarado la ley marcial, y el único caso en que antes de ahora la corte suprema de los Estados Unidos haya dado una declaración judicial sobre el particular.

“Hasta aquel momento el gobierno nacional no había intervenido en virtud de la garantía requerida, sino de una manera indirecta, que sin embargo daba la razón al gobierno de la vieja carta. Pero atropellada la casa de un ciudadano en nombre de la ley marcial, demandó al ejecutor de la orden ante la corte nacional del distrito. Esta corte era felizmente presidida, según creo, por el célebre juez Story, autor de los inmortales comentarios de la constitución americana. Story dió su sentencia, inhibiéndose de entender en la materia política, y fallando en favor del derecho del antiguo gobierno del Estado. Esta sentencia fué en apelación a la suprema corte, y motivó la sentencia del juez Taney a que me he

referido antes, y de que voy a permitirme leer la parte más importante que hace al caso.

“Dice Taney, o más bien la corte suprema de los Estados Unidos (Lee): « Las cortes de justicia uniformemente sostienen que corresponde al poder político declarar si el gobierno de la carta (en Rhode Island) ha sido depuesto o no; y cuando esta decisión haya tenido lugar, deben limitarse a tomar nota de ella como la ley suprema del Estado, sin necesidad de informes verbales, ni examen de testigos. » (Dec. de la corte, tomo XVII, página 9.)

“Esto por lo que respecta a la jurisdicción y competencia de los tribunales nacionales en materia de intervención.

“Ahora, por lo que respecta a la jurisdicción constitucional, he aquí lo que dice Taney en la misma sentencia: (Lee) « La sección 4 del artículo 4 de la constitución de los Estados Unidos, garante a cada Estado una forma republicana de gobierno, protegiéndolos contra invasiones, etc. — Con arreglo a este artículo de la constitución (continúa) toca al congreso (*it rest with congress*) determinar qué clase de gobierno es el que se halla establecido en un Estado. Como los Estados Unidos garanten a cada Estado una forma republicana de gobierno, el congreso debe necesariamente decidir qué gobierno es el establecido en el Estado antes de poder determinar si es republicano o no. Y cuando (este es un ejemplo meramente ilustrativo) los senadores o re-

» presentantes de un Estado son admitidos en los conse-  
» jos de la Unión, la autoridad del gobierno bajo el cual  
» han sido nombrados, así como su carácter republicano,  
» es reconocido por la peculiar (*proper*) autoridad cons-  
» titucional. Esta decisión es obligatoria para los otros  
» departamentos del gobierno y no puede ser cuestionada  
» por un tribunal judicial.» (Página 10, *íd.*)

“Dice además Taney desenvolviendo esta idea y esta-  
bleciendo el principio más aplicable al caso: (Lee) «Per-  
» tenece igualmente a la antes citada cláusula de la cons-  
» titución, lo relativo a proveer a los casos de violencia  
» doméstica. Toca al congreso también, en este caso, de-  
» terminar acerca de los medios que deben adoptarse  
» para hacer efectiva la garantía. Pudo, por lo tanto, si  
» así lo hubiese juzgado más conveniente, haber atri-  
» buído a un tribunal (*court*) la facultad de decidir  
» cuando había llegado el caso que requería la interven-  
» ción del gobierno federal.» (Página 10, *id.*)

“Hasta aquí habla sólo con relación a la constitución,  
y sigue después considerando la cuestión, en sus relacio-  
nes con la legislación: «Pero el congreso pensó de otro  
» modo (no atribuyendo la facultad a un tribunal como  
» pudo hacerlo), y muy sabiamente sin duda; y por la  
» ley de febrero 28 de 1795 dispuso que: «en el caso de  
» una insurrección en algún Estado contra el gobierno  
» del Estado, será permitido al presidente de los Estados  
» Unidos, sea a requisición de la legislatura del Estado,  
» sea a requisición del ejecutivo cuando la legislatura no

» pueda ser convocada, movilizar las milicias de cualquier  
» quiera de los Estados, en el número que considere necesario  
» cesario a fin de dominar la insurrección. » (Página 10.)

“En cuanto a la responsabilidad del presidente usando de esta facultad, que no es suya por la constitución, y que le es conferida por ley del congreso, dice Taney lo siguiente: (Lee) « Si el presidente, ejerciendo este poder, cometiese error, o invadiese los derechos del pueblo del Estado, estaría en las facultades del congreso aplicar por sí mismo el remedio (*it would be in the power of congress to apply the proper remedy*). En cuanto a las cortes deben administrar la ley tal como la encuentran. » (Id. 13.)

“Por consecuencia, según las declaraciones de esta sentencia que hace jurisprudencia constitucional en los Estados Unidos, la facultad que nos ocupa pertenece originariamente al congreso: él puede reglamentarla, puede delegarla, o darla, o hacer de ella el uso que crea más conveniente dentro de los límites de sus facultades legislativas. Es el que estatuye legislando sobre lo que concierne al poder supremo de la nación. Y no sólo establece que al congreso toca determinar los medios de hacer efectiva la garantía, y por lo tanto reglamentarla, desprendiéndose de más o menor poder, sino que ha ido aún más allá sentando de la manera más explícita y categórica, que el congreso podría trasladar o atribuir esta facultad a un tribunal que resolviese cuando era llegado el caso de hacer efectiva la garantía, o sea de intervenir.



“ Por muy respetable que sea esta decisión, me parece que en este punto nosotros no podemos ir tan lejos, y si pudiéramos, no deberíamos ir. Con arreglo a nuestra constitución no tenemos más poder que aquel que el pueblo nos ha delegado para dictar las leyes; pero no nos es permitido, ni ejecutarlas por nosotros mismos, ni encomendar su ejecución a otro poder que no sea el designado por la constitución: tenemos que hacer ejecutar nuestras leyes por la mano del poder ejecutivo.

“De conformidad con esta doctrina, se dictó en los Estados Unidos, en 1792, la primera ley de intervención que se registra en los Estatutos (*Statutes at large*, tomo I, página 264), ley que llena todas las exigencias del caso. Por ella el congreso determinó que en lo sucesivo fuese permitido (*lawful*) al presidente de los Estados Unidos convocar las milicias en el receso del congreso, por cuanto hasta entonces no había sido permitido hacerlo por no estar en sus atribuciones; pues allí lo mismo que aquí es facultad privativa del congreso que sólo él puede ejercer, y sólo con su autorización puede usarse legalmente, y así dijo que fuese legal en los casos de invasión, insurrección, etc.; o a requisición de los Estados para hacer efectiva la garantía o para hacer cumplir las leyes de la Unión cuando fuese necesario. Pero al dar esta atribución al presidente, y confiarle en cierto modo un poder discrecional, no renunció el congreso a la prerrogativa que le era propia, y que ningún parlamento renuncia, que es reasumir la plenitud de su ejercicio

una vez reunido. Así dijo en el artículo 2 de la ley « que » la milicia así convocada, podía continuar el servicio » únicamente hasta la expiración de los treinta días posteriores a la apertura de las sesiones legislativas ». Esto importa tanto como decir, que en presencia del congreso, el presidente no puede convocar las milicias sin su autorización expresa, cesando por el hecho la autorización que únicamente responde a la época del receso.

“Me parece que el señor ministro tiene por delante un libro que conozco y que puede suministrar luz sobre el particular: me refiero a ese volumen blanco, que deben ser los *Estudios de la Constitución Americana*, por Paschall. Puede abrir el señor ministro el libro en la página 246 y confrontarlo con mis palabras para ver si me equivoco: (Lee) « Si hubiese un conflicto armado » (dice Paschall) es un caso de violencia interna, y una » de las partes debe hallarse en insurrección contra el » gobierno legal. Como las leyes dan un poder discrecional al presidente para ejercerlo según su juicio respecto de los hechos, él es el único juez de la existencia » de esos hechos. Si yerra, el congreso puede aplicar por » sí el remedio adecuado. » Es lo mismo que dice el juez Taney en su sentencia: el ejercicio de esa facultad nace para el presidente no de la constitución, no de sus atribuciones propias, sino de las leyes del congreso, y es responsable ante éste de su uso.

“En el mismo capítulo habla Paschall de las cuestiones a que dió origen el ejercicio de tal facultad con motivo

de las leyes de reconstrucción; pero estas cuestiones fueron resueltas en favor de la supremacía del congreso por lo que respecta al poder llamado a estatuir en nombre del poder supremo de la nación, dictando en consecuencia leyes supremas que obligan a todos los poderes; como se resolvió igualmente lo relativo a enmendar y anular actos del poder ejecutivo que caían bajo la acción del legislador, que es el remedio adecuado de que habla el autor que el señor ministro tiene en sus manos. Puede rectificar la cita: es concluyente.

“Preveo lo que me dirán: que el congreso no puede enmendar el error del presidente sino llamándolo al banco de los acusados por delitos políticos; que sólo por este medio pueden reivindicarse los derechos violados por él en las provincias o en la nación. Pero, señor, hablamos de errores y no de delitos, y aun tratándose de faltas que no alcancen a la categoría de altos crímenes o delitos, mejor es remediarlos que castigarlos. Hombres de orden, hombres de gobierno, que buseamos el bien del país con ánimo imparcial y verdadero patriotismo, digo, que si esa lógica ciega y rigurosa nos sirviese únicamente de guía, vendríamos siempre a parar en dos extremos igualmente perniciosos: o no se podrían reivindicar los derechos violados del pueblo por medio del control o fiscalización del congreso, y habría que producir para cada error una verdadera conmoción, o para evitar este peligro habría que contemporizar siempre con los errores del poder.

“Esta lógica ciega, inflexible, que nos lleva o a hacer más de lo conveniente, o a no hacer nada, dada las imperfecciones de nuestro modo de ser que todos conocemos, y los obstáculos con que luchan los pueblos para gobernar y vivir constitucionalmente, vendría a aumentar las dificultades de los hombres que gobiernan en la ardua y enojosa tarea que tienen entre manos, así como de los que directa o indirectamente se interesan en la cosa pública.

“A propósito de esto, el autor del libro que el señor ministro tiene en este momento entre sus manos (Pascall, página 281) dice con motivo de las leyes de reconstrucción de que hablé antes, que habiendo el presidente en virtud de las facultades que le daba el estado de guerra abolido parcialmente la esclavatura en los Estados rebeldes, el congreso por una serie de leyes enmendó alguno de los actos del presidente, anulando otros y dictando reglas distintas de política interna que prevalecieron a pesar del veto, por este principio con que el mismo escritor termina su comentario: « El presidente » como todos los magistrados debe ser contralorado por » la constitución y las leyes del país. » (Id., página 294.)

“Todo esto que es concluyente para demostrar que la facultad originaria le corresponde al congreso y que a él toca estatuir legislativamente sobre los casos prácticos, aun allí donde, como sucede en los Estados Unidos, esa facultad ha sido transferida al presidente para que la ejercite por sí durante el receso, ¡cuánto más conclu-

yente no será aquí con aplicación a nosotros, donde esa facultad no ha sido conferida por la ley a nadie, habiéndola retenido el congreso en el hecho de no dar la ley!

“Me había olvidado de decir (y ésta es la oportunidad de recordarlo) que después de la ley de 1792 de que hablé antes, se dictó en los Estados Unidos la ley de 1795 de que habla el juez Taney en su sentencia, que es exactamente la misma con diferencia de pocas palabras. (*St. ata large*, tomo I, pág. 424.) Nosotros no hemos dado ninguna ley que se parezca ni a la ley del 92, ni a la del 95 que proveen a la intervención en los Estados a requisición de ellos. Nosotros no hemos dado al presidente la autorización para ejercitar la intervención con prescindencia absoluta del congreso. Por consecuencia, lo único que está vigente es el artículo 6 de la constitución nacional que somete esta facultad al gobierno federal, de que el congreso es parte integrante y muy principal en este caso.

“Pero, ¿el ejecutivo puede hacer uso de la facultad de intervenir durante el receso? Teóricamente podría sostenerse que no; pero afirmo que sí. Toda vez que el orden constitucional de una provincia esté perturbado, que haya requisición o sea llegado el caso de hacer efectiva la garantía constitucional, creo que es lícito al ejecutivo intervenir; pero a condición de someter sus medidas al congreso en su próxima sesión, y estar a lo que él resuelva. Esto es lo que debe hacerse, y esto es lo que siempre se ha hecho como lo atestiguan los precedentes

que han establecido jurisprudencia constitucional sobre la materia.

“Señor presidente, señores: Tal vez parezca que me detengo demasiado desarrollando la parte teórica de este asunto; pero, como ésta es una cuestión más bien constitucional que política, como interesa a los principios más que a las personas, y están comprometidos en ella tanto el porvenir como el presente, he querido plantearla con claridad sobre las bases del derecho, antes de tratar la parte práctica del negocio que más interesa a la actualidad.

“Resumiendo, pues, lo dicho, establezco: 1, Que las atribuciones del artículo 6 de la constitución corresponden originariamente al congreso; 2, Que así se ha entendido y practicado siempre entre nosotros; 3, Que tal es la jurisprudencia constitucional de los Estados Unidos; 4, Que esta facultad no ha sido delegada a nadie entre nosotros por la ley expresa y terminante y ha quedado por lo tanto inmanente en el congreso; 5, Que tal facultad sólo obra en virtud de la constitución y en nombre de la ley suprema, que sólo el congreso puede dictar; 6, Que en el receso cuando peligre el orden constitucional es lícito al poder ejecutivo intervenir en las provincias a los efectos de la garantía, con la condición de dar cuenta al congreso; 7, Que los actos del poder ejecutivo, en tal caso, caen bajo la acción legislativa del congreso.

“Tal es en resumen el estado de la cuestión considerada por su faz constitucional,



“La comisión de negocios constitucionales ha estudiado detenidamente esta cuestión, ya del punto de vista de los hechos, ya en sus relaciones con el derecho, ya consultando las conveniencias públicas. Muchos son los caminos que se han propuesto para dirimirla y llegar al fin que nos habíamos propuesto. Al fin la mayoría de la comisión se ha uniformado en una solución práctica, tranquila y legal, que respondiendo a las reglas del buen gobierno respondiese también a las exigencias legítimas de la opinión.

“El gobierno nacional interviniendo en la provincia de San Juan durante el receso de las Cámaras, podría, según el juicio de algunos miembros de la comisión, no haber procedido con toda la prudencia y circunspección debidas, ni con sujeción estricta a las leyes que debían servirle de norma, pero nosotros no nos hemos ocupado tanto de esto como de la cuestión de actualidad en que estaba comprometida la soberanía y la tranquilidad de una provincia hermana.

“Por mi parte, y aun cuando todos nos hayan participado en la misma extensión de mis convicciones, opino que el ejecutivo nacional cuando decretó la intervención de San Juan, procedió en su derecho, aunque pueda tal vez pensar que pudo emplear algún otro medio más prudente y más eficaz que no es del caso examinar.

“Opino también, o más bien dicho, opinamos todos los miembros de la comisión, que los poderes públicos de la provincia de San Juan, habían falseado en la práctica,

no subvertido, como se dice, la forma republicana representativa de gobierno; pero no creemos que la intervención ha podido ni debido llevarse a nombre del principio fundamental, sino a consecuencia del mero accidente, o sea la interrupción del ejercicio de las instituciones, que era lo que iba a garantizarse por la intervención y no la forma republicana de gobierno.

“Esto es lo único que nos ha enseñado este cuadro de antecedentes sobre la cuestión de San Juan que se ha impreso y se nos ha distribuído. Por lo que a mí respecta debo decir, que habiéndolo leído con atención, habiéndolo estudiado, porque desgraciadamente era mi deber hacerlo como miembro informante de la comisión, he sentido una profunda tristeza. La pasión y los mezquinos intereses han desfigurado los hechos, y es inútil buscar en estos antecedentes la luz que debe guiar una conciencia imparcial. Al leerlo he pensado que, si algún día caen estas páginas en manos de nuestros hijos, podrían decir con visos de justicia, que habíamos malgastado miserablemente nuestro tiempo y que carecíamos del sentimiento y hasta de la noción de la verdad.

“Veo aquí de parte de la legislatura de San Juan, como el gobernador de San Juan y de todos los poderes públicos que han dejado su huella en estos papeles, nada más que pasiones estrechas y errores lamentables: ni una chispa de patriotismo ni de fecunda inteligencia brotan de estas páginas. He seguido con afán todos los pasos de los poderes que han intervenido en esta cuestión, he bus-

eado en ellos una de aquellas inspiraciones que cautivan el alma, para poder presentarla como un hallazgo en esta discusión, y no la he encontrado.

“Por cierto que el conflicto de San Juan no ocupará en la historia, ni como escarmiento ni como lección, el lugar que ocupa el conflicto de la Carolina del Sur: ni aquel alto ejemplo de moderación del presidente, ni aquel inmortal comentario de Jackson, ni siquiera aquella teoría errada, pero que al menos sirvió para vencer y convencer a sus sostenedores, y muy felices si al menos resultase como en aquella ocasión una ley de compromiso.

“Sin embargo, debemos conceder a todos buena intención aun en medio de sus extravíos, debemos tratar a todos con benevolencia, debemos recordar que son argentinos, que son hermanos, y que cualesquiera que sean los errores en que incurran los unos respecto de los otros, han sido, son y tenemos que ser todavía bastante desgraciados para tener que dispensarnos mutuamente nuestras faltas.

Por esta razón nosotros a la par de concienzudos, hemos sido políticos prácticos, y hemos dicho, sin pretender compararnos con el Redentor, que no veníamos a cortar con la espada, sino a desatar y cumplir según nos lo enseña el Evangelio.

“Queremos, pues, que esta cuestión se encamine constitucionalmente, que se resuelva pacíficamente, que se satisfagan las legítimas aspiraciones del pueblo y se salve el decoro de los altos poderes públicos que pueden estar comprometidos.

“No proponemos un voto de censura implícito ni explícito al poder ejecutivo, ni lo propondríamos aunque tuviésemos derecho para hacerlo; que pienso no lo tenemos. No somos aquí censores del ejecutivo nacional, ni jueces del gobernador Zavalla, ni es nuestra misión corregir los errores de la legislatura de San Juan. Miramos a todos con espíritu verdaderamente fraternal, podemos decir paternal, porque, no participando de las pasiones de los unos, ni estando empeñado nuestro amor propio en la cuestión, podemos dar a cada uno con ánimo tranquilo la parte de vituperio que le corresponda, dispensándolos de la responsabilidad que es común a unos y otros, y de que todos son más o menos solidarios.

“He buscado en estos documentos un hecho conductor, un punto de apoyo cualquiera para poder enmendar lógicamente esas faltas, y no lo he encontrado. Lo único que he encontrado en ellos como elemento de la solución buscada, y lo único que encontrará probablemente el que se tome el ímprobo trabajo de interrogar estos papeles, ha sido una fecha, la fecha del 24 de marzo.

“Esta fecha parece misteriosa, como lo son aquellos hechos que parecen no tener explicación, y que sin embargo vienen a producir ciertas armonías lógicas que llevan al hombre por caminos no previstos, a la solución de las más arduas cuestiones, así en el orden público como en el orden social.

“Cualquiera otra fecha que se tome en esta cuestión, tiene que dar un resultado contrario o negativo. Con ella

todo queda felizmente conciliado, pudiendo darse una solución tan práctica como pacífica, que si no satisface igualmente a todos es la que presenta menos inconvenientes. Es lo que puede llamarse una ley de compromiso sobre la base de una fecha.

“Para poder apreciar mejor el valor de esta fecha que puede llamarse histórica, porque hacia ella convergen todos los hechos capitales, bueno es recordar los antecedentes a que se liga.

“El 30 de octubre de 1868 el gobernador Zavalla, arrogándose una atribución que no le pertenecía, desconoció, a requisición de una minoría de la legislatura de San Juan, los procederes de una minoría de la misma que se había constituido en mayoría formando quórum por la incorporación de nuevos diputados electos, cuyos poderes no habían sido aprobados aún. El decreto que expidió con tal motivo es verdaderamente atentatorio y contrario a las reglas del régimen parlamentario. La parte de la legislatura constituida en mayoría requirió en consecuencia y en el carácter de poder público la intervención nacional a los efectos de la garantía. El ejecutivo nacional la concedió, en circunstancias que era gran parte de los diputados que habían requerido la intervención se hallaban ilegalmente presos y sometidos a la justicia ordinaria por instigación del gobernador Zavalla. En consecuencia expidió el 3 de diciembre del mismo año un decreto, sobre el cual llamó la atención de los señores senadores. En ese decreto no se dice que va a intervenir

por derecho propio como lo ha declarado después, ni que va a restablecer la forma republicana de gobierno subvertida, como lo dice, hoy, sino simplemente que va a hacerlo a requisición del poder legislativo depuesto por el gobernador. Va, pues, a reponer un poder, a ponerlo como estaba, lo que prueba que no hay forma de gobierno subvertida, si no interrupción en el ejercicio de las instituciones garantidas. Esto es claro y es elemental también.

“Pero tomo este decreto tal como es, y para no complicar la cuestión, excusaré traer al debate el examen de ciertos principios y consideraciones que podrían ilustrarlo en otro sentido, porque ello no nos conduce a la solución práctica de las dificultades que rodearon a la provincia de San Juan y al comisionado nacional y que han dado por resultado la violenta situación hija de la obcecación de los contendientes y de las pasiones engegucidas en la lucha.

“Al fin, mal o bien, se instala la legislatura el 8 de febrero de 1869. Desde este día comienza la serie de irregularidades de la legislatura, irregularidades que el mismo poder interventor bajo cuyos auspicios se verificó la reposición no ha podido menos de condenar como puede verse en la proclamación del presidente de la República.

“El primer uso que hace la legislatura de su libertad de acción, no es, como se creería, doblar la rodilla y dar gracias a Dios porque la soberanía que representaba se



hubiese salvado, no. Es que aquellos legisladores no estaban poseídos del espíritu generoso que anima a los defensores de los principios y fortalece a sus mártires. Todos sus actos llevan desde aquel instante el sello de la mezquinidad o la venganza. Todas las leyes, todos los decretos, todas las medidas dictadas desde entonces por la legislatura repuesta, no son sino pequeños medios de que se valen los partidos pequeños para obtener pequeñas ventajas; todo es tendiente a dar forma y responder únicamente al propósito que la traía agitándose, que era el monopolio de las elecciones en lo futuro, y la elección de un senador por el momento.

“Esto se ha dicho por una voz autorizada, y es la verdad.

“Todo se ha sacrificado, todo se ha puesto en conmoción en la provincia de San Juan para obtener este pobre resultado. Se han falseado las instituciones, se han atropellado los deberes, se ha dividido la sociedad en dos campos, se han hecho protestas y se han producido conflictos por una y otra parte, y después de todo esto, el primer acto de la legislatura antes de acordarse de Dios y del pueblo es asegurar vergonzosamente el fruto de la victoria nombrando un senado de la manera menos prudente, menos popular, y olvidando hasta las reglas del decoro. No soy yo quien dice esto: es el mismo presidente de la República en su manifiesto. ¡Y para que ningún accidente innoble faltase a este acto, el local ordinario de las sesiones se traslada a la casa particular

del mismo que era nombrado senador, y allí, a puertas cerradas, en sesión secreta, excluidos los diputados de la minoría, aun aquellos que no habían sido declarados cesantes, se efectúa la elección!

“Agréguese a esto las leyes dictadas, no inspiradas ni por la inteligencia, ni consultando el bien de sus comitentes; agréguese todas las disposiciones que llevan el carácter de un interés egoísta o de un designio manifiesto de venganza política y se tendrá una idea de los sentimientos, de los intereses y de los móviles encerrados bajo la llave del dueño de casa, en aquel estrecho recinto sin horizonte y sin luz, que se llamaba la legislatura.

“Tal es el triste fondo sobre el cual se dibujan las cuestiones de San Juan.

Dicen que la mejor lección que puede darse para corregir del vicio de la embriaguez, es mostrar un ebrio. No sucede esto al parecer en el vértigo político que perturba la razón serena de los hombres.

“El gobernador Zavalla no lo hace mejor que la legislatura. Apenas retirada la intervención, pretende que ella ha sido limitada a poner en libertad a los diputados presos; lo que, sea dicho en su abono, podía deducirse del texto de los documentos nacionales. Pero va más adelante. Partiendo de esa base, manda poner en todo su vigor los decretos anteriores que habían motivado la intervención, cuya legalidad había reconocido él mismo.

“Esta reincidencia dió motivo a una nueva requisición de parte de la legislatura. Entonces el ejecutivo nacional,

que aunque a la distancia parece haber sido atraído por aquel vértigo de pasiones que se agitaba a sus pies, expidió con fecha 4 de marzo un decreto, que no quiero criticar, pero que, ni me parece regular, ni el que la prudencia y la ley aconsejaban en tales circunstancias.

“Junto con ese decreto el ejecutivo nacional publicó varios documentos y entre ellos un manifiesto o proclamación del presidente de la República, de que tampoco quiero ocuparme.

\*  
\* \*

“Pero antes de pasar más adelante debo decir: que antes de que el ejecutivo nacional diese el decreto de 4 de marzo por el cual la fuerza pública era puesta al servicio de la legislatura, el gobernador Zavalla, mal aconsejado, había expedido ya otro decreto haciendo salir las fuerzas nacionales del territorio de la provincia, dando por razón que ejercían presión sobre su autoridad, lo que parece cierto. En presencia de este hecho, que de todos modos podía importar o un desacato, o una amenaza de parte del gobernador de San Juan, el ejecutivo nacional dictó el decreto de que he hablado antes declarándolo en verdadera sedición (son las palabras), mandando convocar la milicia para hacer cumplir las leyes de la Nación, sujetando a la ley militar a todos los ciudadanos de la provincia, y proclamando a son de trompa la ley marcial contra todos los que apoyasen al goberna-

dor Zavalla en lo que se llamaba su rebelión o sedición.

“El artículo 3 del decreto de 4 de marzo dice así:  
« Todo ciudadano que tome las armas para resistir con  
» el gobernador de San Juan las resoluciones de las auto-  
» ridades nacionales, será considerado en rebelión contra  
» ellas, y por lo tanto sujeto a las leyes militares que ri-  
» gen al caso. »

“Esta era la ley militar aplicada a la milicia contra la jurisprudencia constitucional de Kent; la ley marcial proclamada contra la letra y el espíritu de la constitución; es la jurisdicción y la competencia militar aplicada a delitos militares, a delitos políticos y a delitos comunes, contra el texto expreso de la ley de justicia federal.

“La lógica del discurso y la corriente de la palabra me lleva a tocar una cuestión de que la comisión había acordado prescindir a indicación mía antes de ahora.

“Aunque en este punto de la ley marcial estaba yo apasionado como lo declararé entonces, y lo declaro ahora, habría hecho el sacrificio de no hablar de él, imponiendo silencio a mis más hondas convicciones.

“Fiel a este propósito me habría limitado a hacer notar la transgresión de la ley y aun a pasar por alto un decreto que no había tenido ejecución en San Juan, y había sido revocado. Habría prescindido también de otro acto que con este decreto se liga, que es la tentativa de aplicar la misma ley a los presos políticos tomados en Salta, porque, desde que la suprema corte de justicia federal lo había corregido, no había para qué. Pero en

presencia de la sangre derramada en San Luis, ante las declaraciones que se han hecho sobre el cadáver de Zacarías Segura y las leyes que se han invocado para justificar tal ejecución, yo no puedo guardar silencio.

“Sean mis palabras aceptadas por la comisión o dichas en mi nombre y bajo mi sola responsabilidad, yo las profiero obedeciendo a la voz imperiosa de mi conciencia, y declaro que la ejecución de Zacarías Segura en San Luis, ¡es un verdadero asesinato!

“No quiero exaltarme; mi espíritu está sereno y hablo tranquilamente.

“La ejecución de un preso o prisionero sea o no delincuente político, sea bandolero o beligerante, yo la califico de tal, y me ratifico en esta palabra, pidiendo que se inserte en el acta de este día.

“Es un asesinato, porque todo hombre que no es muerto por sentencia de su juez natural, está mal muerto; y porque, aun cuando pueda serlo con motivo, no lo es con justicia y con legalidad. La administración de justicia en lo criminal ha sido establecida para garantizar la seguridad de los que viven tranquilos en su hogar; pero también y muy principal y directamente para garantizar la vida de los desgraciados que caen bajo su jurisdicción. Los tribunales y los jueces han sido instituídos para juzgar los delitos y sentenciar los criminales con arreglo a las leyes. Las leyes militares sólo rigen a los militares. Aplicarlas al castigo de delitos comunes o de individuos que no corresponden a su jurisdicción, es lo que se llama

la aplicación de la ley marcial, aunque ésta no se proclame abiertamente, y lo que constituye el asesinato es hacerlo, y hacerlo en tiempo de paz.

“Eduardo Coke, el oráculo de la jurisprudencia inglesa lo ha dicho hace doscientos años: « Si un lugarteniente u otro provisto de comisión o autoridad militar, ahorca o de otra manera ejecuta en tiempo de paz a un hombre so color (by color) de ley marcial, esto es un asesinato. » (*This is murder*) (Coke, 3 Ynst.)

“Blackstone, el profundo comentador de las leyes inglesas, repite esto mismo que complementa e ilustra. (Blackstone, tomo II, página 167, edic. de Chr.)

“La convención republicana de Mryland también lo dijo en 1788 en su declaración 13: « Siendo contrario a la Magna Carta castigar a un hombre libre por la ley marcial, es asesinato ejecutarlo ». (*And murder to execute him.*) (Elliot, Adress, etc., tomo II, página 552.)

“Sea que la ejecución se haga aplicando el código militar, sea que se efectúe por un tribunal militar invocando otra ley, el caso es el mismo desde que el reo no corresponde a tal jurisdicción.

“Las leyes recopiladas que se han citado aquí para demostrar la competencia de los consejos de guerra en el caso en cuestión, y que se han desenterrado para justificar implícitamente la ley marcial, y directamente la ejecución de Zacarías Segura en San Luis, son muy conocidas por todos los hombres que han gobernado entre nosotros. Nunca ha faltado algún letrado oficioso que las



llevase al bufete del mandatario para enseñarle que con ellas en la mano podía matar sus enemigos políticos con sólo calificarlos de bandidos o bandoleros, pero felizmente hasta hoy todos los gobernantes han tenido a este respecto la más difícil de todas las energías, la de la moderación. Ellos han desoído esos consejos, han puesto a un lado esas viejas leyes y han entregado los delincuentes a sus jueces naturales, porque han entendido que con este instrumento ellos no podían matar, porque esa no era la cuchilla de la ley.

“La Ley Recopilada de 1784 que se ha hecho valer, fué dada por el rey de España en virtud del poder absoluto que tenía para alterar los fueros, cambiar las jurisdicciones cuando la justicia se administraba en su nombre y por su orden, del mismo modo por tribunales ordinarios, que por consejos de guerra, o comisiones especiales. Esa ley dictada contra reos contumaces que se consideraban como bestias feroces, tuvo por objeto reprimir un desorden local y parcial con los medios del absolutismo, a la manera de don Pedro el Cruel, que mandaba colgar a los mismos jueces prevaricadores en su tribunal, dando formas brutales, caprichosas y repugnantes a la justicia. Ella, después de producir los resultados que producen siempre el terror y la violencia en países esclavos y mal gobernados, estuvo en desuso hasta 1801 en que se renovó, y no recuerdo si también en 1804. En 1821 volvió a resucitarse con otras formas, primero para castigar por medio de los consejos de guerra a

todos los que conspirasen contra el rey constitucional, y después para castigar a todos los que hablasen en favor de la constitución despedazada por el rey absoluto. (V. Félix de la Peña, Prescrip. militar.)

“La ley dada en su origen contra los bandoleros de camino sentenciados y escapados de la justicia, y contra los cuadrilleros puestos fuera del derecho común, llegó a aplicarse al fin a Riego, a Lacy, a Porlier, y los que siguieron su gloriosa bandera, para sofocar por medio de los consejos de guerra el grito generoso de los grandes hombres de la España liberal, que se levantaban en aquella época reclamando sus derechos y libertades. Olvidada por algún tiempo esa ley, volvió a ponerse en vigencia reapareciendo bajo distinta forma, pero con los mismos caracteres el año 1836, en que la España fué puesta bajo lo que se llamó el régimen excepcional, que no era sino el imperio de los consejos de guerra, o la ley marcial con otro nombre. En nombre de esa ley fué sentenciado a muerte Castelar por un consejo de guerra, que entendía de delitos de prensa, y Castelar habla hoy desde lo alto de la tribuna española, pisando la sentencia de muerte pronunciada contra él por esas leyes que aquí se invocan para fusilar a Segura.

“Señor presidente: Yo no he apoyado el proyecto presentado por uno de mis honorables colegas, condenando el fusilamiento de Segura, ejecutado por la ley marcial, que antes se había proclamado en San Juan y que se ha intentado aplicar en Salta, porque no creo necesario pro-

mulgar leyes para anular lo que de hecho y de derecho es nulo. Me basta ocupar este asiento y hablar desde él para declarar que esa ley no rige, y para que no rija ya, está escrito en nuestra ley fundamental, en la conciencia de cada ciudadano, que esa ley no tiene fuerza, ni valor alguno y que basta decirlo para que así sea.

“Sin embargo, quiera hacer el debido honor a los señores ministros que han invocado esas leyes. Debo creer que, cuando se dictaron las instrucciones en virtud de las cuales se ha fusilado a Segura por una comisión militar, las tuvieron a la vista, y que su error nace de haber tenido más presente la letra muerta de esas leyes que la letra viva y el espíritu inmortal de la constitución.

Invocando, pues, la letra y el espíritu de la constitución, yo digo y declaro como argentino, como publicista, como militar, que esas leyes son nulas: lo digo y lo repito como senador desde mi asiento, y digo que estas palabras tendrán más fuerza y más alcance que las declaraciones hechas por los señores ministros.

“¡Yo desafío... o más bien, no desafío a nadie! Cuando se trata de la vida y de las garantías más preciosas del ciudadano, no quisiera herir a nadie. Quiero únicamente inocular mis convicciones en cada uno de los que me oyen; pero no quisiera que mis palabras fuesen más allá de mi intención.

“Lo que quiero decir es que, después de esta simple declaración, después de lo que se ha dicho sobre el par-

tiicular en la interpelación del otro día, y después de lo que se dirá aún, no habrá gobierno que se atreva a invocar esa ley que sujeta los delitos comunes a los consejos de guerra, que en este caso son verdaderas comisiones especiales prohibidas por la constitución.

“Y si después de esto, después de la sentencia de la corte suprema que así lo ha declarado en el proceso de los prisioneros de Salta, aun no hubiese quien se atreviera a invocarla y ejecutarla, yo enseñaré a mis conciudadanos que no lo sepan, cómo deben y pueden defenderse contra esa ley nula: les basta levantar en alto la sentencia de la corte suprema que los protege, y ponerse al amparo de la justicia federal que los amparará. Con una palabra y una hoja de papel basta para anular sin necesidad de promulgar leyes, lo que de suyo es nulo. Cuando hablo así, no lo hago guiado por un espíritu de arrogancia que no está en mí: hablo con mis santas convicciones, inspirado por el amor a mis conciudadanos que deseo substraer a tales leyes y a tales tribunales.

“Sirva esto por mi parte de protesta contra la ley marcial que por tantos años nos ha ensangrentado con distintos nombres y bajo distintas formas, y que se quiere introducir nuevamente entre nosotros.

“La ley marcial, señores, o lo que es lo mismo el código militar o la competencia de los tribunales militares aplicada a los delitos comunes con exclusión de las leyes y los jueces ordinarios y naturales no es institución de pueblos libres. Puede imperar como un hecho en un

momento supremo, pero no es un derecho. Nuestra constitución al asimilar a una plaza sitiada el punto donde se declarase el estado de sitio, ha determinado las facultades de que únicamente puede usarse sin alterar las leyes ni las jurisdicciones en cuanto a las personas. El estado de sitio es la negación expresa de la ley marcial.

“Los que quieren aclimatar entre nosotros la ley marcial olvidan nuestra constitución, desconocen la naturaleza de esa ley y no recuerdan los antecedentes del pueblo en que se pretende introducir.

“Señor presidente: La ley marcial tal como se nos presenta hoy, bajo distinta forma, viene de la Inglaterra por la vía de los Estados Unidos.

“En su origen la ley marcial de Inglaterra fué el arma de los fuertes contra los débiles, y más tarde una arma de tiranía que sus reyes absolutos emplearon contra el pueblo.

“Los que invocan la aplicación de esta ley, pretendiendo prestigiarla con la nobleza de su origen inglés. dicen: « La Inglaterra es un país libre y grande, y de » allí viene la ley marcial, ¿por qué hemos de resistirla? » Los Estados Unidos la han heredado, ¿por qué hemos » de rechazarla? »

“En Inglaterra la ley marcial no es lo que se llama ley, sino la abrogación de ella, como se ha proclamado alguna vez, y hoy nadie la sostiene teóricamente en aquella nación libre; por el contrario, es condenada. (V. *American Ciclopedia*, Vol. XI, página 227.)

“Un acreditado historiador de la constitución inglesa (Hallam, 420) ha dicho: (Lee) « Por el espacio de dos » siglos a causa de sus abusos, la ley marcial ha estado » prohibida en Inglaterra, como repugnante al gobierno » libre y constitucional. »

El juez Woodbury, autor del dictamen en disidencia de la famosa sentencia de Taney, de que hablé antes, dice estas palabras: (Lee) « En Inglaterra se ha establecido » gradualmente que las contiendas civiles no justifican a » ningún individuo, ni a los militares, ni al rey, usando » de la ley marcial sobre el pueblo. » (Decis. de la corte de E. U., tomo XVII, página 31.)

“Leeré ahora las palabras de Blackstone a que me referí antes al hablar de la opinión de Eduardo Coke. Dice: « La necesidad del orden y de la disciplina de un » ejército, puede sólo autorizar el código militar; y es » por esta razón que no debe estar en vigor en tiempo » de paz, en que las cortes reales están abiertas a todos » para obtener justicia conforme a las leyes del país. » Así, Thomas, conde de Lancaster, habiendo sido con- » denado en Pontenfrac con arreglo a las leyes militares » en el xv año del reinado de Eduardo II, su condena- » ción fué anulada, porque este juicio había tenido lugar » en tiempo de paz. Y ha sido establecido, que si un lu- » garteniente u otro, autorizándose de una comisión mi- » litar, hace ahorcar o ejecutar de cualquier otra manera » un hombre cualquiera en virtud de las leyes militares, » es culpable de asesinato, porque procede contra la



Magna Carta. » (Cap. 29, tomo II, página 157, íd. Chr.)

“El mismo Blackstone dice: (Lee) « Cuando Carlos I » posesionado del trono trató de... aplicar la ley marcial en tiempo de paz y otras vejaciones sobre el pueblo, se ennegrecieron los primeros momentos del reinado de este príncipe mal aconsejado. » (Tomo sexto, página 339, íd.) Y el gran historiador Macaulay lo confirma.

“Con referencia al caso citado por Blackstone, dicen Hallam y Woodbury: (Lee) « Thomas, conde de Lancaster, tomado en abierta insurrección, fué juzgado por la ley marcial, y esto, aun durante la insurrección, fué calificado de asesinato, porque tuvo lugar en tiempo de paz y mientras las cortes de justicia estaban abiertas. » (Decis. de la corte de E. U., tomo XVII, página 31.)

“Me permitiré leer todavía otra cita de Woodbury en el mismo tomo XVII, página 32, de las Decisiones de la corte suprema de los Estados Unidos, que es de sentirse no se halle en la biblioteca de los señores ministros, porque así podrían comprobar la fidelidad de mi traducción. Dice Woodbury: « En Inglaterra durante siglo y medio la ley marcial no ha sido autorizada, y sólo en virtud de extraordinarias exigencias y esto con varias restricciones, siempre bajo la base de que tal acto no era arreglado al bill de los derechos y constituciones, y que sólo era sancionada en virtud de la omnipotencia parlamentaria, y esto temporariamente. Así, después que varias autoridades civiles fueron derrocadas en varios

» puntos, cuando el estruendo de las armas había alcan-  
» zado el más alto grado posible en una conmoción civil,  
» un parlamento ilimitado en sus poderes y proveyendo  
» únicamente a los medios de guerra, aventuró *in extre-*  
» *mis*, y por dos o tres ocasiones la aplicación de la ley  
» marcial a los que no eran militares; pero, limitándolo  
» a determinados lugares en que existía la resistencia, y  
» abrazando en su alcance únicamente a los hombres en  
» armas. »

“Decía, pues, que la ley marcial, no era la ley, que no era institución de pueblo libre, que la Inglaterra misma no la reconoce como buen medio de gobierno, y que aun cuando allí hubiera producido algunos buenos efectos, entre nosotros, dado nuestro estado político y social, dados nuestros antecedentes y las pasiones rencorosas a que tal medida daría pábulo, la competencia de los consejos de guerra en delitos políticos sería como en otro tiempo la guerra a muerte entre los partidos disidentes y la ley marcial, la bandera roja de exterminio.

“La ley marcial en los primeros tiempos, fué aplicada en Inglaterra en 1588 por la reina María, condenando por ella a muerte a los herejes que tuviesen libros prohibidos y no los presentasen sin leerlos, y esto por una simple proclamación: (*Fitter Militar Lam*, página 50, *apud Woodbury*) ni más ni menos que como se ha hecho alguna vez entre nosotros en tiempos que felizmente pasaron para no volver más.

“Después de esto la ley marcial ha estado abolida por

la opinión y el derecho consuetudinario, y no se ha usado de ella como medio de gobierno ni aun en las más difíciles circunstancias por que ha pasado aquel país, y esto hace cerca de dos siglos que dura, como lo he hecho ver. En este transcurso de tiempo sólo una vez se ha empleado como medio de guerra extremo con motivo de la insurrección de Irlanda en el año 1796, y esto limitada a ciertos casos, con facultades determinadas, considerando al ejército desempeñando un *posse comitates* en nombre de la autoridad civil. Todos los comentadores y publicistas de la Gran Bretaña, y Stuart Mill a la cabeza de ellos, piensan que el gobierno inglés que usase de tal facultad aplicándola al pueblo, produciría una revolución en Inglaterra, porque el pueblo inglés no toleraría su ejercicio.

“Como lo observa aquel noble pensador: « En la constitución británica cada uno de los tres miembros combinados de la soberanía está investido de poderes, que, » si los ejerciese plenamente, lo harían capaz de detener » todo el mecanismo del gobierno. » (Stuart Mill, Gob. Representativo, página 104.)

“La ley marcial repudiada en la tierra natal, ha penetrado en un pueblo libre como los Estados Unidos, y se ha teorizado sobre ella como una institución que responde a las exigencias de buen gobierno. Pero todos los comentadores de la constitución norteamericana sin excepción, han pensado que no se deducía lógicamente del texto de ella, y que las facultades que ésta da son incon-

ciliables con las libertades públicas y con la existencia de la constitución misma que debe ser la regla de todos los tiempos, «la regla de la paz y de la guerra», como ha dicho la corte suprema de los Estados Unidos en una sentencia reciente destinada a ser inmortal.

“Los que más lejos han ido en este punto han dicho que sólo por implicancia puede deducirse que la ley marcial sea aplicable a los Estados Unidos, por cuanto la suspensión del *habeas corpus* en Inglaterra traía aparejada esta facultad en tiempo de guerra, y esto con autorización del parlamento. Así es que, cuando estalló la gran insurrección del Sur, el presidente Lincoln, en virtud de haber decretado la suspensión del *habeas corpus* (hecho que por primera vez tuvo lugar en setenta y cinco años de vida constitucional), se consideró de buena fe autorizado a declarar la ley marcial y la declaró. Por esta puerta falsa penetró la ley marcial a los Estados Unidos.

“Los legisladores americanos fueron de sentir (y tal es la doctrina que ha prevalecido) que era facultad privativa del congreso autorizar la suspensión del *habeas corpus*, y las medidas que son su consecuencia.

“El presidente Lincoln exagerando su responsabilidad había exagerado también sus facultades en presencia del gran peligro por que pasaba la Unión, y guiado por un noble propósito tomó sobre sí dictar la medida autoritativamente en virtud de los derechos de la guerra. El congreso, sin embargo de hacer justicia al móvil patriótico

del presidente, no quiso aprobarlo ni reprobarlo, y manteniendo sus prerrogativas dió lo que se llama un bill de indemnidad que cubría al presidente, prohibiéndole implícitamente proceder del mismo modo en lo futuro.

“La opinión pública siempre protestó contra la ley marcial en aquel país. Ella ha sido resistida por los medios legales en los Estados, aun en aquellos Estados leales que han sido teatro de la guerra y que conservan sus tribunales abiertos. Ultimamente, pasado el peligro, vueltos todos a la calma de la razón, la conciencia pública reacciona enérgicamente contra la teoría en que se basa la ley marcial, y la jurisprudencia de la corte suprema la condena haciendo triunfar una parte de la buena doctrina.

“Insisto sobre este punto que se liga únicamente al asunto de que tratamos, por haberse intentado introducir parcialmente la ley marcial en San Juan; porque, aun cuando pudieran aducirse argumentos para demostrar que había un viso de legalidad que justificase el ejercicio de tan peligrosa facultad, es necesario que no olvidemos que estamos en la República Argentina, gobernando y legislando para los argentinos.

“Señor presidente: La ley marcial en sus formas externas, es decir la competencia de la potestad militar para disponer de la vida, ha sido la dura ley de la guerra civil. Este es el hecho brutal contra el cual venimos reaccionando de tiempo atrás, y contra el cual reaccionamos pacíficamente cuando se quiere elevarlo a la ca-

tegoría de principio y regla de buen gobierno. Precisamente cuando decimos en nuestra constitución que no se matará por causas políticas, hemos querido cerrar para siempre aquel período luctuoso y sangriento en que tantas nobles víctimas fueron sacrificadas por el derecho implacable de la espada del vencedor y del cuchillo del verdugo.

“No olvidemos, señores, que el significado político de nuestras luchas no es siempre el derecho, y que existen causas latentes y situaciones falsas que sin darles razón, les da razón de ser; y a veces la victoria ha coronado al que al principio combatía por instinto y sin bandera. No creamos esas situaciones ni agravemos esas causas, que bastante trabajo tenemos con las existentes; pretendiendo poner en vigencia leyes como las que nos ocupa, es cómo se puede dar bandera contra la constitución.

“A la administración actual le ha tocado una época, si no del todo feliz, porque todavía nos falta mucho para serlo, por lo menos una época en que las fuerzas morales y materiales concurren más poderosamente a la estabilidad del gobierno y de las instituciones. Este es el fruto de los trabajos pasados y de las aspiraciones del presente. La autoridad del gobierno y de las leyes se halla sólidamente establecida y se levanta sobre todo siendo obedecidos sus mandatos en todo el territorio; la República está unida, constituida y en paz; las antiguas resistencias han sido quebradas, y los viejos caudillos han quedado sin bandera, y lo que es más, sin bandera



que inventar. No hay razón, causa, ni pretexto que se pueda hacer valer contra tal situación, si nosotros mismos no nos encargamos de crearla.

“Si en condiciones tan propicias, en vez de aquietar las pasiones desarmadas, si en vez de cultivar los sentimientos de humanidad y tolerancia, los encontramos levantando una bandera de guerra a muerte; si decimos que todo el que haga armas es bandolero, que el que caiga prisionero debe ser juzgado por leyes militares y que debe morir a manos de los consejos de guerra, nosotros mismos damos la más terrible de las banderas a los caudillos que por fortuna hoy decaen; pero que brotarían del polvo de los muertos. No digo que esto suceda hoy, ni mañana, porque felizmente las fuerzas morales y conservadoras de la sociedad, gravitan en el sentido del orden; pero, establecido el antagonismo, la lucha puede venir, y puede tener razón de ser con una enseña de derecho de que hoy carece.

“Así, pues, no es un espíritu de crítica lo que me anima en este caso, sino el deseo sincero de ver consolidada la situación, evitando tropiezos a los encargados de presidirla, y alejando de la cabeza de mi país males inmensos que pueden affigirlo, si no procedemos con la previsión del hombre de estado bajo las inspiraciones del patriotismo y con arreglo a la constitución.

“Pasaré ahora a otro punto.

“Muy lejos nos ha llevado aquella fecha del 24 de marzo, que venía ocupándome cuando tropecé con el

artículo 3 del decreto de 4 de marzo que declaraba la ley marcial en San Juan. Es que en el transcurso de ocho meses que hace que se declaró la intervención, se ha complicado con tantas cuestiones y con tan variados incidentes, que si hubiésemos querido recopilar todos los documentos que con ellos se relacionan, se habría repartido un volumen in folio en vez de este cuaderno, que no acabaríamos de leer en un mes, ni de comprender en un año.

“Como iba diciendo, el 24 de marzo se hallaban todos felizmente de acuerdo.

“Después de dado el decreto de 4 de marzo que declaraba sedicioso a Zavalla, y sujetaba a la ley militar el delito político de rebelión, se presentó en Buenos Aires el ministro de San Juan, como comisionado por su gobierno para hacer acto de sumisión ante el gobierno nacional, y el presidente de la República, dándose por satisfecho, declaró sin efecto sus conminaciones.

“Cualquiera que sea el que en esta ocasión haya cedido de su derecho o sacrificado su amor propio en aras del bien público, es un buen ejemplo, un acto de moderación y moralidad política que me hago un deber de elogiar. El ministro Albarracín mostraba abnegación y el presidente de la República probaba cultura, declarando que no había habido motivo para conminar al señor Zavalla, que todo provenía de una mala inteligencia, y borrada en consecuencia de su frente la mancha de sedicioso y rebelde que le había estampado, ordenando

que se pusiesen de nuevo a las órdenes del gobernador las fuerzas nacionales en San Juan, y que éstas le presentasen las armas en señal de reconciliación y respeto, quedando todos en santa paz y amistad.

“Este es un momento de tregua, que también la comisión pudo haber tomado como punto de partida para dirimir la cuestión; pero era incompleto. Todas las partes contrincantes no se habían hecho, no diré justicia, porque ésta no se la harán jamás; pero ni siquiera se habían hecho una sola concesión. Pero, una vez dictado el decreto revocatorio de 12 de marzo, el gobierno nacional reconocía al gobernador Zavalla en condiciones regulares; el gobernador Zavalla con más o menos limitación reconocía a la legislatura después de haber reconocido por medio de su ministro el derecho del gobierno nacional; la legislatura no insistía en llevar adelante sus pretensiones, y manifestándose dispuesta a reformar sus leyes de circunstancias no desconocía la autoridad del señor Zavalla; por último, el general de la Nación comisionado allí para entender en la paz y en la guerra, se entendía igualmente con todos los poderes disidentes, y el presidente de la República por el intermedio de su ministro del Interior felicitaba al país y a los disidentes en presencia de este acuerdo, por haber terminado pacíficamente una cuestión tan complicada.

“Tomando, pues, por punto de partida el 24 de marzo, el alcance jurídico, digamos así, de esta fecha, es el siguiente: 1. Que desde el 30 de octubre en que fué reque-

rida la intervención del gobierno nacional, o más bien, desde el día 30 de noviembre en que fué concedida hasta el 24 de marzo en que aparecen llenados sus objetos, los actos de la intervención habían producido resultados que quedan aprobados; 2. Que la legislatura queda reconocida tal como fué instalada por el comisionado nacional, sin entrar a escudriñar mucho, respecto de su composición, sobre lo cual tal vez habría algo que observar; pero que no es necesario, ni conveniente hacerlo; 3. Que el gobernador Zavalla queda obligado a respetar todos los actos legislativos hasta el día 24 de marzo, cualquiera que sea su irregularidad, fiando al tiempo y al buen sentido su enmienda; 4. Que a esta condición el gobernador Zavalla queda en condiciones regulares con los poderes provinciales y los poderes nacionales; 5. Que los actos del 24 al 28 de marzo son nulos, y debe buscarse la solución tranquila de esta dificultad en la elección popular interrumpida por la fuerza en el último día indicado.

“Esto es lo que se llama una solución y una ley de compromiso, y a todo ello responde el proyecto de la comisión.

“Del 24 de marzo para adelante surgen nuevos hechos, nuevo orden o nuevo desorden de cosas, nuevas dificultades que no pueden reducirse a sistema, ni subordinarse a principio.

“Hasta el 24 de marzo todos concurren al objeto de la intervención, de la reconciliación y de la paz futura. Hasta aquel momento todos se reconocen recíprocamente,

nadie pone en duda la legalidad de sus poderes, ni la legitimidad de sus actos. Por último, esta fecha, la última de la intervención en San Juan, sirve para determinar las relaciones del gobernador Zavalla con el gobierno nacional en el momento en que fué depuesto por la acción de las tropas nacionales.

“El gobernador Zavalla recibe en ese día la absolución plena que le mandó el gobierno nacional, levantando el cargo de rebelde que reconocía no había razón para sostener. Al mismo tiempo el gobierno nacional autoriza al general de la Nación encargado de ejecutar las resoluciones ordinarias de la legislatura que así lo tenga entendido; da conocimiento de todo esto a la legislatura haciéndole la censura más severa de sus actos legislativos, durante el conflicto o interregno.

“El gobierno nacional, compuesto de hombres inteligentes e ilustrados, no podía desconocer que las leyes dictadas por la legislatura de San Juan en medio de aquella conmoción que tan hondamente había trabajado la provincia, era un obstáculo al restablecimiento de la paz pública y al desarrollo armónico, o por lo menos regular de los poderes públicos de la localidad, y por eso trató de removerlo insinuando a la legislatura en términos que importaban una improbación, la conveniencia y la necesidad de reconsiderar y reformar sus anteriores sanciones. El ministro del Interior en nota del 13 de marzo decía a la legislatura de San Juan, de orden del presidente: (Lee) « El gobierno espera que la cá-

» mara de representantes de la provincia de San Juan,  
» correspondiendo dignamente tanto al apoyo que él ha  
» prestado como a la última resolución del gobierno de  
» la provincia, dejando sin efecto las disposiciones que  
» trajeron el desacuerdo entre ambos poderes, reconsi-  
» dere las leyes dictadas en presencia de las dificultades  
» que le rodeaban bajo las excitaciones del momento. El  
» corto tiempo consagrado a su discusión y examen según  
» aparece de sus fechas, y la falta de reconsideración que  
» hubiera reclamado el poder ejecutivo, usando del veto  
» a que la Constitución de la provincia lo autoriza, les  
» quita la forma moral de que siempre deben ir reves-  
» tidas las leyes.» (Inf. y Doc. sobre la interv. de San  
Juan, página 90.)

“En efecto, todas esas leyes no podían tener la sanción moral del pueblo, y no era de esperarse que por tardar un poco en reconocerlas en toda su extensión, se produjese un nuevo conflicto por parte del gobierno nacional, cuando éste era precisamente el que más las autorizaba con su censura.

\*  
\* \*

“Hemos entrado, señores, en lo que podemos llamar la crónica de la cuestión de San Juan. Combinar sus fechas y concordarlas como dicen los jurisconsultos respecto de las leyes, es aquí el trabajo más interesanté, porque real-



mente toda la cuestión se reduce a leyes, decretos, notas y disposiciones que no tienen calificativo ni lógica, y que necesitan ser concordadas para determinar su alcance y fijar su verdadero significado.

“El 24 de marzo, después que aparece todo arreglado, vuelven a surgir dificultades que retrotraen la cuestión al estado en que se hallaba.

“Recibido en San Juan el decreto revocatorio de 12 de marzo, tanto el gobernador Zavalla como la legislatura y el general comisionado por la Nación, se dirigen al gobierno nacional pidiendo su verdadera interpretación, pues unos le dan mayor y otros menor alcance. Mientras tanto el gobernador Zavalla expedía un decreto reconociendo la legislatura tal como había sido instalada por el comisionado nacional, aunque sólo desde la fecha del decreto, lo que importaba no reconocer las leyes dadas durante el entredicho, interpretación a que se prestaba el mismo decreto y la condenación que de esas leyes había hecho el ejecutivo nacional. Salvo este incidente que dependía de la resolución superior, en aquel momento las relaciones del gobernador Zavalla con el gobierno nacional eran las más regulares y constitucionales.

“Las tres consultas simultáneas hechas desde San Juan, llegaron a Buenos Aires el 3 de abril. En esa misma fecha el ministro del Interior las absolvió diciendo, que la inteligencia del decreto era que la legislatura fuese reconocida desde el día de la reinstalación por el comisionado. Al contestar el señor Zavalla no entendía

que por su consulta se constituyese nuevamente en estado de rebelión, y por el contrario, le trataba con toda consideración. Llamo la atención sobre la fecha de esta nota, 3 de abril, porque en ese día ya había sido depuesto el gobernador Zavalla por las fuerzas nacionales.

“He aquí lo que había pasado en el intervalo:

“Después de hecha la consulta el 24 de marzo y pendiente la contestación, el agente del gobierno nacional en San Juan encargado de dar ejecución al decreto revocatorio, no sólo lo suspendió, sino que por sí y ante sí mandó poner en vigencia el decreto derogado, pues no importa otra cosa declarar que las cosas volvían al estado en que antes se hallaban. ¡Si durante el conflicto o controversia, el decreto del gobierno nacional había ultrapasado la medida declarando al señor Zavalla sedicioso, y sujetándolo a la responsabilidad de las leyes militares, después que él había acatado al gobierno y reconocido lo hecho por la intervención, no se comprende cómo un subalterno vuelve a declararlo sedicioso y proceder a tratarlo como tal!

“El agente del gobierno nacional en San Juan, después de declarar nuevamente rebelde al gobernador Zavalla, vuelve a poner las tropas nacionales a las órdenes de la legislatura, y a constituirse en ejecutor y poder ejecutivo de sus medidas, eliminando de hecho al ejecutivo provincial reconocido ya por la Nación. Esto que era realmente una subversión de la forma representativa de gobierno, era por el modo como se procedía, una re-

volución, sin mucho ruido, sin efusión de sangre; pero lo que propiamente se llama una revolución con todos los accidentes de una conjuración, como va a verse.

“Entre las leyes anteriores dictadas por la legislatura a puerta cerrada durante el conflicto de los poderes, había una destinada a derribar de su puesto al señor Zavalla: una ley de enjuiciamiento. Pero, como una vez reconocido éste por el gobierno nacional, la máquina para derribar gobernadores quedaba inútil, se apeló al arbitrio de considerarlo como puesto fuera de la ley; y hecha la consulta se procedió en consecuencia.

“El 25 de marzo vuelve a abrir la legislatura su campaña contra el gobernador Zavalla, y vuelven las grandes irregularidades. En ese día la legislatura da una ley declarando que el gobernador Zavalla era rebelde y traidor a la Nación, y apoya esta declaración en las fuerzas nacionales que habían sido nuevamente puestas a su servicio para apoyarla en el ejercicio de sus funciones ordinarias... (¡declarar rebeldes a los gobernadores que cometían el delito de pedir la inteligencia dudosa de un decreto!)

“A propósito de la calificación de sediciosos de que tanto se ha abusado en esta ocasión, usándose siempre sin propiedad y sin motivo, el mismo gobierno nacional que había incurrido en este error, decía a su comisionado en nota 3 de diciembre: «La sedición la establecen hechos materiales. La sedición es la resistencia opuesta » al cumplimiento de las leyes. A la sedición se opone la

» fuerza armada. » La ley de justicia federal la define más claramente diciendo que es alzarse públicamente en armas. Pero no importaba esto: era necesario que Zavalla apareciese como traidor, sedicioso y rebelde, para que la máquina para derribar gobernadores pudiese funcionar y el gobernador cayese de su puesto.

“A esta intriga se mezclaba un interés bastardo, el mismo que por desgracia encontramos como móvil principal en las cuestiones provinciales toda vez que levantamos el velo político con que se cubren. En el fondo de todas esas cuestiones siempre es el fraude electoral, el complot de los círculos para arrebatarse al pueblo sus derechos.

“Y esto que digo con respecto a la legislatura, lo digo también con respecto del ejecutivo de la provincia; pero ahora voy a contraerme a la primera. Esta corporación que todo lo había comprometido para una elección de senador de bandería, en vez de hacer lo que correspondía para devolver al pueblo la paz alterada, ¿en qué se ocupaba en aquel momento? No se ha de creer: ¡en dictar leyes electorales que no eran tales leyes electorales, sino modos y medios de cambiar registros y escrutadores para escamotear el sufragio popular! ¡Verdaderamente esto causa repugnancia y desconsuelo!

“Si no hubiese abusado tanto de la palabra, entraría a comentar esas pretendidas leyes electorales, y entonces se vería hasta qué punto pueden abdicar el decoro los que, obcecados por las pasiones políticas, todo lo inmolan

a la avaricia del éxito. ¡Pero basta este llamamiento que hago para que cada uno estudie en silencio esas vergonzosas páginas y convencerse ruborizado de que ha dicho la verdad!

“Pero, a pesar de medidas tan hábilmente tomadas, las elecciones para la renovación de la cámara debían efectuarse con arreglo a la ley antes vigente el día 28 de marzo, es decir, bajo los auspicios del gobernador Zavalla. Esta fecha explica otro de los misterios de San Juan. Para que la elección no se verificase en ese día, se reformó la ley, y se trasladó la elección para el segundo domingo de abril, porque para entonces calculaban que el gobernador estaría derribado, y serían dueños del campo. Pero el gobernador había convocado al pueblo a elecciones para el día que señalaba la ley que él consideraba vigente. Entonces la legislatura, viendo frustrados sus planes, se constituyó en poder revolucionario y empezó a conspirar.

“Habiéndose restablecido las cosas al estado en que se hallaban antes, declarando rebelde al gobernador, se consideró dispensada de toda regla porque tenía a sus órdenes un servidor armado para realizar sus propósitos. Desde entonces empezó a proceder como un remedo de la convención francesa o un comité de salud pública. Dictó leyes retroactivas creando el delincuente y el delito, expidió decretos gubernativos, se hizo ejecutora de sus propias disposiciones, se constituyó en juez, acusador y parte, y presidiendo la conjuración llegó hasta confeccionar planes de campaña, como va a verse.

“Empezó por acusar al gobernador Zavalla con arreglo a la ley que en odio a él había dictado durante el conflicto. Una vez hecha la acusación, se dictaron las medidas que diesen el doble resultado de derribar al gobernador de su puesto y de impedir por la violencia la reunión de los comicios públicos, convocados por el gobernador con arreglo a la ley anterior vigente en la provincia.

“Aun cuando esta convocatoria no fuese arreglada, aun cuando las elecciones que se practicasen hubiesen de ser nulas con arreglo a la ley, aun cuando el gobernador Zavalla cometiese abuso al llamar al pueblo a sufragar, la legislatura nunca, en ningún caso, de ninguna manera pudo creerse autorizada para constituirse en ejecutora de sus propias leyes; y si lo que iba a ejecutar no era una ley sino un decreto imperativo como ella misma lo llamaba y como lo era en efecto, puesto que por él se mandaba suspender directamente un acto que no competía al poder legislativo juzgar, ¿qué calificativo daremos a este proceder? ¿Qué necesidad tenía de marchar por estas vías tortuosas, mandando suspender un acto que como legislador podría aprobar o anular cuando las actas electorales les fuesen sometidas y ella fallase como único juez de ellas en pleno derecho?

“¡Pero hasta dónde estarían de obcecadas aquellas inteligencias, que la legislatura que hasta entonces había publicado sus resoluciones a son de cajas y cornetas por medio de bandos, reservó cuidadosamente esta disposi-



ción que parecía tendiente a prevenir un acto público, esperando que el hecho se produjese para sorprender al pueblo cometiendo el gran delito de votar! ¡Es que no se quería comprometer el éxito de las medidas que habían de tomarse en el mismo día y que debían dar por resultado la caída del gobernador; es que todo se sacrificaba al éxito de la conspiración! Tales procederes, si no constituyen un delito en un cuerpo parlamentario, son por lo menos actos indignos; y no pueden merecer la aprobación de un corazón honrado.

“Acusado el gobernador Zavalla, se había acordado sorprenderlo (punto de que me ocuparé más adelante) y para conseguirlo era necesario que todo se hiciese a la vez. Consecuente con este propósito, la legislatura pasó una nota reservada al comandante del batallón de San Juan, que dice lo siguiente: (Lee) « Comunico a usted » los decretos sancionados por esta cámara para hacerlos » promulgar solemnemente mañana, y ejecutar en se- » guida cuanto se refiera a la ocupación militar de las » dependencias de la administración provincial. Se le » recomienda el sigilo más completo respecto a las me- » didas que se le comunican, porque habiendo sido dic- » tadas en sesión secreta, la cámara desea que se hagan » públicas por el acto de su promulgación y ejecución. » (« Boletín Oficial » de San Juan, número 1.)

“Esta nota lleva la fecha de 28 de marzo y debe haber sido escrita en altas horas de la noche. Las medidas a que se refiere son la disolución de los comicios y la ocu-

pación de la casa de gobierno por la fuerza nacional, arrojando por medio de ella al pueblo y al gobernador de su puesto. No creo que un cuerpo parlamentario pueda ir más lejos. Es una orden secreta, secretamente dictada en la obscuridad, que se manda ejecutar con sigilo para que el éxito no falle, contra el pueblo y el gobierno a la vez. Y este número del boletín, que así lo acusa, me ha sido enviado por el señor Godoy, gobernador provisorio nombrado por ellos mismos.

“Con arreglo a este plan acordado en secreto y ejecutado como una sorpresa militar, los comicios populares son disueltos por la fuerza y el gobernador Zavalla depuesto por la acción directa de las bayonetas nacionales.

“Se dirá que el gobernador Zavalla había sido suspendido y que las fuerzas nacionales no hacían sino apoyar a la legislatura en sus funciones ordinarias. Pero ésta no era función ordinaria y por consecuencia la fuerza armada no debía apoyarla ni ejecutarla si la provincia estaba intervenida; y si no lo estaba, era un ataque contra la soberanía local. Luego veremos que esa fuerza ejecutaba actos contrarios a las mismas leyes que se dice apoyaba.

“Si las fuerzas nacionales no hubiesen estado a órdenes de la legislatura, aquel conflicto se habría arreglado, como se terminan todos los conflictos en los pueblos democráticos, apelando al sufragio popular. Creo más, haciendo justicia a la prudencia y previsión del gobierno, que si él hubiese estado más inmediato al teatro de los

sucesos, no habría desperdiciado la ocasión que se le presentaba para resolver la cuestión de San Juan de la manera más radical y benéfica para todos.

“Toda la cuestión había sido en su origen una cuestión entre dos minorías parlamentarias, una de las cuales se había abstenido, y la otra había obrado hasta formar quórum y hacerse reconocer como poder legislativo, y excluir de su seno a los miembros disidentes. Por una coincidencia verdaderamente feliz terminaban el 28 de marzo una gran parte de los diputados de una y otra fracción, terminaban su mandato por ministerio de la ley, y la legislatura quedaba de nuevo en minoría. Llamado el pueblo a las urnas para integrar la legislatura, se presentaba la ocasión propicia de hacer intervenir en la cuestión el más eficaz y poderoso de todos los interventores, y la opinión pública la habría resuelto muy pacíficamente inoculando un nuevo elemento de vida y fuerza al gobierno provincial. Era la solución más natural, el triunfo más bello de la intervención nacional y el resultado más benéfico para la localidad.

“Indudablemente que si el gobierno nacional hubiese estado allí, en vez de mandar sus soldados para disolver a culatazos los comicios públicos, los habría enviado para garantizar el orden a la vez que la libertad del sufragio.

“Pero desgraciadamente, el ejecutivo nacional, cuyo plan no alcanzo en esta intervención, no dirigía el movimiento ni preveía los acontecimientos; y según ellos iban viniendo, iba proveyendo a ellos, obedecía a impulsacio-

nes que lo llevaban a aceptar hechos consumados de que se hacía solidariamente responsable.

“Así, luego que tuvo lugar la deposición del gobernador Zavalla por las fuerzas nacionales, no obstante que este hecho era producido contra sus previsiones, y según parece de los documentos, hasta contra sus deseos, se considera obligado a sostener la conducta de su agente en San Juan.

“Entonces viene la teoría *ad hoc* de que las fuerzas nacionales no habían depuesto al gobernador Zavalla, que era la legislatura la que lo había suspendido, y que aquélla no había hecho otra cosa que apoyar a la legislatura en la ejecución de leyes y decretos que no era de su resorte objetar.

“Para llegar a esta conclusión, el ejecutivo nacional tuvo necesidad de establecer un precedente que aparece por primera vez en la cuestión, y de invocar una doctrina fundamental que corresponde a la parte teórica de este negocio.

“Lo examinaré por su orden.

“Solicitada por el gobernador Zavalla la intervención para ser repuesto, el gobierno nacional le contesta que no le debe protección, por cuanto no habiendo acatado sus resoluciones no se encontraba en pie regular de las relaciones oficiales. Esto se decía el 19 de abril, cuando quince días antes, en la nota de 3 de abril, se había dicho lo contrario, reconociendo al señor Zavalla en condiciones regulares, después de haberle dispensado de la

acusación de rebelde y mandándole presentar las armas; cuando estaba publicado el decreto del gobernador atacando las resoluciones del interventor, y cuando lo único que había ocurrido era una simple consulta que fué absuelta amistosamente a los cinco días de estar depuesto el señor Zavalla, sin que entonces aparezca para nada este precedente que aparece por primera vez luego que se conoce la deposición.

“Llamo la atención del senado sobre esta circunstancia, y prescindiendo de lo errado de la jurisprudencia que se hace valer en la nota de 19 de abril y de lo inexacto de los precedentes en que se funda, paso a ocuparme del principio fundamental que ella envuelve y compromete.

“La legislatura de San Juan, que impulsada por el odio y agitada por pasiones del momento, ha procedido por instinto y todo lo ha sacrificado al éxito, ha encontrado un teorizador para explicar y justificar uno de sus actos más trascendentales, y este teorizador ha sido el mismo gobierno nacional.

“Me refiero, señores, al juicio político.

“Después de las varias cuestiones que se han tocado y que se ligan a este debate, tal vez ninguna es más útil que la que he enunciado. Desearía por lo tanto tratarla con detención en sus aplicaciones prácticas; pero siendo la hora avanzada, y deseando ceder la palabra de que he usado con tanta deferencia por parte de mis honorables colegas, procuraré ser lo más conciso que me sea posible.

“Se ha dicho, señor presidente, que el juicio político es inherente a las instituciones representativas republicanas, porque, siendo la responsabilidad de los gobernantes un principio fundamental del sistema democrático, todo mandatario o funcionario público responsable de sus actos ante el pueblo, debe tener un tribunal ante quien responder de los delitos o faltas que cometa en el ejercicio de sus funciones, y esta atribución corresponde en su esencia a la legislatura.

“Creo haber presentado el argumento que podría hacerse valer, con todo el vigor y toda la corrección que exige la discusión cuando de buena fe se busca la verdad.

“Me parece conocer uno de los libros que el señor ministro tiene por delante: me refiero a la obra de Cushing sobre las prácticas parlamentarias. En ella se establece la proposición en forma de cuestión y se dice: «Entre » nosotros la cuestión de si el procedimiento por vía de » *impéachment* es o no un atributo necesario de un » cuerpo legislativo, no hay para qué resolverla, por » cuanto este procedimiento es materia constitucional entre nosotros, estando expresamente mencionado y establecido por la constitución de los Estados Unidos y de » todos los Estados de la Unión. » (*Lex parlamentaria americana*, página 985.)

“En efecto, tanto en la constitución de los Estados Unidos como en la de los treinta y cinco Estados que los componen, se halla expresamente determinado: la responsabilidad, la competencia, los delitos y el procedi-



miento, sin que se libre nada a la discreción de la legislatura. Todas ellas sancionan el principio de la responsabilidad, pero cada uno le da distinto alcance y forma. Así en la Carolina del Norte acusa el gran jurado, en Nueva York interviene el poder judicial, en Virginia se pueden aplicar todas las penas como en el parlamento inglés; en unas partes se refiere a los crímenes, siendo ilimitada la responsabilidad ante el tribunal político. Así es que en aquella escuela práctica de las instituciones libres, jamás se ha entendido que era una facultad inherente, un atributo del cuerpo legislativo, si no le estaba expresamente delegada, o en otras palabras, que era « materia constitucional », como dice Cushing.

“Los Estados Unidos marcan una era en la historia del desarrollo y ejercicio de la soberanía popular. Ellos han enseñado al mundo cómo la soberanía popular se delega y no se abdica, reteniendo aquella parte que no ha sido expresamente delegada. En otras partes, y muchas veces entre nosotros hasta hoy mismo, se ha incurrido en el grave error de sostener que los representantes son el pueblo, porque representan al pueblo. La noción contraria es la base del propio gobierno y la más eficaz garantía contra la exageración de los poderes ilimitados. Así, en los pueblos libres, únicamente se dice: « Nos el pueblo », cuando se reúne una convención de delegados del pueblo. De este principio luminoso fluye la doctrina de que todo aquello que no es derecho natural o llamémosle de origen divino, por cuanto pertenece al hombre

creado por Dios y en su calidad de hombre, es indispensable que esté expresamente escrito en la constitución para que tenga valor y fuerza de ley. Por esto se ha dicho que una constitución escrita es un gran progreso, porque se limitan y definen las facultades de los poderes públicos y se consagran los derechos inalienables de los pueblos.

“Entre nosotros la facultad de hacer efectiva la responsabilidad de los gobernadores por medio del juicio político, fué en un tiempo atribuída al senado de la Confederación. Cuando se reformó la constitución se borró esto, diciendo que no correspondía a la Nación juzgar gobernadores por actos del orden provincial, habiendo además la experiencia señalado los peligros que para las soberanías provinciales podía acarrear tal facultad.

“Si esta reforma a que me refiero hubiese versado sobre uno de aquellos derechos inherentes a los poderes, quiere decir que eliminado de la constitución nacional habría sido devuelto al poder que tenía tácita o expresamente la facultad de ejercerlo en el círculo provincial, o al poder que según el derecho local lo ejercía antes de la constitución. Pero si era, como lo es, un derecho que reside originariamente en el pueblo y que él debe expresamente delegar para que pueda ser ejercitado, es claro que volvió a quedar inmanente en el pueblo, no para autorizar de su parte resistencias ni revoluciones, sino habilitándolo a llenar ese vacío que quedaba en las cons-

tituciones locales en el modo y forma que lo hallase mejor, y mientras tanto regirse por sus antecedentes.

“La ausencia de una disposición sobre la materia tiene el inconveniente de no hacer práctica la responsabilidad reconocida en principio, pero es menor que librar al acaso una facultad que debe ser claramente definida.

“Por otra parte, señores, esta atribución que es muy útil, no es tan absolutamente esencial al buen gobierno de los pueblos libres, porque precisamente, cuanto más libres, menos necesitan hacer efectiva la responsabilidad de sus mandatarios. Es más bien un arma de combate que de defensa usual.

“Esta distinción tuvo su origen en Inglaterra cuando el pueblo luchaba cuerpo a cuerpo con la corona, cuando los parlamentos se defendían contra los poderosos, cuando necesitaban de un arma terrible para atacar y defenderse a la vez. Fué entonces que el parlamento inglés, armándose de esta alta facultad, constituyó el juicio político, para poder llamar ante su barra a los criminales políticos; hacerlos responsables de los abusos de poder cometidos en daño del pueblo, y hacer rodar sus cabezas si quería. Pero hace más de setenta años que en Inglaterra no se ejerceita el juicio político, porque carece de objeto práctico por el ensanche de la misma libertad. Como lo observa Cushing en el libro que cité antes, la vigilancia eficaz de los parlamentos, su control inmediato sobre los funcionarios públicos, la actividad de la opinión, la acción morigeradora de la prensa, la influencia

de los tribunales de justicia, y los mil modos más o menos directos que hay para hacer efectiva la responsabilidad día por día, hace que los delitos propiamente punibles por el juicio político sean prevenidos en vez de castigados, y que no sea tan necesario el complemento del organismo político. (V. *Lex parlamentaria*, página 981.)

“Además, señor presidente, no tratándose de un principio incontrovertible que basta enunciar para saber a quién pertenece y quién lo ha de ejecutar, si ese principio no está escrito en la constitución, no es inherente a ningún poder público, y no le es permitido ejercitarlo sin delegación expresa del pueblo. Tal es el caso de San Juan; y tal es el punto en discusión.

“El juicio político que es cumplimiento de la ley de la responsabilidad, tiene variadas aplicaciones y diversas formas como se ha visto; y si bien la responsabilidad es la esencia de las instituciones libres, la competencia para hacerla efectiva no es, ni puede ser inherente al poder legislativo con arreglo a la naturaleza de estas mismas instituciones.

“Uno de los principios fundamentales, inconclusos, del régimen representativo, es la rigurosa división de los poderes, de tal manera, que si uno de ellos por excepción ejerce facultad que no corresponda a su naturaleza, sea sólo en virtud de delegación expresa. La facultad de juzgar en juicio político, no es función legislativa, sino judicial, como lo reconocen unánimemente todos los publicistas, y por lo tanto es desconocer los elementos del

sistema representativo, sostener que tal atribución es de la esencia del poder legislativo, y que es un atributo necesario de las legislaturas. Lo contrario se desprende lógicamente de la noción de la división de los poderes. Así, pues, la facultad de juzgar se deriva para los parlamentos de la autorización, y no implícitamente del principio de la responsabilidad. Esto es evidente. La legislatura de San Juan no la tenía, luego no estaba autorizada para constituirse en juez.

“Por último, en San Juan existe como en todas las demás provincias, la responsabilidad por medio de la residencia, que suple hasta cierto punto al juicio político, y allí, por su constitución de 1825, que está aún vigente en la parte relativa al poder judicial, se somete a la corte de justicia el conocimiento y juzgamiento de las causas de residencia y responsabilidad, y además de los delitos que se perpetran contra la constitución y el orden público, de manera que si por los antecedentes constitucionales, si a algún poder le correspondiese tal jurisdicción, sería a aquel que lo había ejercido anteriormente, según lo observé antes. (V. *Carta de Mayo*, capítulo V, artículos 1 y 2.)

“Más podría decir sobre esta cuestión, que considero como la más importante de las que se debaten, pero tendría que extenderme demasiado, y necesito descender a las aplicaciones prácticas para pasar en seguida a ocuparme de otro punto conexo con ella y que no es menos importante.

“¿Cuál era el rol de la intervención nacional en San Juan con respecto al juicio político de que se trata? Absolutamente ninguno. El ejecutivo nacional como poder interventor no tenía nada que hacer para apoyar la ley de enjuiciamiento de la legislatura de San Juan, ni menos en lo relativo a la acusación del gobernador Zavalla; porque no era de su incumbencia, y la constitución se lo prohíbe. Así, cuando se dice que ha apoyado a la legislatura para cumplir estas sanciones, no se habla correctamente. Lo que se ha apoyado es lo que por ahora llamaré decreto, como ella lo llama, por el cual se mandaba suspender al gobernador Zavalla. Las fuerzas nacionales ejecutando este decreto, convirtieron la suspensión en deposición, ocupando con fuerza armada la casa del gobierno provincial y arrojando violentamente de ella al gobernador.

“Pero tomo la ley de enjuiciamiento dictada por la legislatura tal como es; hasta concedo que estuvo en su derecho al darla no obstante que lo hizo *ex post facto* con violación del artículo 18 de la Constitución, y me pongo en el caso de que esto es lo que el ejecutivo ha querido y entendido apoyar en su calidad de interventor.

“¿Qué dirían los señores ministros si yo les probase que esa misma ley es la que se ha violado, y que es la violación y no la ley la que ha sido apoyada y ejecutada por las fuerzas nacionales? ¿Qué me dirán? Pues voy a probarlo.

“La ley de enjuiciamiento que nos ocupa lleva la fe-



cha de 15 de febrero y fué sólo promulgada el 2 de abril según consta del *Boletín* de San Juan.

“Por el artículo 25 de esa ley se dispone lo que va a oirse: (Lee) « Cuando el acusado sea el gobernador de » la provincia, si la Cámara pronunciara su destitución, » nombrará el gobernador interino que deba reemplazarlo » (Núm. 3 del *Boletín Oficial*.)

“Esto vale tanto como decir que del hecho de la acusación no deduce la legislatura sino el derecho de juzgar; que el interinato empezará cuando se pronuncie la destitución del gobernador; que sólo en ese caso se nombrará quien lo reemplace interinamente y que no será depuesto ni suspendido sin previo juicio y sentencia legal.

“Mientras tanto, el 27 de marzo por la noche se declara el interinato y se decreta la suspensión del gobernador acusado, y el 28 por la mañana es ejecutado este decreto por las fuerzas nacionales, deponiendo de hecho al señor Zavalla. Debo hacer notar que uno de los considerandos del decreto, el 2, dice que Zavalla « se halla en » rebelión contra el Poder Legislativo provincial y contra la autoridad nacional », cosa que nadie sostiene hoy, y que por el contrario el Ejecutivo Nacional ha refutado en documentos posteriores. De manera que lo que se ha apoyado es una violencia de la ley misma que se dice apoyar; una falsedad a la vez que una violación, y lo que es peor que todo, es una transgresión manifiesta de las reglas del juicio político, como voy a demostrarlo.

“Es una regla universalmente reconocida, que puede

llamarse un principio, y creo que nadie se atreverá a contradecirlo, que no puede suspenderse a un alto funcionario de la categoría de los gobernadores de provincia, mientras no se pronuncia la sentencia condenatoria y sea en consecuencia destituido.

“Dice Pomeroy (en un libro que debe tener el señor ministro sobre su mesa), en su introducción al derecho constitucional de los Estados Unidos, obra publicada recientemente y que tiene autoridad, lo que voy a leer: (Lee) « ¿Puede un funcionario acusado ser suspendido en » el ejercicio de sus funciones oficiales durante los pro- » cedimientos del juicio final y antes de ser absuelto o » condenado? El presidente, el vicepresidente y los jue- » ces evidentemente no pueden ser suspendidos ni por » una sanción de la Cámara de Diputados, ni por una » ley del Congreso. De seguro, la Constitución no da el » poder expreso para suspender; y si tal autoridad exis- » tiese debería derivarse por implicancia de otras fuen- » tes. Un hecho es de todo punto concluyente sobre esta » cuestión, sin que quede la más mínima duda respecto » del texto de la Constitución. El presidente, vicepresi- » dente y jueces, mientras desempeñan sus funciones, » están colocados por la Constitución en una posición » enteramente independiente de la legislatura: los perío- » dos para el desempeño y duración de sus funciones son » fijos y determinados: ellos, así como el Congreso, de- » rivan su autoridad de la ley fundamental: el único » modo de removerlos es la acusación, el proceso y la

» condenación. « Este proceder no es legislativo sino un  
» acto judicial. » El Congreso como corporación no re-  
» mueve, sino que la Cámara de Diputados acusa, y el  
» Senado procesa y condena. » (Pomeroy, *Const. Law*,  
etcétera., pág. 494.)

“Agrega el mismo autor: (Lee) « Con respecto a fun-  
» cionarios subalternos en el orden ministerial, pienso  
» que la facultad existe. Estos funcionarios son creados  
» por la ley; la Constitución no les ha prescripto término  
» para su duración, hallándose por consecuencia en este  
» punto a disposición completa del Congreso. Parece por  
» lo tanto que la legislatura puede, por una ley de ca-  
» rácter (*by general statute*), proveer respecto de la sus-  
» pensión de todos los funcionarios subalternos en el or-  
» den ministerial, durante el transcurso de una acusación  
» entablada contra ellos. No pienso que las medidas de  
» arresto, caución o confinación en los procedimientos  
» criminales ordinarios tengan ninguna analogía con esto,  
» y los precedentes de Inglaterra, sin embargo de ser tan  
» numerosos, no dan ningún auxilio a la interpretación  
» de la Constitución al respecto ». (Pomeroy, etc., *íd.*, *íd.*)

“Tenemos aquí por una autoridad competente, corro-  
borada por la práctica universal, que aun cuando la le-  
gislatura hubiese estado en su derecho al acusar, no ha  
tenido la facultad para suspender.

“Como legislatura dictó bien o mal la ley de enjuicia-  
miento, como tal legislatura acusó. Pero, cuando mandó  
suspender al gobernador Zavalla, ya no procedía en su

carácter de legislador, sino atribuyéndose la calidad de jurado, dictando lo que se llama judicialmente auto de juez. Es decir, que estando acusado el señor Zavalla en virtud de una ley que disponía que sólo en el caso de destitución se procedería a nombrar gobernador interino, suspende el propietario en contravención de su misma ley, con violación de los principios a que el caso se subordina.

“Por consecuencia, no es un acto legislativo, en el desempeño de las funciones ordinarias de la legislatura, lo que el Ejecutivo Nacional ha apoyado y hecho ejecutar en tal ocasión, sino un auto del que se llamaba juez sin serlo, y quebrantada la misma ley que debía ser su norma.

“Me parece que esto es concluyente para demostrar la proposición que había avanzado.

\*  
\* \*

“Diré algo más para ilustrar esta materia, que podría ser largamente explanada; pero que me falta tiempo para hacerlo.

“Después de la reforma de la Constitución, que abolió la responsabilidad de los gobernadores para ante el Senado Nacional, varias provincias quisieron proveer a este vacío haciendo efectiva la responsabilidad de los gober-

nantes, comprendiendo, como no podían dejar de comprenderlo, que esto sólo podría efectuarse por una delegación expresa del pueblo, es decir, por una reforma de su Constitución local sancionada por una convención *ad hoc*.

“En consecuencia de esto establecieron medios y modos constitucionales de arreglar el juicio político.

“La provincia de Corrientes me parece que fué la primera que reformó su Constitución, atribuyendo esa facultad a la corte de justicia unida con la legislatura.

“La provincia de Santa Fe hizo otro tanto en 1863 creando una especie de gran jurado sacado del seno del colegio electoral.

“La provincia de Jujuy creó un tribunal extraordinario para entender en este caso.

“En La Rioja se atribuyó también esa facultad a un tribunal independiente de la legislatura.

“Lo mismo se hizo en Santiago del Estero.

“En Buenos Aires existía ya en su Constitución, siendo la única provincia en que, existiendo el sistema bicamarista, se halla más regularmente establecido.

“En seis provincias se ha entendido que sólo por delegación expresa podía ejercerse esta facultad: que no podía presumirse, que debía expresarse.

Otras, como la de Córdoba, por ejemplo, se han abstenido de usar de tal facultad, entendiendo que no podían ejercerla por mera deducción.

“En San Juan ya hemos visto que por la Carta de

Mayo el juicio político y el de residencia estaba atribuído a la corte de justicia.

“En todas partes se obedece a la misma lógica, se determina de antemano el tribunal, y se distinguen el acusador del juez.

“Es que ésta es una de las nociones más claras del derecho constitucional, por cuanto nace del principio fundamental de la división de los poderes, y de la limitación de las facultades que no estén expresamente conferidas por la Constitución en nombre del pueblo.

“Hamilton, al hablar de esta materia en el *Federalista*, examina en qué casos y de qué modo puede ejercitarse esta facultad, una vez dada la delegación, que era su punto de partida. La conclusión a que llega es que, sin el sistema bicamarista, no puede atribuirse tal facultad al cuerpo legislativo, y que la existencia de las dos cámaras es indispensable para que produzca sus efectos. (V. *The Federalist*, cap. XVI.)

“En Inglaterra donde tuvo su origen la institución, hubo siempre una cámara popular para acusar, y una cámara superior considerada como alta Corte de Justicia de la Nación que juzgaba en último grado.

“Los Estados Unidos adoptando el sistema bicamarista fueron bastantes felices para establecer el juicio político sobre las mismas bases, aunque con distintas formas y diverso alcance; pero siempre dividiendo el acusador del juez, y procediendo no en virtud de facultades presuntivas, sino por delegación expresa del pueblo.



“Que no es facultad inherente al poder legislativo el juzgar en juicio político, ni que le sea atribuída implícitamente en virtud de la forma republicana, es punto sobre el cual no hay para qué volver. Los que han sostenido lo contrario han confundido la excepción con la regla.

“Pero lo que no se le ha ocurrido a ningún publicista sostener es que tal atribución pudiera ser facultad inherente a una cámara única, que hiciese de juez y parte, acusando y condenando a la vez que calificase el delito, determinase el reo, aplicase la pena y la ejecutase por sí misma, como lo ha hecho la legislatura de San Juan, cuyos actos han merecido el honor de ser teorizados.

Señor presidente: No soy de los más ardientes abogados de los gobernadores de provincia, de quienes he dicho con frecuencia que no llenan cumplidamente las funciones para que el pueblo los ha elegido, que malgastan las fuerzas del gobierno en objetos ajenos y contrarios a su institución; y que, buscando en las legislaturas cómplices o instrumentos para el falseamiento del sufragio popular, comprometen el crédito de las instituciones, privándose del apoyo de las fuerzas viriles de la opinión. Por consecuencia no soy aquí el abogado del gobernador Zavalla, sino el defensor de la dignidad y de la soberanía de la provincia de San Juan.

“Quiero que se respete la base fundamental de nuestro sistema, que son los derechos de las provincias con todas sus imperfecciones, conciliándola con las exigen-

cias del orden y de la libertad: quiero la paz entre los poderes públicos, para que su acción se arregle a la acción de las democracias, que es la mayoría: quiero, por fin, que no compliquemos el difícil problema de consolidar el orden a la par de la libertad, propalando doctrinas que no pueden dar otro resultado sino el descrédito mismo de las instituciones mismas establecidas sobre bases falsas.

“Es de deplorarse que altas y privilegiadas inteligencias acrediten erradas doctrinas.

“Señor presidente: Lo que ha sucedido en San Juan y en varias otras provincias nos da la medida de lo que sucedería si la facultad del juicio político se considerase función inherente a la legislatura, es decir, función ordinaria con cámaras únicas, sin regla anterior en la Constitución. Faltando el contrapeso y correctivo, toda la mayoría parlamentaria en ellas se convertiría o en instrumento del Ejecutivo o en mayoría revolucionaria. Como en San Juan crearía el delito en cada cuestión con el gobernador, daría la ley penal para el caso ocurrido, suspendería por el solo hecho de acusar, se constituiría en acusador y juez a un mismo tiempo, y anularía la independencia de los poderes como la ha anulado la legislatura de San Juan, al disponer por el artículo 28 de su ley de enjuiciamiento, que la simple acusación de un ministro obliga al gobernador a separarlo de sus consejos, lo que es todavía más monstruoso que la suspensión del gobernador.

“Tales serían los resultados prácticos de tales doctrinas una vez acreditadas, con nuestras asambleas únicas y nuestro estado político y moral. Y felices si en medio de tales excesos las fuerzas de la opinión no abandonasen a los poderes públicos, y los dejasen agitarse en el vacío dando el triunfo a la violencia.

“¡El mismo gobierno que teorizando sobre la legitimidad de la ley de enjuiciamiento de San Juan la ha sostenido, ha determinado reglas fundamentales que han sido violadas en ella, como por ejemplo las acusaciones aceptadas por simple mayoría, cuando el voto de las dos terceras partes es tan esencial para la acusación como la condenación!

“¡El mismo Gobierno Nacional invocando precedentes errados y una jurisprudencia que la ciencia y la experiencia contradicen, ha autorizado la deposición de un gobernador de provincia por medio de sus tropas, poniéndose al servicio de una simple mayoría, que ni como legislador, ni como juez procedía!

“Cuando esto sucede en las altas regiones de la inteligencia, ¿qué sucedería si tales teorías se acreditaran allí dónde no tienen correctivo!

“Por lo que a mí hace y no obstante lo dicho, no impondría a la legislatura de San Juan si se hubiese limitado a dar una ley general de responsabilidad para lo futuro, por más que sostenga que esta facultad sólo puede ejercerse por delegación expresa. Lo que deploro es que no haya tenido medida al dictar esa ley, y que

cuando vuelva el gobernador a su puesto, si es que el Congreso así lo dispone, no se encuentre delante de una ley justa, de un juicio imparcial y severo y de una jurisprudencia equitativa, para que pudiese ser legalmente condenado si lo merecía, y se defendiese si le era posible. Habría deseado esto para dar un buen ejemplo, para robustecer el poder de los pueblos, para dar más ensanche a las libertades, para cimentar más las instituciones, mejorando así la condición de los gobernadores cuyos procederes he criticado tantas veces.

“Pero, si esto no es posible por el momento, si la responsabilidad del señor Zavalla no puede hacerse efectiva en esta forma, debo declarar que después de haber sido imparcial y conciliador dando a cada cual la parte de reprobación o de justicia que le corresponde, tal como lo he entendido, considero que los errores del señor Zavalla de que no somos jueces, y de que en todo tiempo será responsable con arreglo a la ley, no lo inhabilitan para ser gobernador mientras no sea legalmente condenado; y que por consecuencia se halla bajo los auspicios de la soberanía provincial, porque ha sido ilegalmente suspendido, y porque en todo caso no era el Gobierno Nacional a quien tocaba deponerlo por medio de la fuerza.

“¡Que la bandera de la soberanía provincial lo cubra!

“¡Que pase la mercancía cubierta por la bandera!

Voy a terminar, señores.

“Creo que la solución que propone la comisión es, no sólo constitucional, sino también práctica y tranquiliza-

dora. Si ella fuese adoptada, habría siempre que buscar una solución que respondiese a las necesidades de la provincia de San Juan, restituyéndole su paz alterada, y encaminándola por el sendero de sus instituciones propias. Porque, si en vez de esto, llegásemos a la adopción de una fórmula negativa como la de la comisión en disidencia que propone que no se haga nada, no habríamos hecho otra cosa que ejecutar aquel movimiento estéril que la mecánica realiza en los molinos, y que un publicista célebre ha aplicado a los gobiernos incapaces de producir resultados.

“Hay momentos en que, cuando no se quiere o no se puede moler el trigo de los molinos, se transporta la coirrea sin fin que imprime el movimiento, a una rueda aislada que se llama la polea loca. Todo el sistema se paraliza entonces; el trigo no se muele, la harina no cae. Sin embargo, si el molino es de vapor, sigue el fuego ardiendo, si es de agua sigue ésta corriendo, mientras las grandes ruedas disipan sus fuerzas en el vacío sin producir ningún trabajo útil.

“Esta es una cuestión nacional que ha llamado la atención de la República, y en la que están comprometidos los más importantes principios de gobierno; si después de tan larga expectativa en que el pueblo ha estado pendiente de las resoluciones del Congreso, le diésemos fielmente un voto negativo que nada resuelve, nada remedia y nada salva, nos habríamos declarado por el hecho tan incapaces como impotentes. Y más adelante, si es que

estos debates llegasen a ocupar algún día la atención de nuestros descendientes, ellos podrían decir, y con razón, que los congresos y los ejecutivos de esta época eran como las poleas locas de la máquina constitucional, que bastaba transportar a ellas la cuerda que imprime el movimiento para que las fuerzas se perdiesen en el espacio, sin dar más resultado que un torrente de palabras y de papeles sin aplicación útil.

“He dicho.”

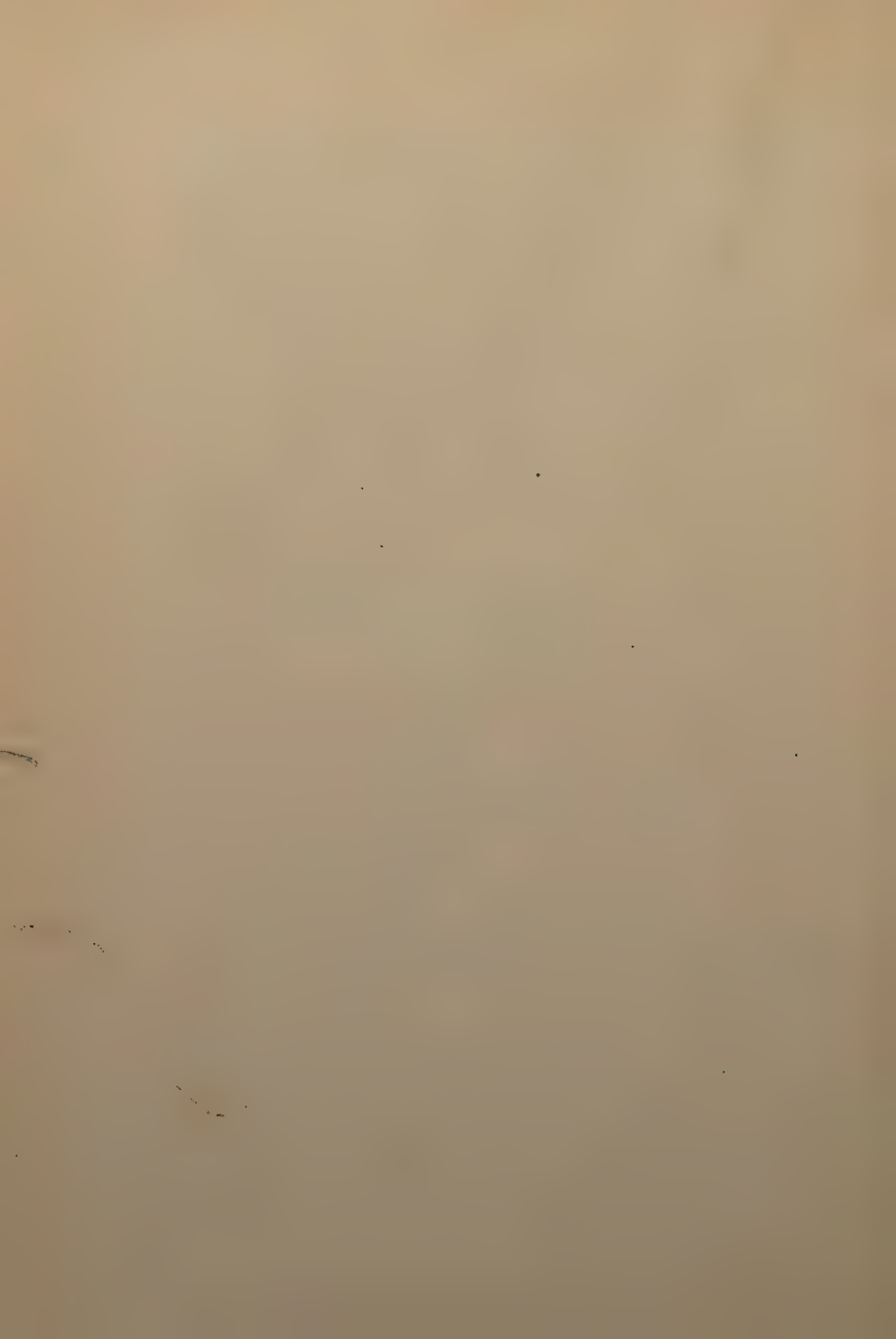
\*  
\* \*

De los discursos pronunciados con el motivo expuesto, alguno de los cuales pueden, por su sencillez, claridad y sólido razonamiento del método en la exposición, traer al recuerdo las oraciones de Demóstenes, este discurso de Mitre arguye en favor de la comparación y evidencia que el joven orador de la raza de Aquiles, como lo llamó el ministro doctor Vélez Sársfield, era, sin duda, una potencialidad intelectual, con la preparación que se exige al hombre de estado y que era también muy particularmente un pensador.

Corresponde al lector juzgar del mérito del discurso.

---







## MITRE POLEMISTA

### VIII

Discusión con el doctor Vélez Sársfield respecto a la «Historia de Belgrano», y con el doctor Vicente Fidel López a propósito de las invasiones inglesas. — Observaciones a Sarmiento sobre su misión diplomática ante el gobierno del Perú. — Polémica con el doctor Juan Carlos Gómez relativa a la Guerra del Paraguay. — Crítica de Mitre a la carrera diplomática de Alberdi. — Réplica de Alberdi y contrarréplica de Mitre.

---

Pero lo característico de la vida del ilustre estadista, está en la difusión de las diversas tareas que se impuso y lo vasto y variado de sus estudios, que son la multiplicidad de sus actos y obras que, como es natural, hostilizaron sus adversarios, los hombres de más talla, los representativos, y de ahí también las polémicas históricas, políticas y diplomáticas, que como gobernante, historiador y diarista sostuvo con Vélez Sársfield, Vicente F. López, Sarmiento, Juan Carlos Gómez y Alberdi, sucesivamente, y en las que, sea dicho como testimonio de verdad absoluta, en todas ellas salió triunfante.

Es notorio que a poco de darse a luz la primera edición de la *Historia del General Belgrano*, que no fué

sino una ampliación de la biografía que del mismo general publicó su autor en la *Galería de Celebridades Argentinas* (era esto en 1858 o 1859, si mal no se recuerda), salió a refutarle las afirmaciones a Mitre, el doctor Dalmacio Vélez Sársfield, en las columnas de *El Nacional*, y entonces Mitre, cuya veracidad e imparcialidad como historiador no se podrá jamás poner en duda, salió también a la palestra a defender su obra, la primera que tenía el carácter de fundamental.

Es sabido que si la discusión fué interesante, por el significado de los contendores y el tema o temas en discusión, el público lector que seguía atento el debate reconoció el triunfo en Mitre, adjudicándole la palma de la victoria. De ahí la obra de Mitre: *Belgrano y Güemes*.

Sostuvo luego una discusión más famosa, la relativa a las invasiones inglesas, en la que el contrincante ya no era el doctor Vélez Sársfield, versado en el conocimiento de nuestra historia como observador de los sucesos y hombres de la independencia que le eran coetáneos, sino el doctor Vicente Fidel López, instruido también en el conocimiento de historia argentina por su observación personal y la especialidad de sus estudios.

No es el caso de hacer un paralelo, ni entrar en comparaciones minuciosas respecto al valor que como historiadores tienen ante la reflexión de los estudiosos Mitre y López; pero si es innegable que el doctor López seduce por el brillo de su estilo y la animada descripción de sus cuadros, en los que luce sus aptitudes para escribir filo-

sofía de la historia, a punto tal, que empezada la lectura de la obra el autor tiene pendiente a los lectores con la amenidad de lo que escribe, también interesa, y mucho, Mitre con su estilo fácil, claro y correcto, y sus observaciones sesudas sobre los hechos y personajes, todo sabia y prolijamente documentado y fundamentado en la verdad, porque Mitre no la sacrifica en homenaje a nadie ni de nada: por muy simpático que sea el personaje no le seduce a punto de alterar la verdad.

En la opinión unánime de los estudiosos respecto de esa discusión, que fué famosa y que obligó a Mitre a escribir dos tomos de historia con el título *Rectificaciones Históricas o Comprobaciones Históricas*, quedó vencido el doctor Vicente Fidel López. Entre los historiadores americanos, dice en elogio sobre el particular, el juicio del publicista chileno Diego Barros Arana, cuando, en carta fechada en Santiago, a 24 de abril de 1882, califica el trabajo histórico de Mitre de “prolijo y profundo estudio de los hechos”.

\*  
\* \*

Es también principal renglón — aunque no se trate en este punto de discusión, porque los gobernantes no discuten con sus subalternos, sino que les ordenan a éstos — las observaciones fundamentales y atinadas que Mitre formulaba a Sarmiento, ministro plenipotenciario de la

Argentina en el Perú, con motivo de los anhelos de nuestro representante para incorporarse e intervenir en el Congreso de Plenipotenciarios de Lima, a propósito de la ocupación de las islas Chinchas, hecho éste que, junto con otros que después acontecieron, dió motivo a la guerra que tuvo lugar entre España y las repúblicas del Pacífico: Chile, Perú y Bolivia.

Un escritor de los nuestros, en cuanto cabe la afirmación, si se ha de tener presente su larga residencia en el país, sus servicios, los empleos que ha desempeñado y desempeña y las numerosas publicaciones de que es autor y que le dan patente muy alta de escritor de nota y de muy rara ilustración, el señor director de nuestra Biblioteca Pública Nacional, don Pablo Groussac, ha declarado, ocupándose de las cartas de Mitre a Sarmiento, a propósito del Congreso, que a la postre fracasó. “que no vacila en afirmar que en esas cartas del general, inferior a Sarmiento en la espontaneidad robusta del pensamiento y del estilo, aparece” Mitre “incomparablemente superior por la amplitud de las vistas políticas y el exacto conocimiento de la sociología americana”, y luego afirma “que a su juicio, tal vez, sea el general Mitre el verdadero hombre de estado de este grupo continental”.

En el caso del Congreso de Lima y sobre el cual afirmaba Sarmiento que su personalidad había de tener tanta influencia, el general Mitre, presidente en esa época (1862) de la República, no quería comprometer a ésta, en aventura política alguna que pudiese afectar

a un país que, como la Argentina, entraba recién, en ese año de 1862, unida dentro del respeto a los derechos de todos, a vivir en la mejor armonía con los países del mundo civilizado. Su política, en ese entonces, era expectante y el anhelo del hombre de estado que gobernaba a la república, en el orden y la paz, después de medio siglo de guerras y anarquía, era el respeto mutuo para las naciones y los gobernados.

Encuadrada la idea política internacional de Mitre dentro del alto concepto de la defensa correlativa a los estados americanos, si llegaba el doloroso caso de recurrir a ella, el estadista argentino exponía esa idea con motivo de los hechos acaecidos en Méjico, el año 1862, en las declaraciones que formulaba al congreso en el mensaje de ese año en los siguientes términos:

“Se ha recibido del gobierno del Perú la nota relativa a la cuestión de Méjico, que se registra en el anexo G; habiendo con este motivo recibido igualmente invitación de parte del ministro de la misma república cerca de la Argentina, para adherir a un tratado continental a fin de ligar los intereses de las repúblicas americanas entre sí y garantizar en lo posible su independendencia, su forma de gobierno y los principios de derecho público internacional que deben ser la regla de las relaciones entre sí y con las demás naciones del mundo. La nota ha sido contestada en los términos que consta del mismo anexo; habiendo relegado para cuando se establezca definitivamente la autoridad nacional, la contestación del otro punto de



un orden más trascendental, por cuanto al aceptar las autorizaciones de los pueblos para mantener las relaciones exteriores, me impuse el deber de no comprometer directa ni indirectamente la soberanía nacional. Sin embargo, el Encargado del Poder Ejecutivo Nacional, cree deber manifestar con este motivo, que no ha podido menos de significar a dicho ministro, que simpatizaba con la idea iniciada por la República del Perú, al que algunas repúblicas americanas han adherido ya, así como los deberes oficiosos que se ha impuesto su gobierno en obsequio de la República Mejicana, por lo que respecta a obtener seguridades sobre la suerte futura de ese país, y sobre los respetos que todos los pueblos del mundo, cualquiera que sea su poder, deben al derecho de los demás, tanto más cuanto la República Argentina, a su vez, podría hallarse en el caso de discutir con grandes naciones cuestiones de alta importancia, de que depende en cierto modo la vida futura de las repúblicas americanas, y sobre las cuales no es posible, en ningún tiempo ni en ningún caso, declinar; aunque es de presumirse que ellas tengan una solución aceptable de común acuerdo, en que, salvándose los principios de conveniencia general y de interés americano que puede tocarle sostener, se salve a la vez lo que corresponde a sus derechos y a su propia conservación.”

Un publicista rioplatense, historiador, don Antonio Díaz, al recordar la célebre polémica del general Mitre y del doctor Juan Carlos Gómez, relativa a la guerra del Paraguay, ha dicho:

“Con motivo del regreso a Buenos Aires de la Guardia Nacional que hizo la campaña del Paraguay, se suscitó una fuerte polémica entre el brigadier general Bartolomé Mitre y el doctor don Juan Carlos Gómez, a consecuencia de haber reprochado este último al señor Mitre la alianza con el Brasil, en la guerra que se llevó al pueblo paraguayo.”

La guerra no se llevó al pueblo paraguayo; la guerra fué al déspota López. La prueba es evidente; a haberse retirado López y renunciar a sus quijotescas pretensiones, la guerra no se habría sucedido. No se puede hablar de pueblos, cuando éstos obedecen como esclavos a un tirano. Que la guerra fué contra el tirano y no contra el Paraguay consta del Tratado de la Triple Alianza.

“Uno y otro hicieron un *tour de force* para levantar cargos, sentar premisas, constatar hechos, y dejar triunfantes sus doctrinas, pero uno y otro se desviaron frecuentemente del motivo de la cuestión por exponer su personalidad y su erudición. Sin embargo, algo debe tolerarse a los hombres de talento, y mucho más en aquel caso, en que a tan poco precio hicieron brillar grandes ideas y se dijeron también grandes verdades”.... “En esa *polémica*, en que el principal protagonista era el *yo*, los próceres de la palabra empezaron batiéndose con ar-

mas corteses, dirigiéndose piropos a su común talento, a fin de eludir su personalidad; pero el asiento era resbaladizo, y de los piropos se pasaron a las alusiones finas, incisivas, sangrientas, acabando por arrojar las *armas corteses* para empuñar las del combate, con las cuales se descargaron tremendos golpes contundentes.” (1)

No es del caso entrar a juzgar filosóficamente en estos *Apuntes*, muy sintéticos sin duda, el carácter de esta discusión. Los que quieran ilustrarse en ella y leer acopio de razones y argumentación, pueden consultar el folleto que sobre el particular se publicó, pero quede constancia que quien perdió la serenidad desde el primer momento fué el doctor Gómez, yéndose a lo personal.

Tanto es cierta esta afirmación, que ella consta en el opúsculo cuando advierte el general Mitre: “*Prevengo al doctor don Juan Carlos Gómez que va perdiendo su serenidad, que es, en los combates de la palabra, lo que el valor y la sangre fría en la guerra; la razón que juzga o el valor que impera.*”

Tendidas las líneas de combate, trabada la discusión, el general Mitre defendió los motivos muy justos de la guerra, a la que la República Argentina fué torpemente provocada por el apresamiento de buques de su armada fondeados en el puerto de la ciudad de Corrientes y la invasión de su territorio (la provincia de Corrientes) por el ejército paraguayo, sin previa declaración de guerra,

---

(1) A. Díaz. — *Historia de las Repúblicas del Plata*. Tomo XII, pág. 282.

para penetrar a territorio brasileño, lo que era una ofensa a nuestra soberanía territorial y dignidad nacional y que no tenía precedentes en la historia de América ni en su derecho público, si se tiene presente que la guerra, hasta abril del año de 1865, era entre el Brasil y Paraguay, y reconocía por causa la cruzada libertadora del ejército del general Venancio Flores, como jefe del partido llamado colorado en la República Oriental del Uruguay, contra el gobierno de partido blanco, de la misma república, a cuyo frente estaba el ciudadano don Bernardo Berro.

Como sería impropio de este trabajo entrar en el detalle de la discusión, se cree conviene al caso que se narra, citar uno de los puntos más interesantes de la misma y del que los adversarios y enemigos de Mitre hacen siempre cabeza de proceso y que repiten los ignorantes con la impavidez de los audaces. Es este el punto de la proclama o palabras de Mitre relativas a la terminación de la guerra. Dice el General:

“El otro cargo (el primero era el relativo a la alianza con el Imperio del Brasil) tiene menos novedad; es el no haber terminado la guerra en tres meses, como dice que yo lo prometí en una proclama.

“Voy a ocuparme de esta vulgaridad por la primera vez, ya que el doctor Gómez se ha dignado levantarla de la basura donde yo la había dejado caer.

“Nada de extraño tendría que hubiese prometido la victoria en tres meses y no se hubiera realizado en tres

años, porque el hombre es falible en sus cálculos, y no puede gobernar a su antojo los acontecimientos. Si no fuese así, el hombre sería Dios y le sucedería como al doctor Gómez, que cree no haberse equivocado jamás en política porque ha profetizado siempre lo que algún día ha de suceder.

“El puede profetizar que las pirámides de Egipto han de caer algún día derribadas por el roce silencioso de las alas del tiempo, como ha profetizado la caída futura de nuestra constitución, complicaciones que el porvenir observa en sus inescrutables arcanos, y otros acontecimientos que más tarde o más temprano tienen que suceder. De aquí a algunos años o de aquí algunos siglos más o menos, el tiempo le ha de dar la razón, pero en la última piedra del monumento no se ha de encontrar, probablemente, la cifra de su erección, por cuanto él había profetizado que no sería eterno. Es la gloria de Herostrato. El que no pudo levantar el templo de Diana, pudo incendiarlo.

“Lincoln dijo solemnemente, en documentos públicos, que la guerra del Sur no duraría tres meses. A los tres meses estaba militarmente derrotado en toda la línea. A los tres años recién empezaba verdaderamente la guerra y combatía con *un millón* de soldados contra poco más de *cien mil* hombres.

“Atacado por más de cincuenta mil hombres, el poder militar más gigantesco que ha visto la América, tenía que improvisar y organizar los ejércitos de la alianza al frente del enemigo.

“Ocupándome de esto, las serenatas venían a cada momento a saludar a la puerta de mi casa, donde dictaba órdenes para reunir mis diseminadas guarniciones y salir personalmente en busca del enemigo.

“A la tercera o cuarta serenata, salí a la puerta de la calle acompañado de don Mariano Saavedra, entonces gobernador de Buenos Aires, y dirigí al pueblo las siguientes palabras: « Mis amigos, ha llegado el momento de obrar y no de gritar. Ya sabemos que todos estamos dispuestos a combatir por nuestra patria. Ahora a ocupar cada cual su puesto de combate y sea la orden del día: en quince días al cuartel, en un mes a campaña, en tres meses a la Asunción. »

“Si cometí un delito al dirigir una palabra de aliento a mis conciudadanos, ellos me lo perdonarán, porque al mes yo estaba en campaña, a los dos meses estaba alcanzada la primera victoria, a los cinco meses, a pesar de Basualdo, estaba expulsado el enemigo de nuestro territorio, dejando en nuestro poder de diez y ocho a veinte mil hombres entre muertos y prisioneros, con menos de quinientos hombres de pérdida entre nuestros aliados y sin que hubiésemos perdido ni una sola bandera, ni una caja de guerra, ni una bayoneta siquiera, siendo esto el resultado del plan de campaña que dictaba en el momento en que fuí interrumpido en el trabajo por la tercera o cuarta serenata a que me he referido. Y si hay alguno de los que estuvieron allí presentes que me haya acompañado al campo de batalla, a ese le autorizo a



venir a hacer un examen de mis palabras, porque no les dije claramente que la campaña iba a ser un juguete. A todos los demás ciudadanos hablé por medio de la proclama en que llamé al país a la guerra, concitándolos a hacer sacrificios, porque sólo a ese precio era la victoria. Si en ese documento hubiese dicho lo que Lincoln había dicho en otro no menos solemne, podría haber dado la disculpa que él dió con la seriedad que era característica en él, que estaba dispuesto a aceptar la lucha durase poco o durase mucho.

“La guerra debía durar un año si el ejército paraguayo hubiese sido batido en territorio argentino.

“Debió durar dos, que era lo que yo calculaba, como lo dije entonces, aunque no en media calle, si la guerra era de invasión al enemigo.

“Si algún día escribo las memorias militares de esta guerra, puedo demostrar todo esto con documentos irrefutables.

“Mientras tanto, comparados nuestros elementos con los que puso en pie la América del Norte, no hemos hecho, relativamente hablando, menos que ellos, habiendo tenido nosotros nuestro Vilksburgo en Uruguayana y Grant su Curupaiti, en las líneas de Richmond, que nunca pudo forzar.

“Hemos tenido más resultados que la triple alianza de la guerra de Oriente, en que las tres primeras naciones del mundo se contentaron con morder el talón de la Rusia en una extremidad de su territorio, sin poder aban-

donar la línea del mar, y encontrando ellos también sus *abatis* en el *Redan* y en el *Mamelón Verde*, sin tocar, como nosotros, la trinchera enemiga; y en que nosotros hemos tenido en Humaitá nuestro Sebastopol, con esta diferencia, que a ellos se les escapó todo el ejército sitiado, porque nunca pudieron, como nosotros, efectuar el movimiento de circunvalación, que dió la victoria y tomamos prisionera toda la guarnición a costa de prodigiosos trabajos y heroicos combates, en que nos batimos en tierra, en las aguas y en las copas de los árboles.

“Ahora puede el doctor don Juan Carlos Gómez seguir comentando el dicho « en tres meses a la Asunción », que vuelvo a dejar caer de donde él lo había sacado.”

Corrido el doctor Gómez en las observaciones a la alianza con el Brasil y en la crítica de la proclama de Mitre, se abroqueló a inducir el porvenir, dado la suerte que sufría el Paraguay vencido, y entonces apeló a la profecía como le observaba el General, a los *vaticinios* (la palabra es de él, del doctor Gómez), con la diferencia que esos vaticinios eran desconsolantes, lúgubres como para desarmar al más animoso.

Es tan verdadera esta afirmación, que bastaría, para fundamentarla, reproducir las palabras que escribía el mismo doctor Gómez. Helas aquí:

“Para mí es ya evidente, como la luz de medio día, que el gobierno y la situación fundados, o que quedarán fundados en el Paraguay por la alianza, serán derrumbados, arrastrados y moralmente condenados por los aconteci-

mientos que van a sobrevenir después de trastornos y sacudimientos desastrosos.”

Y luego agregaba:

“¿Cuánto tiempo el gobierno representativo hubiera tardado en hacer del Paraguay”, se refiere a no haber estallado la guerra, guerra que provocó López, “si no una Atenas de cultura y gusto, al menos un pueblo feliz en medio de un paraíso de la naturaleza?

“¿Cuánto tiempo?

“¿Diez, veinte, treinta, cuarenta años? ¿Qué son en la vida de los pueblos?

“Cuánto tardará hoy el Paraguay, que se ha exterminado y va a organizar la alianza, en llegar al mismo resultado?

“Mucho. Muchísimo más tiempo. En el Paraguay anterior a la alianza, bastaba suprimir un tirano. En el Paraguay de la alianza hay que rehacer un pueblo.”

¿Se han cumplido los vaticinios del doctor Gómez?

A la interrogación responde en contrario, con elocuencia abrumadora, la suerte del Paraguay presente.

Ha pasado medio siglo, desde la conclusión de la guerra y ya hace cerca de un lustro que el Paraguay actúa en completa paz y que sus instituciones no son atropelladas por tirano alguno y vive en la mejor armonía con los países limítrofes.

Se observará: ¿pero, y las convulsiones internas del Paraguay, y los motines de sus tropas, y las revoluciones y asonadas de cuartel? Todo eso, para fortuna del Paraguay, hoy no existe y parece difícil que se reproduzca.

Se agregará más y es, que la paz interna ha sido alterada una y diez veces después de la guerra. ¿Y en qué país de América, sin exceptuar uno, ni a Chile, no ha sido alterada la paz interna en los últimos cincuenta años por medio de alzamientos y revoluciones sangrientas? Es preferible eso, por doloroso que sea, a que el pueblo vegete en la barbarie y sea tiranizado, como sucedía en el Paraguay antes y durante la guerra.

La tiranía en el Paraguay desapareció gracias a la guerra, y el pueblo se ha rehecho también después de ésta, no obstante los pronósticos del doctor Gómez, que eran sus dudas políticas.



Quince años después de esta famosa polémica, el día veintisiete de mayo del año de 1884, era conducido al sepulcro, por los representantes de tres generaciones y lo más intelectual de la Argentina, el cadáver del doctor Juan Carlos Gómez, y fué allí en la Necrópolis y antes de dejar en la tumba los restos del que fué luciente exponente entre los hombres de su tiempo, un paladín de la democracia y eximio periodista, donde su camarada de la juventud, su brillante compañero en la prensa unas veces y su noble contendor otras, el teniente general Mitre, haciendo el elogio del extinto, solicitaba de los hombres de entonces una estatua para el doctor Juan Carlos Gómez. En las palabras que la solemnidad del momento, la emoción y la saliente figuración del doctor Gómez le inspiraban, Mitre decía:

“Cuando murió Horacio Greely, el gran diarista de Nueva York, que era a la vez en la prensa el tribuno de un gran partido, sus compatriotas tuvieron una de aquellas inspiraciones originales, que sólo brotan en la mente de los hombres libres, cuando quieren honrar a sus benefactores con sus propios atributos: iniciaron el proyecto de erigirle una estatua de plomo, fundida con tipos de todas las imprentas de la Unión Americana, que condensase en forma humana, símbolo del pensamiento, la idea que se incorpora al más vil de los metales y lo hace valer más que el oro mismo.

“Los bustos tallados en mármol o fundidos en bronce, y aun en oro y plata, pueden alcanzarlos todos; pero sólo se modelan en el plomo de Gutemberg, vehículo del pensamiento, las cabezas inspiradas de los que como Franklin, dan su carácter a un pueblo; de las que, como Girardin, consagran su vida al servicio de las ideas, de los que, como Florencio Varela, mueren mártires de sus creencias con la pluma en la mano; de los que, como Juan Carlos Gómez, han merecido bien de dos pueblos hermanos, que le honraron y le amaron en la vida y en la muerte.

“El homenaje más digno que podría tributarse al doctor Juan Carlos Gómez como diarista, sería que cada imprenta del Río de la Plata contribuyese con un puñado de tipos para que, arrojados en el crisol póstumo que todo lo purifica, se modele con ellos su simpática efigie, que la posteridad saludaría con respeto, en honor de la

arcilla humana, que encerró el fuego sagrado que anima el plomo y da calor a las almas.”

\*  
\* \*

La otra polémica famosa que sostuvo como periodista el general Mitre, fué con el doctor Juan Bautista Alberdi, y la originó la designación de éste para ministro plenipotenciario de la República Argentina en Francia y en algunas potencias europeas.

He aquí cómo se produjo esa polémica:

El doctor Alberdi, que había vuelto al país después de una larga ausencia, se encontraba en la ciudad de Buenos Aires y vivía absorto de los progresos alcanzados y por la afección y sinceras demostraciones de respeto que le evidenciaban la sociedad porteña y los hombres jóvenes y viejos de la provincia de Buenos Aires, a la que había tratado con dureza y hasta con injusticia siempre.

Para el doctor Alberdi, que había permanecido en la ciudad de Buenos Aires, con motivo de los sucesos políticos del año 1880, haciendo acto de adhesión con los diputados disidentes que no acompañaron a los poderes nacionales que se trasladaron al pueblo de Belgrano, en junio del mismo año, debía de ser obra de consecuencia y rectitud política esta resolución. Se trataba de un maestro y un doctrinario.



Pero, con asombro de todos, vencida la revolución que encabezó el gobierno del doctor Tejedor, y a poco tiempo de volver los poderes nacionales a la ciudad de Buenos Aires, el gobierno del doctor Nicolás Avellaneda confió al doctor Alberdi la redacción de un libro, que definiese y defendiese la federalización de la ciudad de Buenos Aires, declarada capital de la República por el congreso de Belgrano. Y el doctor Alberdi, que, como se vió luego, nada le importaban la consecuencia política y carecía de rectitud de opinión, al menos en esos días, aceptó la designación y escribió el libro, que se publicó a expensas del fisco, con el título: *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital*.

Y fué así que, en un momento dado, el doctor Alberdi y contra sus propias opiniones de político difundidas en sus obras, en las que declaraba que la “organización de la nación era imposible con Buenos Aires por capital”, desmintió con la redacción del libro citado la obra de toda su vida.

Así las cosas, era menester pagar el trabajo del inconsecuente publicista, y fué entonces que el gobierno del general Roca resolvió recompensar la publicación, aparte de la cantidad de dinero que debió entregársele o se le entregó con una plenipotencia.

No ciertamente por este motivo, sino por lo que la designación significaba, apareció en el diario *La Nación*, de fecha 10 de junio del año de 1881, un artículo con el epígrafe *Diplomacia* y cuyo autor no era otro que

el general Mitre, en el que se formulaban sesudas consideraciones sobre los rumores que corrían relativos al próximo nombramiento de Alberdi en el carácter indicado.

El artículo, que por su fondo y su forma estaba redactado con toda imparcialidad y altura, llamaba la atención de los antecedentes del doctor Alberdi para el caso, “e interrogando los documentos de la historia y la conciencia pública, estudiaba cuál sería el verdadero significado ante el mundo y ante nosotros mismos de esa designación”. Luego agregaba: “El doctor Alberdi, contradiciendo las instrucciones del gobierno del Paraná, celebró con España un tratado público por el cual sacrificaba la ciudadanía de los hijos de extranjeros nacidos en nuestro país, traicionando así el gran principio sobre el cual se basa el porvenir de la población de la América del Sur, destinada a aumentarse con la población.

“El señor Balcarse, obedeciendo a instrucciones de su gobierno”, el de la presidencia del señor general Mitre, “enmendó ese tratado salvando el gran principio de la ciudadanía natural, sin el cual la existencia de las nacionalidades americanas sería ilusoria, y ese que es su título ante el país y ante la América, viene a ser hoy la cabeza de un proceso ante los que pretendían reaccionar contra la política diplomática de la República Argentina en Europa.

“De este modo el doctor Alberdi iría a representar ante la Francia y la España la negación y renegación de un principio, que ambas naciones han sostenido contra

nosotros y a darles la razón por el órgano del que lo ha negado y lo ha renegado, traicionando grandes y vitales intereses permanentes que afectan la existencia misma de una nación y violando a más sus propias instrucciones.”

El artículo abundaba en otras consideraciones que afectaban al doctor Alberdi en su dignidad, pero imparcialmente dichas, por cuanto se había hecho culpable, por su propia conducta pública, del calificativo que se le aplicaba.

Enterado un poco tarde del contenido del artículo, según confesión propia, el doctor Alberdi lo contestó en un comunicado del diario *El Nacional* (17 de junio de 1881). Desde que entró al debate, el ex diplomático olvidó toda compostura y violó las consideraciones y el respeto que los hombres cultos deben de guardar en la discusión. El doctor Alberdi se fué a lo personal, no obstante su talento y su indisentible ilustración.

Es así que empezó por tratar al autor, a Mitre, de *furioso demente y de que escribía para burros*. Los burros a que aludía el hombre que, en otro tiempo, en los tiempos de la gracia y perspicacia de Figarillo, tanto se distinguía por su cultura, el músico intérprete de la lírica clásica y delicada, trataba de burros a los treinta mil lectores de *La Nación*. Con semejantes hombres, ¿cómo no habíamos de perder nuestras gestiones diplomáticas!

Después de defender Alberdi el tratado de 1857, con España y que rechazó el Congreso de la Confederación, y de darse el más colosal y estupendo de los bombos, dice :

“Y como un tratado semejante fueron encargados de buscar en Europa, Belgrano, Sarratea, Rivadavia y lo buscó San Martín en el Perú”, todo esto en plenas hostilidades con España, lo que calla Alberdi, “cerca del virrey general Laserna y regresaron sin obtenerlo, a pesar de las ventajas y condiciones que ofrecieron a España por ese gran beneficio que Alberdi tuvo la fortuna de conseguir, sin el menor sacrificio para nuestro país”, por eso decía le atacaban.

Agrega luego:

“Para adquirir la gloria que es de Alberdi, autor del tratado, los de *La Nación* (antes gobierno) redujeron el tratado a un solo artículo, el 7”, era precisamente el malo y peligroso, “porque es la única parte que ellos tienen en esa colaboración.

“Han hecho del tratado un simple *tratado* sobre ciudadanía, y así lo han hecho creer al público.

“Con un artículo que contiene un principio de Rozas, que él disputó años anteriores a la Francia y a la Europa, han eclipsado el fondo entero del tratado, compuesto de once artículos, cuyo objeto principal y único eran la paz con España, que ponía fin a la guerra de la independencia (!) y el reconocimiento por esa nación de la independencia nacional argentina, a quien cedía los derechos históricos de su corona.

“Por ese tratado, nuestro pueblo, que nació colonia de España, ha sido elevado a *pueblo soberano* como la España misma.” (!!!)

Cualquiera que lea estas estupendas afirmaciones creerá que no obstante haber sellado definitivamente su independencia, la Argentina, desde que desalojó a las tropas de España de su territorio, en 1812, y haber proclamado su independencia en 1816; sin el reconocimiento de nuestra independencia por España, no hubiéramos sido nación libre y soberana. Olvidaba el doctor Alberdi que como nación soberana celebramos, en 1825, nuestro primer tratado de amistad y comercio con Inglaterra. Después de fustigar al doctor Elizalde, que estaba ajeno a la polémica, y que como lo evidenciaron hechos anteriores, resultó un diplomático más sagaz y entendido que Alberdi, éste, queriendo instruir al lector de lo que él llama odio e inquina de Mitre, dice, incurriendo en algunas ingenuidades que evidenciaban que las luces del criterio del autor de las *Bases* se iban apagando: “Que el odio de Mitre a él, databa de Chile, donde *Mitre recibió de Alberdi servicios que todo Chile reconoce.*”

A estos artículos comunicados, que aparecieron en *El Nacional* en los días 17 y 18 de junio del año de 1881, contestó Mitre en un artículo publicado en *La Nación*, con fecha 26 del mismo mes y año, y que tenía por título: *Artículo Domingero.*

Mitre en esta réplica no olvida la compostura que se trazó, y aunque en sus consideraciones revela no poca sátira y disimulado desdén, empieza por hacer esta observación que se ha evidenciado ser rigurosamente cierta:

“Puede también concederse a Alberdi el mérito literario de sus *Bases*, como libro de oportunidad, sin que por ello se convenga que él sea el autor de la *Constitución Argentina*, ni su comentario científico, pues es sabido que todo lo que de su propia cosecha contiene esa obra, como meras ocurrencias no sujetas a la prueba experimental, fué repudiado por la Convención de Santa Fe o corregido por la Convención de Buenos Aires, que tuvo la sanción nacional con documentos que ni él ha recusado.

“Pudo también ser pagado y repagado con intereses sin que nadie le registrase los bolsillos, ni le pidiera cuenta de los dineros ganados sosteniendo el sistema del caudillaje y defendiendo en la culta Europa la causa de la tiranía.

“Pudo decir, como dijo, sin que nadie extrañase sus consecuencias, que Buenos Aires era ya el pólipo, ya la cabeza hueca, ya la peluca vetusta de la República Argentina, para acabar por declararla el cerebro y el complemento de su organismo político social, porque esto se explica por los vientos reinantes, que imprimen vuelo a las plumas livianas.

“Pero cuando sus teorías desacreditadas o nocivas fueron presentadas como lecciones y sus libros impresos oficialmente como evangelio, ordenándose que se imprimieran a costa del erario público, nos vimos en el caso de demostrar, como lo demostramos con sus propios textos,



que su doctrina era mala y que carecía de las nociones más elementales de la ciencia constitucional y hasta de la correcta inteligencia de los hechos.”

Entra luego el general Mitre a evidenciar cómo, cuándo y con cuánto exceso fueron pagados los servicios del doctor Alberdi, cómo era cierto que nunca le destituyó de su empleo, sino que él desapareció por el cambio de gobierno que realizó la Nación; y en lo tocante al origen del odio de Mitre hacia Alberdi, y los servicios prestados por éste a aquél en Chile, Mitre le contesta:

“Lo encapotado de la aseveración insidiosa, se presta a interpretaciones siniestras, y corresponde al decoro de los hombres públicos, responsables ante sus conciudadanos hasta de sus acciones privadas, dejar bien establecida la verdad, y por ello nos permitimos prolongar este artículo demasiado extenso ya.

“Alberdi y Mitre eran amigos desde Montevideo. Hallándose el segundo emigrado en el Perú, recibió tres proposiciones: una para hacerse cargo del *Comercio de Lima*, de que era principal accionista un argentino; otra del doctor Alberdi para redactar *El Comercio de Valparaíso*, fundado por él, y otra para colaborar en *El Mercurio*, hecha por su redactor en jefe, el señor Juan Carlos Gómez. Mitre aceptó la propuesta de Alberdi mediante un sueldo de seis onzas de oro mensuales, recibiendo en tal ocasión Mitre de Alberdi aquellas atenciones que en países extranjeros se deben los compa-

triotas y amigos desterrados por la misma causa, y que siempre son de agradecerse, pero sin recibir absolutamente más que su sueldo en retribución de su trabajo de periodista.

“La imprenta por la cual se publicaba *El Comercio de Valparaíso*, pertenecía a una sociedad colectiva de que eran socios los señores Ezquerra y Gil, libreros españoles de aquella ciudad, y el señor Alberdi, que había puesto una tercera parte del capital, el cual, según recordamos, ascendía de ocho a nueve mil pesos. Mal administrada, la empresa producía poco, y el doctor Alberdi no estaba contento de sus socios ni de su negocio, que ni el interés del dinero le daba. Fué entonces que *El Progreso*, de Santiago, ofreció a Mitre un sueldo de diez y ocho onzas de oro mensuales, lo que hizo que la redacción del diario pasara a manos del doctor Valencia, decaendo notablemente las subscripciones.

“En tal estado y amenazada de disolución o ruina la sociedad Esquerra, Gil y Alberdi, Mitre organizó una sociedad en comandita, proporcionando los fondos como socio capitalista el comerciante argentino don Jorge Tezanos Pinto, y compró la imprenta *El Comercio* por la cantidad de doce mil pesos, dando así a sus vendedores una cantidad líquida de tres o cuatro mil patacones, operación por la cual resultó Alberdi beneficiado en su tercera parte, además de salvar íntegro su capital. Esta imprenta fué la misma que Mitre vendió más tarde

al señor Juan Carlos Gómez, quien, a su vez, organizó otra compañía al efecto, cuyo socio capitalista fué el comerciante de Valparaíso don Jorge Lyon.

“Estos son los servicios a que el señor Alberdi alude bajo la fe de su misteriosa X, cuya ecuación puede terminarse en vista de otros datos, quedando despejada la incógnita.”

A este artículo siguió otro publicado en *La Nación* del 1º de junio del mismo año de 1881, en el que el general Mitre continuaba criticando la misión diplomática de Alberdi, tratándole de “diplomático vergonzante y de traidor”, justificando sus aseveraciones con documentos del ministerio de Relaciones Exteriores y hasta con las mismas obras de Alberdi, el *Memorial diplomático de 1855 a 1856*, en que sujetaba todo a la más rigurosa verdad y reproducía “los gritos salvajes de Alberdi, de odio contra la provincia de Buenos Aires y contra sus hermanos, cuando solicitaba la intervención armada de Francia e Inglaterra, invocando los antecedentes de Nápoles, en el año 1856, para obligar a la provincia de Buenos Aires a responder a las pretensiones de la Confederación.”

Que la réplica de Mitre fué contundente y ajustada en un todo a la verdad de los antecedentes históricos, lo evidenció la conducta de Alberdi, que enmudeció, se redujo al silencio, embarcándose casi en seguida para Europa, de donde sólo habían de volver sus restos, a los

que les ha brindado sepultura la ciudad de Buenos Aires en el cementerio del Norte, allí donde se eleva la figura marmórea de su estatua, erigida tal vez prematuramente, porque aun no ha dado la historia un fallo definitivo sobre la personalidad del doctor Juan Bautista Alberdi, pues más es lo mucho que se censura su actuación pública, que el elogio que merecen su ilustración y sus servicios.

---





## IX

### MITRE HISTORIADOR

El general Belgrano y la independencia argentina. — San Martín y la independencia americana. — Juicio del historiador chileno Barros Arana. — Elogios de los doctores Lamas y López. — Digresión histórica: Intervención de los argentinos en la guerra del Alto Perú. Los homenajes y las estatuas. — Una opinión del doctor Pedro Goyena.

---

El hombre que había dirigido ejércitos y hecho la historia, como se ha dicho con justicia, alguna vez debía también escribirla; por ello, incansable trabajador en los intervalos que le dejaba libre el diario *La Nación*, importante órgano de publicidad que él fundó, aplicó su estudio y las cavilaciones de su inteligencia a escribir sus dos obras más fundamentales de historia nacional y de compulsa más exacta de cuantas se han escrito en la República.

Creía, sin duda, que el medio de hacer admirar al país era narrar los esfuerzos de la lucha por la independencia dentro y fuera del territorio argentino.

Por eso circunscribió en la *Historia de Belgrano* la independencia de la Argentina propiamente dicha. Y si bien al militar que estudia no levante mayormente el



espíritu del lector ni le conmueva, porque Belgrano como general no fué sino un recurso de los tiempos que se sucedían, pues poco, muy poco entendía de táctica y mucho menos de estratégica el ex secretario del Consulado; sin embargo, en ese marco de la *Historia de Belgrano*, están narrados con exactitud maravillosa y rara imparcialidad todos los sucesos que tejen el desarrollo de la revolución y la defensa de la independencia desde los días dramáticos de mayo y la lucha de las republiquetas hasta los últimos momentos del héroe, a cuyo lecho de dolor y muerte llega el eco de las descargas de la guerra civil, precursora de la anarquía del año 20.

Más amplia en su concepción, en forma más amena e imprimiendo al estilo un vuelo filosófico, está concebida la *Historia de San Martín y de la Independencia Americana*, trabajo éste verdaderamente monumental, según la opinión de los historiadores López y Lamas y que, a juicio del segundo, bastaría para cimentar la gloria del general Mitre, si no tuviera otros títulos al homenaje de sus conciudadanos.

Complementan los estudios históricos del general Mitre: *Belgrano y Güemes*; paralelo histórico escrito en defensa de su libro sobre Belgrano, en discusión con el doctor Dalmacio Vélez Sársfield, las rectificaciones y contrarrectificaciones históricas, relativas a las invasiones inglesas, en debate histórico con el doctor Vicente Fidel López y las *Narraciones Históricas*, en que se revela como literato por el estilo ameno con que narra los su-

cesos, el colorido con que pinta los episodios y describe los personajes, al rememorar la figuración de Garibaldi en Montevideo en *Un episodio Troyano*, la vida del general Las Heras, *El Crucero de la "Argentina"*, *Los Sargentos de "Tambo Nuevo"*, *El sorteo de San Juan de Matucana*, y otros asuntos tratados por el general, a cual de ellos más interesantes.

Y a propósito del *Sorteo de San Juan de Matucana*, cumple decir, ya que con lo escrito llega la oportunidad de recordar el suceso, que dentro de los cuadros emocionantes de la guerra de independencia, ninguno hay de estoicismo más heroico que el de los oficiales Prudent y Millán, que antes que delatar a los camaradas que habían escapado burlando la vigilancia de la custodia española, sellan sus labios, y antes de recibir los cuatro tiros, frente a los ejecutores de la sentencia de muerte, exclaman, rodilla en tierra: "¡Viva la patria!"

El general Mitre, al arrancar ese heroico hecho del olvido, ha impuesto a los argentinos la erección del monumento a Prudent y a Millán.



Hasta el presente, parte de los estudiosos, aquellos a quienes no les es mayormente simpático el general Mitre, no le reconocen condiciones de historiador; así como

igualmente hay otros estudiosos que tampoco reconocen esa virtualidad en el doctor Vicente Fidel López, de manera que si esos juicios u opiniones prevaleciesen, vendría a resultar que no tenemos historiadores, o verdaderos historiadores en el sentido lato, estricto y lógico de la palabra, pues carecen de ese título, según los aludidos, los dos únicos hombres que en la República Argentina han escrito libros fundamentales de historia argentina: el señor teniente general Bartolomé Mitre y el doctor Vicente Fidel López: debe advertirse, sin embargo, que los que tal afirman y critican siempre, nada escribieron.

Un escritor argentino, orador de fama bien cimentada y distinguido profesor de la Universidad de Buenos Aires; uno de esos hombres de talento, inteligencia singular, cuya conversación, por lo variada, amena y llena de interés se imponía para que se le oyese, y que es sensible no dedicara su vida a escribir obras útiles e interesantes como era capaz de hacerlo, el doctor Pedro Goyena, en un artículo sobre la *Federalización de Buenos Aires*, publicado en el primer tomo de *La Biblioteca*, del señor Groussac, toca de paso al general Mitre con afirmaciones llenas de reticencias, a juicio del que escribe.

En ese artículo dice Goyena “que la *Historia de Belgrano* refleja el sentimiento nacional en toda su vitalidad, aunque no es del caso hablar de su *mérito literario*”.

Cuando en un artículo sobre *federalización* no es del caso hablar del *mérito literario* de la obra del autor que

se estudia, puede inferirse que esa afirmación obedece a dos razones: o porque no corresponde hablar de mérito literario de una historia, en un artículo en el que se argumenta sobre la federalización de una ex capital de provincia, o porque, en realidad, la obra de la referencia, que es historia, no tiene mérito literario.

¿Es esto verdad? Veamos.

De las dos obras históricas fundamentales que escribió el general Mitre, las de Belgrano y de San Martín, muchos son los juicios que se han escrito por publicistas argentinos y extranjeros, particularmente chilenos y peruanos. Estos últimos, la mayor parte de ellos están contestes en afirmar que son esas dos obras las que llenan su objeto; dicen de la verdad, narran los hechos algunas veces admirablemente y hacen estudio de los personajes y filosofía de los sucesos con la imparcialidad más completa. Entre esas críticas y elogios está la del escritor peruano señor Pardo, quien observa que el cuadro o marco de los sucesos historiados en *Belgrano* es demasiado grande para el personaje.

El autor, el señor general Mitre, que como declaró también un crítico de la *Historia de Belgrano*, el doctor Torrent, se resignó a aceptar modestamente esa crítica, pudo haber observado más y es que la defensa de la obra está en el mismo título; se habla de dos cosas: *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, del uno a propósito de la otra o viceversa.

Pero vamos a la parte literaria. ¿Es de rigurosa re-

gla que se escriba literariamente una obra histórica o hasta la narración bien relatada de los sucesos, la crítica de los errores, el análisis lógico, el elogio o la censura de los personajes? Si fuera a aceptarse que las historias deben de ser escritas con arreglo a los preceptos rigurosos y fundamentales de la retórica, que es literatura, la *Historia de los Girondinos*, de Alfonso de Lamartine, debía de ser un libro clásico y es notorio que Lamartine se arrepintió hasta de haberla escrito, pues confesó haberse equivocado.

Para confirmar una opinión de escritor muy competente y que fundamenta la justicia de nuestras afirmaciones, conviene transcribir el juicio elogioso que escribió el historiador Diego Barros Arana sobre la segunda edición de la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, en la *Biografía del General Mitre*, de que es autor. Dice Barros Arana:

“La *Historia de Belgrano*, en efecto, fué principiada en los últimos días de 1858, y lanzada a la publicidad por entregas desde los primeros días de enero del año siguiente. En junio, Mitre había escrito y publicado ya dos gruesos volúmenes en 8° mayor, cuando las necesidades del servicio público lo obligaron a salir a campaña al frente del ejército con que Buenos Aires se preparaba para rechazar una nueva y más poderosa invasión del gobierno federal, encabezada por el general Urquiza. Su obra quedó interrumpida en los sucesos de 1816 con la proclamación de la independencia nacional, y hasta

ahora se encuentra inconclusa, aun en este estado es el primer monumento histórico de la literatura argentina, por el estudio cabal y minucioso de los hechos, por la rectitud y la elevación de los juicios y por el arte literario.” (Esto se afirmaba antes de la 2ª edición.)

“Como biografía, el libro a que nos referimos es un retrato completo, de cuerpo entero, copiado sobre el natural, teniendo a la vista todos los hechos y todos los escritos de un hombre de bien que no sabía mentir, y que en su correspondencia oficial, en sus cartas privadas, y hasta en los apuntes que dejó acerca de su vida, expresó sus sentimientos y sus ideas con la más honrosa ingenuidad. La *Historia de Belgrano*, como dice el autor, presenta un tipo de virtud republicana, con sus luces y sus sombras, con sus errores políticos y sus concepciones elevadas; en una palabra, un héroe que no deja de ser hombre, y que, sin aparato teatral, siguiendo las inspiraciones de una conciencia austera, subordina sus acciones a un principio superior, consagra su vida a una idea y muere en su fe dejando a la posteridad el nombre más puro y sin mancha de los fastos americanos. Bajo el aspecto simplemente biográfico, la obra de Mitre es un libro excelente para formar y dirigir los sentimientos democráticos y liberales de un pueblo republicano.

“Pero hay en ella un interés de otra naturaleza. Belgrano no es, sin duda, uno de los hombres de primer orden que resumen y simbolizan una época a la cual dieron dirección, como Bolívar en Colombia, O’Higgins



en Chile. Pero, en una escala más modesta, su vida está de tal modo identificada a la revolución económica, política y social a que consagró su existencia, que de ordinario la historia y la biografía se confunden.

“Mitre lo ha comprendido así; y por eso, escribiendo la vida de Belgrano, ha trazado casi una historia completa de la Revolución Argentina, desde el tiempo en que su héroe, simple secretario del tribunal del Consulado, proponía, a fines del siglo pasado, las reformas de la legislación comercial e industrial, que sólo la independencia había de realizar, hasta la solemne declaración de esa independencia por el famoso Congreso de Tucumán. Sin duda alguna, Mitre no podía referir todos los hechos con igual extensión. Estaba forzado por un asunto a detenerse más en aquellos que Belgrano había dirigido, como la campaña del Paraguay y la del Alto Perú; pero ha contado más sumariamente, aunque siempre de una manera clara y comprensiva, los sucesos en que su héroe desempeñó un papel subalterno; y aun ha debido hacer entrar, por medio de rasgos y de pinceladas generales, aquéllos en que no tuvo participación, pero que importa dar a conocer en un libro de esta clase para que el lector pueda formarse una idea general del conjunto. De esta manera, Mitre ha podido dar a conocer por completo, podría decirse así, el desenvolvimiento de la idea de independencia, las causas que la produjeron, los obstáculos que tuvo que vencer, y los hombres que la combatieron o la cimentaron. De esta manera

también, y sin salir del cuadro esencialmente biográfico, Mitre nos ha revelado la historia de la Revolución Argentina, de sus hechos, de sus personajes y de sus opiniones, mucho mejor que cualquier otro libro escrito o publicado hasta ahora.

“En la formación de su plan, en la distribución general de las materias, en la narración de ciertos sucesos, en las pinturas de las localidades, en el cuadro de algunas situaciones políticas, en el retrato de diversos caracteres, el historiador argentino ha desplegado un gran talento de escritor. Es preciso leer la descripción del Paraguay, con motivo de la expedición de Belgrano en 1811, la pintura de la altiplanicie boliviana, donde su héroe fué dos veces derrotado en 1813, el cuadro de las invasiones inglesas en el Río de la Plata, la creación de la primera junta gubernativa, el 25 de mayo de 1810, y la sinopsis del Congreso de 1816, para estimar debidamente las dotes literarias del general Mitre. Desgraciadamente, escribiendo de carrera, muchas veces sin tiempo de revisar sus manuscritos y encargando a alguno de sus amigos la lectura de las pruebas, no ha podido evitar ciertas incorrecciones del lenguaje, ni suprimir algunas imágenes de gusto dudoso, que, sin embargo, no bastan para empañar el mérito real y duradero de su libro.

“El valor verdadero de éste, sin embargo, no se halla en las formas literarias, por más que ellas posean las dotes que acabamos de señalar.

“Reside en el vasto y profundo trabajo de investigación, en el estudio cabal y minucioso de los hechos, que hacen de su obra uno de los libros más serios de la literatura hispanoamericana y el primero, sin duda, de la literatura argentina, como ya hemos dicho.

“Mitre ha examinado y confrontado cuanto se relaciona, cuanto documento y cuanto testimonio ha podido consultar y ha narrado los sucesos políticos y militares con una notable escurpulosidad, sin avanzar juicios que no pueda fundar en los mismos hechos o en los documentos.

“Habiendo nosotros mismos estudiado muy detenidamente su libro y habiendo recorrido un número considerable de los documentos y relaciones que le sirvieron de base, nos creemos en situación de declarar que si bien es posible que el hallazgo de nuevos materiales, permita ensanchar las noticias sobre ciertos puntos tratados por Mitre, es muy difícil que en su *Historia de Belgrano* se encuentren errores de mediana importancia en la narración y quizá en la apreciación de los hombres y de los sucesos.

“Un hecho hay que probará que nuestra opinión no es exagerada. Sábese que los contemporáneos que presenciaron los sucesos políticos y militares, sin tomar parte principal en ellos, adquieren, a veces, ideas más o menos erradas en su apreciación y aun sobre el orden y la manera como se han verificado.

“Conociendo de lejos a los prohombres de la Revolu-

ción hispanoamericana, los jóvenes de esa época legaron a nuestros días noticias y opiniones que con mucha frecuencia están en abierta contradicción con los documentos más incontrovertibles. En nuestro país hemos oído hombres inteligentes, que eran niños o jóvenes en tiempo de Carrera y de O'Higgins, emitir sobre ambos y sobre los sucesos en que tomaron parte los juicios más equivocados, reflejando así las preocupaciones y la pasión de la sociedad en que vivieron. En Buenos Aires salieron críticos de este orden a impugnar la obra del general Mitre.

“Uno de ellos era un hombre de talento indisputable, que conservaba sobre la Revolución Argentina las reminiscencias y las ideas que se había formado en su juventud.

“Hablamos del distinguido jurisconsulto don Dalmacio Vélez Sársfield, que en su juventud y desde su residencia de Córdoba, había visto desarrollarse a lo lejos la revolución argentina, guardando en su espíritu recuerdos indelebles, exactos unos, equivocados y erróneos los otros.

“Después de leer la obra de Mitre, publicó en *El Nacional* de Buenos Aires, cuatro notables artículos llenos de noticias, algunos de ellos de valor, para rectificar un tanto la narración de los hechos materiales del libro de Mitre, como la mayor o menor importancia que éste les atribuía. Por la templanza y por la elevación de la crítica y por el caudal de datos que contenía, esos escritos hicieron sensación en aquella ciudad.

“El general Mitre, aunque absorbido casi por completo en las más complicadas tareas administrativas, no quiso dejar sin contestación esos artículos. « El autor de un libro de historia que se dice escrito con conciencia y basado en documentos », dijo el mismo en esa circunstancia, « tiene el deber de salir a su defensa, toda vez que se ponga en duda o se niegue algo de lo que él afirma, así por lo que respecta a los hechos cuanto lo relativo a los juicios que sobre ellos haya emitido. En estos interesa más que su amor propio literario, el homenaje que todo escritor de buena fe debe a la verdad. Guardar silencio en presencia de afirmaciones y negaciones más o menos fundadas, es asentir en cierto momento tácitamente a ellas; es desertar hasta cierto punto de sus convicciones », y entonces publicó en la *Nación Argentina*, diario de Buenos Aires, una larga serie de artículos en que, con un grande acopio de documentos, muchos de los cuales no había utilizado antes porque no hacía propiamente al objeto de su libro, si bien servían para confirmar sus opiniones, hizo la defensa cabal de los hechos narrados en la *Historia de Belgrano* y de la manera como los había apreciado. Mitre demostró entonces la profundidad de su investigación y la seriedad con que había desempeñado el deber de historiador. Esos notables artículos fueron reunidos con los de su ilustrado contradictor, en un volumen de 262 páginas en 8º, con el título de *Estudios Históricos sobre la Revolución Argentina. - Belgrano y Güemes*. Son un

complemento indispensable de la obra capital de Mitre, no sólo porque ratifican las opiniones emitidas allí, sino porque contienen un vasto arsenal de hechos que no habían sido escritos anteriormente.”



Pero conviene ir al hecho que mueve a la crítica y preguntar: ¿Está o no está literariamente escrita la *Historia de Belgrano*? No obstante alguna palabra, una que otra locución disonante y alguno que otro lugar común, conviene declarar que hay páginas en la *Historia de Belgrano*, escritas con tanto alto concepto literario y con una pintura tan animada de los acontecimientos, elocuencia en lo narrado y filosofía en el retrato de los personajes que aparecen y en el cuadro dramático de los episodios, que son verdaderamente literarias.

Es prueba evidente de lo que se afirma, el capítulo X del tomo I de la obra, en que se narra y describe el movimiento popular del día 22 de Mayo, las sesiones del Cabildo abierto, en aquel día memorable, y las atinadas observaciones al caso ocurrido.

Podrían citarse como bellos trozos literarios, las descripciones de las batallas de Tucumán, Salta y Cañada de Cepeda, la narración de la guerra en el Alto Perú y particularmente las escenas dramáticas y emocionantes de la guerra de las republiquetas (capítulo XXXII del tomo



segundo) de 1816 y 1817; años aquellos que tanto en los anteriores como en los posteriores, dejaron señalados sus pasos con hechos fabulosos y hazañas romancescas, Arenales, Warnes y La Madrid, argentinos, pues el primero, también, lo es por sus servicios. Capítulo éste tal vez de lo más difícil de escribir, porque allí el trabajo era ímprobo desde la topografía del terreno, geográfica y magistralmente descriptos, hasta la sucesión de los hechos trágicos que tejen la escena en esa guerra que hicieron juntos altoperuanos y argentinos y en la que, desde su principio hasta su fin, para nada lucieron los colombianos los que, por una de las tantas injusticias e inconsecuencias históricas, llamaron al territorio libertado: Bolivia.



Como conviene autenticar con algún testimonio el juicio que se funda, respecto a las condiciones que poseía Mitre como historiador, se transcribe a continuación la descripción que hace el historiador de Belgrano de la memorable sesión del *Cabildo abierto* de la ciudad de Buenos Aires, en la fecha clásica del día 22 de mayo de 1810.

En esa descripción resalta la adaptación del historiador a los sucesos que su pluma narra. Es todo un cuadro, emocionante por la cuestión trascendental que trata y por los retratos de los personajes, escrito con sujeción a

la verdad y fundamentado en un consciente estudio de los antecedentes históricos. La pluma mueve la escena dramática, en la que los representantes del absolutismo español, el obispo Lue y el fiscal Villota discuten, observan y replican a los voceros de la Revolución, doctores Castelli y Passo, que templan la palabra en un debate en que se juega el porvenir de un pueblo que aspira a ser libre y que estalla en los primeros vagidos de la lucha, a que lo arrastró tres centurias del gobierno absoluto, toda una época de desconocimiento de los derechos inherentes a los hombres libres y a los que aspiraban los habitantes del virreinato del Río de la Plata, hartos de servidumbre y de oposición, que fueron barbarie e ignorancia.

Dice Mitre, narrando la sesión del Cabildo:

“La mayoría del partido patriota estaba simplemente por la cesación del Virey en el mando y por la formación de un gobierno propio, cuyo mandato fuese conferido por el pueblo. Este partido se subdividía en dos fracciones: uno que delegaba en el Cabildo la facultad de organizar el nuevo gobierno, y otro que quería que él fuese el resultado de una votación popular. Don Cornelio Saavedra, que era una de las cabezas visibles de la revolución, estaba por el primer temperamento. Castelli y otros ciudadanos más fogosos o más previsores, estaban por lo último.

“Bajo estos auspicios se hizo la apertura de la asamblea popular en las galerías altas de la casa consistorial,

con asistencia del Obispo, de los oidores y de doscientos veinticuatro ciudadanos respetables, habiendo dejado de asistir como doscientos de los que habían sido expresamente invitados, en su mayor parte españoles, intimidados tal vez por la actitud decidida de los patriotas. Una gran mesa cubierta con un tapiz de terciopelo carmesí formaba la cabecera, y a su alrededor sentados en altas sillas de brazos estaban los dignitarios que presidían la reunión. Para los concurrentes habíanse dispuesto escaños con respaldos, que se extendían de un extremo a otro en varias filas. Eran las nueve de la mañana cuando la asamblea empezó a reunirse. Un pueblo inmenso llenaba las avenidas de la plaza Mayor, cuyas bocas-calles estaban guardadas por piquetes de tropa armada, encargados de conservar el orden. Un sol resplandeciente y tibio iluminaba aquella escena. La actitud de los concurrentes era circunspecta y concentrada.

“Abrióse la sesión. El escribano de Cabildo leyó el discurso preparado por la corporación, incitando al congreso, — como lo llamó, — « a hablar con toda libertad, » evitando toda innovación peligrosa, teniendo presente, » que sin la unión de las provincias interiores del reino » todas las deliberaciones quedarían frustradas, si no » nacían de la ley o del consentimiento general de los » pueblos. » Inmediatamente tomó la palabra el Obispo Lue, asturiano, y en una especie de sermón, exhortando a todos a la paz y a no innovar en el estado político, terminó por sostener esta proposición: « Que mientras

» existiese en España un pedazo de tierra mandado por  
» españoles, ese pedazo de tierra debía mandar a las  
» Américas: y que, mientras existiese un solo español en  
» las Américas, ese español debía mandar a los ameri-  
» canos, pudiendo sólo venir el mando a los hijos del  
» país, cuando ya no hubiese un solo español en él. »  
Reinó un profundo silencio, y luego levantóse un rumor  
en la asamblea, pues aun cuando las arrogantes palabras  
del Obispo habían producido indignación y escándalo,  
« no se atrevían a ostentarse en aquel grandioso drama »,  
según las palabras de un testigo presencial. Todas las  
miradas se volvieron hacia el Dr. Castelli, y el capitán  
don Nicolás de Vedia y el Dr. don Cosme Argerich, to-  
mándole de los brazos, lo incitaron a hablar, diciéndole  
con energía: — « Hable usted por nosotros, señor doctor,  
— ¿a quién teme usted? » — Entonces Castelli, algo va-  
cilante y variando de colores, rompió el silencio; pero  
a las primeras palabras que pronunció, cortóle el dis-  
curso el Obispo, diciéndole: — « A mí no se me ha lla-  
» mado a este lugar para sostener disputas, sino para  
» que manifieste libremente mi opinión, y así lo he he-  
» cho ». Castelli más entonado, continuó con la palabra,  
y trajo hábilmente la cuestión al punto en que la impru-  
dencia del Obispo la había colocado, a saber: « si el  
» Virey debía cesar en el mando, reasumiéndolo el Ca-  
» bildo. » Animado por la predisposición del auditorio,  
habló con el nervio y la elocuencia fogosa que le era  
peculiar, basando su proposición en la teoría que espa-

ñoles y americanos la habían aceptado dos años antes al jurar a Fernando, teoría que, bien que conforme con el gobierno monárquico absoluto, era revolucionaria por las consecuencias que de ella podían deducirse. Con arreglo a este precedente histórico, según se explicó antes, la América no dependía de la España, sino del monarca a quien había jurado obediencia, y que en su ausencia caducaban todas sus delegaciones en la Metrópoli; y el orador del pueblo, desenvolviéndola en tal ocasión ampliamente, la fundó en autores y principios, arribando en definitiva a esta conclusión: — « La España ha caducado en su poder para con la América, » y con ella las autoridades que son su emanación. Al » pueblo corresponde reasumir la soberanía del monarca, » e instituir en representación suya un gobierno que vele » por su seguridad. » Tal fué la palabra decisiva que condensó el gran debate, definiendo la situación, y tal la fórmula política de la revolución de Mayo, de que Castelli fué el heraldo y el elocuente expositor.

“El síndico procurador del Cabildo, el Dr. Leyva, encaminando al debate, propuso como cuestión a considerar, que la votación debía resolver la iniciada por Castelli. « si se consideraba haber caducado o no el gobierno supremo de España », y los mismos abogados de la corona en América, tuvieron que adoptarla como base y discurrir en consecuencia, sin perjuicio de buscar en las leyes de la monarquía argumentos contra toda innovación. Los letrados coloniales no podían renegar

una doctrina que los reyes de España habían consignado en el Código de Indias, y que ampliada por los comentadores y consagrada por la práctica, ellos mismos habían sancionado en odio a la posible dominación francesa, con el intento de fundar una España americana para continuar por cuenta de los españoles europeos el despótico sistema colonial. Por esto todos los togados de la Audiencia, oráculos de la Constitución colonial, viéronse obligados a colocarse en ese terreno, y el fiscal de ella, el Dr. Villota, que era su más profundo juriconsulto, hubo de abundar hasta cierto punto en el sentido político de Castelli, coherente con la opinión dominante. Pero el consejero del docto tribunal colonial conocía mejor que el joven abogado criollo el arsenal del derecho histórico, y si bien con menos brillo, con más poderosa dialéctica que su contendor, salió en defensa de los derechos de la madre patria.

“El fiscal Villota, aceptando hipotéticamente el punto de partida, de que perdida la España la soberanía del monarca retrovertía a los pueblos de hecho o de derecho, colocóse resueltamente en el mismo terreno, pero sostuvo otras consecuencias que de tal premisa se deducían para los colonos con arreglo a sus leyes municipales. A la especiosa teoría de Castelli, que encerraba la soberanía de todos los pueblos del Virreinato en un solo municipio, opuso la sólida doctrina de la verdadera representación de los pueblos, la cual, aun admitiendo que la España se perdiese, no podía ejercerse por una sola provincia



sino por todas las provincias representadas por sus diputados reunidos en congreso, abogando así por el derecho de las mayorías legales, y negando a una simple minoría la facultad de estatuir por sí en lo que a todos interesaba y competía, comprometiendo a la comunidad en una serie de trastornos radicales, por lo que concluyó aconsejando debía aplazarse el voto hasta tanto que todas las partes pudiesen ser consultadas, sin perjuicio de que se asociasen al Virey dos miembros de la Audiencia, por ser una corporación que derivaba igualmente de la soberanía del monarca.

“Esta sólida a la par que artificiosa argumentación desconcertó a Castelli, hombre nervioso por naturaleza, al ver que, en vez de la radical oposición que esperaba encontrar, el orador contrario abundaba en su sentido por una parte, invocando por otra el derecho de la mayoría de los pueblos que él no podía negar sin contradecirse en principio; bien que bajo todo esto se ocultara una burla y una celada. En efecto, ella no era hija de la improvisación, ni un mero recurso oratorio, y a la vez que se deducía rigurosamente de la antigua Constitución española, respondía a un plan reaccionario. En el fondo, era el derecho tradicional de los cabildos, que nombraban sus procuradores o diputados municipales, para que en representación de las ciudades libres fueran a formar Cortes o Congreso, y dictasen leyes en nombre del común y de la comunidad; era, pues, el mismo derecho que la España acababa de resucitar para hacer frente

a la invasión napoleónica, y que la Audiencia reclamaba para todos los cabildos del Vireinato, en cuanto le convenía, a la par de Buenos Aires y en igualdad de condiciones. Pero esta doctrina histórico-legal, que entrañaba el parlamentarismo comunal, la ley de las mayorías legales, el germen de una federación embrionaria, respondía al derecho de todos y cada uno de los miembros de la república municipal, había sido invocada por el Virey Cisneros pocos días antes en su conferencia con el Alcalde Lezica, según se ha visto, y le fué sin duda sugerida por el mismo Villota, que era su consejero. El Cabildo la había insinuado en términos precisos en el discurso de apertura, con los caracteres definitivos de una fórmula jurídica. Ella estaba, pues, en todas las cabezas del partido español, era la fórmula legal que oponían a la teoría revolucionaria, y contaban que así podrían contener el desenvolvimiento de los sucesos, ganar tiempo y mantenerse en el poder mientras la suerte de la España se decidía, proveyendo a lo futuro con la reunión de un Congreso general de todos los diputados de las Provincias nombradas por los Cabildos, sobre los cuales podían ejercer una acción directa.

“Esta hábil maniobra del fiscal Villota, cambiaba las posiciones. Los revolucionarios aparecían sosteniendo el absolutismo monárquico, a título de herederos de su soberanía para ejercerla a su nombre. Los conservadores españoles presentábanse abogando por la representación legal y los derechos de los pueblos, con arreglo a los

antiguos fueros municipales, y sosteniendo que debía ser el resultado del voto de todos lo que a todos interesaba igualmente. Teóricamente, la revolución no había salido del terreno del derecho colonial y manteníase en él invocando sus textos y obedeciendo a sus prácticas, y por eso había buscado el apoyo del Cabildo a fin de darle forma regular y fuerza de ley. La argumentación perentoria de Villota la desalojaba de esta fuerte posición, desautorizándola ante ese mismo derecho, y la presentaba como una usurpación que se abrogaba facultades que no le correspondían, en el hecho de pretender decidir de la suerte de todas las demás provincias del Vireinato sin consultarlas, y por el simple voto de una sola ciudad. La revolución quedaba así reducida a las mezquinas proporciones de una conmoción urbana y local, sin títulos legítimos para dictar la ley general. Las tradiciones centralistas del régimen colonial, la vida orgánica que gradualmente se había ido afocando en la capital, la espec- tabilidad que dieron a Buenos Aires los grandes sucesos de que acababa de ser teatro, la importancia que con tal motivo tomó su institución municipal, elevándola sobre todos los demás Cabildos, habían ocultado esta faz de la cuestión legal, y por lo mismo su revelación tenía que ser de grande efecto. Por esto el discurso de Villota produjo profunda sensación en la asamblea. Algunos patriotas creyeron perdida la votación si ella se iniciaba bajo su influencia. Entonces volvieron sus ojos hacia un extremo de la galería, en que se veía un grupo de per-

sonajes, que parecían colocados allí por la mano del destino.

“En un largo escaño y cerca de la puerta de entrada, se veían sentados al elocuente Dr. Castelli, emocionado aún por su reciente arenga, y al profundo abogado Passo, los dos tribunos del pueblo: su actitud parecía indicar el desaliento o la paralización de sus facultades. Más lejos divisábase la austera cabeza de don Bernardino Rivadavia, y puesto de pie, apoyado en el respaldo del escaño, al Dr. Mariano Moreno, en cuyo semblante no se traslucía ninguna agitación. Belgrano y el joven teniente de infantería don Nicolás de Vedia, ocupaban el extremo del escaño. Belgrano era el encargado de hacer la señal con un pañuelo blanco en el caso de que se tratase de violentar la asamblea. Una porción de patriotas armados, estaban pendientes del movimiento de su brazo y prontos a transmitir la señal a los que ocupaban la plaza, las calles y las escaleras de la casa consistorial. En aquel momento decisivo levantóse de su asiento don José Antonio Escalada e incitó al Dr. Passo a que replicase, R. Peña y Castelli le instaron en el mismo sentido. Passo se puso de pie y habló, al principio con cierta turbación; pero poco a poco su voz fué entonándose, su razonamiento se condensó, y cuando llegó a las conclusiones de su discurso todas las fibras del auditorio vibraban al unísono de su palabra grave, concentrada y vigorosa, que jamás tuvo mayor poder de convencimiento que en aquella ocasión.

“Era que el Dr. Passo había herido con mano firme la cuestión de actualidad, encarándola por su faz práctica y arribando a una conclusión de hecho, que establecía las verdaderas posiciones, resolviendo el problema. La primera parte de su discurso fué casuística, como un homenaje tributado a las formas consagradas. Presentó a Buenos Aires como una hermana mayor que en una grave emergencia de familia asume la gestión de sus negocios, con el propósito de ser útil a sus administrados, cuyos intereses por lo mismo que son comunes son solidarios, y deben ser mejor consultados por los hijos de un común origen, sin perjuicio de consultar a todos oportunamente. Este argumento parásito (?), respondía a la dialéctica jurista del fiscal de la Audiencia. Abandonando luego el terreno convencional en que hasta entonces se mantenía el debate, afrontó prácticamente la verdadera cuestión política, dando su razón de ser a la asamblea y revistiéndola de la autoridad moral de que había pretendido despojarla Villota. Partiendo de la base de que las provincias y los pueblos de todo el Vireinato debían ser consultados y que sólo el voto de sus diputados congregados debía estatuir definitivamente sobre la forma de gobierno, sentó como premisa, que para que esta consulta fuese legítima y diera los resultados que de ella se esperaban, era indispensable que fuese LIBRE, y que no podía serlo si la elección se verificaba bajo la influencia de los empeñados en contrariar tales propósitos, y que por lo tanto, así como la situación era nueva, nuevos de-

bían ser los medios que se empleasen. Sentada así la cuestión, y resuelta por el hecho mismo, el orador concluyó declarando que Buenos Aires haría la convocatoria del Congreso general, que la haría garantiendo eficazmente la libertad de todos, y que en sus manos estaría más segura que en ninguna otra el depósito de la autoridad y los derechos comunes, lo que equivalía a proclamar el derecho supremo de la revolución en nombre de la necesidad y de la conveniencia, o sea de hecho. Esta fué la fórmula política de la revolución de Mayo, municipal en su forma, y nacional o, más bien dicho, indígena en sus tendencia y previsiones. Y como esta argumentación viril, apenas velaba una amenaza, y los batallones criollos reunidos en los cuarteles sólo esperaban una señal para levantar sus armas y sostener las decisiones del Cabildo abierto, nadie replicó.

“Un inmenso aplauso saludó la peroración de Passo. El partido español empezó a comprender que no teniendo la fuerza, el voto popular no le daría tampoco la razón, y puesta así la cuestión en el terreno de los hechos, nada tenía que contestar a la argumentación. El oidor Caspe, inclinó la cabeza y guardó silencio. Su colega Villota, sea despecho, sea dolor por la melancólica suerte de la España en decadencia, no pudo contener sus lágrimas, y apenas le fué posible hacer una invocación al sentimiento, recordando las recientes glorias comunes de españoles y americanos a la sombra de una misma bandera. La opinión estaba definitivamente fijada y el resultado de la



votación no podía ser dudoso. La alegría precursora del triunfo se dibujó en los semblantes de los patriotas decididos, y muchos nativos que hasta entonces habían permanecido indecisos, rodearon a Belgrano ofreciéndosele para sostener las deliberaciones de la asamblea.

“Inmediatamente procedióse a fijar una proposición para votar. No tomadas en consideración varias que se hicieron, ya en el sentido de las resistencias de la Audiencia, ya en el de las contemporizaciones del Cabildo, púsose a votación la siguiente proposición: «Si se ha de » subrogar otra autoridad a la superior que obtiene el » Excmo. Sr. Virey, dependiente de la Metrópoli, salvando ésta; e INDEPENDIENTE siendo del todo subyugada.» Fué casi unánimemente rechazada, por los patriotas, por prudencia; por los españoles por patriotismo. Fijóse en seguida esta otra: «Si la autoridad soberana » ha caducado en la Península, o se halla en incierto », poniendo por condición que debía ser votada en secreto. Esta fórmula respondía a las aspiraciones del partido español, y fué desechada por los patriotas, porque nada resolvía. Triunfó por fin una tercera proposición acordada por los patriotas y concebida en estos términos: «Si se ha de subrogar otra autoridad a la superior que » obtiene el Excmo. Sr. Virey, dependiente de la Soberanía; que se ejerza legítimamente a nombre del Señor » D. Fernando VII, y en quién?» Tal fué la fórmula de la revolución del 25 de Mayo, que subsistió vigente por el espacio de seis años, hasta que se adoptó la pri-

mera sobre la base de INDEPENDENCIA, rechazada en esta ocasión por prematura.

“Siguióse la votación. Se dispuso que ésta fuera pública, que cada uno escribiese su voto y que el escribano de Cabildo lo publicara en alta voz. El primer voto que se estampó después de el del Obispo, fué el del general español don Pascual Ruiz Huidobro. Este personaje es-  
pectable, que presidió a la empresa de la reconquista y bajo cuyas órdenes se perdió Montevideo, había sido nombrado Virey hallándose prisionero en Inglaterra. Alejado por este motivo de Cisneros y en contacto con los patriotas que lo consideraban, su voto fué « que debía » cesar el Virey y reasumir su autoridad el Cabildo » como representante del Pueblo, ínterin se formaba » un gobierno provisorio dependiente del Soberano. » Este voto, calorosamente aplaudido por los patriotas, fué saludado con aclamaciones por los que llenaban la plaza pública al pie de las galerías del Cabildo.

“El voto de don Cornelio Saavedra fué el que arras-  
tró tras sí la mayoría. Por él se declaraba caduca la autoridad del Virey, delegando en el Cabildo la facultad de nombrar la Junta de gobierno que debía subrogarle « en el modo y forma que hallase más conveniente, no » quedando duda que el pueblo es el que confiere la » autoridad o mando. » Castelli fué más explícito. Adhi-  
riéndose en lo sustancial al voto de Saavedra, opinó « por » que la elección del nuevo gobierno se hiciese por el » pueblo, junto el Cabildo abierto sin demora. » Bel-

grano, inclinado siempre a la moderación, votó simplemente con Saavedra, separándose por esta vez de su antiguo compañero el Dr. Castelli. Más tarde tuvo lugar de arrepentirse de ello.

“La votación continuó hasta altas horas de la noche, sin desamparar el pueblo su puesto. Faltando todavía veinte ciudadanos presentes por sufragar, el Cabildo resolvió suspender el acto, previniendo que al día siguiente se haría el escrutinio y firmarían el acta todos los votantes. El resultado no era empero dudoso, y el mismo Cabildo, reconociendo que la voluntad manifiesta del pueblo era que el Virey cesase absolutamente en el mando y se constituyese un gobierno propio que determinara sobre la forma definitiva, lo formuló en estos términos: « En la imposibilidad de conciliar la tranquilidad pública con la permanencia del Virey y régimen establecido, se faculta al Cabildo para que constituya una » Junta del modo más conveniente a las ideas generales » del pueblo, y circunstancias actuales, en la que se depositará la autoridad hasta la reunión de las demás ciudades y villas. » Este resultado alarmó al partido español y asustó al Cabildo, que al fin se dieron cuenta que se hallaban en presencia de una revolución radical.

“El reloj del Cabildo daba las doce de la noche al tiempo de terminarse la votación. Aquella fué la última hora de la dominación española en el Río de la Plata. La campana que debía tocar más adelante las alarmas de la revolución, resonaba en aquel momento lenta y

pausada sobre las cabezas de la primera asamblea popular que inauguró la libertad y proclamó los derechos del hombre en la patria de los argentinos. El 22 de Mayo de 1810, es el día inicial de la revolución argentina, con formas orgánicas y propósitos deliberados.”<sup>(1)</sup>

\*  
\* \*

Permítase una digresión, y ya que se trata de rememorar episodios en los que el esfuerzo argentino se impuso:

Cuando el gobierno argentino, en prueba de buena amistad y armonía, resolvió enviar una delegación a Bolivia con motivo de la asunción al mando del actual presidente de esa república, a la vuelta a la patria, los jefes argentinos de la misión resolvieron mandar fundir una corona en bronce para que se colocase en su nombre en homenaje al gran mariscal de Ayacucho, general Antonio José de Sucre, en el monumento erigido a éste en la capital de Bolivia. Fundida la corona, se envió, y a la fecha es de suponerse debe de estar colocada al pie del monumento.

Nadie más respetuoso y admirador de la gloria del gran mariscal de Ayacucho que el que escribe, pero ocurre preguntar: ¿Por qué ese homenaje? Aparte del

---

(1) MITRE. *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Tomo I, pág. 316. Edición de 1887.

simpático recuerdo que tienen que merecerle a los bolivianos los argentinos, también les debía Sucre gratitud a éstos, si se tiene presente el contenido de las cartas del general Sucre a San Martín, cuando el general de Colombia urgía al libertador argentino, que le enviara un ejército auxiliar para protegerlo en la campaña del Ecuador; allí donde le tenía copado el ejército del general realista Aymerich. Sucre instaba el envío del auxilio, comprometiéndose él, a ayudar después a San Martín para terminar la independencia del Perú, promesa que jamás cumplieron ni Sucre ni Bolívar, como consta en la *Historia del Perú Independiente*, de don Mariano Felipe Paz Soldán.

La expedición peruanoargentina, que fué dirigida por jefes argentinos, llegó a las altitudes del Ecuador y allí se evidenció la organización y el brío de la caballería argentina, al mando de Lavalle, en el famoso combate de Río Bamba, en el que desbarató a la caballería realista, y allí también lució el empuje resuelto y valiente de la infantería argentina, mandada por el coronel Félix Olazabal y el comandante Sánchez, en las faldas del *Pichincha*. Pero con ser así, Sucre se olvidó de todo, como que era un jefe obediente a su superior, a Bolívar.

Tanto se olvidó, que cuando después de *Ayacucho* daba a un jefe argentino, el general Rudecindo Alvarado, el comando del ejército de vanguardia de Colombia para penetrar al Alto Perú, y cuando el general Arenales organizaba un ejército en Salta para imponer la sobe-

ranía argentina en el territorio que sus soldados defendieron como parte integrante de las Provincias Unidas, pues en nuestras asambleas: la Junta de 1810, la Asamblea del año 13 y los Congresos de Tucumán de 1816 y de 1824, siempre estuvieron representados los diputados de Bolivia. A pesar de todo esto, nosotros, los argentinos, ante la actitud de Sucre, que quitaba el mando del ejército de Colombia a Alvarado, y nuestras disensiones internas, renunciábamos noblemente a la acción, declarando, por la voz de nuestros congresistas, que los pueblos libertados eran señores absolutos de sus destinos y que ellos podían adoptar la forma de gobierno a que aspiraban (Congreso de 1824).

Fué entonces que se disgregaron, por consejo y la acción de Sucre, las provincias del Alto Perú de las Unidas del Río de la Plata.

Estos antecedentes no dejan muy lucido el homenaje de la Comisión militar argentina al general Sucre. Esta demostración, rayana en la más perfecta inocencia, tiene como antecedente otro hecho aun más ingenuo.

Un día, después de una muy animada discusión, ciertos caballeros y algunos militares resolvieron también rendir otro homenaje, y esta vez le tocaba el turno al Paraguay. Resuelta la demostración, determinaron mandar fundir una placa en bronce con una pomposa declaración, en la que se expresaba el acto respetuoso del ejército argentino al general Díaz, vencedor en *Curupaytí*.

Si alguna explicación pedía esa placa, o, mejor dicho,



la leyenda, hubiera debido significar el homenaje del ejército argentino al ejército paraguayo, pero esto dando al olvido que la guerra no la provocaron los argentinos y que fueron ellos a pura pérdida en hombres e intereses, no obstante salir victoriosos.

Sin embargo, con ser así, la placa se envió y fué recibida en el Paraguay sin mayores entusiasmos. ¿Por qué? Sin duda porque el organizador de la defensa de la trinchera paraguaya no fué, como jefe de batallón, más que un sayón del tirano López, y en cuyo cuartel, que era una bastilla, se martirizaba por orden del tirano a todos aquellos de quienes se dudaba.

Por otra parte, *Curupaytí* no es, como acto de guerra, una gloria; es la defensa de una trinchera, en la que no luce el valor heroico del soldado paraguayo. Este no salió al exterior de las defensas a pelear cuerpo a cuerpo con los soldados aliados.

Fué sin duda por eso que la tropa paraguaya no perdió gente y que Solano López no acordó premio alguno militar al ejército que resistió el ataque.

Pero los argentinos suelen reincidir en estas demostraciones, que es mejor no querer clasificar.

Un día, y aquí viene el episodio y la moraleja, la Comisión organizadora de las fiestas del Centenario de la Revolución de 1810, resuelve erigir una estatua al general Bernardo de O'Higgins, que nada, absolutamente nada, tiene que ver la ilustre personalidad chilena con el génesis de nuestra independencia y a quien nada o muy poco debe la historia argentina.

Puestos a la obra, se manda fundir la estatua, que ya se ha inaugurado, monumento éste que si algo puede significar será el vínculo de unión, fundamentado en comunes intereses y conveniencias entre chilenos y argentinos, lo que no es poco, pero nunca un homenaje al famoso repúblico chileno.

Si alguna estatua, en realidad de verdad merece O'Higgins en tierra que no es su patria, esa estatua debe mandarla erigir el gobierno y pueblo peruano en Lima; allí adonde, en el año 1821, entraban las tropas libertadoras argentinochilenas (estas últimas se relevaron del Perú paulatinamente) para contribuir a la independencia de la presente república peruana.

Y puede que, calmadas las pasiones y entendidas cómo se deben de entender las cláusulas del tratado de Ancón, es decir devolviéndole al Perú lo que sea equitativo, tenga el patricio chileno su efigie en bronce o mármol en territorio peruano.

Y cómo la exageración cunde, llegado que fué el día del centenario de la gloriosa jornada del 5 de abril — la batalla y victoria de Maipú — el gobierno argentino enviaba una delegación del ejército nacional para que lo representase en las fiestas que se celebraban en la capital de Chile, en celebración de la victoria, ocurrida en la fecha centenaria de ésta y siendo de extrañar que siendo la gloria común a ambas repúblicas, no enviase el gobierno chileno, para ese día, una delegación de su ejército a la ciudad de Buenos Aires, donde también se celebraba

el centenario de Maipú con fiestas alusivas a la victoria.

Esto no fue todo: la delegación del ejército argentino quería echar el resto, y lo echó llevando al efecto una placa que decía: “1818 - 5 de abril - 1918. — Homenaje del Ejército Argentino al Ejército Chileno.”

¿Homenaje de qué? Se ignora. A lo menos que con ella se quiera significar, que es lo más lógico, ya que la Argentina no era la libertada, que sin el auxilio de la tropa chilena los argentinos no hubieran sido capaces de esfuerzo alguno.

Pero estos hechos no pueden asombrar mayormente, cuando hay otros peores. La prueba al caso:

¿Se quiere evidenciar la ligereza, la ignorancia, la carencia de criterio histórico, el poco respeto de los antecedentes por un Consejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires? Pues allá va el testimonio: Un día se resuelve cambiar el nombre de una calle de la ciudad para substituirlo por otro. Esto a instancias de una solicitud de unos caballeros que deben de entender tanto de historia como un carretero de cálculo infinitesimal; pues se defiende al pedido, se llama a los liectores (se usa esa expresión de Mitre) y se le ordena arranquen una tablilla y así desaparece el nombre *Andes* para substituirlo por el nombre de un ex presidente, respetable ex diplomático y ex legislador que, como diplomático jamás brilló a la altura de los doctores José Valentín Gómez y Rufino de Elizalde, y como gobernante sólo desempeñó un gobierno discreto. Se substituye con ese nombre el de

*Andes*, que rememoraba el pasaje inmortal de la Cordillera por el ejército libertador de San Martín, operación de guerra, marcha estratégica que los escritores americanos y europeos, historiadores y militares científicos la califican de genial y la más atrevida en la guerra de montaña. (1)

A estas peligrosas interpretaciones se prestan muchas ligerezas, pero déjese la digresión histórica y vuélvase al punto de donde nos apartamos.



Otro cuadro, y así podríamos citar muchos, es el que describe el historiador cuando narra la sublevación del ejército del Norte, al mando de Rondeau, en el año 1815. Léase despacio ese capítulo, medítese de la manera cómo está descripto el suceso, las semblanzas que traza Mitre, el autor, de los personajes que intervienen en el mismo, y entonces no podrá menos de meditar el que lea que eso está admirablemente escrito.

Se iría muy lejos, y eso no lo permiten estos apuntes, si se fuera a mencionar las bellezas que contienen las páginas de la *Historia de Belgrano*, y lo bien escritas que están las mismas.

La *Historia de San Martín*, la califican López, Lamas, Barros Arana y Vicuña Mackenna de notable.

Ya que se cita a la *Historia del general San Martín y*

---

(1) Véase la obra del autor: *Paso de los Andes y Batalla de Chacabuco*.

*de la Independencia Americana*, ¿por qué no recordar también la emocionante página de Mitre, en la que éste describe el asalto y apresamiento de la *Esmeralda*, en la rada del Callao? ¡Qué lujo en los detalles y al mismo tiempo qué parsimonia! Se ve el movimiento de las lanchas chilenas deslizándose, esa noche, en las mansas aguas del Pacífico.

Se asiste a la escena:

Qué momento tan aciago aquel en que lord Cochrane y sus compañeros avanzan resueltos, denodados, al abordaje de la fragata española y que llega el instante de solicitar informes a la sordina del buque de guerra norteamericano surto en el puerto, y es el momento de la acción terrible, de la acción heroica, en que da el alerta el fusilazo del centinela. Y por la prora y por la popa y por la borda trepan como leones, ingleses y chilenos y empieza allí la furia del pelear, la rabia y el encono de la lucha, hasta que, después de un breve momento, se alcanza la victoria y ondea el tricolor de Chile en el palo mayor de la fragata, que después de las escenas de los episodios de esa noche, saluda a la independencia del Perú en el alborear de la victoria.

Todos los que han leído el pasaje de la referencia, no han podido menos de convenir que el historiador Mitre era también un literato.

Sin duda que Mitre no tiene como escritor el hermoso desorden ni la originalidad del estilo de Sarmiento, y que le falta la ampulosidad y las brillanteces de la forma

del doctor Vicente Fidel López, y carece de la gracia, el movimiento, como igualmente la intención traviesa, maligna, a veces insultante y poco respetuosa de la verdad de los hechos, de Alberdi; menos tiene del lenguaje impecable y correcto del doctor Juan M. Gutiérrez; ni la exposición clásica, límpida y con todas las esquisiteces de don Marcos Sastre en el *Tempe Argentino*, pero posee en cambio, como escritor, su estilo claro, su exposición metódica y correctísima, su constante respeto por la verdad, porque es el mejor informado de todos y cuando llega el momento y lo merece la exposición, sabe levantar el vuelo y es también animado y brillante y proyecta luz, como se evidencia en los capítulos y pasajes de sus obras históricas a que se alude.

\*  
\* \*

Como es probable que algún lector considere exageradas las afirmaciones contenidas en las referencias que anteceden, conviene transcribir la descripción que hace el general Mitre en la parte pertinente de la *Historia de San Martín y de la Independencia Americana*, del apresamiento de la fragata *Esmeralda*, hecho que el historiador califica apropiadamente de *proeza fabulosa*.

Con esta transcripción quedará evidenciado que no mueve la pluma que escribe la pasión ni, menos, una admiración exagerada.



Habla Mitre:

“El otro acontecimiento a que nos hemos referido, es una proeza fabulosa, ejecutada por el almirante Cochrane. Los mares ya no ofrecían campo a su actividad. Lo que constituía la fuerza de la escuadra española en el Pacífico estaba reducido a las fragatas *Prueba*, *Venganza* y *Esmeralda*. De éstas, las dos primeras, después de conducir de los puertos del sud una división del Alto Perú que reforzara el ejército de Lima, no pudieron volver a penetrar al Callao bloqueado por la escuadra chilena, y errantes por las costas del norte, se habían refugiado en Guayaquil, donde debían sucumbir al fin. La *Esmeralda* se encontraba a la sazón en el Callao, acompañada de otros buques menores. El almirante concibió el atrevido proyecto de apoderarse de la escuadra enemiga dentro del mismo puerto, desafiando los fuegos de sus 250 piezas de mar y tierra. Dos objetos se proponía con esta empresa: concurrir eficientemente a las operaciones del ejército de tierra, movido por la emulación, y atraer a San Martín hacia Lima, comprometiendo en movimientos más atrevidos con arreglo a su primitivo plan. El generalísimo, a quien comunicó confidencialmente su idea, reservándose la iniciativa, la aceptó con entusiasmo.

“Hemos descrito antes el puerto del Callao y sus fortificaciones, las que habían sido considerablemente aumentadas después de la segunda tentativa de Cochrane contra ellas. Bajo los fuegos fijantes y rasantes de

los castillos y de las 200 piezas de las baterías de tierra estaba anclada la *Esmeralda*, con 44 cañones y 320 hombres de tripulación; y además, la corbeta *Sebastiana*, dos bergantines y dos goletas más con tres buques mercantes armados en guerra. Una doble línea semi-circular de veinte lanchas cañoneras, estaba establecida a vanguardia sobre la grande entrada del puerto. A su frente se extendía una especie de estacada de maderos flotantes, cerrada por dos gruesas cadenas, que rodeaba todos los buques y que sólo tenía una angosta entrada por la parte del norte. Tal era la línea que el almirante se proponía forzar teniendo por principal objetivo la *Esmeralda*.

“Al efecto hizo aprontar 14 botes tripulados por 160 marineros y 80 soldados de marina. A la invitación de que se presentasen voluntariamente los que quisieran acompañarle en la empresa, las tripulaciones de todos los buques del bloqueo se presentaron en masa. Fué necesario que él, usando de su autoridad, eligiese los hombres que necesitaba. Tres días consecutivos se emplearon en preparar la flotilla. En la noche del 4 distribuyóse una instrucción escrita en inglés y castellano, que fué leída en alta voz por el patrón de cada una de las embarcaciones, contestando a ellas con ¡vivas! y ¡hurras! los soldados chilenos y los marineros ingleses que la tripulaban. « Los botes o chalupas, — prevenía la instrucción, — avanzarán en dos líneas paralelas y se- » paradas una de otra a distancia de tres botes, — Los

» oficiales y soldados deberán llevar chaqueta blanca, e  
» ir armados de pistolas, sables, puñales o picas. — Cada  
» bote debe tener hachas afiladas que los guardas carga  
» rán a la cintura. — Tomándose posesión de la fragata,  
» los marinos chilenos no harán oír las exclamaciones  
» que tienen de costumbre, sino que para engañar al  
» enemigo deberán gritar: *¡Viva el Rey!* — Si el ves-  
» tido blanco no bastase para distinguir a los asaltantes  
» por la oscuridad de la noche, las palabras de seña y  
» contraseña serán: *Gloria*, a que se responderá por *Vic-*  
» *toria* ». En la misma noche se ensayaron las maniobras  
que debían ejecutarse, reconcentrándose los expedicio-  
narios al costado de la *O'Higgins*.

“Amaneció el día 4 destinado para dar en la noche el atrevido golpe. Para burlar la vigilancia del enemigo, ordenóse que la *Lautaro*, la *Independencia* y la *Galvarino* saliesen mar afuera, quedando sólo la *O'Higgins* al frente del bloqueo. La capitana chilena, cubierta por la isla de San Lorenzo, ocultaba a su costado opuesto los botes prontos a la primera señal. En vista de estos movimientos, los españoles se preparaban a pasar tranquilamente la noche, festejando con un banquete, a bordo de la *Esmeralda*, la primera cesación del bloqueo, que ya daban por cosa hecha. El más absoluto silencio había sido recomendado en la escuadra chilena después de ponerse el sol, y al anochecer del mismo día, circulaba de mano en mano, en medio de un entusiasmo comprimido por la disciplina, una proclama del almirante:

« ¡Soldados y marineros! Esta noche vamos a dar un  
» golpe mortal al enemigo. Mañana os presentaréis con  
» orgullo delante del Callao. Todos vuestros compañeros  
» envidiarán vuestra buena suerte. — Una hora de co-  
» raje y resolución es cuanto se requiere de vosotros para  
» triunfar. Recordad que habéis vencido en Valdivia, y  
» no os atemoriceís de los que huyeron de vuestra pre-  
» sencia. — El momento de gloria se acerca. Espero que  
» los marinos chilenos se batirán como tienen de costum-  
» bre, y que los ingleses obrarán como siempre lo han  
» hecho en su país y fuera de él. »

“A las 10 de la noche, el heroico almirante, vestido con la chaqueta blanca del marinero, con una faja azul atada al brazo, — que era el distintivo de combate, — y un puñal y dos pistolas al cinto, con el machete de abordaje en la mano, bajaba a la lancha que debía ir a la cabeza de la expedición, rodeado de la admiración y el entusiasmo que su gallarda presencia despertaba en las horas de peligro. A las 10 y media, los 14 botes emprendieron la marcha, formados en dos líneas paralelas, a la distancia prevenida en la instrucción. La primera línea era mandada por el capitán Crosbie. La segunda iba a órdenes del capitán Guise. A la cabeza de ambas, marchaba el almirante Cochrane. La noche era sumamente oscura. Las embarcaciones se deslizaban como sombras por la superficie tranquila de las aguas. Ningún rumor se percibía. Los botes llevaban sus remos embozados de manera que no producían ningún sonido. A poco andar,

viéronse a corta distancia dos sombras inmóviles. Eran las fragatas de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, la *Hiperion* y la *Macedonia*, que en calidad de neutrales ocupaban un puesto al exterior de la estacada flotante. Cochrane, haciendo dar un golpe al timón, dirigió la proa de su lancha hacia la popa de la *Macedonia*.

“Los buques de los Estados Unidos que en aquella época visitaron la América del Sud, fueron mensajeros de amistad y de confraternidad, que bajo la bandera neutral estudiaban los hombres y las cosas de las naciones repúblicas, alentándolas en su lucha y difundían en ellas ideas de independencia y libertad. Bien que la Gran Bretaña participase como nación de estos sentimientos, los jefes de su marina en el Pacífico miraban de reojo a lord Cochrane, a quien perseguían con el odio de su gobierno lejos de la patria, aun cuando algunos de sus oficiales y marineros protestasen contra esta acerba agravación del ostracismo. La conducta de los dos mencionados buques en esta ocasión, correspondió a estos encontrados sentimientos. A bordo del buque norteamericano, un guardia marina, que más tarde publicó sus recuerdos sobre el suceso, contaba a sus camaradas, que en la tarde, al regresar de tierra en un bote, había notado el descuido con que se hacía el servicio a bordo de la *Esmeralda*, fondeada a 1'500 metros del muelle, con sus cañones fuera de batería. — « Para mí, decía, es un buque condenado. No colgaría yo mi hamaca en el mejor de sus baos ». A lo que repuso un oficial:

— « Son unos locos en divertirse, teniendo a Cochrane a dos tiros de cañón. » En aquel momento, al asomarse por encima de la borda, distinguieron las dos líneas de lanchas tripuladas que avanzaban rápidamente. — « El escocés anda en las aguas, dijo el guardia marina. Aposaría mi cabeza a que Cochrane está en el primer bote. » Todos seguían con vivo interés el movimiento de las embarcaciones que se aproximaban. « Y como los tripulantes estaban vestidos de blanco y sus botes caminaban tan en silencio que ni el ruido de los remos se sentía (dice el oficial norteamericano de quien tomamos estos detalles) parecían más bien que hombres mortales, una banda de espíritus que se movían misteriosamente sobre el insondable piélago ». Al pasar por el costado, oficiales y marineros les desearon en voz baja buen éxito. El último de los botes de Cochrane, detuvo su marcha bajo las ventanas de popa de la *Macedonia*, y asegurándose de la cadena del timón permaneció allí oculto, a pesar de los ruegos y amenazas del que lo mandaba. Cuando los oficiales de la fragata vieron que aquella embarcación desertaba su puesto, dirigiéronse a la tripulación increpándole su cobardía. Nada pudo decidirla a seguir adelante, y la noche tapó con su velo aquel oprobio.

Mientras tanto, Cochrane, seguido sólo de trece botes, pasaba a corta distancia de la *Hiperion*: los centinelas dieron la voz de alerta, que felizmente no oyeron los españoles. Un oficial inglés, entusiasmado al ver el valeroso avance de Cochrane, dió un ¡hurra! en honor de su



ilustre compatriota, conducta de que con razón se queja amargamente de parte de un antiguo compañero de armas, el dos veces héroe británico de la isla de Aix.

\*  
\* \* \*

“La flotilla continuó avanzando, formada siempre en dos líneas paralelas, con el bote de Cochrane a la cabeza. A las doce de la noche en punto se hallaba frente al boquete de la estacada, tras la cual se abrigaba la primera línea española, formada por 20 cañoneras. Una lancha cañonera guardaba la entrada. Al aproximarse Cochrane, que se había adelantado a una distancia como de seis botes, el centinela de la lancha española gritó: *¿Quién vive?* A una señal del almirante, los marineros se tendieron sobre los remos y con impulso vigoroso salvaron la distancia que mediaba entre las dos embarcaciones, antes que el eco del *quién vive* se hubiese apagado. — ¡Silencio o todos mueren! fué la intimación de Cochrane, con esa voz sorda y concentrada que repercute en el silencio y penetra en las almas cuando el coraje o la amenaza le imprime sus profundas vibraciones. Las armas de los guardianes de la estacada cayeron de sus manos. Allanado este primer obstáculo, la flotilla siguió adelante y penetró al recinto fortificado.

“Las dos líneas apercebidas al combate avanzaron resueltamente sobre la *Esmeralda*. Cochrane, con los botes

de la *O'Higgins*, tomó el costado de estribor: Guise con los de la *Independencia* y la *Lautaro*, el de babor. Muy luego se hallaron a los costados de la fragata enemiga, que envolvieron silenciosamente en un fatal abrazo, sin que sus descuidados centinelas diesen la voz de alarma. El comandante de la *Esmeralda*, Luis Coig, envuelto todavía por los humos del banquete, jugaba a los naipes en la cámara con sus oficiales y convidados. La tropa dormía tranquilamente en sus cuadras. Cochrane se hallaba en aquel momento bajo las ventanas del alcázar de popa, cuyas luces se proyectaban en la densa oscuridad de la noche. Dióse la señal del asalto.

“El valeroso almirante lanzóse el primero por las amarras de popa, y trepó como un atleta hasta alcanzar la borda de la fragata. El centinela español que allí estaba, lanzando el grito de *¡alarma!* le dió un culatazo en el pecho, arrojándole de espaldas a uno de los botes. En su caída recibió una herida cerca de la espina dorsal al chocar sobre un tolete. Animado de nobles iras, se puso instantáneamente de pie, y subió por segunda vez al asalto, seguido de su tripulación electrizada por su ejemplo. El centinela hizo fuego, y un momento después caía muerto a sus pies. *¡Arriba muchachos! ¡Ya es nuestra!* — (*Up my lads she's ours*) — gritó a los de las chalupas. Apenas hacía un minuto que pisaba el puente de la fragata, cuando alzó los ojos hacia lo alto de los mástiles, y gritó con la serenidad de que manda una maniobra ordinaria: *¡Ho! de las cofas!* — *¡Pronto!* contes-

taron varias voces de lo alto de la verga del trinquete. — *Prontos!* repitieron otras voces de lo alto de la cofa del palo mayor. — Todo había sido previsto, hasta el heroísmo ordenado. Era un destacamento de gaveros, que trepando por los obenques se habían apoderado de las cofas. Este fué el golpe maestro del abordaje. Los asaltantes eran dueños del buque. — La situación llegó, empero, a ser peligrosa para ellos. — Toda la tropa de servicio que se hallaba arriba de cubierta, había acudido a las armas a la voz del centinela. — Reunida en número considerable habría tal vez dado cuenta de los pocos que en aquel trance rodeaban a Cochrane. — En este momento decisivo, Guise con los suyos, asaltaba la fragata por el costado opuesto. — Los de estribor gritaron *¡Gloria!* y los de babor respondieron *¡Victoria!* — Los asaltantes de uno y otro costado encontráronse entonces reunidos en el castillo de popa. — Cochrane y Guise, que eran rivales y se odiaban mutuamente, arrastrados por un movimiento generoso, se dieron allí las manos, como hermanos de armas y de gloria, olvidando por el momento sus resentimientos. Esta reconciliación debía ser pasajera desgraciadamente.

“La guarnición de la *Esmeralda*, sorprendida, habíase, mientras tanto, reconcentrado al castillo de proa. Desde allí rompió el fuego de fusilería sobre los asaltantes, barriendo el puente con sus proyectiles. Una bala traspasó a Cochrane un muslo. Sentóse impávido sobre un cañón, extendió la pierna sobre una hamaca, y atándose

la herida con un pañuelo, ordenó que se llevase el asalto al arma blanca sobre el castillo de proa. Soldados y marineros avanzaron resueltamente, trabándose en la oscuridad un combate cuerpo a cuerpo a golpe de hacha y machete. No fueron más felices en el segundo, en que volvieron a ser rechazados, quedando Guise herido. — Hacía un cuarto de hora que duraba la refriega de popa a proa. El puente estaba cubierto de cadáveres, los pies resbalaban en la sangre, y el cañonazo de alarma había sonado desde lo alto del torreón del Real Felipe. — Era urgente dominar la fragata. — Un nuevo y vigoroso esfuerzo dirigido personalmente por Guise, decidió la victoria. Los independientes la saludaron al grito de *¡Viva el rey!* — Una parte de la tripulación derrotada se ocultó en el entrepuente y la bodega, y el resto buscó su salvación arrojándose al agua. Entre éstos se encontraban los comandantes de dos buques españoles, que estaban a intermediación de la *Esmeralda*, y que organizando la resistencia en ellos, impidieron que toda la escuadra del Callao cayese aquella noche en poder de Cochrane. — Una de las cañoneras realistas, dirigiendo sus fuegos sobre la fragata, hirió gravemente al comandante Croig, y a su lado cayeron un chileno y dos ingleses. — La cañonera fué inmediatamente tomada.

“Extendida la alarma por toda la bahía, herido Cochrane, — que había delegado el mando en Guise, herido también, — ya no era posible atacar el resto de la línea como el primero lo había pensado. Su plan era perseguir

a los españoles de buque en buque, hasta apoderarse de todos ellos, incendiando los mercantes surtos en la bahía. Guise no creyó posible, o no consideró prudente persistir en esta parte accesoria del plan combinado, y mandó en consecuencia picar las amarras de la *Esmeralda*, para ponerla en salvo. La fragata, desplegando sus velas, empezó a navegar marinada por los independientes.

“Los buques de guerra españoles y los castillos y baterías del Callao, rompieron en aquel momento un terrible fuego que iluminó el teatro de la acción con sus ardientes resplandores. Algunas balas de cañón pasaron por encima de la *Macedonia* y la *Hiperion*. Ambos buques izaron los faroles convenidos para distinguirse en la noche como neutrales; pero continuando el fuego, levaron anclas, desplegaron sus gavias, y se pusieron fuera del alcance de la artillería de los fuertes. Cochrane, había previsto hasta esta circunstancia. Inmediatamente, la *Esmeralda* enarboló las mismas señales, y continuó navegando hasta salir fuera de la estacada. A las dos y media de la mañana del día 6 la fragata capturada echaba el ancla frente a la isla de San Lorenzo. Los botes expedicionarios, llevando a remolque dos lanchas cañoneras tomadas al abordaje, completaban el convoy triunfal de la *Esmeralda*, tripulada por los vencedores.

“La pérdida de los expedicionarios fué de 11 muertos y 30 heridos, contándose entre éstos a Cochrane y Guise. Los realistas perdieron como 16 hombres entre muertos

y ahogados, dejando en poder de los chilenos 200 prisioneros.

Los realistas, despechados por haber perdido tan vergonzosamente uno de sus mejores buques de guerra, bajo la protección de las más formidables fortificaciones de América, atribuyeron el éxito de la empresa a la complicidad de los neutrales, y principalmente a la tripulación de la *Macedonia*, cuyas simpatías por la causa sudamericana eran conocidas. Habiendo ido a tierra el bote de este buque con el objeto de hacer sus provisiones diarias, el oficial que lo mandaba con toda su tripulación indefensa, fueron bárbaramente asesinados por un grupo enfurecido de la población del Callao. El comandante Downes de la *Macedonia*, a la vez de reclamar enérgicamente del virrey la reparación de este atentado, escribía al General San Martín: « Felicito muy sinceramente a » lord Cochrane por la captura de la *Esmeralda*. Nunca » se ha ejecutado con mayor habilidad una hazaña más brillante ».

“El almirante, aprovechándose del estupor que causó su prodigiosa victoria, envió un parlamentario a tierra proponiendo un canje de prisioneros. El orgulloso virrey, al reconocer por la primera vez a los americanos como beligerantes, accedió a ello. Así se rescataron del cautiverio como 200 chilenos y argentinos que hacía años gemían en los calabozos de las casamatas del Callao. La hazaña heroica se coronó por este acto de civilización y humanidad.



“La *Esmeralda*, a la que San Martín quiso dar el nombre de *Cochrane*, honor que declinó el vencedor, fué bautizada con el de *Valdivia* en memoria de la anterior hazaña del heroico almirante, cuyo glorioso nombre murmurarán eternamente las ondas del mar Pacífico (1).



Y ya que se ha comentado, sea de paso, la afirmación del doctor Pedro Goyena, transcribiendo el juicio de Barros Arana, y las maravillosas páginas de la sesión del *Cabildo abierto* y del apresamiento de la *Esmeralda*, ¿por qué no hablar de otra reflexión o juicio del mismo escritor inserto en el escrito a que se alude? Dice el doctor Goyena:

“Mitre no es un pensador, ni mucho menos (!). Parece un pensador distinguido cuando se le compara con el doctor Obligado o con el doctor don V. Alsina; el primero, localista convencido, estanciero y abogado a la vez, sin horizonte político y persuadido de que la República estaba contenida en la Plaza de la Victoria y que lo demás era una estaleía.” Es mucho decir. “El segundo, un abogado sabedor de la ley española, gramático perfecto, encorbatado solemne, de hablar sentencioso y que

---

(1) MITRE. *Historia de San Martín y de la Independencia Americana*. Tomo II, pág. 566. Edición de 1889.

acariciaba con deleitación la idea de organizar una 'nación en que Buenos Aires fuera la parte y el todo.'"

Francamente es demasiado decir en tono dogmático y sentencioso. Para el doctor Goyena, Mitre no era pensador ni mucho menos. Y si como tal cosa pudiera serlo, sería, con decir un poco contradictorio, "sólo comparable con don Pastor Obligado y el doctor Alsina".

Es el caso de preguntar: ¿En qué estaba pensando el doctor Goyena cuando estampó en el papel lo que se ha leído?

¿No era pensador el sesudo presidente que en el mensaje del año 1862 formulaba las atinadas consideraciones transcritas anteriormente?

¿No era pensador el presidente de la República que tan sensatas observaciones y tan discreto desempeño señalaba al ministro plenipotenciario en el Perú, Sarmiento, y cuyas instrucciones le indica Mitre en las cartas publicadas por el señor Groussac en el tomo I de *La Biblioteca*, donde escribía lo transcrito en censura, no en crítica a Mitre, el mismo Goyena?

¿No era pensador el generalísimo del ejército aliado en la campaña del Paraguay, cuando, al frente de treinta y dos mil hombres cruzaba el Paraná por el Paso de la Patria, operación de guerra efectuada contra la opinión de los generales del ejército aliado al mando de sus respectivas tropas: Manuel Ossorio y Venancio Flores, y los jefes más caracterizados del ejército argentino; acto que no cabe sino en mentes superiores y calificado de

notable operación de guerra por todos los críticos militares del tiempo y por historiadores brasileños, como el distinguido hombre de estado Joaquín Nabuco. Hecho éste que valió para que el ejército aliado pasara tranquilo al territorio paraguayo y obtuviesen los brasileños la brillante victoria de *Itapirú*?

¿No era pensador el brillante orador que en las sesiones de septiembre del Senado Nacional Argentino sentaba la más indiscutible reputación de su fama, derrotando al sabio Vélez Sársfield y haciendo fracasar en aquella ocasión el proyecto del puerto de Buenos Aires?

¿No era pensador el polemista que en la discusión con el doctor Juan Carlos Gómez, a propósito del tratado de la triple alianza y la guerra del Paraguay, convencía al contendor con muy evidentes razones y hechos históricos muy fundamentalmente del error o errores en que incurría?

¿No era pensador el historiador que contestando a otro historiador, el doctor Vicente Fidel López, le vencía a raíz de la discusión sobre las invasiones inglesas, formulando en las *Rectificaciones Históricas* o *Comprobaciones Históricas* un alegato sin réplica?

¿No era pensador el periodista que, haciendo un estudio fundamental de la carrera diplomática del doctor Juan Bautista Alberdi, evidenciaba los errores y faltas de éste; reducía también a silencio al mismo y obligaba al gobierno del general Roca a desistir de designarle nuevamente ministro plenipotenciario argentino en Europa?

¿No era pensador el hombre que organizó la nación hasta contra la opinión de sus amigos, entre otros, el doctor Valentín Alsina, que cita el doctor Goyena?

¿No era pensador el hombre a quien, con motivo del proyecto de ley sobre unificación, acudía a buscar su consejo hasta el mismo Presidente de la República, teniente general Roca?

¿No era pensador el famoso convencional de la reforma de la constitución de la provincia de Buenos Aires, cuando rebatió con brillo a López, a don Bernardo de Irigoyen, a Rawson y a otras personalidades?

¿No era pensador el estadista cuyo consejo buscaban los hombres de letras como Juan María Gutiérrez, Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y hasta el mismo doctor Vicente Fidel López, Sarmiento y el sabio Gould, como consta de la correspondencia publicada en cinco tomos primero y en veintisiete tomos después, y los tomos que también se publicaron por el Museo Mitre, relativos a la correspondencia sostenida con don Domingo de Oro y con Sarmiento?

¡“No era pensador ni mucho menos” el diplomático en misión al Brasil y al Paraguay, donde su pensamiento, su discreción y su paciencia se pusieron a prueba y en evidencia, teniendo, a veces, que salvar, en la discusión aquello de que: *La victoria no da derechos*, que hasta el presente es mal interpretado, como tuvo el que escribe, motivo de hacerlo notar en las columnas de *El País*!

El ilustre general Mitre, según el doctor Pedro Go-

yena, “no era un pensador ni mucho menos”. Y si no era eso... ¿qué era?... Sin duda, un estudioso mortal que retenía lo que leía, pero sin capacidad de realizar nada propio!!!

¿Eran pensadores, acaso, algunos de los Convencionales de 1871? Sí que lo eran, los que permanecían mudos y ponían a prueba la resistencia de los asientos, pues solamente les dejaban en el cuarto intermedio o al terminarse las sesiones respectivas.

---

---

---

## X

### MITRE DIPLOMATICO

Misión ante el gobierno brasileño. — Las instrucciones. — Aptitud prescindente del gobierno uruguayo. — Dificultades de la misión. — Firmeza del ministro Mitre. — La nota del ministro de Relaciones Exteriores doctor Tejedor y su defensa por Mitre. — La discreción y la paciencia, condiciones « sine qua non » de la diplomacia, evidenciadas por Mitre. — Incidencia personal entre el emperador del Brasil y el ministro argentino. — Un momento difícil. — Intromisión de los plenipotenciarios inglés, norteamericano e italiano. — Consideraciones lógicas y oportunas de Mitre. — Pretendida intervención de Bolivia. — Exito del plenipotenciario argentino. — Circular del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina a las Legaciones de la Nación. — Retorno de Mitre a la patria. — Banquete en su honor. — Un discurso; modestia del orador. — Juicio del político y diplomático brasileño Joaquín Nabuco a propósito de la discusión de los tratados y de la misión de Mitre.

---

Estos *Apuntes* quedarían más deficientes de lo que son, si no se les agregasen anotaciones relativas a una de las faces más interesantes de la vida pública del general Mitre, la que se refiere a su actuación como diplomático.

Todos los que han seguido con interés nuestras relaciones diplomáticas con el Imperio del Brasil, saben que



hubo momentos en que las mismas estuvieron a punto de romperse y establecer entre los que fueron aliados en la campaña contra Francisco Solano López, una tirantez que si por lo menos no hubiera dado motivo a la guerra, hubiese creado una situación asaz difícil y en manera alguna ventajosa con nuestros vecinos, a quienes los argentinos tienen y respetan en lo mucho que valen.

Para volver las cosas a su quicio, sin temor a la guerra, y armonizar en la discusión sobre las diferencias que dividían a la Argentina y al Brasil, se necesitaba de un hombre versado en los antecedentes de los tratados, de un admirable tino, con la prudencia e independencia de criterio necesarias para, si no poder dominar en la discusión, mantenerla en los términos prudentes, usando cuantos formulismos exigían las circunstancias.

A estas consideraciones obedecía el gobierno del presidente Sarmiento, cuando por decreto de fecha 4 de junio del año 1872, refrendado por el ministro de Relaciones Exteriores, doctor don Carlos Tejedor, “nombraba al Señor Brigadier General Bartolomé Mitre, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, en misión especial, cerca del gobierno del Brasil.”

El ministro doctor Tejedor agregaba en la nota en que tenía a bien remitir el nombramiento, “que el Señor Presidente, al confiar al Señor General la importante misión de entenderse con el gobierno del Brasil, con motivo de la situación creada por los tratados del Barón de Cotegeipe, esperaba que en esa ocasión, no rehusaría el

Señor General prestar ese nuevo servicio al país, acreditando una vez más la ilustración y talento que lo distinguían.”

Como conviene al caso ilustrarlo con la información necesaria, en la que se explique el carácter de la delicada misión encomendada al plenipotenciario, se hace imprescindible reproducir las “Instrucciones a que debía ajustar sus procederes el Señor General D. Bartolomé Mitre”.

Esas instrucciones determinaban lo siguiente:

“El gobierno encomienda al señor General una misión de la más alta importancia, confiado en el patriotismo que siempre lo ha distinguido. Amenazada la alianza de rompimiento por la negociación separada del Brasil con el Paraguay, la República ha sido sorprendida con esta grave emergencia.

“El gobierno argentino, en sus notas de 15 de febrero y 27 de abril, ha expuesto lo que correspondía a los derechos de la República con arreglo al Tratado de Alianza y especialmente en la última, ha hecho una manifestación franca de su política; pero no ha dirigido a ella un ultimátum, reservándose agotar los medios conciliatorios que antes había propuesto.

“Una discusión directa de gobierno a gobierno, haciendo más tirantes las relaciones, podría dificultar un arreglo, igualmente conveniente y decoroso para ambos aliados, y es por esta razón que ha resuelto encomendar al señor General Mitre la misión especial de entenderse

sobre el particular con el Gobierno del Brasil, a fin de arribar a un acuerdo que, ajustándose a las prescripciones del tratado de alianza y teniendo en cuenta los hechos que se han producido, restablezca la buena armonía que debe existir entre los dos gobiernos, así en el presente como en el futuro.

“Las bases de ese arreglo podrían ser cambiadas con el Barón de Cotegipe, u otras parecidas a saber:

“1º Reconocimiento explícito de parte del Gobierno Brasileño de la vigencia del tratado 1º de Mayo en todas sus estipulaciones de Guerra como de Paz.

“2º Negociación separada de parte de la República Argentina con el Paraguay, con sujeción al referido tratado.

“3º Desocupación de las fuerzas aliadas del territorio paraguayo, tres meses después de los tratados definitivos, según lo convenido en las conferencias de Buenos Aires.

“4º Reconocimiento de la República de los tratados de Cotegipe en lo que no estuviesen en oposición con las bases anteriores.

“En el debate parecen admitidas por los dos gobiernos, no obstante interpretaciones encontradas, la fuerza del tratado del 1º de Mayo para todos los aliados y la posibilidad de negociaciones separadas sin rompimiento de aquél.

“Quedan, pues, sólo como dificultades serias, la condición dominante del tratado sobre todas esas negociacio

nes, inclusa la de límites y la evacuación del territorio paraguayo por las fuerzas de la alianza. El señor Enviado, debe de contraer a estos puntos los esfuerzos de su inteligencia y patriotismo.

“Si para obtener o ayudar al resultado juzgare necesario manifestar a nuestro aliado, la disposición en que se halla el gobierno argentino de hacer al Paraguay concesiones de territorio reconocido como suyo por el tratado del 1º de Mayo, queda autorizado para hacer esa manifestación en términos generales, sin consignarla por escrito, como una condición que se impone, y que haría recaer el mérito en el Brasil con mengua de la República.

“Si con el mismo objeto se encontrase necesario dar por no pasadas las notas últimas, queda igualmente autorizado el señor ministro para convenirlo, siempre que la declaración comprenda las notas brasileiras a que ellas contestan y que el acto importe solamente la mutua resolución de apartarlas en espíritu amistoso, para facilitar la negociación, teniendo presente que la primera publicación de estos documentos fué iniciada por el gobierno brasileiro.

“En el reconocimiento explícito del Gobierno del Brasil de la vigencia de todo el tratado del 1º de Mayo, considera el Gobierno Argentino incluída la indemnización de la guerra. Sin embargo, siendo este punto capital, se llama sobre él la atención del Señor Enviado. Es necesario que las indemnizaciones sean solidaria para

que no haya acreedores privilegiados. Lo es igualmente para que no se deje la designación del monto, como lo hacen los tratados de Cotegipe, a una época remota.

“Ambos gobiernos saben aproximadamente lo que han gastado y ambos prometieron, en las Conferencias de Buenos Aires, fijarlo benévolamente. El Señor Enviado exigirá esa fijación en números redondos y se esforzará porque ella sea lo más benévola posible, estableciendo de su lado, para la República Argentina, la mitad o la tercera parte del monto en favor del Brasil.

“La desocupación de la isla del Atajo aún antes de la desocupación general, podrá ser promovida también por el Señor Enviado, invocando nuestros derechos incuestionables y las concesiones anunciadas en favor del Paraguay, que serán más fáciles con la desocupación anticipada de la isla y la determinación de la deuda.

“Mientras la alianza subsista, el Gobierno Oriental es parte en este asunto. En esta inteligencia el Gobierno Argentino transmitió reservadamente las notas últimas, invitando a unir su voz a la del Gobierno Argentino contra los tratados de Cotegipe. Aunque la invitación no fué aceptada, limitándose el Gobierno Oriental a desear el desenlace amistoso de la cuestión, según resulta de las copias adjuntas, el Señor Enviado a su paso por Montevideo puede tentar nuevas gestiones, tendientes a que el gobierno mantenga por lo menos el *statu quo*, y convenga adherirse a lo que se arregle en Río Janeiro entre los Gobiernos Argentino y Brasileiro, sea por ins-

trucciones que recabe al efecto un enviado suyo, sea directamente después de concluído el arreglo y puesto en conocimiento del Gobierno Oriental.

“Dentro de estos propósitos, por lo demás, y sobre estas bases, el Señor Ministro tiene la más amplia libertad de acción para dirigir la negociación y aún para dejar de entablarla, si así lo aconsejasen las circunstancias en que se encuentre a su arribo a Río, seguro por su parte el gobierno que entrega la ejecución del laudo a un hábil y circunspecto diplomático.

*“Buenos Aires, junio 4 de 1872.*

*“SARMIENTO - TEJEDOR.”*

Con esta amplitud de miras y con los propósitos generosos y a la vez claros y concretos de estas Instrucciones, es cómo se preparaba al debate la República Argentina, sin olvidar a su aliado el Gobierno Uruguayo, el que, sin embargo, se mantuvo a la expectativa, no obstante que por causa de la República Oriental del Uruguay, como está evidenciado, es que la Argentina se comprometió en la guerra.

Puesto al habla el ministro Mitre con el ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental, señor Velazco, y luego con el presidente Gomensoro, éste le manifestó *“que aun cuando en lo ostensible se manifestasen neutrales, sus simpatías estaban con los argentinos, y que tal sería en definitiva la actitud del país, en caso*



*de un conflicto, — no obstante la unanimidad de la opinión y de la prensa, pronunciada hasta en el sentido de la abstención absoluta.”*

Luego de celebrar esta entrevista, el plenipotenciario Mitre realizó otra con el ministro brasileño señor Gondim, en la que manifestó “que se dirigía al Brasil en misión de paz y amistad y adonde pensaba penetrar aunque se le recibiese a cañonazos, según el tono con que la prensa de allí hacía preceder el anuncio de su viaje”. Agregó que iba confiado en el buen éxito de la misión, porque, a pesar de las desinteligencias sobrevenidas, ellas eran de solución amigable, suponiendo, como debía suponer al gobierno imperial, animado como el argentino, del deseo de zanjarlas en el terreno de la razón y del derecho para evitar, hasta la posibilidad, un conflicto, que más que una calamidad sería un oprobio para naciones que juntas acababan de reivindicar, con sacrificios de sangre, su dignidad y su honra, ultrajadas por un gobierno insensato.

A esas observaciones contestó el ministro brasileño, que creía que el Enviado Argentino, no solamente no sería recibido a cañonazos, sino que encontraría la mejor acogida en Río, en donde, si por otra parte se habían exacerbado un tanto los ánimos, ello se debía al tono de la prensa argentina y a la nota del ministro de Relaciones Exteriores, doctor Tejedor, lo que, a su vez, trajo el desbordamiento de la prensa brasileña. Luego de levantar unos cargos y observar otros, el ministro argen-

tino emprendió viaje al Brasil, llegando a Río de Janeiro el día 7 de julio de 1872, donde fué recibido de la manera más fría y sin atención alguna.

Dejando a un lado el sistema de las notas, el ministro Mitre optó por el de las conferencias a objeto de acelerar los arreglos. Mitre, que era un espíritu práctico y elevado, había concebido el pensamiento de su misión, de acuerdo con el ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, el cual había manifestado francamente que la discusión por medio de notas de gobierno a gobierno, no hacía sino empeorar la cuestión, y que precisamente por eso había sido nombrado y había aceptado el general Mitre.

Con riesgo de ser difuso, no está demás advertir las dificultades de todo género que obstaban el arreglo de las diferencias que tenía que vencer la misión de Mitre y que puso a prueba, desde el primer momento, la decisión, la paciencia y la previsión del General, condiciones éstas que deben de ser características en todo diplomático y que en Río se pusieron en evidencia con la actitud de reserva del Emperador, la oposición del Gabinete, de las Cámaras, de la prensa, de la sociedad y de la del pueblo brasileño.

Al realizarse la recepción del ministro argentino, éste había expresado en su discurso al Emperador: “Que los objetos especiales de su misión tenían por límite y por regla el mutuo decoro y la mutua conveniencia en el espíritu más amistoso y que para llenarlos se lison-

jeaba de poder contar con la cooperación y buena voluntad del ilustrado gobierno brasileiro y muy especialmente con la benevolencia de la majestad imperial, en cuya augusta persona saludaba respetuosamente la majestad de un pueblo libre.”

Luego de tener lugar la recepción, el enviado argentino tuvo una entrevista con el jefe del gabinete, Silva Paranhos Vizconde de Río Branco, y en ella el general Mitre, contestando a dificultades opuestas por el primer ministro planteó en estos términos generales el objeto de su misión: “1º, que la prolongación de la discusión por notas era lo que se había tratado de evitar, y que volver a eso era complicar lo que se presentaba fácil, conveniente y decoroso para ambos; 2º, que la participación de Bolivia en los arreglos de navegación a que se refería, no le parecía que entraba en la estipulación de la Alianza, ni en el cuadro de las negociaciones, pero que en todo caso sería una consecuencia del acuerdo y no una dificultad previa a promover; 3º, que las pretensiones de Bolivia, que la nota del Brasil hacía llegar hasta la embocadura del Bermejo, no pasaba de la margen norte del Pilcomayo, según se veía por el folleto publicado por el señor Aguirre; 4º, que la falta de representación del Estado Oriental no era obstáculo, y que, por el contrario, facilitaba el acuerdo, habiendo en la Alianza precedentes sobre este modo de proceder, estipulando él que el acuerdo le sería oportunamente sometido, contando con su aceptación en sentido pacífico y amigable.”

Como en la conversación sostenida con el ministro Paranhos, éste hiciera referencias al contenido de la nota de fecha 27 de abril del año de 1872, y que firmada por el doctor Tejedor, ministro de Relaciones Exteriores, levantó tan unánime protesta en todo el Imperio, el general Mitre decía, en nota al ministro Tejedor, “que al hacer al ministro de Negocios Extranjeros”, lo era el Marqués de San Vicente, “la visita de estilo en su casa, trató de cerciorarse del espíritu de ciertas insinuaciones del señor Río Branco, y se convenció de que la primera dificultad apuntada por él tenía por objeto buscar en la contestación una especie de satisfacción por nuestra parte en el incidente de la nota, la que rebatió vigorosamente, diciéndole al ministro que era buscar *midi a quatre heures* volviendo al terreno de las dificultades de que felizmente se había salido, y que si le llevaban a él, diría lo que no querían haber oído, contestando hasta los epigramas de la última nota, bosquejando a grandes rasgos una especie de contramemorándum, que parece impresionó bastante al señor ministro, terminando, sin embargo, por declarar que no estaba distante de aceptar cualquier fórmula o expediente que, trayendo todo a la antigua cordialidad, facilitase el acuerdo ulterior.”

Como esa nota del 27 de abril era el gran nudo de la dificultad para entrar en los arreglos definitivos, que duraron nada menos que cinco meses, los que corren de junio a noviembre, conviene transcribir íntegra la misma, que ponía desgraciadamente, como se decía, en claro no

sólo la poca circunspección del ministro de Relaciones Exteriores doctor Tejedor, sino hasta su independencia, y las que dieron base a la obstinación de la gestión del plenipotenciario argentino, quien se mantuvo firme en la actitud de su gobierno, como se ha visto, y quien, en vez de dar satisfacciones, declaró una y varias veces que no podía darlas porque si ofensas había en la discusión, éstas habían sido mutuas.

La nota decía:

*Buenos Aires, abril 27 de 1872.*

AL SEÑOR MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS  
DEL IMPERIO DEL BRASIL,  
DON MANUEL FRANCISCO CORREIA.

*Señor Ministro:*

El 23 de febrero fué dejada copia de una nota remitida por ese Ministerio con fecha 3 del mismo, esplicando las razones por que el Plenipotenciario brasileiro en la Asunción, negociaba separadamente con el gobierno del Paraguay.

Con un retardo mayor todavía recibí la nota datada en 22 de marzo, que es contestación a la dirigida por este Ministerio el quince de febrero.

Sumamente penoso ha sido al gobierno Argentino, Señor Ministro, tomar conocimiento de esas notas.

La primera de ellas, olvidando completamente los Protocolos de Buenos Aires y respondiendo solamente a la prensa, tuvo por objeto convencer que podía cualquiera de los aliados negociar separadamente, no sólo los tratados especiales de límites sino los mismos ajustes de interés común.

Atento al origen y carácter de esta nota, podía muy bien el Gobierno Argentino apartarla de la discusión; pero escrita sin estar consumados los hechos, contiene manifestaciones que importa dejar consignadas como introducción al debate.

Séale permitido pues al infrascrito empezar por ella, entrando a su examen con igual ánimo sereno que el Gobierno Brasileiro, y con la franqueza más amigable, como cumple a los representantes de dos naciones unidas poco ha en defensa de su honor y derechos.

La historia de los tratados rotos por una interpretación interesada de sus cláusulas, o por no ser ya necesario a alguna de las partes contratantes, no es nueva en el Mundo.

El tratado de 1º de Mayo parecía libre sin embargo de cualquiera de estas contingencias, por la claridad evidente de sus estipulaciones, y la línea inconfundible de las cláusulas transitorias, con las de carácter permanente, estando las primeras comprendidas desde el artículo primero al séptimo, y éstas en los restantes.

Las estipulaciones referentes a la guerra debían sin duda cesar con ésta, como lo dice la nota de 23 de fe-



brero, estando convenido que durante ella, los aliados no depondrían las armas sino cuando hubiesen derrocado al Gobierno del Paraguay y que hasta entonces no negociarían con el enemigo común separadamente, ni firmarían tratado de ninguna clase sino con el perfecto acuerdo de todos (art. 6°).

Hasta aquí la desidencia de pareceres era imposible. Un tratado puramente ofensivo no necesitaba sino de los siete primeros artículos. Derrocado el Gobierno del Paraguay, los aliados se dispersaban y cada uno establecía con el nuevo Gobierno las relaciones que más le agradasen. La amistad había nacido, y concluía naturalmente con la guerra.

El Gobierno Argentino por su parte estuvo siempre tan persuadido de que había contraído por el tratado 1° de mayo un compromiso inviolable hasta la victoria, que ni las adversidades de la lucha, ni los apuros de su erario, ni la oposición que crecía con los contratiempos dentro y fuera del país, fueron bastantes en ningún momento para dar entrada a la idea de ceder dejando solos en la brecha a sus aliados.

Pero el tratado contiene además diez artículos que no son de guerra, que se refieren a hechos posteriores y que, por su texto, expreso requieren una ejecución colectiva.

Así son los aliados, y no uno de ellos, los que se obligan a respetar la independencia, soberanía e integridad territorial de la República del Paraguay, por cinco años (artículos 8° y 9°).

Son los aliados los que de común acuerdo entre ellos y otros ribereños, derrocado el Gobierno del Paraguay, deben proceder a los ajustes necesarios para asegurar la libre navegación de los ríos Paraná y Paraguay, y tomar las garantías convenientes para su efectividad (art. 11º).

Son los aliados los que se reservan concertar entre sí los medios más propios para garantizar la paz con la República del Paraguay después de derrocado su Gobierno (art. 12º).

Son los aliados los que deben nombrar oportunamente los Plenipotenciarios, necesarios para celebrar los ajustes, convenciones o tratados que hubiesen de hacerse con el gobierno que se establezca en el Paraguay (art. 13º).

Son los aliados los que deben exigir de ese gobierno el pago de los gastos de la guerra, de los daños causados a las propiedades y personas y aún de los verificados posteriormente con violación de los principios del Derecho de la Guerra (art. 14º).

Son los aliados quienes para evitar las discusiones y guerras que traen consigo las cuestiones de límites, tienen el derecho de exigir que el gobierno del Paraguay celebre con los respectivos gobiernos, tratados definitivos de límites, bajo las bases allí establecidas (art. 16º).

Son los aliados quienes se garanten recíprocamente el fiel cumplimiento de todos los convenios, ajustes y tratados con el gobierno del Paraguay, a virtud de lo convenido en el pacto de alianza, el cual quedará *siempre*, dice textualmente, en toda su fuerza y vigor, a los efec-

tos de que esas estipulaciones sean respetadas y ejecutadas por la República del Paraguay (art. 17°).

Son los aliados los que para conseguir este resultado, convienen en que en el caso que una de las partes contratantes no pudiera obtener del gobierno del Paraguay, el cumplimiento de lo pactado o que este gobierno intentase anular las estipulaciones ajustadas con los aliados, tienen el deber de emplear activamente sus esfuerzos para hacerlas respetar, declarándose que si éstos fuesen inútiles, los aliados concurrirían con todos sus medios para hacer efectiva la ejecución de lo pactado (art. 17°).

Son los aliados, en fin, los que deben determinar por una convención especial, el modo y forma de liquidar y pagar la deuda procedente de las causas antedichas (artículo 15°).

La solidaridad de la alianza, Señor Ministro, y con ella la indivisibilidad de la negociación, antes como después de la victoria, estaba tan incrustada en el ánimo de los Plenipotenciarios, que firmaron el tratado de 1° de Mayo. que en él se contienen no sólo los deberes colectivos de los aliados entre sí, sino también los deberes del Paraguay vencido para con los aliados colectivamente.

Así el Gobierno Paraguayo podrá escoger un gobierno y darse las instituciones que quiera, pero no podrá incorporarse ni pedir el protectorado de ninguno de los aliados art. 8°). Así también, quedó acordado entre las altas partes contratantes, que las franquicias, privilegios

o concesiones que obtuvieren del Gobierno Paraguayo habían de ser comunes a todos y bajo las mismas condiciones (art. 10°).

Fuera absurdo, dice la nota mencionada, que el tratado de límites entre la República Argentina y el Paraguay, quedase dependiente de la ratificación del Gobierno Brasileiro, como lo sería también que el mismo tratado entre el Brasil y el Paraguay dependiese para su validez de la aprobación del Congreso Argentino y de la ratificación del gobierno de la República, y que ambas necesitasen todavía de la aprobación del Congreso y Gobierno Oriental, que ninguna cuestión de límites tiene que decidir con el Paraguay.

Prescindiendo de que la objeción de absurdidad, nada vale contra estipulaciones terminantes muy fácil será demostrar que ella viene solamente de la confusión que ha hecho la nota de la forma con el fondo del negocio. El tratado de 1° de Mayo fué aprobado por los Congresos y Gobiernos respectivos, y con él quedaron aprobados los límites fijados. Estos límites no necesitaban, pues, de ninguna ratificación nueva de los mismos Congresos y Gobiernos. De lo que necesitaban todavía era de la garantía común, en el caso de que el Gobierno del Paraguay se negase a reconocerlos, ya se vaciasen en moldes separados ya se repitiese el acto común de 1° de Mayo.

Las convenciones de límites convertidas por los protocolos de Buenos Aires en actos separados, tenían precisa-

mente ese objeto de impedir que ni en la forma apareciesen recayendo sobre ellas ratificaciones extrañas, facilitando al mismo tiempo las concesiones graciosas, que cada uno de los contratantes juzgase conveniente hacer del todo o parte de sus derechos; pero teniendo buen cuidado de declarar que serían porciones de un todo, que no valdría sin ellas, ni ellas sin él, “conjunta o separadamente, como dice muy bien la misma nota del Gobierno Imperial, los aliados podían proceder de común acuerdo, respetando fielmente sus compromisos”.

La misma nota pasa a relatar, aunque con alguna inexactitud, los antecedentes, y agrega, que a despecho de ellas, quería ahora el Plenipotenciario Argentino, que los Gobiernos aliados se reconociesen previamente obligados a sustentar como territorio de la República Argentina el señalado solamente por el art. 16 del Pacto de Alianza, como base para el ajuste definitivo con el Paraguay. La verdad de las cosas ha sido otra y el infrascrito se ve compelido a restablecerla animado por la recomendación que dice el Gobierno Imperial haber hecho a su Plenipotenciario en esta ocasión de no ahorrar esfuerzo alguno para que el tratado definitivo de paz se firmase por todos los aliados.

Observando el negociador argentino que en la revisión de los protocolos de Buenos Aires, pedida sin razón ni objeto por el Plenipotenciario Brasileiro y a que aquél se prestó por pura deferencia, se había puesto en duda por el Ministro Oriental primero y después por el Bra-

silero, la solidaridad de la alianza, en principio reclamó de esta interpretación, que era en su concepto conculcadora de la realidad de la alianza y no habiendo podido persuadir a sus adversarios, de los cuales el uno ningún interés tenía en las cuestiones de límites, y el otro mostraba prisa de asegurar los suyos, le fué forzoso retirarse, siguiendo su propia inspiración y las instrucciones recibidas.

El Plenipotenciario Argentino no quería, pues, en la Asunción, sino lo mismo que había establecido el tratado de 1° de Mayo, no modificado en esta parte del derecho por ningún convenio o promesa posterior, y lo mismo que reconocieron los Plenipotenciarios Brasileiro, Oriental y Argentino en todas las conferencias de Buenos Aires.

Sensible me es también rechazar la aseveración de que por divergencias del Gobierno Argentino, la cual no tuvo lugar sino pendiente la guerra, y duró muy poco, hayan estado los tratados definitivos retardados por dos años. Después de las Conferencias de Buenos Aires, la negociación y con ella los tratados se suspendieron por la ausencia inesperada del Ministro Brasileiro. El Gobierno Argentino estuvo pronto siempre a la menor invitación del Gobierno Imperial, siendo tal su deseo de corresponder a las buenas relaciones con el Imperio y de cumplir fielmente por su parte los deberes de la alianza, que no rehusó ocuparse de estos negocios ni aún durante la rebelión de Entre Ríos.



La declaración, en fin, que previamente pedía el Plenipotenciario Argentino no importaba que el Brasil y la República Oriental habían de imponer los límites sin oír al Paraguay, ni que la alianza, por ese acto, negase *ipso facto* el reclamo de Bolivia acerca del territorio del Chaco. Los Ministros de la alianza se habían trasladado a la Asunción, para oír precisamente al Paraguay sobre todos sus límites. La cuestión nunca versó sobre este punto, sino sobre los obligaciones del tratado de 1º de Mayo, que por primera vez se desconocía. La cuestión con Bolivia era peculiar de la República Argentina y estaba salvada expresamente en notas reversales. ¿Dónde estaba pues la dificultad seria para resistir el previo pedido del Plenipotenciario Argentino y romper por este motivo la indivisibilidad de la negociación?

Todo esto, sin embargo, no es, Señor Ministro, tan doloroso al Gobierno Argentino como el espíritu que se desprende del contenido de la nota. Olvidando completamente el tratado de Mayo después de la victoria común, nuestro aliado encuentra recién que el Paraguay liga con razón la mayor importancia a su cuestión de límites por el Chaco. El Gobierno Boliviano no se había dirigido hasta ahora al Argentino sobre sus pretendidos derechos al mismo territorio. ¿Pero es nuestro aliado quién interrumpe ese silencio con cualquier motivo y se encarga de hacernos saber oficiosamente que había recibido sobre el particular comunicaciones del Gobierno de Bolivia? ¿Pretendería acaso nuestro aliado hacer suyas todas las pretensiones contra el aliado de ayer?

Hemos llegado a la nota del 22 de marzo.

Sin duda, Señor Ministro, la amistad de dos pueblos vecinos no tiene data fija como tampoco la enemistad. La batalla de Ituzaingó no nos separó para siempre, como no nos ligó para siempre la cooperación brasilera que libertó a las Repúblicas Argentina y del Uruguay de sus dictadores Oribe y Rosas. Los pueblos todos son hermanos, miembros de la Humanidad; y en la frente del hombre, bajo todas las zonas, hay la chispa de la inteligencia que aspira al progreso, como en todos los corazones hay el amor a la libertad y a la justicia.

La alianza de los pueblos en este sentido es anterior a todas las fechas; pero la alianza del 65 era algo más que eso, era la confianza que el Gobierno de la República tenía en el Gobierno Imperial. Era durante la guerra la confusión de sus territorios respectivos, la asociación completa para vengar injurias comunes. Era, después de la guerra, la comunidad de ideas y de propósitos en el sentido de la paz y la libertad de estas regiones. Era, pues, una obra de guerra y de paz, una obra de presente y de porvenir, de ningún modo comparable en alcance político con el de batallas ganadas o perdidas.

Es indudable también, Señor Ministro, que el Gobierno Argentino no creyó conveniente tratar con el Gobierno provisorio del Paraguay; pero sabe el Gobierno Imperial, y consta además en documentos públicos, que esa opinión del Gobierno Argentino no fué decisiva, pues

el mismo Gobierno Provisorio se negaba a tratar y mal puede atribuirse a la acción única del Gobierno Argentino, el pequeño retardo que tuvo entonces la negociación y a cuyos inconvenientes se proveyó suficientemente por el acuerdo particular de 20 de junio de 1870.

La nota de que me ocupo, entrando más en materia, se complace en repetir varias veces que desde el principio se conocía bien que la única dificultad que ofrecería el tratado definitivo de paz, era, la que consistía en la fijación de los límites del Chaco entre la República Argentina y el Paraguay. No consta tal cosa en ningún documento público. El deber de oír al Paraguay lo contrajo la Alianza en el acuerdo de 20 de junio de 1870, respecto de unos como de otros límites. Las Conferencias de Buenos Aires en esta parte se refirieron también a los límites no sólo de la República Argentina, sino también del Brasil con el Paraguay. Ni podía ser de otro modo, Señor Ministro. Las cuestiones entre el Paraguay y el Brasil eran muy antiguas. El año 56 fueron ellas la materia de larguísimos protocolos y de una disidencia tan profunda, que se dejó ya entrever la guerra, que sobrevino después. ¿Qué milagro era éste que se había operado en las regiones oficiales del Paraguay gobernando los mismos hombres y con las pasiones más encendidas por la reciente guerra? ¿Era que no estaba en pie Humaitá arrasado por la alianza? ¿Era que el Brasil mantenía todavía en territorio paraguayo un ejército de tres mil hombres y dentro de los ríos una fuerte escua-

dra? ¿Pero si de todo esto procedía el milagro, todo ello se debía a la alianza; y no era leal ni noble aprovecharse de ventajas que a todos se debían para hacer reconocer sus propios límites, sin cuidarse de que se reconocieran, al mismo tiempo, los del aliado que se hallaba en el igual caso pero que no tenía ni ese ejército ni esa escuadra.

El Brasil, además, tiene con todas las repúblicas españolas que le rodean como una cintura de un extremo a otro del Imperio, dificultades sobre límites que no ha conseguido hasta ahora allanar, o si las ha allanado en alguna parte, ha sido sublevando los odios de las repúblicas interesadas. La República Argentina, al contrario, por no tener esas cuestiones ha soportado con frecuencia dilaceraciones de su territorio, usurpaciones evidentes, y más bien que de usurpadora se ha hecho una reputación de longanimidad. ¿Qué fenómeno sería este que la potencia acusada por todas las repúblicas españolas de invasiones de territorio no hallase dificultades con el Paraguay y las hallase la R. A.?

Pondera el Señor Ministro la generosidad y moderación del Gobierno Imperial, que ha cedido de la línea del Igurey, trazada en el tratado de 1º de Mayo, mientras la R. A. no quiere ceder de la línea del río Paraguay hasta Bahía Negra. Echando una mirada sobre el mapa se encuentra que la parte cedida se limita a un pedazo de terreno entre el Igurey, que nunca pretendió el Brasil antes del tratado de 1º de Mayo, y el Iguatémí,

que siempre le había sido disputado, antes de ese tratado. El Brasil, pues, ha cedido al Paraguay lo que era y fué siempre de éste, quedándose todavía, en nombre del tratado de 1º de Mayo, con territorio que había sido también del Paraguay, puesto que nunca hasta la guerra actual, quiso reconocer sobre él la soberanía del Brasil.

¿Por qué entonces se extraña, que la República Argentina quiera asegurar, en nombre del tratado de 1º de Mayo, territorios que le pertenecen de derecho, a pesar de las pretensiones del Paraguay?

¿Puede tampoco compararse un átomo con un mundo? ¿Cómo sabe, en fin, el Brasil, que la República no habría cedido igualmente de su derecho del tratado? ¿No continuaba abierta sobre este punto la negociación?

La alianza subsiste, dice el Señor Ministro, para los fines especiales y expresos que se propuso. ¿Cuáles son, a juicio del Gobierno Brasileiro, estos fines? ¿Los de la guerra solamente?

Ha quedado demostrado con el texto mismo del tratado, que en él se contienen fines que debían haber mantenido a los aliados unidos hasta el tratado definitivo, y el Brasil no ha podido llegar a una conclusión contraria sino dando a las palabras otro significado que el que tienen en el idioma. Las bases no son bases, y el desenvolvimiento de ellas es otra cosa que ellas mismas. Las bases son ahora puntos a discutir y el desenvolvimiento en vez de afirmarlas está destinado a destruirlas. La in-

consistencia de semejantes conceptos resalta de sí mismo, y no necesita de comentarios.

En cambio, la misma nota ofrece un tratamiento de igualdad y la garantía por parte del Brasil de los tratados que también separadamente celebrasen el Estado Oriental y la R. A. El Gobierno Argentino no se explica este ofrecimiento sino por un olvido involuntario de las conveniencias internacionales. La garantía recíproca como resultado del tratado de 1º de Mayo, era la continuación de la alianza consagrada, la fe prometida, dignificaba a los aliados a sus propios ojos y a los del Mundo, inspiraba confianza al mismo vencido, que no podía creer en la liga de tres naciones para humillarla o sojuzgarla. La garantía *expost facto* del Brasil, que negoció separadamente, recayendo sobre una negociación separada de la R. A., sería el protectorado del Imperio, extendido hasta la República. La República ni quiere ni necesita de esta garantía. *Si el tratado de alianza no garante sus derechos, si sus aliados la abandonan en el momento preciso en que podían serle útil, la República tiene poder bastante para hacer reconocer por sí sola sus derechos del enemigo común.*

Si el Brasil, por otra parte, ha garantido separadamente la integridad territorial del Paraguay; si él considera que por la fuerza (*ex vi*) del art. 8º del tratado, esa garantía importa que deben respetarse las pretensiones del Paraguay sobre límites, o que no pueden rechazarse sino después de discutidas y en caso de insis-



tencia, sin someter a un arbitraje la cuestión. ¿Cómo cree al mismo tiempo posible garantizar los límites fijados por el tratado para la R. A.? ¿La garantía común habría sido acaso una palabra vana en el tratado, como la palabra bases?

La negociación separada es, bajo cualquier aspecto que se la mire, una infracción del tratado de alianza, no en uno solo de sus artículos, sino en todos. Pero la estipulación relativa a la ocupación militar del Paraguay por las fuerzas brasileras, aun después de celebrado el tratado de paz, es algo más. Es la violación de los protocolos de Buenos Aires, a que los que llaman acto internacional el acuerdo con el Gobierno Paraguayo, no pueden negarle el mismo alto carácter. Es el protectorado ignominioso para el que lo sufre, porque se funda en la desconfianza que inspira. Es una chocante contradicción de parte de los que invocan el estado de postración de la nación vencida, y que por desgracia es bastante cierto para que él solo sirva de garantía, no sólo a la poderosa nación brasileras, sino a las mismas repúblicas limítrofes. Es el conculcamiento flagrante de los derechos de soberanía e independencia que ninguna nación consiente libremente y contra la cual todas las naciones vecinas tienen el derecho de protestar. Es, en fin, una causa permanente de desconfianza y de odios que, a despecho de todos, tendrá, tarde o temprano, que concluir en la guerra.

El Señor Ministro para defender semejante estipula-

ción alega que ella es apenas una facultad que tenía el Brasil, de conservar en territorio paraguayo alguna fuerza, a fin de proteger los ajustes celebrados y auxiliar la conservación del orden interior de la república, elemento necesario para aquella ejecución; y que esa misma facultad la sujetó al acuerdo previo con el Gobierno del Paraguay, para dar así un testimonio más de sus rectas intenciones.

No se comprende fácilmente de donde saca esta facultad el Gobierno del Brasil. Si es del hecho preexistente, como la nota dice más adelante, derivado de las circunstancias y estipulado entre los aliados y el Gobierno del Paraguay, en los acuerdos de 2 de junio de 1869 y 20 de junio de 1870, esos ajustes determinaban como límite de la ocupación el tratado definitivo de paz. La facultad que invoca el Gobierno Imperial, es la misma que tiene el Gobierno Argentino, mientras no se celebra su tratado definitivo, pero que debía cesar tan luego como se entendiesen con el Paraguay, del mismo modo que ha debido cesar la del Brasil después de sus tratados.

Y por eso el proyecto de convenio común y concluído en las Conferencias de Buenos Aires, decía: “estando definitivamente restablecida la paz entre las potencias signatarias, el Gobierno de la R. A. y el de S. M. el Emperador del Brasil, harán retirar las fuerzas que aun ocupan el territorio paraguayo dentro de tres meses, contados desde el canje de las ratificaciones del

presente tratado o antes si fuese posible''. ¿Por qué olvida el Señor Ministro esta estipulación terminante y posterior para traer sólo a la memoria los acuerdos de 6 de junio de 1869 y junio de 1870?

Además, el Señor Paranhos, para fundar estos mismos tres meses, escribía al Plenipotenciario Argentino, el 27 de enero de 1871 la siguiente carta: "Tengo la honra de remitir a V. E. no sólo el proyecto del penúltimo protocolo, sino también del último. En él encontrará V. E. una alteración, que es la del plazo de tres meses, en vez de los dos convenidos para la retirada de las fuerzas (art. 1º). El plazo de dos meses puede ser insuficiente para retirar los tres mil hombres desde la Asunción hasta Río de Janeiro, y eso sin contar con las dificultades que pueda ofrecer el río. La cláusula — o antes si fuera posible — no tendría sentido razonable con la estipulación del mínimo de dos meses. La cláusula manifiesta la intención y el deber de retirar sin demora." Qué distante estaba el Plenipotenciario reconociendo en estos términos el deber de retirar sin demora las fuerzas después de la paz, del Gobierno que invoca hoy la seguridad de los ajustes y del orden interno para conservarlas indefinidamente. Es del caso mencionar aquí también la misma desproporción de las fuerzas de ocupación y aun de influencia. Mientras la R. A. no dejaba en la Asunción sino una guardia para su bandera, el Brasil dejaba un ejército y una escuadra. Mientras la República no enviaba sus ministros sino forzada por el cum-

plimiento de sus deberes de aliada, el Brasil ha hecho constantemente de la Asunción la residencia de sus principales hombres de estado, y ha subvencionado una prensa favorable. La facultad, pues, de ocupación y de influencia que ha ejercitado la República en unión con el Imperio, no pueden parangonarse ni durante este tiempo.

La ocupación real, la influencia efectiva ha sido toda del Brasil, que desoyó hasta la invitación que la República le hizo alguna vez, de desocupar totalmente el Paraguay aun antes de los tratados definitivos.

Admitir se podía todavía la razón de la seguridad de los ajustes, si fuera posible que realmente estuvieran en peligro, pero nunca la del orden interno. Antes de la paz, el orden interno de una nación interesa a las otras que han luchado con ella justificando este interés la ocupación, y los auxilios que con tal motivo puede darse al orden interno. Pero ese apoyo, después de la paz, es la abdicación de la nacionalidad, es el protectorado primero, y la absorción después. Las naciones extrañas no son jueces del orden interno, y por serlo podrían apoyar muchas veces al despotismo y no el orden. Y si para remediar este mal, quisieran ser jueces, no podrían serlo, sino interviniendo en el conocimiento de las causas del desorden, dando sentencias y aplicando penas; y entonces la independencia y soberanía territorial habría desaparecido totalmente.

El Señor Ministro, parece admirarse de que el Go

bierno Argentino considere ofendido el pacto de alianza por la garantía dada separadamente por el Brasil a la independencia, soberanía e integridad territorial del Paraguay. La diferencia entre la garantía colectiva y la garantía aislada, es, sin embargo, saltante. La garantía colectiva dejaba en pie la alianza; la garantía individual la rompe. La garantía colectiva importaba la fiscalización de todos los aliados en favor del vencido. La garantía individual significa la alianza con el vencido, contra los aliados de ayer que pudieran atentar contra sus derechos o pretensiones, y a quienes se provoca al mismo tiempo a tratar separadamente como si se buscara que el conflicto naciese.

La garantía individual es como la ocupación individual, que destruye y aniquila la soberanía; la garantía colectiva es, por el contrario, una prenda de seguridad, porque bajo ella, como bajo la ocupación colectiva, la nación que la sufre está al amparo de usurpaciones inicuas por el contrapeso de intereses que nunca son iguales, por aliados que sean.

Por el hecho además de negociar separadamente la indemnización que se le debe, el Brasil se ha constituido en único acreedor y ha adquirido intereses opuestos a los de sus aliados. Si el Paraguay no puede abonar fácilmente los gastos y perjuicios del Brasil, menos podrá pagar esos gastos y perjuicios reunidos a los de la R. A. y Oriental. El monto queda así sin fiscalización y la percepción monopolizada en provecho de uno solo. El

tratado de 1º de Mayo dijo cuerdamente otra cosa, cuando estableció que en una convención especial entre los aliados se determinaría el modo y forma de liquidar y pagar la deuda pública (artículos 14º y 15º).

Recorridas en globo las infracciones de la alianza y los términos en que ella se ha hecho, tócame ahora restablecer la historia de la negociación que hace la nota que contesto, para agotar la materia en la esperanza siempre de que la sabiduría y prudencia del gabinete imperial adopte el medio conciliatorio que le fué propuesto y cualquiera otro que juzgue equivalente. El Gobierno Argentino rehusa y rehusará hasta donde sea posible dar por concluída una alianza que costó tanto prestigiar aun en medio de glorias y peligros comunes.

El infrascripto, Plenipotenciario en las Conferencias de Buenos Aires, testigo de todo lo que en ellas pasó, no puede admitir la aseveración que los representantes de los aliados tomaron en ellas por punto de partida de los futuros ajustes con el Paraguay el de que no hubiese más dificultad que la fijación de los límites del Chaco, reconociéndose por todos que no podrían deliberar sobre el particular sin oír antes a la parte interesada, no sólo por el art. 2º del tratado preliminar de paz, sino también *ex-vi* del art. 8º del tratado de alianza, y que entonces, como en las conferencias actuales de la Asunción, el Plenipotenciario Oriental declaró que para su Gobierno las cuestiones de límites no podían constituir *causæ fœderis*.



El protocolo 7° debió ser mucho más extenso de lo que aparece. Redactado el proyecto por el Plenipotenciario Brasileiro, que pidió este trabajo, su encabezamiento empezaba por mencionar solamente, en la relativo a límites, los memorándums y acuerdos de 20 de julio y sin excluir estos antecedentes a indicación del Plenipotenciario Argentino, fué mencionado primero el tratado de alianza que dominaba la materia, incluso los mismos memorándums y acuerdos.

En el mismo proyecto de redacción se había puesto en boca del Plenipotenciario Argentino lo siguiente:

“Que en vista del acto preliminar de paz y de lo que quedaba sentado en las presentes conferencias, sobre separación de ajustes de límites en tratados especiales, el proceder más lógico y prudente sería entrar cada una de las partes interesadas en negociación a ese respecto con el Gobierno Paraguayo. Que si los límites brasileiros eran aceptados por el Paraguay, no serían sus aliados los que los contestarían y lo mismo debía decirse en relación a los límites argentinos. Que si habían dificultades respecto de ambos o de uno solo de esos ajustes, sería el caso de considerarlos con perfecto conocimiento de causa, y de trazar los gobiernos aliados la norma de sus procedimientos futuros.” El Plenipotenciario Argentino rechazó esta redacción y propuso la siguiente:

“Que el Gobierno Argentino conservaba, no obstante el derecho de exigir antes de la victoria, como después de ella, los límites fijados por el tratado de 1° de mayo,

debiendo resolverse cualquier dificultad por la cooperación de los aliados reunidos en un solo acto con el representante del Paraguay y consignándose el resultado en actos separados, según lo convenido al principio.”

Ni entonces ni después ni en ningún momento el Plenipotenciario Oriental manifestó que a juicio de su Gobierno la cuestión de límites no era *casus fæderis* y si lo hubiera hecho habría encontrado como adversario en esas conferencias, no sólo al Plenipotenciario Argentino, sino también al brasilero, que en más de una ocasión manifestó opinión categórica al respecto.

El Ministro Oriental, por su parte, se redujo a decir lo que expresa el protocolo firmado, que en esta parte no tiene una sola palabra de menos ni diferente del proyecto: a saber, “que no podía dejar de aceptar la proposición del Plenipotenciario Argentino, porque siempre estuvo su Gobierno persuadido que no se podría resolver entre los aliados cuestiones de derecho territorial sin oír la otra parte interesada, que es el Gobierno del Paraguay. Que aun cuando el acuerdo preliminar de paz no lo dijese, la razón y la justicia de los aliados les imponía ese deber.”

Para los negociadores de Buenos Aires, pues el tratado de 1º de Mayo fijó efectivamente fronteras al arbitrio de los aliados y como él era un pacto internacional pasado en autoridad de cosa juzgada, ninguno de ellos se creyó con el derecho de resolver sobre la justicia de las pretensiones de cualquiera de las partes. Nunca

tampoco los negociadores concordaron, como lo avanza la nota en que los ajustes de límites estaban virtual y expresamente subordinados al compromiso de respetar la integridad territorial del Paraguay. Esa concordancia no era posible ni ante la gramática ni ante la razón. El compromiso de respetar esa integridad, era únicamente para impedir que fuera de sus términos, los vencedores abusasen de la victoria y se dividiesen entre sí el todo o parte del territorio del vencido.

Tratándose en seguida de las fortificaciones de Humaitá, el proyecto de protocolo cuyos originales existen en esta Secretaría, atribuía al Plenipotenciario Argentino las siguientes consideraciones:

“El Plenipotenciario Argentino tomó en primer lugar la palabra, y expuso lo que pasó en el Congreso Argentino respecto de aquel protocolo.

“De esa exposición resulta que en sesiones secretas del Congreso Argentino se había tratado de la circunstancia de no estar sometido, el protocolo como el tratado, a la aprobación del mismo Congreso, y que en consecuencia de esos debates se había declarado por acto de las dos Cámaras que el protocolo carecía de aquella aprobación. Que el Gobierno Argentino no siguió aquella declaración del Congreso. Por tanto, dijo el Señor Tejedor, el protocolo no es ley de la República Argentina.

“Agregó S. E., que aun cuando los debates del Congreso no versaron sobre el mérito de las estipulaciones del protocolo, sino sobre la cuestión de competencia cons-

titucional, se revelaron no obstante sentimientos muy opuestos a la cláusula de que ahora se trataba.

“Que considerada la cuestión como ahora podía y debía serlo bajo el punto de vista de las conveniencias constitucionales, pensaba también el Gobierno Argentino que la referida cláusula restringía sin necesidad para los aliados los derechos de soberanía del Paraguay; y que, además, los aliados debían contentarse con la garantía que de hecho tenían ya en la demolición de las fortalezas, en el estado actual inofensivo del Paraguay.”

El Plenipotenciario Argentino, poco satisfecho de esta redacción, propuso en lugar de 1º y 2º párrafo, el del protocolo aprobado, agregándose en seguida del 2º y 3º, como 4º lo siguiente:

“Que era en fin exorbitante en sí misma la cláusula sobre las fortificaciones futuras del Paraguay, y mucho más ante el hecho de no abstenerse de lo mismo las repúblicas Argentina y Oriental, y el Brasil, que conserva por el contrario sus fortificaciones de Mattogrosso sobre el río Paraguay.”

Hablando el Plenipotenciario Brasileiro en su contestación, de fortificaciones interiores para suplir las de la costa y del silencio del Gobierno Argentino sobre la resolución del Congreso, el Ministro Argentino pidió añadir a su réplica:

“Que las fortificaciones interiores no podían considerarse de la misma importancia que las colocadas sobre las costas, para la defensa del territorio. Que el silencio

del Gobierno tampoco podía considerarse como un proceder coherente con la ratificación del tratado, desde que al principio de la Conferencia había tenido el honor de someter a la consideración de sus colegas, las palabras mismas de Ministro de R. E. entonces, al Senado de la República.”

Por su parte, el Ministro Oriental, a las palabras suyas que contiene el protocolo firmado, añadió las siguientes, según el proyecto:

“Que no desconocía la obligación contraída por su Gobierno, pero que ahora podían y debían los aliados reconsiderar, en interés de todos y con espíritu justo y amigable, esa estipulación como cualquiera otra del tratado de 1° de Mayo. Que puesta la cuestión en el terreno de las conveniencias, su opinión era que se abandonase la cláusula de que se trataba por innecesaria y por la odiosa interpretación a que se prestaba.”

Tiene, pues, razón el Señor Ministro cuando, en su nota de 23 de marzo, dice que no podía hacer derecho para el Gobierno Argentino lo que era obligación para los aliados; y el Gobierno Argentino de ninguna manera habría extrañado que el brasilero hubiese declarado caduco por este motivo el tratado de 1° de Mayo. Pero no la tiene cuando dice que la falta se debió únicamente a la R. A., puesto que en su oposición era acompañada por la R. Oriental, y menos la tiene todavía cuando los sucesos han demostrado después, que el gran obstáculo para la negociación conjunta no lo era para la negocia-

ción separada. Incidencia curiosa que deja presumir que la razón verdadera de no declarar entonces caduco el tratado por ese motivo, está en la odiosidad de la cláusula y nada más que en ella, quedando así indirectamente justificada por el Brasil mismo la actitud del Congreso Argentino.

“En seguida continuaba el proyecto de protocolo, el Señor Plenipotenciario Brasileiro, ponderó a sus colegas que estando convencido que los ajustes de límites constituían actos separados y distintos, y dependiendo éstos de lo que el Plenipotenciario Brasileiro por su parte y el Plenipotenciario Argentino por la suya acordasen con el Gobierno del Paraguay, no obstante que esa negociación debía hacerse con la asistencia de todos los plenipotenciarios, convenía fijar desde luego un punto que era de interés general.

“Que el tratado de alianza, en su art. 17º, estableció un compromiso común relativamente a los ajustes que se celebraren de conformidad con ese mismo tratado, pero que como ese tratado no ofrecía para los ajustes de límites sino la base de las fronteras internacionales o separadas por los ríos Paraná y Paraguay, restaba hacer la separación de las islas, según el principio que se estipulase en cada uno de los dos tratados especiales.

“Importaba, pues, tener presente que la regla que se adoptase en el tratado con el Brasil y recíprocamente la que prevaleciera en el tratado con R. A. no obligará a los otros aliados sin su previo y expreso consentimiento.



El Señor Plenipotenciario Argentino dijo: “Que el derecho de gentes daba las reglas por las cuales debían las islas ser demarcadas en relación con los territorios adyacentes, y le parecía, por lo tanto, excusado tratar de ese punto.”

“El Plenipotenciario Argentino no encontró bastantes estas pocas palabras. Por toda contestación, a consideraciones tan avanzadas y de tanto alcance como las emitidas por el Plenipotenciario Brasileiro, exigió se agregase:

“Que el compromiso del art. 17º no debía extenderse más allá de su texto, porque las conferencias actuales no tenían por objeto arreglar todas las cuestiones posibles de los aliados entre sí o entre ellos y el Paraguay, sino simplemente las que tenían su origen en el tratado de 1º de Mayo.

“Que no habiendo islas que pudieran estar sujetas a litigio, si no en las aguas del río Paraguay, límite del Paraguay y la R. A., no podía aceptar la intervención que se pretendía en el arreglo de ellas y que ni el tratado ni interés alguno digno de consideración daban al Brasil.”

En este estado, apercibidos los Plenipotenciarios que precipitaban la negociación en un camino que nadie deseaba, convinieron de común acuerdo en reducir y aun suprimir las contestaciones y réplicas, firmando, el 20 de enero de 1871, el protocolo Nº 7; pero hoy, que una negociación violenta ha reabierto la desinteligencia que

entonces apenas asomaban, y que la circunspección y cordura de los representantes de las tres naciones oportunamente supo evitar, no está demás restablecer el texto primitivo como la filiación de las ideas y de los sucesos que pudieran sobrevenir.

El Señor Ministro parece preocuparse mucho en su nota de la posición que resultaría a los aliados para con el Paraguay, si el Brasil y la R. Oriental asumiesen la responsabilidad que se les exigía; y con no poca zozobra se pregunta: ¿Entrarían de nuevo en la guerra contra ese infeliz estado con quien hacen ya dos años que viven en paz amigable y que no podría resistirles eficazmente? ¿Se decretaría la completa ruina del Paraguay y tal vez el aniquilamiento de su nacionalidad, cuando reconocía todo a los aliados y hacía sólo cuestión de los límites del Chaco, donde de hecho ha establecido ya su dominio la R. A.?

La solicitud que en estas líneas muestra el Gobierno Imperial por la suerte del Paraguay es digna de todo elogio; pero ella no es concordante con la resistencia que el Gobierno Argentino encontró siempre en ese gobierno para hacer más llevadera la suerte al vencido, renunciando los aliados de común acuerdo a la indemnización por los gastos de la guerra y daños contra cada estado. El Chaco desierto, el Chacho que el Paraguay nunca podría colonizar, es nada en comparación de la inmensa deuda procedente de la guerra, que por siglos lo tendrá atado a la gleba y le impedirá respirar libremente para

caer postrado a los pies de cualquier vecino prepotente y ambicioso. ¿Por qué no dolernos más bien de la suerte del Paraguay en este terreno positivo, el Plenipotenciario Argentino, sin embargo, lo único que pudo hacer a este respecto por el Paraguay, en las conferencias de Buenos Aires, fué introducir la palabra benévolamente en el art. 3º del protocolo respectivo; que después ha ponderado en las Conferencias de la Asunción el Plenipotenciario Brasileiro.

El empeño de mantener la alianza, que en su nota repite el Señor Ministro no es tampoco concordante con la conducta últimamente observada. Al pasar por esta ciudad, el Plenipotenciario Brasileiro tuvo dos conferencias con el infrascripto y el resultado de ellas fué acordar un medio conciliatorio que mereció sus calurosas simpatías, el medio conciliatorio que se deseaba sobre el Chaco habiendo intereses ajenos lo tenía ahora el Gobierno Imperial en campo y cuestiones más vastas. Por este medio los tratados hechos quedaban hechos y restablecíanse los protocolos de Buenos Aires. La R. A. trataba como el Brasil con el Paraguay. En esta negociación separada se entendían sobre sus límites las dos repúblicas. Y el resultado de todo quedaba bajo el imperio del tratado de alianza. Lo único que se revocaba de la negociación brasilera en la Asunción era la permanencia de sus fuerzas en el Paraguay. Pero esto mismo no podía ser una dificultad, desde que la R. A. había pedido siempre la desocupación y el Brasil la declaraba facultativa. El

Plenipotenciario Brasileiro llevó su entusiasmo al punto de expresar que nada importaba que viniese, antes de su llegada a Río Janeiro, una nota en sentido opuesto, porque ella podía ser retirada. Pues bien, señor Ministro, de este entusiasmo tan espontáneo, de esas promesas tan halagüeñas, no nos ha quedado nada. Los tratados han sido ratificados 17 días después de la llegada del Plenipotenciario.

El Gobierno Argentino, que no quiere ni debe ocultar la gravedad de la situación que le crean todos estos hechos, usaría de una hipocresía indigna tratando de ocultar el indigno dolor que ella le ha causado, y aceptar como satisfacciones las explicaciones dadas. La realidad y grandeza del tratado de 1º de Mayo está comprometida de tal modo por ella, que nada podrá restablecerla ya sino la concurrencia franca y enérgica de los tres Gobiernos, signatarios a su fiel y más completo cumplimiento. La R. A., que necesita esta reparación, la espera todavía de la sabiduría del Gobierno Brasileiro, en pago de la lealtad con que ha cumplido durante 7 años sus compromisos de la alianza. La espera también de su joven hermana la R. Oriental, cuyos intereses son los mismos en el Río de la Plata, y cuya heroicidad ha estado muy arriba de su pequenez.

Pero si desgraciadamente la hora de la ruptura de la alianza hubiese sonado y los aliados de ayer renegasen hoy de ella, la Republica Argentina esperará todavía del tiempo que ha de revelar los inconvenientes de se-

mejante política, persuadida por su parte que el porvenir pertenece a las naciones grandes o débiles que no se separan de la línea del derecho a impulso de su interés particular.

El infrascripto aprovecha con placer esta ocasión de reiterar al señor ministro las seguridades de su más alta consideración. <sup>(1)</sup>

C. TEJEDOR.

\*  
\* \*

Conviene la transcripción de esta nota, que tanto comentario alcanzó en su tiempo, porque el que no la conozca y dado el carácter del ministro que la escribió, que era un tanto levantisco, se creería que su autor había montado un bridón para entrar con el mismo, desbocado, en el terreno discreto y contemporizador de la diplomacia. Pero si se tiene presente que las consecuencias de las conferencias relativas a la interpretación del Tratado de la Triple Alianza se alargaban, que el Brasil había tratado separadamente con el Paraguay, contra disposi-

---

(1) Aparece la transcripción de la interesante nota en este libro, gracias a la gentileza del subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, doctor Diego Luis Molinari, quien tuvo a bien facilitar copia, pues la nota no se encuentra en todas las Memorias del Ministerio correspondiente al año de 1873, no obstante figurar en la página del Anexo I del *Relatorio da Repartição dos Negócios Estrangeiros* del Brasil, año 1873.

ciones expresas en contrario, que no devolvía a la Argentina la isla del Atajo o Cerrito, y que sus tropas no desocupaban el territorio paraguayo, no pueden extrañarse algunos términos de la nota, que pone en tanta evidencia la lealtad con que procedía la diplomacia argentina.

Tal vez puede que se diga que algunos párrafos de la nota eran muy duros, como aquel en que se afirma que: “la negociación separada es, bajo cualquier aspecto que se la mire, una infracción del tratado de alianza, no en uno solo de sus artículos sino en todos”. O aquel otro en que se declara que: “La República Argentina, por no tener cuestiones enojosas con sus vecinos, ha soportado, con frecuencia, dilaceraciones de su territorio, usurpaciones evidentes y más bien que de usurpadora se ha hecho una reputación de longanimidad. ¿Qué fenómeno sería este, que la potencia acusada por todas las repúblicas americanas, de invasión de territorio, no hallase dificultades con el Paraguay y las halle la República Argentina?”

Acaso hería la nota la susceptibilidad brasileña cuando declara: “Sin duda, Señor Ministro, la amistad de dos pueblos vecinos no tiene data fija, ni tampoco la enemistad. La batalla de Ituzaingó no nos separó para siempre, como no nos ligó para siempre la cooperación brasilera, que libertó a las Repúblicas Argentinas y del Uruguay de sus dictadores Oribe y Rosas ”

Estos recuerdos de victorias y reveses eran comunes, y encuadrados dentro de la oración y no cree el autor que



tuvieresen poder para ofender, dado el noble sentido de las palabras.

Por lo demás ha de tenerse presente que la redacción de esa nota debió ser sesudamente meditada por el presidente Sarmiento, que dirigía el gobierno, y que era hombre de inteligencia superior, y es también indudable que la nota, dada la trascendencia que tenía, debió ser también discutida en el acuerdo de gabinete.

Caben sin duda estas reflexiones hoy y después de pasados muchos años de la emergencia, pues ellas evidencian, en opinión del que escribe, que en aquellos momentos, sin duda muy difíciles, se hacía imprescindible resolverse en la actitud un tanto enérgica que se adoptó.

No obstante las dificultades apuntadas, el plenipotenciario argentino manifestaba a su gobierno, en nota de 19 de julio del 72, “que él procuraría armonizarlo todo, a objeto de traer los compromisos de la Alianza a su antiguo estado.”

Que la situación era difícil lo revelaba la conducta del ministro de Inglaterra en Río, señor Buckley, quien visitó espontáneamente al general Mitre, ofreciéndole sus buenos oficios, los que agradeció el general, recordándole con ese motivo la participación que tuvo la Gran Bretaña en la paz entre la República Argentina y el Imperio del Brasil durante la misión del Lord Ponsomby, cuya garantía, en caso de una ruptura, subsistía y reconocía el enviado argentino.

Las conferencias entre el ministro brasileño y el diplomático argentino se seguían y en todas ellas el primero volvía con sus observaciones a la nota argentina del 27 de abril, “que era la que complicaba la cuestión por la impresión que había causado, cuyos conceptos eran reiterados y en cierto modo agravados en todas y cada una de sus partes.”

Ante estas observaciones y después de formular cuerdas consideraciones, el ministro argentino se convino: “Que la nota de la referencia quedase en la cartera del señor ministro, como no pasada, hasta que el gobierno argentino resolviese, o se encontrase con más detención un medio digno y amistoso de salvar la dificultad señalada por el señor ministro.”

En otra conferencia volvía el ministro brasileño a insistir en sus apreciaciones sobre la nota argentina, y entonces el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina se vió en la necesidad de comunicar al Enviado, a Mitre, en nota de 10 de agosto de 1872: “Que el gobierno había visto con satisfacción, la actitud asumida por el ministro argentino en las conferencias. No admitiendo que el Gobierno Argentino, en su nota del 27 de abril hubiese ofendido al Gobierno Brasileiro, por la franca defensa de los derechos de la Alianza; cualquiera satisfacción de su parte, sola sería inaceptable... La solución que V. E. ha ofrecido es la única que concilia la dignidad de los dos gobiernos y de los pueblos respectivos; porque ella permitiría, en la respuesta

que se diera, corresponder a los sentimientos amistosos de que V. E. hiciese manifestación, a nombre del Gobierno Argentino, previo acuerdo sobre los términos de una y otra nota. Mientras que la adición al acuse de recibo, indicada por el ministro brasilero, quedaría sin respuesta, y por tanto, como satisfacción exclusiva del Gobierno Argentino, que no esquivaría ciertamente si se reconociese culpable, pero que rechaza decididamente, porque juzga, como V. E., que las recriminaciones iniciadas por el Gobierno Brasilero, han sido recíprocas. Si la nota argentina mencionó a Ituzaingó, la nota brasilera mencionó Caseros. Si la nota argentina puso en duda los derechos territoriales del Brasil, la nota brasilera declaró *razonable* la resistencia del Paraguay a los límites argentinos del Tratado del 1º de Mayo. Y si todavía pudiera encontrarse alguna resistencia en las palabras, cuánta mayor no la habría en los hechos de parte del Brasil? ¿No ha sido acaso una ofensa tratar separadamente? ¿No lo ha sido también prescindir de las estipulaciones de Buenos Aires para continuar la ocupación militar? ¿No la hay en negar la entrega de la isla del Atajo?"

Aludiendo a la cuestión prima, que oponía el Brasil para entrar al fondo de la discusión, vale decir: resolver por una convención el proceder del Brasil y la Argentina en lo ulterior y la política a seguir con el Paraguay, el plenipotenciario argentino manifestaba al ministro Tejedor, en nota fecha 19 de agosto:

“La cuestión de forma que empezó por insinuaciones y acabó por formularse claramente, prueba que es poca la disposición del gobierno del Brasil para entrar en la cuestión de fondo, porque es claro que si de su parte hubiese buena voluntad, ésta no habría sido un obstáculo para entrar en negociaciones”, y a continuación agregaba: “Desde que el Brasil ha conseguido por los tratados, ajustados separadamente con el Paraguay, lo que por la Alianza buscaba, y más aún, cree que nuestro concurso le es inútil y estima en menos nuestra garantía.”

Como se ve en los términos de la nota, la misión de Mitre se prolongaba y complicaba por la actitud del gobierno brasileño, que empezaba a definirse, cuando en nota al enviado, del 26 de agosto, contestaba: “El Gobierno Argentino cree, Señor Ministro, que no debe al Imperio satisfacción particular. Esa satisfacción no estará conforme con la protesta fundada en razones justísimas, ni con la situación respetuosa creada por los hechos del Brasil y notas últimas. Lo que la nota argentina pudiera exceder a la brasilera en vehemencia, está compensado con usura por los hechos alusivos del Brasil.”

Sin embargo de declaraciones tan explícitas, seguía se el propósito de exigir una satisfacción, exigencia consecuente con el carácter de su diplomacia más hábil que la de la Argentina y que le iba dando largas a la cuestión, cuando el plenipotenciario Mitre, por el contrario, explicaba el espíritu noble y lealmente franco que inspiraba a nuestra política internacional.

Aun sin estar agotado el enojoso debate de las observaciones a la nota del 27 de abril, el general Mitre preguntó al Marqués de San Vicente: si aceptaría como base para una negociación sobre las cuestiones pendientes las que el Barón de Cotegipe había comunicado al Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, “y como el ministro de Negocios Exteriores le contestase sin recelar que sí, si a eso se limitaban nuestras pretensiones, por parte del Gobierno Brasileiro no habría dificultad.”

No obstante de declaraciones tan paladinas y como volviese el ministro brasileño a insinuar la cuestión de forma relativa a la nota argentina ya citada, el general Mitre manifestó en oficio confidencial al ministro Tejedor:

“Que había declarado al canciller brasileiro que si desgraciadamente la insistencia en la cuestión de forma era la última palabra del Gobierno del Brasil, estaría autorizado para creer que por este medio, lo que se trataba de evitar por su parte, era entrar a tratar de lo único serio que a todos interesaba, creyendo sin duda que habiendo tenido él todas las ventajas de la Alianza por sus tratados separados con el Paraguay, no tenía que temer por nuestra parte la guerra y que podía estimar en menos nuestro concurso y nuestra garantía, substrayéndose a las obligaciones de la Alianza, que un nuevo acuerdo haría efectivas; creencias de que participaría el mundo, luego que fuese protocolizado oficial-

mente todo lo que sobre el particular se había pasado entre nosotros confidencialmente.”

Y añadía poniendo en evidente relieve la noble actitud de la diplomacia argentina y la entidad moral del enviado, de Mitre, a la que su patria había confiado la defensa de sus legítimos derechos:

“Que no se equivocaban”, los brasileños, “en cuanto a que nuestra resolución inquebrantable era mantener la paz y las buenas relaciones existentes, para lo cual se tenía un plan pacífico, que bosquejé a grandes rasgos en el arreglo de todas nuestras cuestiones con los limítrofes, deplorando que el Brasil, que más que ningún otro tenía el deber de hacerlo por honor a la fe pública y por conveniencia propia, no se entendiese con nosotros por un motivo que parecería un pretexto para no hacerlo. Que sin embargo, estábamos preparados para esta situación, que aceptábamos noble y tranquilamente, sin enojo y sin debilidad, salvando los derechos de la República Argentina y dejando al Brasil su responsabilidad moral y sus consecuencias.”

“Que por lo tanto, creía inútil insistir en argumentaciones que a nada nos conducían, y que deplorando este resultado, cuando tan próximos parecíamos de llegar a un acuerdo, declaraba que en tal supuesto no iniciaría mi negociación y que me iría con la paz y la dejaría al irme, porque ella no dependía de la voluntad de los hombres, sino de la fuerza de las cosas y de la gravitación de los intereses.”



Como quisiera el Vizconde de Río Branco Paranhos, involucrar en la cuestión los intereses de Bolivia, Mitre le contestó que la cuestión, como se lo había insinuado al Marqués de San Vicente, era con el Brasil, y que no aceptaba la intervención de este país en nuestras cuestiones de límites con Bolivia.

Como las discusiones parecían no tener fin. Mitre argumentó en una de ellas: “Que la ocupación indefinida del Paraguay por fuerzas brasileras en las condiciones del tratado Cotegipe y la ocupación prolongada de la isla del Atajo, eran para los argentinos capitales y que no se haría arreglo alguno que no las resolviese y como el Vizconde de Río Branco volviese sobre la cuestión de forma, Mitre le observó:

“Que consideraba perder el tiempo en inútiles reflexiones, prolongando una discusión que no tenía objeto. Que habían llegado a la última extremidad, si no se encontraba un medio práctico que nos abriese camino. Que entre hombres de Estado que tratan de graves intereses, la inteligencia y la voluntad debían de servir para buscar y encontrar la solución de tan seria dificultad. Que él ya no tenía nada que agregar, si su última palabra era la insistencia de la cuestión de forma en los términos que antes la había indicado; pues si ellos cuidaban de su decoro, los argentinos cuidaban del propio y del ajeno y que estaban dispuestos a dar las debidas satisfacciones si en algo se les había podido ofender, y aún explicar sobre la base de la reciprocidad los conceptos

que pudiesen así interpretarse por una y otra parte; que no estábamos los argentinos dispuestos a aceptar una posición en que negándoseles satisfacción por hechos que ofendían sus derechos, se les negaba lo que en justicia se les debía, y se les pedía en nombre de reservas mentales, como lo había dicho ya, una satisfacción particular que no se debía.”

Agotada al fin la discusión sobre la cuestión de forma, debido a la actitud resuelta del diplomático argentino, se resolvió tratar la de fondo, que era el objeto de la misión de Mitre.

La conferencia a propósito del arreglo definitivo de la cuestión quedó convenida que debía versar sobre los siguientes puntos:

“1º Discusión sobre la cuestión de forma y medio conciliatorio, propuesto por el Barón de Río Branco, sobre la base del previo acuerdo y reciprocidad”, tal como lo había propuesto el general Mitre.

“2º Cambio de ideas sobre la cuestión de fondo y evacuación de las bases de arreglo a su respecto.

Estas bases pudieran ser, como lo exponía Mitre: “Para no complicar las cuestiones de límites argentinas con Bolivia. Para arreglar los argentinos sus límites con el Paraguay, sin intervención alguna, salvo el caso de la garantía del tratado de la Alianza”, lo que *a posteriori* sucedió. “Para la evacuación del Paraguay por las fuerzas, tres meses después de los tratados definitivos, conforme a los Protocolos de Buenos Aires”, lo que tam-

bién se realizó poco después. “Para la evacuación de la isla del Atajo, aún antes de la evacuación del Paraguay”, lo que se cumplió. “Para dejar a convenciones ulteriores entre los aliados, los puntos regidos por el Tratado del 1º de Mayo, que fuesen materia de aquéllos, tales como reglamentos de navegación fluvial, medios de mantener las pasantes de la evacuación, etc.

“3º Incidentes sobre relaciones personales del enviado argentino con el emperador.”

Estos incidentes, que tienen algo de cómico por lo novedosos, deben de referirse, aunque sea en síntesis, porque ellos ponen en evidencia que el Ministro Argentino iba a defender en Río no solamente los derechos que creía tener con arreglo a la interpretación extricta del tratado de la Triple Alianza del 1º de Mayo de 1865, sino a imponer los respetos y consideraciones que su país y él merecían, en cualquier concepto que se les juzgase.

Aprovechando la oportunidad de una entrevista con el Vizconde de Río Branco, relativa a la urgencia que tenía en firmar los tratados, dice Mitre: “Hice algunas observaciones respecto de mis declaraciones particulares con el Emperador, con el objeto de que llegasen a su oído por el órgano más caracterizado del Imperio y así le observé: «Que había venido al Brasil a llenar un deber para con mi país, resuelto a permanecer en él, el tiempo necesario hasta arreglar nuestras cuestiones pendientes, sin esperar recibir obsequios, porque comprendía que en el estado de nuestras relaciones era natural

encontrar reserva, ya que no frialdad, pero que, sin embargo, no podía ser del todo indiferente en ciertos incidentes pequeños que podían afectar mi carácter público y debía, por lo tanto, manifestarle francamente lo que pensaba respecto de los procederes del Emperador para conmigo.» Invitado por el mismo señor Vizconde para explicarme con franqueza, viendo en ello una prueba de amistad, le dije: Que cuando tuvo lugar mi recepción pública, no extrañé que después del acto oficial, el Emperador no viniese a hablar conmigo en el salón de embajadores, como es de costumbre, desde que el mismo señor Vizconde me anunció que en aquella ocasión S. M. no recibía particularmente esa noche. Que por el estado de las relaciones a que me había referido, no me tocaba a mí tomar la iniciativa, respecto de una audiencia particular de S. M., que tuviese conexión con mi misión, pero, sin embargo de esto, le había consultado al mismo señor Vizconde sobre el particular, diciéndole que mi único objeto era saludarle, no habiéndole visto desde Uruguayana (teniendo a la vez que transmitirle algunas palabras amistosas de parte del Presidente de la República Argentina).

“Que a la indicación que debía solicitarla por conducto del Ministerio de Negocios Extranjeros, así lo hice, y éste me contestó por medio de un billete que el Emperador sólo podría recibirme en los próximos días, el sábado 2 de agosto. Que como éste no era el día fijado para la recepción del Cuerpo Diplomático, al fin o principio

de cada mes, entendí que esta era una negativa indirecta, de que no quise darme por entendido por entonces, y asistí de gran uniforme con mi secretario y adjunto a la recepción, que era la primera que tenía lugar después de mi arribo. Que en aquella ocasión, el segundo diplomático, con quien el Emperador se acercó a hablar fué conmigo, preguntándome cómo me iba en Río Janeiro, a lo que le contesté que bien, siéndome agradable, después de una ausencia de ocho años, después de haberle saludado en su tienda militar al reconquistar una ciudad brasilera ocupada por el enemigo común, saludarle hoy en medio de la paz tan gloriosamente conquistada. Que el Emperador me había parecido trepidar en su contestación; preguntándome al fin si tenía noticias de mi país, a lo que respondí diciéndole simplemente la última fecha del Río de la Plata. Que entonces el Emperador me había preguntado si habían habido algunas invasiones de indios, refiriéndose a una que, según los periódicos, había tenido lugar en Santa Fe. Que le había contestado, que en efecto, había habido algunas invasiones, como las habría por mucho tiempo, porque este era un mal inherente a todos los países que tienen poca población y mucho territorio, sucediendo otro tanto en Estados Unidos, apesar de ser una grande y poderosa nación, agregando que la gran noticia para la República Argentina y para la América, que había traído el último paquete era la inauguración del telégrafo trasandino, que ligaba dos mares y unía dos pueblos. Que el Emperador me con-

testó había leído en los diarios la noticia, celebrándola, y preguntándome en seguida en qué estado se hallaba el ferro-carril de los Andes, a lo que le contesté que era todavía un proyecto en estudio, pero que lo realizaríamos, como habíamos realizado el telégrafo, cambiando con este motivo algunas palabras sobre la naturaleza del suelo, y los pasos indicados en la Cordillera, apresurándome yo para poner fin a la conferencia (tal vez contra la etiqueta), a presentar al Emperador el personal de la Legación, con el cual conversó algunos momentos, con lo que nos despedimos. Con este motivo observé al Señor Vizeconde, que si la intención del Emperador había sido negarme, aunque indirectamente, una audiencia, no estaba en su derecho, y yo estaría en el mío aun pidiéndola directamente, pues en mi calidad de Enviado Especial que me asimilaba a los embajadores, él no podría negármelo, sino en el caso de interrupción de relaciones diplomáticas.

“Que no creía que su intención hubiera sido inferir a mi país una ofensa gratuita al hablarme de depredaciones de los indios, que es uno de nuestros males, porque cada Nación tiene su llaga sobre la cual no es dado poner la mano sino para derramar bálsamo sobre ella: porque así como nosotros tenemos los indios, el Brasil tiene los negros esclavos y no sería propio del Presidente Argentino, que al hablar por la vez primera con el Ministro Brasileiro, le preguntase si siempre había esclavatura en su país. Que sabiendo el Emperador el



objeto con que pedía la conferencia, la pregunta sobre indios había sido tanto más importuna cuando que ni aun había pedido noticias del Presidente de la República Argentina, razón por la cual me abstuve de comunicarle las palabras amistosas que el Señor Sarmiento me había encargado para él particularmente. Que siendo yo el Ministro, el signatario del tratado de Alianza, el Gefe de Estado que había estado a la par de él, en Uruguayana, el General de los Ejércitos Aliados, que había estado cerca de tres años en campaña exponiendo su vida en honor de la causa común, debía creer que el Emperador después de ocho años de ausencia, cuando en el intervalo había contribuído por mi parte a conquistar una paz gloriosa, que tenía hoy mismo por misión asegurar, debía de tener para mi persona alguna palabra más agradable, que el recuerdo de los indios, cualquiera que fuese el estado de las relaciones, que, por otra parte, era normal si no cordial, después de lo que había dicho él y el Presidente de la República ante los respectivos parlamentos y nosotros en los discursos de mi recepción pública. Que por lo tanto, sin dar a estos incidentes más importancia de la que realmente tenían y sin afectarme por ello personalmente, me abstendría de ir al Palacio de San Cristóbal, quedando a las órdenes de S. M. en lo que correspondía como Ministro público acreditado.”

Está demás decir que estas desagradables impresiones del ministro argentino desaparecieron cuando éste, ter-

minada la misión, fué a despedirse del Emperador, con quien mantuvo una larga y muy cordial conversación.

La base 4.<sup>a</sup> se refería a explicaciones sobre algunas especies relativas al Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, y la quinta a explicaciones referentes a la Misión paraguaya en Buenos Aires y a nuestras cuestiones limítrofes, incluso con el Brasil.

No obstante la creencia de que se podrán arreglar satisfactoriamente para las partes las diferencias, puesto que empezaba el Brasil por aceptar bases para el convenio, el Ministro de Negocios Extranjeros le habló a Mitre de planes revolucionarios en la provincia de Río Grande, en los que se creía entraban propósitos del Gabinete Argentino, planes que también se atribuían al mismo Ministro Plenipotenciario.

El ministro brasileño observó entonces que creía no debía de darse crédito a semejantes rumores y en cuanto a lo que se decía del ministro argentino, le manifestó “que además de estar tales tentativas y manejos en contradicción con sus antecedentes y con las garantías que daba su nombre, era un acto de imprudencia que lo hacía del todo punto inverosímil.”

Entonces dijo Mitre al Vizconde estas palabras, que evidenciaban la rectitud con que procedía, las mismas que involucran un alto y desinteresado principio de política internacional: “que los hombres de estado de uno y otro país debían de buscar las garantías de una política de buena vecindad en consideraciones menos perso-

nales y en ideas más trascendentales. Que ni el antagonismo de la forma de gobierno, ni la política de proselitismo convenía a uno ni otro país. Que toda forma de gobierno era conciliable con la libertad y la felicidad, desde que tuviese por base la voluntad nacional. Que se reconocía en el imperio del Brasil una civilización progresiva, con constituciones que respondían a un desarrollo democrático, y que no obstante ser la República para los que la practicaban, la última forma de la lógica humana, ella debía ser el resultado de las propias fuerzas de cada uno. Que por lo tanto, republicano por convicción, probablemente adoptaría, siendo político brasileiro, la forma monárquica como base y punto de partida; que de ellos sólo dependería prolongar y fecundar, obedeciendo a la ley de los pueblos libres. Que como republicano del Río de la Plata, considerando esta cuestión bajo otra faz, nos interesaba más una monarquía tranquila y con principios de fija estabilidad que nos diere garantías de vivir en paz, que dos o tres repúblicas turbulentas en que probablemente se dividiría el imperio, si anticipase por la revolución lo que debía ser la obra lenta y segura del tiempo y del progreso pacífico de las ideas. Que nuestra paz, bajo la forma republicana de gobierno, que era un hecho superior a todos, debía interesar igualmente al Brasil, porque sólo por la paz y por la buena amistad podían existir en América estas dos formas, que no eran contrarias a una buena política internacional, sino en cuanto se propendiese a un anta-

gonismo artificial, violento y ruidoso para ambos. Que por eso buscábamos de buena fe y de buena voluntad, el arreglo de nuestras cuestiones pendientes, a fin de poder nos entregar con confianza al trabajo, que demandaba la conquista de vastos territorios, de que ni uno ni otro éramos verdaderamente dueños

“Que las victorias de la fuerza no tenían horizonte ni para uno ni para otro país, sino desperdicio de fuerza que necesitábamos para impulsar nuestro progreso. Que en la marcha que llevábamos, ni el Brasil ni la República Argentina se reconocerían a sí mismas dentro de veinte años, en que ricas, felices y libres por el progreso desenvuelto en la paz, podríamos ver duplicada nuestra población y multiplicados nuestros elementos de prosperidad, debiendo ser la verdadera garantía de todo, no sus hombres ni las pasiones del momento, sino una buena política internacional fundada en ideas sanas y en los intereses de todos los tiempos.”

Si el lector se fía en las consideraciones de esta exposición, en que brilla algo más que los formulismos de un diplomático que había aceptado la misión al Brasil como una misión de paz, y no asistía a las conferencias en son de guerra, notará la insistencia con que el enviado argentino habla de tratar de armonizar en el presente y en el porvenir.

¿Qué razones motivaron los conceptos de la referencia? Es que a pesar de la buena intención que se demostraba o aparentaba en el Brasil, afirmábase que se

armaba. A ello se refería la nota de la Legación, de fecha 26 de septiembre, que trataba de convencer al gobierno argentino de la mucha exageración en que se incurría cuando se hablaba de los armamentos del Imperio.

No obstante estas explicaciones, que evidenciaban que en tan críticos momentos el único o uno de los pocos que se mantenía sereno, era el plenipotenciario argentino, algunos ministros y diplomáticos acreditados cerca del gobierno brasileño, temiendo que las relaciones se rompieran, ofrecieron su mediación hasta en nombre de sus gobiernos.

“Al presente”, informaba el general Mitre al Ministerio de Relaciones Exteriores, en octubre de 1872, “el señor Barón Cavalehini, ministro de Italia, ha recibido comunicaciones de su gobierno, diciéndole que habiendo sido invitado el Gobierno Italiano por el de Francia, para ejercer conjuntamente sus buenos oficios en la cuestión pendiente entre la República Argentina y el Brasil, aquél se había prestado a esta solicitud, librando a su discreción lo que convendría hacer en el estado de los negocios.

“Consultado particularmente por el Ministro de Italia, le he contestado que basta por ahora con el paso que dieron anteriormente, no considerando necesario que comprometan su acción conjunta, en momentos en que todo anuncia una solución recíprocamente satisfactoria y honrosa.

“Estas mediaciones oficiosas, que no pasan de límites muy estrechos, son convenientes cuando no se necesita del apoyo de un tercero, por el efecto moral que produce haciendo perseverar en la buena inteligencia; pero son inútiles o perjudiciales cuando las cuestiones se complican, y los mediadores no están decididos a pasar más allá de buenas palabras y medios diplomáticos que no comprometen.

“He tenido ocasión de convencerme de esto, cuando aquí hemos estado a punto de romper la negociación, habiendo hablado en el mismo día con el Presidente del Consejo de Ministros del Imperio, el señor Ministro de Inglaterra, poco después de haberlo hecho yo en los términos en que di cuenta, siendo el resultado que conmigo se explicó con la claridad que V. E. conoce, y con el Ministro guardó reserva, limitándose a buenas palabras.

“Respecto a la mediación del mismo carácter de los Estados Unidos, que se presenta con caracteres más definidos, me parece que, sin perjuicio de cultivar esa buena disposición, no debemos ir más allá fomentando las prevenciones de aquel país contra el Brasil, que en realidad no tienen razón de ser y que podrían comprometernos sin utilidad, porque, como me lo dice nuestro ministro en Wáshington, en carta confidencial que sobre el particular me ha escrito, «en las conferencias frecuentes con el señor Fish ha quedado satisfecho más allá de lo que esperaba, lo que no importa decir que confíe mucho en las simpatías del gobierno, cuyos intereses de comercio



entran por mucho en la balanza de sus afectos internacionales, afectos que deben inclinarse más a los mercados que representan tres veces más que los nuestros y los de la Banda Oriental, no siendo poco que llegado el caso contemos con el apoyo moral de los Estados Unidos.»

“Con este motivo debo poner también en su conocimiento, que habiendo sido invitado por el vicealmirante Taylor a asistir a la división naval de los Estados Unidos, surta en este puerto, fuí recibido a bordo de la fragata con todos los honores, haciéndose por despedida una salva de once cañonazos con la bandera argentina al tope del palo mayor.”

Como se evidencia con estos antecedentes, aunque no era del todo alarmante el estado de las negociaciones, había dudas de una y otra parte, recelos que si no interrumpían las negociaciones las dificultaban.

Alfin, arreglada satisfactoriamente la cuestión de forma, las relaciones cordiales se restablecieron y parecía que se entraba de nuevo a convenir definitivamente las diferencias con arreglo a las prescripciones estipuladas en el tratado de la Triple Alianza, cuando, con fecha 30 de octubre de 1872, un nuevo factor trató de obstruirlas o, a lo menos, dificultarlas. Era éste el gobierno de Bolivia, que por medio de su ministro Mariano Reyes Cardona, reclamaba intervención en el debate.

El ministro boliviano decía que, “publicado el Tratado de Alianza, su gobierno había visto con tanta sor-

presa como excitación, que los aliados se compartían territorios pertenecientes a Bolivia, sobre los que ella había proclamado solemnemente sus antiguos e irrecusables derechos, en el decreto de 27 de enero de 1854; oficialmente notificado a los Gobiernos del Plata y profusamente distribuído en América y Europa sin que ninguna protesta se hubiera levantado contra él.”

Después de formular otras consideraciones y asumiendo una actitud resuelta, el ministro boliviano agregaba:

“Con las reversales en la mano y en nombre de los derechos más claros y autorizados de Bolivia, el infrascripto cumple con el deber de pedir a los aliados una deliberación expresa sobre sus compromisos.

“Es menester que se sepa si la victoria ha roto las reversales, si ellas subsisten, cuales son los deberes que el honor y la lealtad imponen a los aliados, y cual la manera que ellos entienden que deben cumplirse esos deberes.

“Esa declaración es tanto más urgente, cuanto que la cuestión del Chaco debe de ser uno de los objetos del arreglo definitivo. El infrascripto no comprende cómo pueda tratarse del Chaco con prescindencia de Bolivia; esa República es la única que tiene títulos fehacientes a ese territorio y a más de los derechos que le dan esos títulos, es la única cuyos derechos están garantidos por

las reversales; cualquier arreglo sería pues nulo de puro derecho y lo invalidaría la protesta de Bolivia.”

Radical, explícita, enérgica y hasta un tanto ruda la protesta del Señor Ministro Boliviano, que a poco de descuidarse en la redacción de la nota le da a ésta el carácter de ultimátum. A ponerle fijación de hora se extrema el carácter de la misma.

Sin duda que el ministro Reyes Cardona, que en la nota revelaba *trop de zèle*, ignoraba los antecedentes de la cuestión en la parte que ésta podía interesar a Bolivia, cuyos comprobantes existen en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y de los que una parte figuran en la Memoria del mismo, correspondiente al año de 1873.

Con el objeto de calmar la susceptibilidad del señor ministro de Bolivia, el general Mitre tuvo una conferencia con el mismo, en la que se evidenció la lealtad con que procedía el gobierno argentino, y en que su plenipotenciario, para llegar al total convencimiento de la verdad, mostró los informes que sobre el particular había recibido del ministro doctor Tejedor.

Luego, tocando el punto relativo a la soberanía del Chaco, Mitre agregaba:

“En el cambio de ideas sobre el particular, el Señor Ministro Boliviano sostuvo la teoría que el Chaco boreal — como él lo llama (o sea norte del Pilcomayo) — era absolutamente boliviano, con exclusión del Paraguay y

de la República Argentina; y que el Chaco Central, o sea el territorio que media entre el Bermejo y el Pilcomayo es el único punto en cuestión, concluyendo en el mismo concepto, que la cuestión debía dirimirse por una línea transversal imaginaria, que dividiese el desierto entre ambos, dejando la exclusiva navegación del Pilcomayo a Bolivia y la del Bermejo a la República Argentina. No obstante esta insistencia, declaró que no tenía interés alguno Bolivia sobre la posesión de la Villa Occidental, sea que la conservase la República Argentina o el Paraguay, con tal que se reconociesen los derechos al Norte del Pilcomayo, que podía ser en tal caso la línea divisoria; determinadas respecto de las cabeceras del Bermejo y el Pilcomayo hasta donde llegase la jurisdicción de Bolivia, lo que definía los respectivos límites por otra línea tirada río a río, que daba a Bolivia los derechos de ribereño, como que dichos ríos nacían en ese territorio, y que en último término, prescindiendo de la cuestión de títulos y conveniencias, quedaba el medio práctico del arbitraje, establecido para el efecto en el respectivo tratado de amistad entre ambas naciones. Sin dar a lo dicho ninguna trascendencia ni ulterioridad, le informé confidencialmente que en el arreglo que iba a celebrar con este Gobierno, quedaba eliminada la cuestión de límites, que no era de la oportunidad, quedando como simple cuestión de la República Argentina con sus limítrofes, salvo el caso que se tocase con la garantía

recíproca por lo que toca a nuestros límites con el Paraguay, y leyéndole el artículo por el cual podían únicamente ser admitidos a obrar de acuerdo con los aliados en su calidad de ribereño, autorizándole a dar conocimiento de esto a su Gobierno, lo que el Señor Ministro Boliviano me agradeció, manifestándose, al parecer, satisfecho.

“Sin insistir más sobre estos tópicos, y por el momento manifestarse dispuesto a no llevar adelante la cuestión en el terreno en que la había comprometido, me informó confidencialmente que, además del ferro-carril a Madeira, que era uno de los objetos principales que lo habían traído a esta Capital, su misión tenía en mira primordial, negociar sobre el último tratado de límites entre Bolivia y el Imperio del Brasil, contra el cual él había protestado como toda la Nación en masa; que no era su intención buscar su anulación y que se resignaría con el hecho, si encontraba en el Brasil buena disposición para entenderse respecto de las franquicias y cooperación que debe al ferro-carril de Madeira, costeados por sólo Bolivia con los diez millones de empréstito que ha levantado últimamente para hacer de Corumbá un puerto franco, respecto de lo cual tenía que encontrar dificultades, en cuyo caso Bolivia no llevaría adelante el tratado, pues sólo podía aceptar tal sacrificio en compensación de algunas ventajas que le hiciesen beneficio.”

Después de este cambio de manifestaciones, el ministro

de Bolivia; se descartó de la intervención que pretendía tener en la cuestión a resolverse entre el Brasil y la Argentina, y el Marqués de San Vicente y el Plenipotenciario Argentino entraron a arreglar definitivamente las diferencias.

Las conferencias que habían principiado el día 1º de noviembre se siguieron los días 5, 8, 12 y 15, hasta que se firmó el protocolo del día 19 de noviembre de 1872, en cuyos artículos 1º y 2º se declaraban vigentes los tratados del 1º de mayo de 1865 (el de la Alianza) y los de la Asunción, de 9 y 18 de enero de 1868. El artículo 3º autorizaba a la República Argentina a negociar con el Paraguay. Por el 6º, la Argentina y el Brasil se comprometían a retirar sus fuerzas del territorio paraguayo una vez aprobados definitivamente los tratados. El 7º y el 8º se referían a la indemnización de guerra a cobrarse en los términos que señala el Tratado de Alianza y la manera cómo se entendían los perjuicios de la guerra. Cuanto a los demás tratados, el artículo 9º especificaba quedaban en pleno vigor. Por el 11º se invitaba a la República Oriental del Uruguay quisiera prestar su acuerdo a lo convenido. Este tratado fué aprobado por el presidente Sarmiento y refrendado por el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Carlos Tejedor, en la ciudad de Buenos Aires, a los once días del mes de diciembre de 1872.



Como se evidencia con los antecedentes de la larga y debatida cuestión, de la que informa la Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina, correspondiente al año de 1873, con arreglo a las doctrinas expuestas, principios discutidos, bases propuestas y muy particularmente con sujeción estricta a las Instrucciones, por aquella vez, ¡loado sea Dios!, quedaba triunfante la tesis argentina, defendida con elocuencia, ilustración y completo buen sentido por el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en misión especial ante el gobierno del Brasil, Brigadier General Bartolomé Mitre.

Que la situación fué difícil y la cuestión larga y complicadísima, hasta el punto de convertirse en enojosa y temerse no solamente una ruptura de relaciones, sino hasta la guerra, se evidenció con los preparativos bélicos del Brasil y la Argentina. Por ese tiempo el gobierno argentino mandaba construir nuestra primera escuadra de buques a la moderna, compuesta de los monitores *El Plata* y *Los Andes*, cañoneras *Paraná* y *Uruguay*, bombarderas *República*, *Constitución*, *Bermejo* y *Pilcomayo*, buque torpedero *Fulminante*, avisos *Resguardo* y *Vigilante* y torpederos como el *Alerta*, *Centella*, *Pi* y *Ferrer* e inferiores números 1 hasta 9. Y que la guerra se preparaba lo dice la circular del Ministerio de Relaciones Exteriores a las legaciones argentinas, redactada en los siguientes términos:

“La nota con que el Gobierno Imperial ha contestado la del Argentino, no ha correspondido a ninguno de los compromisos, agravándose su actitud a este respecto, con la que ha tomado también en el reclamo anterior de la isla de Atajo, a la embocadura del río Paraguay.

“El gobierno argentino no ha abandonado el debate y espera todavía que, meditado el asunto a la luz de las nuevas consideraciones, sea posible algún medio conciliatorio que impida la desinteligencia definitiva; mas para el caso que ello no suceda, quiere que su representante en Francia, conozca desde ahora toda la cuestión, y la haga conocer de ese gobierno y demás europeos con quienes la República mantiene relaciones.”

En fecha 6 de agosto y datada en París, enviaba el ministro Balcarce nota al ministro argentino, en la que le participaba el resultado de sus comunicaciones a los ministros de Negocios Extranjeros de Inglaterra, lord Granville, y al Gobierno de Italia. Por su parte, el ministro argentino en Wáshington, comunicaba también el resultado de sus informaciones al ministro de Relaciones Exteriores, Mr. Fish, y como este señor le inquiriese si las dificultades suscitadas podrían afectar la paz, el doctor Manuel Rafael García manifestó “que no la temía y que su gobierno no daría el primer paso para romperlas. Que el carácter de dificultades que presentaba la negociación era de dignidad y decoro nacional; que el Brasil parecía exigir que retirásemos ciertos pasajes de una

nota, que estaba apoyada en el perfecto derecho de la República, derecho fundado en pactos solemnes, cuya observancia era incompatible con la negociación del Barón de Cotegipe, y el espíritu de esa política amenazante a los verdaderos intereses del equilibrio democrático en el Plata.”

A su turno, el ministro argentino en la República de Chile, señor Don Félix Frías, al elevar la nota que hacía referencia a la información enviada por el ministro doctor Tejedor, hacía saber al gobierno chileno: “que en vista de los documentos que adjuntaba, confiaba en que el Gobierno de Chile haría justicia a los poderosos motivos que habían colocado al Gobierno Argentino en la dolorosa necesidad de llevar las armas a un pueblo vecino y desgraciado ya por los males de que lo había hecho víctima un déspota odioso, y lo hará al mismo tiempo al respeto que después de su victoria muestra el gobierno que tengo el honor de representar, por el infortunio de ese mismo pueblo, animado hoy, como siempre, del firme propósito de no abusar de su victoria, y de hacer, por el contrario, cuanto esfuerzo tienda a su organización y prosperidad.

“El Gobierno Argentino abriga la esperanza de que serán atendidos sus justos reclamos, y que el Brasil no persistirá en una vía que conduce a la ruptura de la Alianza que lo unió a la República Argentina, y cuyo objeto no fué otro que obtener la satisfacción a que le

daba derecho el agravio recibido, sin ofender, una vez alcanzado el triunfo, ni la soberanía ni la independencia de la República del Paraguay.”

\*  
\*   \*

Terminada su misión con un éxito de que tenían concepción profunda todos sus conciudadanos, el pueblo de Buenos Aires recibió a Mitre entre vítores, músicas y palmas, y pocos días después, el alto comercio de Buenos Aires le brindaba en su homenaje, el día 23 de enero de 1873, un banquete que se sirvió, si mal no se recuerda, en el Teatro de la Opera.

Cuando llegó el momento de agradecer la demostración a los comensales, el general Mitre, haciendo alusión al resultado de la misión, con toda modestia y espontaneidad, dijo:

“Agradeciendo las nobles palabras que se me han dirigido, y profundamente agradecido a la distinción que me hace el gremio del Comercio, debo, sin perjuicio de aceptar la parte de representación y de responsabilidad que me toca, declinar el honor que se atribuye a mi persona, no por una falsa modestia ni por una vulgar lisonja, a esa entidad que se llama pueblo, sino porque de no hacerlo así traicionaría los mismos intereses y principios que en mi calidad de diplomático he servido. Si

yo aceptase la corona cívica sería a título de depositario. como aquel general que la recibía en nombre de generales y soldados que habían vencido, porque en verdad todos hemos triunfado y todos tienen derecho a coronarse desde el Amazonas hasta el Alto Paraguay, así los argentinos como los brasileños, orientales y paraguayos. Como diplomático improvisado, como se improvisa un ingeniero cuando el río desborda o la bóveda que nos cubre amenaza ruina, no se extrañe que reivindique en honor del buen sentido público los resultados lógicos y benéficos de mi misión, sin olvidar la alta influencia de los que rigen los destinos de los pueblos.

“Estos resultados no eran obra de la habilidad ni de la casualidad, sino de los principios que gobiernan las sociedades civilizadas y libres. Desde que el Presidente de la República Argentina, en memorables palabras recordó esos principios, invocando el ejemplo de dos grandes y poderosas naciones, que sometían sus cuestiones al fallo de la justicia y desde que esas palabras fueron retribuídas por otras análogas por el emperador del Brasil en presencia de su parlamento, pudo asegurarse ya que los únicos proyectiles que se cruzarían en la noble lucha del derecho, serían esas palabras llevadas al través del espacio en alas de una hoja de papel.”

Y luego, para complementar lo dicho, que era la expresión de la discreción y del patriotismo, y teniendo imprescindible necesidad de volver a hablar para con-

testar las alusiones de otros discursos, el general, improvisando, agregó:

“Confieso que me encuentro en la situación del diplomático sin saberlo, aunque mucho más agradable y lleno de una legítima satisfacción, mi corazón de patriota, ante el espectáculo de la satisfacción general, que tiene su origen en un hecho pacífico, moral y verdaderamente fecundo.

“Al oír alguno de los discursos que se han pronunciado, el que no conociese nuestros antecedentes históricos, creería que se celebraba una paz de ayer, por la primera vez gozada después de una guerra.

“La paz de que gozamos no es un hecho reciente, ni ha brotado de una cabeza como la Minerva antigua, ni se ha importado en un vapor acompañada de un protocolo, como un fardo de mercadería registrado en una factura.

“La paz de los pueblos civilizados y libres no es simplemente un hecho material ni una improvisación, sino el perfecto equilibrio de las conciencias y de las conquistas del tiempo, la armonía de los intereses morales y materiales, el vuelo sereno de las almas a la par que el del desarrollo progresivo de la riqueza, que es lo que se llama la paz pública y la paz de todos y de cada uno. Esa paz nunca estuvo verdaderamente en peligro, en las cuestiones entre la República Argentina y el Brasil, que felizmente se han arreglado, porque cuando no hay



razón ni motivo para la guerra entre dos pueblos civilizados y libres, como el Brasil y la República Argentina, la paz no ha podido estar ni por un momento en peligro, sobre todo cuando la conciencia pública, en ambos países, ha prevalecido en el sentido de las soluciones pacíficas y naturales.

“Aun cuando ambos países hubiesen estado poseídos del delirio de la guerra, el mundo entero se habría interpuesto entre ellos para impedirles desenvainar la espada, no sólo por los intereses que insensatamente pudieran comprometer, sino para impedir un escándalo vergonzoso, que era un oprobio para nosotros y un retroceso en el sentido de la moral y de la justicia. Testigo de los constantes esfuerzos hechos por la diplomacia de las grandes potencias de Europa y América en Río Janeiro, puedo hablar con perfecto conocimiento de esto...

“La oliva pacífica que orla las copas del festín ha sido arrancada de un árbol robusto ya, que ha sido regado por la sangre de los combatientes, por el llanto de los que sufrieron y por el sudor de los trabajadores del progreso.

“Y para conquistar la independencia y la libertad hemos dado pruebas de nuestro heroísmo en el campo de batalla, desplegando constancia en la victoria y en la derrota.

“Hemos dado pruebas de fortaleza en los negros tiempos de la tiranía, llevando nuestras cabezas al cadalso y

protestando, aunque maniatados, a los pies de nuestros verdugos. (1)

“Dueños de nuestros destinos, hemos demostrado nuestra aptitud para el trabajo viril, impulsando vigorosamente el progreso moral y material del país.

“Esta es la paz, hija de los sacrificios y de los esfuerzos del pasado, que tiene su razón de ser, que se cumple como una ley natural y que promete a nuestra patria largos días de felicidad, merced a los que nos precedieron en la tarea bajo los auspicios de la libertad y de la justicia.”

Veinticinco años después de pronunciado este discurso, un eminente repúblico brasileño, de lo más selecto entre los diplomáticos de su país, que era un brillante orador, que se distinguía por la elocuencia de su palabra y la admirable claridad y lógica de su dicción, y quien siempre había abogado en el Parlamento y en el Consejo de Estado por el mantenimiento de la armonía entre el Imperio del Brasil y la República Argentina, el doctor Joaquín Nabuco, dió a la publicidad una obra intitulada *La Guerra del Paraguay*, y aludiendo a la misión diplomática encomendada al general Mitre, escribía en la página 304 de la obra:

“Desde el momento en que el gobierno argentino se hallaba en el fondo animado de un espíritu de concordia,

---

(1) Alusión al martirio del doctor Marcos Avellaneda. (*Nota del autor.*)

disponiéndose, a pesar del estado de exaltación creado en la masa nacional por los partidos, a hacer concesiones al Paraguay, contentándose en último caso con la línea del Pilcomayo y aceptando el arbitraje en la cuestión de la Villa Occidental, no parecía haber motivo de serio disgusto. Por eso la agitación belicosa de principios de 1872 serenóse, al conocerse la misión confiada al general Mitre en Río de Janeiro. Enviar a Mitre al Brasil con aquella embajada, era una hábil maniobra política, porque si fracasaba o si cediese demasiado a las exigencias del imperio, quedaba inutilizado para la futura elección presidencial. Contribuyó Cotegipe a su nombramiento, diciendo a Tejedor que su propósito no había sido romper la Alianza; que el gobierno argentino podía hacer con las garantías que aquélla daba a las partes contratantes, lo que él mismo había hecho. La primera dificultad estaba en las notas cambiadas de gobierno a gobierno. Mitre llegó a Río de Janeiro a primeros de julio (1872) y empleó tres meses en resolverla, a causa de la escrupulosa minuciosidad con que Río Branco, y puede decirse, que el mismo emperador, ofendido por el lenguaje de la prensa porteña contra el imperio, querían depurar las intencionadas alusiones de Tejedor. (1) Pero

---

(1) Véase en la citada Memoria de Correa, ministro de Negocios Extranjeros, la historia de esta negociación previa, destinada a poner en claro el incidente anterior; cada palabra, cada reticencia de la correspondencia entre Tejedor y Correa fué rigurosamente analizada. Mitre no consiguió entrar en la cuestión de fondo hasta después de cambiadas las más completas y satisfactorias explicaciones acerca de la nota de 27 de abril. (*Nota de Nabuco.*)

el 19 de noviembre, Mitre y el marqués de San Vicente, plenipotenciario brasileño, firman el convenio restableciendo la Alianza, tal como se hallaba antes de los tratados de Cotegipe, dejando a éstos intactos y obligándose el Brasil a ayudar a su aliado en las negociaciones que a su vez iba a entablar <sup>(1)</sup>. Contribuyó, probablemente, a la renovación del tratado, el conocimiento que Río Branco tenía de las ideas de Mitre, indicado igualmente para representar a la Argentina en las negociaciones de Asunción <sup>(2)</sup>.

El convenio Mitre-San Vicente no se oponía a la política de los tratados particulares; pero la despojaba de toda su gravedad, restableciendo la buena armonía entre los aliados. Si el golpe de Cotegipe no significaba sencillamente el abandono del Paraguay a su suerte, creaba al Brasil una situación difícil, imponiéndole el papel de mediador, y en el caso de no serle éste reconocido, el de protector del vencido contra el aliado. ¿Se propuso Cotegipe al firmar los tratados relativos al Paraguay, abandonarlo o defenderlo? Si lo primero, ¿no hacía más di-

---

(1) Reprodúcense adelante, aunque no se trata de un documento inédito, el convenio Mitre-San Vicente, por la misma razón que indujo a copiar el tratado de 1º de mayo; es a saber, para facilitar la comprobación de las referencias de Nabuco y otras a los artículos de aquel convenio. Este es el único acto de la política ministerial en la cuestión argentina que merece su aplauso "porque se considera como reparación de los errores de nuestra diplomacia". (*Nota de Nabuco.*)

(2) Siempre pensó Mitre, como representante del tratado de alianza, que la línea del Pilcomayo satisfacía completamente las aspiraciones nacionales (comunicación confidencial de Mitre a su gobierno en 30 de junio de 1873). (*Nota de Nabuco.*)

fácil la intervención del Brasil desde el punto y hora en que rompía o parecía romper la alianza? Si lo segundo, ¿no revestiría su arranque el carácter de una comedia? ¿No podría ser considerado como un lazo tendido al Paraguay? Fuese cual fuese, en el fondo, la idea de Cotingipe, no quiso Río Branco que se le escapara la oportunidad por ella ofrecida. Sin esperar a que llegara al rompimiento de relaciones la situación creada por Cotingipe, puso en la protección del Paraguay y en la conservación para éste de los territorios del Chaco, una persistencia y una habilidad que al fin le dieron el triunfo. No supo Tejedor aprovechar el golpe de Cotingipe, y por lo tanto, la República Argentina no obtuvo ninguna ventaja del precedente creado por aquél, precedente que le permitía tratar con el Paraguay separadamente, y le dejaba sola contra éste, con las manos completamente libres. Habida cuenta de la importancia capital que a esta cuestión atribuía Río Branco, puede decirse que pocos diplomáticos habrán tenido motivos de orgullo por el triunfo obtenido como éste por haber salvado parte del Chaco para el Paraguay. Por cierto que no menor satisfacción hubo de experimentar años después, su hijo el barón de Río Branco, al salvar para el Brasil el disputado territorio de Palmas, que los argentinos consideraban un apéndice del de Misiones. Mas debe decirse, en verdad, que el vizconde de Río Branco, nada habría conseguido sin dos circunstancias: 1ª El

desinterés de la política argentina, que si en algunas ocasiones sufrió eclipses, manifestóse en la actitud de Varela, y después de las concesiones de Mitre, y que nunca hubiera permitido que la cuestión del Chaco produjese una guerra entre los aliados; 2ª La actitud contraria al derecho de conquista y opuesto además a toda probabilidad de rompimiento, en que se sostuvo la oposición liberal en el Senado, y especialmente en el Consejo de Estado.” (1)



Demás está advertir que no obstante reconocer la justicia de las apreciaciones del publicista brasileño, transcritas, el autor está lejos de aceptar las conclusiones y algunas reticencias del doctor Nabuco, contenidas en el libro que se cita.

Las cuestiones con el Paraguay, a que dió lugar el cumplimiento del tratado de la Triple Alianza, y las diferencias entre los gobiernos argentino y paraguayo sobre límites, reclaman un estudio razonado y de detalle, pero cuando se escriba la obra que corresponde, su autor no podrá menos de considerar el principio salvador de la política argentina, pura y desinteresada para

---

(1) NABUCO. *Guerra del Paraguay*, capítulo XXVII, pág. 304.



con el vencido, cuya base fué que la “*victoria no da derechos*” y cuyo sentido era, como se ha explicado, que la victoria no era el derecho a la conquista.

El armisticio, consecuencia de la guerra más cruenta que registran los anales de los tiempos, pone sobre la mesa de la discusión serios problemas, los que caben o se involucran dentro de los catorce principios de uno de los políticos de más talla de la edad contemporánea: Wilson, el presidente de los Estados Unidos de América, y si es que llega el caso que esos principios, al discutirse, involucren en el debate la abolición de la conquista, la conquista, prisma seductor de las naciones guerreras, el derecho público internacional no podrá menos de reconocer que la primera nación que lo incorporó a su doctrina política externa en su derecho propio fué la República Argentina, nación ésta que, si no fué la primera, fué una de las primeras que agregó también a su derecho público el sometimiento de las diferencias al tribunal arbitral.

FIN DEL TOMO PRIMERO



## ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

—♦—

|                     | Pág. |
|---------------------|------|
| AL LECTOR . . . . . | 7    |

### I

|                                              |    |
|----------------------------------------------|----|
| Albores de la vida pública de Mitre. . . . . | 11 |
|----------------------------------------------|----|

### II

|                                                          |    |
|----------------------------------------------------------|----|
| Después de Caseros. — El Acuerdo de San Nicolás. . . . . | 17 |
|----------------------------------------------------------|----|

### III

#### ANTECEDENTES DE PAVÓN. —

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                           |    |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| La Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires. — El general Urquiza. — El coronel Mitre en la Constituyente de Buenos Aires en el año de 1854. — Acuñación de moneda. — Ley de ciudadanía. — El sistema federal. — La unión nacional, ideal de Mitre. — Mitre gobernador de la Provincia de Buenos Aires. — Intervención a San Juan. — La Rinconada del Pocito. — Juan Saá. — Cartas cambiadas entre el doctor Derqui, Urquiza y Mitre . . . . . | 27 |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|

IV

PRESIDENCIA DE MITRE. —

Justicia que hace el presidente electo al esfuerzo común.  
 — Movimientos anárquicos en las provincias. — El Chacho. — Guerra del Paraguay. — La administración. — Facilidad de las comunicaciones. — Discursos de Mitre: Los ferrocarriles; El capital inglés; Reminiscencias históricas. — La instrucción secundaria. — La codificación. — Las ciencias naturales. — Manifiesto de Mitre al pueblo al descender del gobierno . . . . . 85

V

MITRE CONSIDERADO COMO PARLAMENTARIO. —

Cuestión Puerto de Buenos Aires. El ministro doctor Dalmacio Vélez Sársfield. Triunfo de Mitre. — Debate sobre recursos para la educación primaria y secundaria. — Un discurso de Mitre de hace medio siglo, pertinente a las necesidades del presente. — Discursos de Mitre sobre inmigración artificial y espontánea. — Organización de los territorios nacionales: límites interprovinciales. — Proyecto financiero de amonedación del diputado Mitre. . 123

VI

MITRE ORADOR Y CONSTITUCIONALISTA. —

La Convención Constituyente de la Provincia de Buenos Aires de los años 1871, 1872 y 1873. — Los Convencionales. — Discurso de Mitre sobre exposición de principios y soberanía originaria y delegada. — Los límites de la Provincia. ¿Era un jurista el teniente general Mitre? — Separación de la Iglesia y del Estado. — Discurso de Mitre: ¿Por qué no aparece el nombre de Mitre entre los firmantes de la Constitución de 1874? — Pequeñeces de partido e injusticia de los convencionales. . . . 147

## VII

### INTERVENCIÓN A SAN JUAN.—

Los representantes: El doctor Dalmacio Vélez Sársfield. — El doctor Vicente Fidel López. — El doctor Juan María Gutiérrez. — El doctor Juan Bautista Alberdi. — Domingo Faustino Sarmiento. — Bartolomé Mitre. — La intervención a la Provincia de San Juan, en el año de 1869. — Debate parlamentario. — Los oradores: Mitre, Bazán, Vélez Sársfield, Rojo, Oroño, Colodrero, Mariano Varela, Nicolás Avellaneda, Zavalía, Navarro, Granel y Piñero. — El discurso de Mitre. . . . . 193

## VIII

### MITRE POLEMISTA.—

Discusión con el doctor Vélez Sársfield respecto a la *Historia de Belgrano*, y con el doctor Vicente Fidel López a propósito de las invasiones inglesas. — Observaciones a Sarmiento sobre su misión diplomática ante el gobierno del Perú. — Polémica con el doctor Juan Carlos Gómez relativa a la Guerra del Paraguay. — Crítica de Mitre a la carrera diplomática de Alberdi. — Réplica de Alberdi y contrarréplica de Mitre. . . . . 297

## IX

### MITRE HISTORIADOR.—

El general Belgrano y la independencia argentina. — San Martín y la independencia americana. — Juicio del historiador chileno Barros Arana. — Elogios de los doctores Lamas y López. — Digresión histórica: Intervención de los argentinos en la guerra del Alto Perú; los homenajes y las estatuas. — Una opinión del doctor Pedro Goyena. 325

## MITRE DIPLOMÁTICO. —

Misión ante el gobierno brasileño. — Las instrucciones. — Aptitud prescindente del gobierno uruguayo. — Dificultades de la misión. — Firmeza del ministro Mitre. — La nota del ministro de Relaciones Exteriores doctor Tejedor y su defensa por Mitre. — La discreción y la paciencia, condiciones *sine qua non* de la diplomacia, evidenciadas por Mitre. — Incidencia personal entre el emperador del Brasil y el ministro argentino. — Un momento difícil. — Intromisión de los plenipotenciarios inglés, norteamericano e italiano. — Consideraciones lógicas y oportunas de Mitre. — Pretendida intervención de Bolivia. — Éxito del plenipotenciario argentino. — Circular del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina a las Legaciones de la Nación. — Retorno de Mitre a la patria. — Banquete en su honor. — Un discurso; modestia del orador. — Juicio del político y diplomático brasileño Joaquín Nabuco a propósito de la discusión de los tratados y de la misión de Mitre. . 379

---









